
Un highlander
FEROZ PARA
COMERTE MEJOR
IRIS ROMERO

Un highlander feroz para comerte mejor

IRIS ROMERO

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Un highlander feroz para comerte mejor
©Iris Romero, junio 2025
Imágenes de cubierta: Adobe Stock
Corrección de textos: Tamara Molina
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Esta novela fue registrada en Safe Creative con el número 2504201515823

Para Nora, y para quien venga.
Sois mi mundo.
Os quiero

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Agradecimientos

Prólogo

Azul

Cosas que detesto:

A mis ex.

Las cocinas rojas. Debería haber una ley que las prohibiera.

A mis ex.

A los desconocidos que van por la calle andando igual de rápido que yo, y al final parece que vamos juntos mientras protagonizamos una lucha encarnizada, a la par que ridícula, para ver quién gana.

A los que me comen el culo por el carril izquierdo cuando solo quiero adelantar a un maldito camión. Me dan unas ganas de frenar…

A mis ex.

Los domingos por la tarde. ¿Hay algo más deprimente en el mundo?

Morder el algodón que me pone el dentista cuando me sacan una muela. ¡Qué grima! ¡Dios! ¡Qué dentera!

A mis ex.

Las etiquetas de la ropa.

Salir a la calle un día soleado sin gafas de sol.

Hacer la compra. ¿Por qué no tengo un fantasma que se dedique a rellenar el frigorífico?

Echar gasolina. Siempre acabo en reserva, y voy rezando de camino a la gasolinera para no quedarme tirada por el camino.

A mis ex.

La gente que me toca cuando habla conmigo. ¡Qué sí! ¡Qué te estoy prestando atención!

¿Ya he dicho a todos y a cada uno de mis ex?

A la gente que silba.

Que me hablen recién levantada. Dame diez minutos para que me tome un café y pueda ser una persona razonable.

El que te pregunta qué tal estás, pero no espera una respuesta.

¡A mis ex!

Capítulo 1

Bruce

—Su último pedido acaba de llegar, señor Hunter.

—Me gustaría verlo, por favor —le pido a mi secretaria, la señora Gordon.

Golpeo el bolígrafo contra el escritorio con impaciencia. No es para menos, es una edición muy especial de *Los cuentos de mamá Oca*, de Charles Perrault. Único en el mundo gracias a sus ilustraciones, traducido al español y que, tras una puja que casi me provoca un infarto de miocardio, he conseguido.

La señora Gordon no tarda en llamar a la puerta, aunque no pasará hasta que no le indique que puede hacerlo. Es una mujer chapada a la antigua y, a pesar de que le he dicho un millón de veces que conmigo no tiene que ser tan estirada, le da igual.

—Puede pasar —le indico con un carraspeo.

Entra, me sonríe, siempre profesional, y deja sobre el escritorio un paquete muy bien envuelto.

— ¿Quiere que le deje solo, señor? —me pregunta con un marcado acento escocés. Su padre era de aquí, de Edimburgo, pero su madre nació en una aldea de Extremadura, así que habla los dos idiomas a la perfección—. ¿O prefiere…?

—Puedes quedarte.

—Tengo que ir un momento a hacer un recado, pero regresaré en unos minutos —me informa, rechazando mi invitación.

—Muchas gracias. Eh, un momento, señora Gordon —le llamo antes de que desaparezca más allá de la puerta—. En media hora tengo una comida con un cliente.

—Sí, señor Hunter, ya he pedido el taxi. También tengo que recordarle que mañana viajo a Londres para visitar a mi hermana.

—¿Eh? Sí, no se preocupe.

—Estaré fuera dos semanas.

—Sí, señora Gordon.

—¿Desea que prepare el cuento junto con el resto de…?

—¿Disculpa? —musito mientras miro el tamaño del paquete. Es más grande de lo que me esperaba.

—¿Bruce? —me llama con ese tono que siempre utiliza cuando mi mente está en otro sitio.

—Sí, sí, muchas gracias, señora Gordon.

Escucho sus pasos alejándose, tomo aire y me dispongo a abrirlo. Esto va a ser interesante.

Capítulo 2

Azul

—*En la oscuridad* —leo en voz alta el rótulo del restaurante mientras algunos transeúntes se hacen hueco para pasar por mi lado—. Sí, es aquí —susurro.

Compruebo la dirección en el móvil tres veces, y estoy orgullosa de mí misma porque he llegado solo diez minutos antes a la cita y no me he perdido por el camino. Aprovecho para mandar un mensaje de WhatsApp al grupo de chicas, diciendo que ya he llegado y que estoy súper nerviosa, pero justo después silencio el móvil y lo guardo en el bolso, porque empezará el bombardeo de preguntas.

¿Entro? ¿O espero a que llegue y nos vemos cara a cara antes de entrar? Pufff… No tiene sentido que, en un restaurante a ciegas, espere a mi cita a ciegas para verlo antes de entrar.

No, tendré que aguantarme las ganas hasta que la cena termine… Pero, por otro lado, si me quedo escondida detrás de un árbol mientras observo a los que van entrando, seguro que sé reconocer al que va solo.

¿Eso sería jugar sucio?

Al final decido ir entrando y pedir algo para beber mientras pongo los ojos en blanco, recordándome, una vez más, que hay que ser buena y bla, bla, bla.

Unas cuantas mesas, una barra y una camarera que me sonríe desde el otro lado.

—¿Es la primera vez que vienes? —me pregunta con un guiño genial. De esos que salen solos, espontáneos, y que soy incapaz de hacer.

Asiento con la cabeza y empiezo a ponerme nerviosa. Nunca he tenido una cita a ciegas, y ahora será, literalmente, sin ver tres en un burro.

—Tengo la reserva para las nueve. Bueno, yo no he hecho la reserva, la ha hecho…

La camarera espera, pero ni siquiera sé su nombre. Madre mía, soy un desastre.

—Es que es nuestra primera cita, no nos conocemos —corro a explicar.

—¡Qué emocionante! —exclama, parece más ilusionada que yo —. ¿Y habéis decidido que sea precisamente aquí, para cenar a oscuras? No sé si has leído la descripción del restaurante, pero es oscuridad total, no vais a ver absolutamente nada.

—En realidad, lo ha decidido todo él —respondo mientras me siento en una banqueta frente a ella y apoyo los brazos en la barra —. Trabajo a unas calles de aquí, en *Antigüedades Hunter*, no sé si te suena.

—¿*Antigüedades Hunter*? Eh… No…

—Ya, bueno, es que no limpiamos mucho el rótulo y casi no se puede leer. Es la tienda que está enfrente de la farmacia.

—¡Sí, ya sé cuál dices! ¿Esa tienda está abierta? Pensé que el local estaba abandonado.

—Ya, lo piensa mucha gente, supongo que por eso casi nadie entra, pero bueno, lo que te estaba contando, el otro día alguien metió una carta muy mona por debajo de la puerta.

—¡Qué guay!

—La carta decía que cada vez que pasaba por delante del escaparate se le paraba el corazón, y que necesitaba conocerme.

—¡No!

—Sí —respondo con una sonrisa tímida, sin terminar de creérmelo ni yo—. Así que aquí estoy. No tengo ni idea de quién puede ser.

—Pues entonces hay que mantener la intriga hasta el final —dice—. Normalmente explicamos la experiencia cuando están todos los comensales, pero, en tu caso, lo ideal es que pases tú primero y después lo haga él.

—¿No crees que es mejor que nos veamos antes? —pregunto pensando que es más que evidente que el destino quiere que así

sea. Aunque parece que el destino está controlando los hilos de esta camarera, que cada vez se está poniendo más pesadita.

—Los clientes vienen aquí porque todos los sentidos se agudizan al perder el de la vista —me explica con los ojos abiertos como un búho deslumbrado por los faros de un coche—. Tanto el menú degustación como la bebida son sorpresa hasta el final y, en este caso, estoy segura de que no veros durante la cena os dará la oportunidad de conoceros de una forma mucho más genuina.

—¿Tú crees? —pregunto con serias dudas.

—Absolutamente. ¿Sabes que ha habido matrimonios que aquí se han dado cuenta de la voz que tenía el otro?

—Pues entonces tendrían que pedir el divorcio —respondo con una mueca que ella recibe con una carcajada.

—Es mucho más común de lo que crees.

—Y encima estoy ronca, mira, mi voz no es así para nada. Es que ayer me quedé dormida con el aire acondicionado, y he amanecido con voz de cazallera. No, es mejor que me vea antes, no vaya a ser…

—¡No! ¡No!

—¡Estoy afónica!

—Pues es mala suerte, la verdad. Bueno, te explico muy rápido para que vayas entrando: pasarás tres cortinas apoyada en mi hombro y te ayudaré a sentarte. A partir de ahí, te atenderá nuestro maitre Jean Carlo, que es invidente. Todos nuestros camareros lo son, y ellos serán vuestros ojos ahí dentro. Y no, los cocineros no lo son, pero, si lo fueran, tampoco sería un impedimento.

—No, claro —corro a responder, intentando agarrarme a la barra como puedo mientras ella me empuja al interior—. No hay impedimentos en esta vida, ni siquiera para cocinar a ciegas.

—Es que mucha gente nos lo pregunta. ¿Alguna duda?

—¿Puedo esperarle aquí?

—No.

—¿El aseo también está a oscuras?

—No —responde con una sonrisa—. ¿Necesitas ir antes de entrar?

Lo sopeso un instante, pero creo que sería alargar la agonía.

—No, muchas gracias —musito mientras mis dedos sueltan la madera y me dejo arrastrar a la oscuridad.

Omito que se me va a salir el corazón por la boca y que estoy conteniendo el impulso constante de mirar hacia la puerta, porque puede llegar en cualquier momento.

¿Qué hago aquí? ¡¿Yo?! Con el corazón roto gracias a varias relaciones malas, sin ilusión, muerta de cuello para abajo y sin confiar en el género masculino.

¿Qué estás haciendo, Azul? Te juraste que no volverías a exponer tu corazón a otra decepción más. Pero es lo tiene que te gusten los peores, esos que van de duros por la vida y que piensas que contigo cambiarán. Pero nunca cambian. Nunca, y menos por mí.

—Vamos.

—¿Ya?

—Sí.

Atravesamos la primera cortina y me coloca la mano sobre su hombro. Más allá de la segunda apenas hay luz y, cuando pasamos la tercera, no veo un pimiento.

—Ay, qué angustia —susurro.

—Tranquila, te acostumbras rápido. Solo estarás dentro una hora, así que no te agobies y disfruta.

Es muy extraño entrar en un lugar desconocido a ciegas, porque no tienes ni idea del espacio ni de la distribución y, además, resulta mucho más apabullante escuchar gente hablar y reír a tu alrededor y no ver nada.

Avanzo con pasitos cortos y preparada para chocar contra algo en cualquier momento, pero no ocurre ningún siniestro y, de repente, la camarera coge mi mano y me la coloca en el respaldo de lo que creo que es una silla.

—Es aquí, cielo. Pásatelo genial y mucha suerte con tu cita.

—Gracias.

—Y abre los ojos.

—¿Cómo sabes que…?

—Todos lo hacéis.

Me siento despacio y, en cuanto extiendo las manos hacia delante para buscar la mesa, mis dedos chocan con algo y se escucha cómo una copa o un vaso de cristal se rompe a mis pies.

—¡Otra! —exclama alguien a lo lejos, aunque, al mismo tiempo, parece que está muy cerca.

—¡Ya van siete! —dice otro en tono divertido.

Carcajadas, risas, mucho jaleo y, de repente, alguien pasa por mi lado y escucho que recoge los cristales.

—Lo siento.

—No te preocupes, os pasa a todos.

—¿No os habéis planteado poner copas de plástico?

No me contesta, solo se ríe, y siento que se aleja.

—Pues nada, aquí estoy…

Por suerte, mi cita no tarda en llegar. Escucho los tacones de la camarera muy cerca, alguien mueve una silla y, de repente, siento un aliento en mi oído, por lo que pego un grito y doy un salto sobre el asiento.

—¡Por Dios! ¡Qué susto!

—¡Soy yo! —corre a explicar la camarera—. Solo quería decirte que es muy guapo —me susurra después muy bajito—. Disfrutad de la cena.

—Gracias —dice mi acompañante con una voz bastante masculina.

Vale, empezamos bien, pero eso no hace más que aumentar las expectativas y, por lo tanto, los nervios.

—Eh… Hola —comienzo a decir, intentando aclararme la voz—, me llamo Azul. Bueno, qué tontería, a lo mejor ya sabías mi nombre.

—No lo sabía, pero me parece muy original —responde con suavidad. Ufff, qué calores me están entrando. Parece que estoy cobrando vida de cuello para abajo—. Yo me llamo Héctor —se presenta con una voz aterciopelada, templada, y muy pero que muy sexy.

—Encantada. Estoy un poco nerviosa.

¡Cállate, Azul!

—Tranquila, no muerdo.

—Jijiji…

Por Dios, Azul, pareces una quinceañera hasta arriba de hormonas de estupidez.

—No quiero que pienses que soy un loco ni un acosador —explica—. Es que paso por delante de la tienda todas las tardes después del trabajo, y poco a poco, casi sin querer, me has cautivado.

—Oh…

Estoy sin palabras.

—No suelo hacer esto —continúa—, de hecho, es la primera vez que lo hago, pero tenía que conocerte.

—Oh…

Como ahora mismo pase alguien por mi lado, se va a resbalar por las babas que se me están cayendo, y vale, lo que no son las babas también.

—Tengo que preguntártelo —suelta, sacándome de mi niebla mental transitoria.

—¿El qué?

—¿Tienes pareja?

—No estaría aquí de tenerla —añado con una risa tonta.

¿Qué te pasa, Azul? ¡Prometiste hacerte la dura esta vez!

—No sabes cuánto me alegro. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—¿Te importa la diferencia de edad?

—Pues…

Me bloqueo. ¿Por qué pregunta eso? ¿Es que tiene ochenta años? Su voz suena muchísimo más joven, y creo que la camarera no me habría dado su visto bueno si hubiera visto una diferencia de edad insalvable.

—Si es un problema me gustaría saberlo —añade.

—No, nunca me ha importado —miento a medias—. ¿Cuántos años tienes? —corro a preguntar para zanjar este tema lo antes posible y así poder ubicarlo en el lado bueno, o en el lado de *never again.*

—No te asustes.

—No lo voy a hacer.

—Tengo…

Pero alguien nos interrumpe.

—Buenas noches, pareja —dice alguien—. Mi nombre es Jean Carlo, y seré vuestros ojos en esta velada.

—Buenas noches —decimos los dos al unísono. No sé lo que estará pensando Héctor, pero a mí Jean Carlo no me está cayendo bien.

—Voy a colocar a vuestra derecha los cubiertos y, justo delante, una copa de vino. En el centro, justo entre vuestras manos, pondré el menú degustación que consta de tres platos.

—Perfecto —murmura Héctor, creo que con la misma impaciencia que yo.

—No sabréis lo que estáis comiendo o bebiendo hasta el final, cuando podréis verlo con vuestros propios ojos.

—Muchas gracias, Jean Carlo —digo, cada vez más nerviosa. Necesito saber ya su edad, y me da igual si me ponen sesos de mono en caldereta, porque tengo el estómago cerrado.

Lo va colocando todo con una parsimonia desquiciante y, por fin, se despide hasta dentro de un rato.

—Tendremos que probarlo —dice Héctor en cuanto escuchamos los pasos del maitre alejándose.

—Sí, pero… ¿De qué estábamos hablando? —pregunto, haciéndome la tonta.

—Uhmmm, está delicioso. Estábamos hablando de la edad —añade tras unos segundos que se me hacen eternos.

—Es verdad.

Me muerdo la lengua. Quedaría de muy mal gusto por mi parte preguntarle dos veces la edad.

—Tengo treinta y dos —dice sin más, soltando la bomba de súbito.

—Gracias a Dios —susurro.

—¿Cómo dices?

—¿Eh? Nada, nada.

—Te has quedado muy callada.

—Uhmmm, pues sí que está delicioso.

—Soy muy joven para ti, ¿verdad? Ya sabía que…

—¿Qué? ¡No! Para nada —respondo con la boca llena—. ¿Cuántos años crees que tengo?

—Alguno más que yo, pero soy un caballero y jamás le preguntaría la edad a una dama.

Dejando a un lado que jamás se habían referido a mí como a una dama, voy a tener que comprarme una buena crema antiarrugas.

—Perdona, ¿te he ofendido?

—No, no, es que estaba probando el vino. ¿Dirías que es blanco o tinto?

Espero un segundo mientras lo escucho beber despacio, e intento imaginarme su aspecto, como si en el pack de menú degustación sorpresa también estuviera incluido él.

¿Rubio? ¿Moreno? ¿Castaño, como yo? ¿Pelirrojo? ¿Ojos negros? ¿Azules, como los míos?

¿Marrones?

Algo me dice que es alto, de piernas largas, manos grandes, castaño, de ojos almendrados y espesas pestañas. Barba de tres días, peinado informal, con unos vaqueros, camiseta en cuello de pico y una sonrisa de infarto.

Azul, estás pidiendo demasiado.

—Yo diría que es tinto —dice tras unos instantes de deliberación.

—Pues la verdad es que yo no puedo decantarme por uno u otro —respondo pensando en cómo tendrá otra parte de su cuerpo.

—Bueno, cuéntame algo de tu vida —dice, cambiando de tema —. ¿Cómo es posible que nadie haya conseguido enamorarte hasta ahora?

—Pues… No sé…

¿Le hablo de Miguel y su afición a serme infiel? ¿Pablo y la relación de "amistad" con su compañera de trabajo? ¿Nacho? ¿Julio? ¿El sinvergüenza que desapareció sin más? ¿O el otro que me quería mucho de lunes a jueves, pero que de viernes a domingo no sabía ni cómo me llamaba?

—Supongo que no había conocido a la persona indicada — respondo al fin, escogiendo con mucho cuidado las palabras, pero

que, si lo pienso bien, es totalmente cierto.

—Eso suena prometedor.

No podría jurarlo, pero estoy casi convencida de que está sonriendo.

—¿Y tú?

—Pues yo siempre he pensado que tengo un problema.

—¿Cuál? —pregunto pensando que, cuando estoy conociendo a alguien, siempre, siempre, siempre, tienen un "problema".

—Las de mi edad me resultan inmaduras.

—Ya —respondo escueta. La verdad es que se está poniendo muy insistente con eso de la edad, así que a ver cómo le digo que yo "solo" tengo veintiocho añazos.

—Por suerte, no es el caso —dice.

¿Pero este hombre cuántos años se cree que tengo? En cuanto salga de aquí voy a que me pinchen bótox.

—Tengo que decirte que he amanecido ronca, mi voz no es así —aclaro antes de que se diga otra desafortunada palabra.

—Ah, bueno, pues entonces será una sorpresa escuchar tu voz auténtica cuando te repongas.

¿Llevas mucho tiempo viviendo en España?

—Ehhh… Toda mi vida. ¿Por?

De verdad, qué preguntas más raras me está haciendo este chico.

—Por tu aspecto pensé que no serías de aquí, supongo que tus padres, o al menos uno de ellos, no lo es.

¿Me lo está preguntando porque soy un pelín pálida? ¿Acaso ha pensado que soy un caminante blanco? Azul, para, que te pones a pensar tonterías y te quedas sola.

—Toda mi familia es de Barcelona, pero podría pedir el árbol genealógico, si así te quedas más tranquilo. Hace unos años vine a Madrid a estudiar Historia del arte y ya me quedé. ¿Qué más te gusta de mí? —pregunto, aprovechando la coyuntura—. Juegas con ventaja, tú me has visto y, por lo que dices, muchas veces, pero yo nunca te he visto a ti. O sí, y aún no lo sé.

—Desprendes luz —responde de inmediato—. Eres como un faro en medio de la oscuridad.

—Oh…

—Tu mirada es transparente, y se nota que tienes carácter.

—Sí, supongo que como todo el mundo —susurro.

—No es una crítica, me gustan las mujeres con carácter.

—Pues ahora que lo dices, sí que lo tengo, sí. ¿Y qué más?

—Eres preciosa. Única. Eres especial.

—Muchas gracias, es muy bonito —consigo decir tras beberme el vino de un sorbo.

—Por eso voy a pedirte que seas comprensiva cuando me veas.

—¿Por qué?

—Soy muy maduro, siempre lo he sido, y te aseguro que estoy a tu altura.

—No soy alta, sino todo lo contrario —bromeo.

—Lo sé —responde tras una carcajada—. Me refiero a que me gustaría que tuvieras la mente abierta cuando nos veamos en un ratito.

De verdad, no puedo esperar más para atravesar las cortinas. Voy a decirle que no hace falta que lleguemos al postre, cuando reaparece Jean Carlo.

—¿Estáis disfrutando de la experiencia?

—Por supuesto —responde Héctor, lo que me pone aún más nerviosa.

Retira los platos y nos coloca una cucharilla en la mano y un platito.

—El postre. Aprovechad estos últimos momentos en la oscuridad.

Vuelvo a ser consciente de dónde estoy. Del ruido de mi alrededor. De las risas, las conversaciones cruzadas, del misterio de este restaurante, y decido que, ya que estamos aquí, vamos a quedarnos hasta el final, porque tampoco quiero parecer desesperada. Hace un tiempo me prometí proteger mi corazón y no quiero defraudarme ahora, pero es que la carta ha sido tan mona… Y él es tan mono… Y desprendo tanta luz…

Tanteo el plato con la cuchara, la lleno y me la llevo a los labios.

—Tienes que probarlo —digo con la boca llena—. Es verdad lo que me ha dicho la camarera.

—¿Qué te ha dicho?

—Que los clientes no acertamos con el tipo de chocolate. ¿Blanco o negro?

Se toma unos instantes, y escucho cómo deja la cucharita en el plato.

—Yo digo negro. ¿Tú? —me pregunta.

—No lo sé.

—¿Vas a querer café?

—Si me tomo un café ahora, no pegaré ojo en toda la noche —respondo.

—Pues entonces perfecto.

Regresan las taquicardias. Comienzan a sudarme las manos. ¿Estoy bien depilada? ¿Seguiré oliendo a perfume?

—Te has quedado muy callada.

—Ehmmm…

—Insisto, no soy un acosador, y no me suele pasar esto, pero…

—¿Sí?

—¿Crees en los flechazos?

—Pues…

—En el amor a primera vista —añade con esa voz tan sexy.

El corazón me va a mil. Madre mía, me voy a quedar seca en cualquier momento.

—La verdad es que nunca me ha pasado —respondo al fin, intentando que mi voz suene tranquila.

Evidentemente, es mentira. Claro que creo en el amor a primera vista, pero ese amor siempre me ha hecho daño y, después de tantos fiascos, no quiero volver a hacerme falsas ilusiones—. ¿A ti te ha pasado?

—Sí.

—¿Sí? —pregunto con gallo incluido.

—Me ha pasado contigo. Es una locura, lo sé, de verdad que no estoy loco, pero, desde que te vi por primera vez al otro lado del mostrador, no he podido dejar de pensar en ti, y creo, bueno, me pregunto, si es posible enamorarse de alguien así, desde la distancia. Dime, qué piensas. ¿Crees que es posible?

La garganta se me seca al instante. ¿Qué le digo? Soy muy torpe en todo lo que tenga que ver con los sentimientos, o incluso hablar sobre ellos. Estoy desentrenada, porque, ¿hace cuánto que no estoy con alguien? ¿Dos años? ¡¿Tres?! ¡¡¡¿Cuatro?!!! No, no exageres, habrá sido un año. Una decepción, como todas las anteriores. No sé si podría soportar que él también lo fuera. Será que nuestro primer encuentro ha sido especial. Será su carta. Sí, creo que es la carta, aunque seguramente sean sus palabras. No debería querer, pero en el fondo sí quiero ser especial para alguien. Quiero cegar a alguien especial con mi luz. ¡Necesito cegar a alguien!

—Dime, ¿crees que es una locura? —insiste.

—Pues…

En mi cabeza ya estoy escuchando las campanas de boda, visualizo con todo lujo de detalles los primeros patucos del bebé, y hasta huelo la casa recién pintada, esa a la que nos mudaremos juntos la semana que viene.

—¿Azul? Dime, ¿crees en el amor a primera vista?

—Pues…

¡Dile que sí!

—Parejita, la cena ha llegado a su fin.

De verdad, Jean Carlo, me estás cayendo muy mal.

—Dirás que no ha hecho más que comenzar —responde Héctor, lo que provoca que mis rodillas tiemblen.

—Por supuesto —responde el maitre—. ¿Habéis disfrutado de la cena?

—Estaba todo delicioso, muchas gracias —le agradezco, recuperando la voz.

—Me alegro. Poneos en pie y colocad vuestra mano sobre mi hombro para que os guíe hasta la salida.

Así lo hacemos y, en cuanto pasamos la primera cortina, entrecierro los párpados porque la poca claridad que entra me molesta. En la segunda tengo que cerrar los ojos y, en cuanto pasamos la última cortina, los voy abriendo poco a poco, intentando ver, ya por fin, a Héctor.

Es moreno. Alto. Buen porte. Elegante. Aún no sé su color de ojos porque está tardando más que yo en acostumbrarse a la luz. Seguramente no tiene tanta prisa como yo porque él ya me ha visto.

Va separando los párpados.

Son verdes.

¡Sus ojos son verdes!

Y me mira.

Cara a cara.

Por fin.

Pero lo que veo en su expresión no me está gustando. No, no me está gustando nada. ¡Nada de nada! Ya no quiero que me mire. ¡Deja de mirarme!

—Perdona —comienza a decir—. ¿Quién eres?

—¿Cómo?

Hace una mueca, frunce el ceño, y hasta podría jurar que parece enfadado.

—¿Esto es una broma? —pregunta ante la atónita mirada de la camarera que, a unos pasos de nosotros, espera con una sonrisa tensa a que veamos lo que hemos cenado.

—¿Disculpa? —murmuro.

—No eres la dependienta de la tienda —asegura.

—Claro que lo soy.

—No, no eres tú.

—¿Estáis listos para descubrir lo que habéis disfrutado en la velada? —pregunta la camarera con cara de circunstancias.

—¡No! —respondemos los dos a la vez. Entonces, de golpe, me viene a la cabeza Piluki.

Piluki, mi compañera de trabajo.

¡Piluki!

—¿Cuándo has visto a esa otra dependienta? —le pregunto mientras la camarera se aleja con disimulo.

—Durante unas semanas tuve que ir a una oficina en la misma calle, y…

—Qué días, y a qué hora —lo interrumpo. Solo me falta la pipa y enfocarle con un flexo.

—Hará quince días sobre las siete de la tarde.

—¿En agosto?

—Sí.

—Yo no podía ser porque he estado de vacaciones. A quien has estado viendo es a mi compañera.

—Siempre la vi sola y pensé que no tenía más compañeros.

—Pues sí, somos dos. ¿Y por qué has dejado la carta tantos días después? ¿No has pensado que podría resultar confuso? —pregunto con una mezcla de enfado, vergüenza, decepción y todo junto, a la vez.

—No he podido venir antes por trabajo —me explica—, y la tienda ya estaba cerrada cuando la dejé por debajo de la puerta. ¿De dónde es tu compañera?

—Es del Perú.

—¿De Perú? Me encanta Perú.

—No *de* Perú, DEL Perú —le corrijo, tal y como hace mi compañera conmigo. Sé que lo estoy mirando con cara de desquiciada, pero, al menos, no estoy echando espumarajos por la boca. O eso creo.

—Oye, ya sé que esto es muy violento, pero, ¿podrías decirle a tu compañera que estoy muy interesado en conocerla?

Lo que me faltaba. ¡Lo que me faltaba!

Lo miro de arriba abajo, y me juro a mí misma no volver a tener una cita con nadie.

¡Nadie!

¡Jamás!

¡Con nadie!

—Lo siento, pero Piluki está casada —respondo tras recomponerme.

—¿Solo casada? ¿O felizmente casada?

—Felizmente casada.

Lo único bueno de esta noche es este momento, justo cuando escucha mis palabras, las procesa, y pone cara de decepción; lo peor, que parece que no se ha planteado ni por un instante seguir conociéndome.

—Te voy a decir una cosa —añado con un dedo acusador, apuntando a su pecho —, no deberías ir por la vida hablando de

amor cuando no lo sientes, porque irás dejando atrás a chicas taradas emocionalmente, y cuando lleguen chicos que les digan "te quiero" de verdad, ellas no podrán creerlos. ¡Con eso no se juega!

—Es que no te lo estaba diciendo a ti, se lo estaba diciendo a tu compañera —me responde mientras me mira con una cara que viene a decir: estás loca, y acabarás loca y medicada.

—¡Ya sé que no me lo estabas diciendo a mí, pero da igual, el amor a primera vista no existe, y es una gilipollez como una casa!

—Lo siento si te he causado algún daño, no era mi intención.

—No te preocupes, llegas tarde para eso, yo ya venía con taras de casa, gracias a otros como tú. Otros que hablan de amor cuando no lo sienten, y yo, que soy estúpida, sigo cayendo en la trampa una y otra vez, pero te aseguro que no volverá a suceder.

—Dile a tu compañera que me pasaré a verla.

—¡Que está casada!

—Quiero escucharlo de sus labios.

Ignoro su expresión, una mezcla de lástima hacía mí con un poquito de… Sí, creo que me está mirando con miedo, y me gustaría decirle que no estoy loca, pero verbalizarlo sería peor, así que salgo a la calle, corro hasta una esquina oscura donde nadie pueda ver mi cara, cojo el móvil, lo desbloqueo, abro el grupo de chicas y, directamente, y sin leer los cincuenta y ocho mensajes que ya tengo, escribo:

"Otro fracaso más. Será el último, os lo prometo. No me preguntéis hasta que no esté borracha. Os quiero".

Capítulo 3

Azul

En Madrid hay muchas calles. Muchas casas. Muchos callejones. Millones y millones de personas correteando de aquí para allá, a veces sin mirar ni por dónde van; a veces deteniéndose en cada esquina. Cuando llegas a una ciudad tan grande como Madrid, crees que jamás encontrarás tu sitio, pero yo lo encontré hace tres años, y aquí estoy, en mi "sitio".

—Ufff, estoy caliente —dice Piluki.

—Aquí se dice: tengo calor —le recuerdo.

—Ya sé cómo se dice aquí —replica—. No aguantaba más y estuve chupando toda la noche—sigue—, y me metí una tranca, que ahora mismo tengo un dolor de cabeza…

—¿Quieres decir que estuviste bebiendo y ahora tienes resaca? —puntualizo con una sonrisa tensa.

—¡Pues claro, pues! ¿Qué tal tu cita de anoche? —quiere saber —. Tu gran cita a ciegas con el hombre perfecto en un restaurante de ciegos —añade vocalizando cada palabra al máximo.

—Ahora no… —respondo entre dientes.

—¡Ahora! —me ordena.

—Parecía majo…

—¿Majo? ¿Qué chucha es eso de majo? —suelta elevando el tono de voz, como siempre.

—Tenía cara de buena persona.

Al menos, eso es cierto.

—Nunca sabes, bonita. Caras vemos, corazones no sabemos —continúa. Es que le encantan los refranes—. Los que parecen inofensivos son los que más papeletas tienen para ser unos psicópatas. Además, déjate de "es majo", "parece bueno". ¡Al grano! ¿Estaba para darle como a cajón que no cierra?

—¿Qué?

—¿Cómo a rata en esquina?

—¡No!

—¿Estaba para decirle: no soy peluquera, pero te cepillaba?

—El cambio, muchas gracias —le digo a la anciana que nos acaba de comprar el periódico, vecina del bloque, y que ahora mismo nos mira como si estuviéramos locas, aunque ya debería estar acostumbrada—. ¡Hasta mañana!

En algún momento de nuestra vida en *Antigüedades Hunter* hemos perdido completamente "el filtro", y es que ya no lo encontramos por ningún lado.

Ahora entra Tomás. Es un hombre trajeado y estiloso, al que parece que también le gustan los periódicos. No se me ocurrió otra cosa que decirle el primer día que se atrevió a entrar que me recordaba al actor que interpreta a Marc Darcy en las películas de *Bridget Jones*, porque sacó pecho y ya lo tenemos aquí día tras día, llueva o nieve. El problema es que el viernes pasado me dijo que se llamaba Tomás, y ahora, cada vez que entra…

—Buenos días, Tomás —le saludo mientras me agacho a coger su periódico.

Tomás.

Tomás.

Tomás.

¡Azul! ¡Cállate!

¡Azul! ¡Ni se te ocurra!

—Aquí tienes, Tomás —le digo, tendiéndole el periódico, que recoge con una sonrisa.

¡Azul! ¡Cállate!

—Dime…

—¿Sabes que desde que sé que te llamas Tomás, cada vez que entras, me viene una imagen a la cabeza?

Joder, Azul, no te puedes callar ni una.

—¿Otro actor? —pregunta mientras la sonrisa se le va ampliando en la cara.

—Sí…

—¿Cuál? A este paso soy famoso y no lo sabía —bromea con una carcajada estilosa.

¡Azul!

¡Cállate!

—¿Has visto la película de *El Orfanato*? La de Belén Rueda.

Nada, no me callo ni aunque me cosan la boca.

—Pues… Sí, creo que sí.

Se le está cambiando la cara. Creo que está pensando que no quiere parecerse a nadie de ese largometraje.

—¿Te acuerdas del personaje que se llamaba Tomás?

Tensa los labios y los mete para dentro.

—No, no me acuerdo —niega, pero yo sé que sí. El nombre de Tomás no es tan común.

—Sí, el niño fantasma del saco de arpillera en la cabeza. ¡Tomás! ¡El que aparecía cuando jugabas al "un, dos, tres, toca la pared"!

—Tengo que irme.

Y así, sin más, se va dejándome con la palabra en la boca.

—¡Tomás! ¡Espera! ¡Era una *bromi*!

—Otro cliente que echas. ¡*Next*! —salta Piluki por la espalda con una risotada—. Bueno, da igual, era un pesado. Yo te digo una cosa —suelta sin esperar a que Tomás termine de cerrar la puerta—, esto de vender periódicos no ha sido buena idea.

—Es lo único que vendemos. Mi Tomás se ha ido… —musito alargando el brazo hacia delante, en dirección a la puerta que jamás volverá a abrir.

—¡Pues por eso, pues! —exclama dando un saltito en el sitio para darle más énfasis—. Somos un reputado anticuario, no un ridículo quiosco de pacotilla. Me encanta la palabra "ridículo". *Jidículo*, como diría mi marido.

Piluki es peruana. Vive con su marido brasileiro, su hijo, y su gato Pepe y, aunque no se está mal trabajando en la tienda, siempre le digo que tiene alma de actriz de telenovela; si le dieran papeles de villana, los bordaría.

—Voy a encender las velas al señor X —dice cuando entra la de la farmacia de enfrente para, cómo no, comprar el periódico—. ¡Qué tal, reina! —exclama antes de esconderse en la trastienda.

—Buenos días —nos saluda la buena mujer—. Lo de siempre —añade con una sonrisa.

Le doy el periódico, me paga y se va. Sigo a Piluki para ver qué hace, pero, antes de que llegue hasta el altar que le tiene puesto a nuestro misterioso jefe, me detiene con un grito:

—¡Trae otro mechero!

Regreso con él, enciende las velas y cierra los ojos un segundo frente a las fotografías de Indiana Jones con la cabeza tapada con una X y una imagen de una falda escocesa pegada debajo del torso.

—Gracias, highlander —susurra, como cada mañana—. Bendigo tu castillo, bendigo tus tierras, y bendigo tu cuerpazo.

—No es un highlander —digo con los ojos en blanco.

—¡Claro que lo es! Su oficina está en Edimburgo, pero él vive en las tierras altas de Escocia, en un castillo reformado con muchos caballos, de esos que tienen el pelo muy largo y las patas muy gordas —responde con dignidad—. Es de la realeza. De antepasados sexys que lucharon por la libertad de Escocia.

Ver su cara me provoca una carcajada. Es que a Piluki le encantan las películas escocesas, y se sabe de memoria *Braveheart* y *Rob Roy*.

El problema es que no sabemos quién es nuestro jefe. Nunca hemos hablado con él. No lo hemos visto ni en persona, ni en foto, ni en pintura, ni en holograma. Vamos, que podría ser cualquiera. No sabemos ni qué cara tiene ni cómo suena su voz, solo suponemos que se apellida Hunter y que vive en Edimburgo, porque todo nos llega de allí. De ahí que Piluki le imagine como a un highlander sexy que viaja por el mundo encontrando reliquias antiguas que terminan apiladas en nuestra trastienda de cualquier manera, aunque podría apellidarse Jiménez, y todo nuestro argumento ideal se iría a la mierda. En realidad, el único contacto que tenemos es el de un gestor bastante antipático que se encarga de pagarnos y enviarnos la nómina todos los meses, y ya está, porque, cuando le hemos

preguntado por él, nos ha cortado de inmediato, alegando que no es de nuestra incumbencia.

Sí, es bastante truculento, lo sé, pero el sueldo es muy bueno, muy muy bueno para lo poco que hacemos, y literalmente no tenemos a nadie por encima echándonos el aliento en la nuca. Tanto es así que, un lunes, Piluki y yo pensamos que era festivo, no abrimos, en realidad era laborable y no pasó nada. La policía no vino a detenernos ni recibimos una carta de despido fulminante, pero tampoco queremos tentar a la suerte, así que, desde entonces, el calendario laboral está pegado por detrás del mostrador.

—Cualquier día salimos ardiendo —comento mirando a mi alrededor. Cajas apiladas de cualquier manera y telarañas, muchas telarañas. Es lo que tiene no tener jefes, que te invade la desidia—. Deberíamos limpiar un poco.

—Tienes razón —murmura—. Lo que no pasa en diez años, pasa en diez minutos. —Abre los ojos después de murmurar un rato, sopla las velas y se gira hacia mí—: Hay que dar gracias al señor X, Azul —repite, como cada día—. Por cierto, nunca te lo he preguntado, pero, ¿por qué tus padres te pusieron Azul? ¿Será por tus ojos?

—Sí, Piluki, me lo has preguntado muchas veces, y siempre te respondo que no lo sé.

—Será por tus ojos —repite sin parpadear—. Son los ojos más azules que he visto nunca.

Iba a contestarle que un recién nacido suele tener los ojos grises, que es cuando mis padres decidieron mi nombre, pero alguien está llamando a la puerta, y la explicación de todo lo que estoy pensando ni siquiera es tan importante como para malgastar saliva en hacerlo.

—¡Es que no podemos descansar ni un segundo! —se queja Piluki—. No, déjame a mí.

Me adelanta como un huracán enajenado y abre la puerta a una de las dependientas de la zapatería de enfrente.

—Hola, reina —la saluda. Para ella, todas somos reinas.

—Buenos días, Piluki. ¿Qué tal está tu gato?

—Mi Pepe está bello, mira —dice, sacando el móvil—. Míralo, ahí tumbadito como un conejo—añade con voz de bebé.

Es que Piluki es amante de los gatos y de todos los animales del mundo. Tanto es así, que en la película de *Godzzila*, iba con el lagarto. Ni siquiera puede ver *El Planeta de los Simios* porque dice que le dan pena esos pobres monos con ínfulas de poder.

—Está precioso, Piluki, ya es famoso en toda la calle —dice la zapatera con una sonrisa.

—Es que para mí no es un gato, es más que una persona.

La escucho desde atrás pensando que la pobre mujer no sabe hasta qué punto es cierto. Si a mi compañera le dieran una pistola y tuviera que escoger entre su gato y ella, no le habría dado tiempo a escuchar el final de la proposición que la zapatería se quedaría sin abrir un tiempo por defunción.

—¿Me das el periódico? —pide tras un incómodo silencio en el cual creo que todas estamos pensando lo mismo.

—No nos quedan, reina, y no vamos a tener más —miente mientras corretea hasta el mostrador y esconde con la pierna la torre de periódicos. Da igual que piropeen a su gato, ella es inflexible hasta la médula.

—Oh, vaya…

—¿No quieres mirar algo para decorar tu casa? —le propone. Señala las vitrinas con jarrones y cachivaches africanos, después dirige su dedo hacia el arte japonés en todas sus formas, incluyendo abanicos que parecen bastante antiguos, para terminar con un cajón de joyas que nunca hemos sabido si son auténticas, aunque sospechamos que no—. Cómprale algo a tu madre, que la tienes abandonada.

—Otro día —responde mientras busca con desesperación el pomo de la puerta para huir—. ¡Gracias!

Después llega Nerea, secretaria en unas oficinas muy cerquita de aquí. Está buscando piso y, por lo visto, este periódico tiene muy buenos anuncios inmobiliarios.

—Me queda el último, reina —le dice Piluki, apiadándose de ella.

Después vienen Demian, Leticia, Enric Solano, Conchi… Y todos a por lo mismo.

—¿Ves lo que te digo? —se queja en cuanto Conchi sale por la puerta—. Solo entran a por esos periódicos.

—Al menos entran.

—¿Y para qué queremos que entren si ni siquiera ganamos nada con la venta de esos periodicuchos? ¿Para trabajar en balde?

—Bueno, eso de trabajar… —digo con una carcajada.

—Ahora mismo llamo al de la edición y le digo que no nos envíe más. Es que aún no sé para qué accediste, y menos sin llevarnos comisión. Y lo peor de todo es que lo hemos hecho por nuestra cuenta y riesgo, sin consultar primero.

—¿A quién? ¿Llamamos a Los Ángeles para que nos den el teléfono de Harrison Ford?

—Jerarquía, bonita de cara, jerarquía. No te puedes saltar la jerarquía.

—Pensé que era una buena oportunidad para ganar clientela.

—Pues ya has visto que no. Solo entran a por el horóscopo del periódico porque la del portal de enfrente asegura que gracias a él no la pilló ese coche el mes pasado, pero ni siquiera miran los jarrones. Cualquier día nos cierran el chiringuito, te lo digo yo. Hace más de tres meses que no vendemos nada. Lo único que nos salva es el consultorio del *tarot amor.*

Es que Piluki tiene un don. Puede leer las cartas, ver tu pasado, presente y futuro y, encima, emparejarte con el más indicado. Para ello hemos habilitado un rinconcito en la trastienda, lo hemos decorado muy cuqui, y conseguimos clientela gracias a un anuncio en Internet. Entran y salen de la tienda con disimulo porque, evidentemente, no lo sabe nuestro jefe, y tampoco puede saberlo ninguno de nuestros vecinos de comercio.

Salgo del mostrador y me paseo por la tienda con un ramalazo muy extraño de proactividad.

—Lo primero que tendríamos que hacer sería limpiarlo todo, porque algunos precios ya no se ven con la capa de polvo que cubre las etiquetas —comienzo a decir—; lo segundo, revisar los precios, porque…

—Los precios están bien como están —me interrumpe—. No sé quién es el inepto que los pone, pero no son los correctos.

—¿Dónde está la jerarquía en este caso? Piluki, sabes que nos inventamos los precios y como se enteren nos echan a patadas.

—¡Una cosa es la jerarquía, y otra cosa es que venga un jarrón del chino y pretendan que lo vendamos como si fuera de la dinastía Xing! No somos estafadoras, bonita de cara.

—Tampoco somos expertas en jarrones, a lo mejor sí que son de la dinastía Xing, cuestan seis mil euros, y tú los estás intentando vender por treinta. Ahí sí que se nos cae el pelo.

—¡No hay que ir a la Nasa para saber que esto es del chino de la esquina! —grita, señalando la vitrina donde tenemos colocados los dichosos jarrones.

—Mira, Piluki, estudié Historia del…

—¡Mucha titulitis y poco sentido común! —me interrumpe—. Que no, que no, que esto no son más que huevadas. Los precios están bien como están, no te hagas bola.

Es una batalla perdida. Lo peor de todo es que me da igual. Qué mala es la desidia.

—Venga, y ahora cuéntame qué tal tu cita de anoche.

—No hay nada que contar.

—¡Algo habrá que contar, pues!

Me la quedo mirando con los párpados caídos y comprendo que no parará hasta que se lo cuente.

—¿No puedes verlo con tu don?

—Nunca me has dejado echarte las cartas, pero algo me dice que no ha ido bien —responde entrecerrando los ojos.

—Pues no demasiado, la verdad.

—¿No le gustan las castañas?

—Pues no lo sé, porque en realidad te estaba esperando a ti.

—¡¡¡¿Qué?!!! —grazna.

—Te vio en agosto, cuando yo estaba de vacaciones con mis amigas, y la carta la dejó hace unos días porque no pudo venir antes por trabajo. La tienda ya estaba cerrada, así que dio por hecho que solo trabajabas tú.

Abre y cierra los labios, pero no emite sonido alguno, algo inaudito para ella.

—Que eres única, que desprendes luz, que bla, bla, bla —continúo sin intentar disimular mi frustración—. Era muy guapo, Piluki, muy guapo, pero tendrías que haber visto su cara cuando se dio cuenta de que yo no era tú. Le faltó escupirme, con eso te lo digo todo.

Hace cosas con la boca, como un pez fuera del agua que está agonizando, pero poco a poco consigue vocalizar.

—Espero que le dijeras que estoy casada, porque no quiero que se haga ilusiones ni que se le ocurra aparecer por aquí de improviso, porque me da un ataque.

—Claro que se lo dije. ¿Sabes cuántos años tiene?

—¿Cuántos?

—Treinta y dos.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¡Un neófito! ¡Qué asco! ¡Ya verás cuando se lo cuente a mi maridito! ¡Le masacra!

Su "maridito" es una mole brasileira, y no me cuesta imaginarlo como a un Hulk bailando samba.

—Pues dice que quiere escuchar de tus labios que estás casada.

—¡¡¡¿Qué?!!! Ay, no, por aquí que no aparezca.

—Es oficial —le digo—. No quiero saber nada de los hombres.

—Bueno, no todos son…

—No, de verdad, estoy cansada.

—Solo has tenido mala suerte, déjame que te vea… —comienza a decir intentando cogerme las manos.

—Es como si tuviera la negra, y les estoy cogiendo manía —le interrumpo, recuperando mis miembros robados—. Lo de anoche fue la gota que colmó el vaso, así que se acabó, me declaro oficialmente abstemia de hombres. Escojo la soledad escogida, elegida, o como se diga. Vamos, que me quedo para vestir santos.

—Mira, Azul, hay que tener uno para el gasto y otro para el gusto. En mi caso tengo dos por uno, pero soy la excepción que confirma la regla. Si me dejaras que te ayudara a ver…

—Que no, que no quiero saber nada de los tíos, de verdad, es que no sé ni por qué accedí a la cita a ciegas, y lo peor de todo es que no sé por qué pensamos desde el principio que la carta iba

dirigida a mí, y no a ti, y cuando digo "pensamos", me refiero a ti y a tu tercer ojo mágico.

—Tranquila, bonita.

—¿Soy un monstruo? —le pregunto—. Sé que el aspecto físico no es importante, que lo importante es lo invisible a los ojos según *El Principito*, pero…

—No hay mujer fea, sino marido pobre —responde con la barbilla en alto—. ¡Ja! ¡No seas pendeja! Eres una monada, y no me estoy refiriendo a la esposa del mono.

—El físico no lo es todo, de hecho, no lo es para nada —insisto porque de verdad es lo que pienso—, pero tengo tan mala suerte con los hombres que…

—¡Detente ahorita mismo! —grita, de repente—. ¿Sabes que quejarte, o escuchar a alguien quejarse durante media hora al día, reduce tu masa encefálica?

—¿Qué?

—Lo que has oído. Te empequeñece el cerebro, y no estoy dispuesta a que hagas mi masa gris diminuta, así que deja de lloriquear y quejarte todo el día, porque estás atrofiando mi psique.

Me la quedo mirando mientras pienso si eso es cierto, o lo ha visto en un reel de Instagram; por otro lado, que tengo que tener la psique muy, pero que muy tocada.

—Te conozco, Azul, y siempre haces lo mismo —continúa—. Dices que este es el último, que se acabó, que te vuelves lesbiana, y aparece otro, te guiña el ojo y volvemos a empezar. No pasa nada, no lo puedes evitar —dice con un movimiento de mano, como para quitarle importancia—. Tienes que reconocer tus debilidades, y la mayor de ellas es que se te pone un hombre delante y caes, y seguirás cayendo, y ellos, que huelen la debilidad a kilómetros, lo saben. Acéptalo.

—No soy débil, y no voy a volver a…

—Shhh, que viene Fionita con el informe diario. Mira que es previsible, siempre, cada día, exactamente a la misma hora. ¡Reina! —grita en cuanto nuestra vecina abre la puerta, interrumpiendo mi crisis existencial—. ¡Te digo una cosa! Contigo un francotirador no

tendría que llegar a su puesto ni cinco segundos antes. ¡¿Qué tal tus vacaciones?!

Fionita es la dueña de la clínica veterinaria de la esquina, y todos los días viene a ponernos al día de los cotilleos de la calle. Piluki y yo nos enteraríamos de más cosas si tuviéramos los cristales de los escaparates limpios, pero han ido cogiendo una capa de mugre marrón que nos bloquea el campo de visión, y parece que limpiarlos no entra en nuestros planes a corto plazo, ni a largo, la verdad sea dicha. Además, nos viene bien el secretismo para nuestro negocio del *tarot amor* y para espantar a los pesados que solo quieren mirar.

—Os he echado de menos —dice en cuanto entra. Se acerca hasta el mostrador, y se apoya justo enfrente de nosotras—. Mis vacaciones fenomenal, como siempre, y está corriendo el rumor por la calle de que ayer tuviste una cita a ciegas —me dice levantando las cejas.

Piluki y yo nos miramos, y decimos a la vez:

—¡La vieja del quinto!

—¿Quién?

—Te lo ha contado la anciana que vive justo aquí arriba —le explico—. En el quinto. ¿A que sí?

—A mí me lo ha contado Mamen, la de la panadería. Y a ella se lo había contado Raquel, de la farmacia. Pero qué más da, cuenta, ¿qué tal fue? —pregunta con ojillos de ilusión.

—¿No te han dado ya todos los detalles? —replico con una mueca.

—Ha dicho algo de que en el restaurante había una rata y que te había entrado algo en el ojo y que no veías, pero tampoco mucho más. Ah, y que era majo.

—Pues ya te has enterado de todo, no hay mucho más que contar. Había una rata, aunque en esta ocasión llevaba zapatos, camisa y pantalones, yo no veía nada y… ¿He dicho que era majo? Ahora que lo pienso, no lo era. En realidad, quería ver a Piluki, no a mí —añado, inclinándome hacia delante.

—¡¡¡¿Qué?!!!

—La carta era para ella.

—¡No!

—¡Sí! —exclamo.

—¡No! —repite—. ¡Imposible!

—¡Oye! —salta Piluki—. ¡Un respeto! ¡Que este huevo aún quiere sal!

A veces, Piluki tiene unas expresiones que no sé muy bien qué significan, aunque puedo intuir por dónde van, porque la mayoría son sexuales.

Me dispongo a contarle todo con pelos y señales, aun sabiendo que en menos de diez minutos lo sabrá toda la calle y parte de la de al lado, cuando vemos llegar a nuestro repartidor de paquetes *from* el señor Hunter, míster X para nosotras, con una bolsa hasta arriba de cositas.

—Nena, que llega Diego —me avisa Piluki—. Pufff, qué pereza, ahora a etiquetarlo todo…

—Sabes que lo dejaremos en una esquina de la trastienda durante meses —le susurro justo antes de que entre, a lo que me responde con un pisotón por debajo del mostrador.

—¡Buenos días, chicas!

Ambas nos enderezamos, metemos tripa y ponemos nuestra mejor sonrisa. Es que no sabemos si Diego tiene contactos directos con el jefe. Incluso una vez pensamos que podía ser él, y que estaba participando en el programa *El jefe infiltrado*, pero después nos dimos cuenta de que la mezcla de aburrimiento mortal con imaginación infinita puede resultar muy peligrosa. Y la verdad es que le estuvimos tirando del pelo para ver si llevaba peluca, pero eso preferimos no recordarlo ninguno de los tres.

—¡Diego! —canturreamos. Cuando queremos, sabemos ser muy pelotas.

—¿Cómo van mis chicas? —pregunta mientras deja en el suelo el saco que nos trae. Este es grande, casi más alto que él, y parece muy pesado, pero lo deja caer al suelo sin cuidado, y juraría que acaba de sonar a que algo acaba de romperse. Es que así no nos podemos tomar en serio "las reliquias de valor incalculable". Si viniera alguien trajeado con guantes blancos y maletines con

combinaciones de seguridad, otro gallo cantaría—. ¿Os habéis ido ya de vacaciones?

—Yo sí —respondo—. Piluki aún no.

—Lo bueno siempre hay que dejarlo para el final, rey —dice mi compañera.

Para ella, todos son reyes.

—¿Qué tal, Fionita? —saluda a nuestra vecina de comercio.

—Pues ya me ves, estoy como una rosa —responde con ojitos. Es que le gusta Diego, y ella, que es muy cuca, conoce el horario del repartidor mejor que él mismo—. ¿Alguna novedad en tu vida?

Diego niega con la cabeza, y busca en el bolsillo el albarán de entrega para que se lo firmemos.

—Nadie me quiere, Fionita.

Piluki y yo ponemos a darnos patadas detrás del mostrador, y con muy poco disimulo, porque de eso no tenemos, firmamos el albarán mientras no quitamos los ojos de la parejita. Llevan meses así, pero ninguno da el paso.

—Rey —salta Piluki—, tú que eres un hombre de mundo…

—Bueno, soy de Albacete.

—¿Acaso Albacete no forma parte del mundo?

—Sí, pero…

—Lo que yo decía. ¿Aún no has descubierto de dónde vienen estos paquetes? Queremos una dirección concreta, no nos vale que vienen de Edimburgo, que eso ya lo hemos descubierto nosotras solitas.

—Pues sé lo mismo que vosotras. Nada más.

Piluki y yo nos miramos con los párpados entrecerrados, y no sé lo que está pensando ella, pero yo estoy dudando de si es más efectivo atarle en la trastienda hasta que confiese, o intentarlo con halagos.

—Seguro que sabes algo más, que se nota que eres muy listo —insisto, optando por la opción que no puede llevarme a la cárcel.

—Qué va, si lo supiera os lo diría.

—Es muy importante que comprendas que necesitamos saber quién es —insiste Piluki—. Poder preguntarle si está contento —comienza a explicar, utilizando los dedos para darle más énfasis, a lo

que Diego mira alrededor, a todo el polvo y la mugre, y hace una mueca—, y anticiparnos a un despido fulminante. Mira, te voy a decir una cosa…

—Estoy pensando que podías darme tu móvil —salta Fionita sin andarse por las ramas e interrumpiendo a Piluki en uno de sus discursos trascendentales—. Por si algún día tienes que entregar algo y ellas no están.

—Nosotras siempre estamos —responde mi compañera con el mentón en alto, a lo que le doy otro pisotón—. Aunque sí que nos vendría bien en caso de emergencia —añade con rapidez.

—De acuerdo —accede más rojo que un tomate.

Intercambian los teléfonos sin poder ocultar las sonrisas, salen juntos de la tienda como si de repente Piluki y yo nos hubiéramos evaporado, y se despiden con timidez en un "ni te doy un beso ni dos, y tampoco la mano, así que al final te doy una palmadita en el brazo mientras mis piernas van en una dirección y mi torso en la otra".

Ohhh, qué monos…

—¿No podíamos hacer una excepción con Fionita y mirar si tiene futuro con Diego? —le pregunto con voz ñoña.

—No —niega tajante—. Nadie de esta calle puede saber lo del *tarot amor* porque se nos cae el pelo, bonita. No podemos hacer excepciones, ni siquiera con ella. Además, parece que sabe lo que hace, no te preocupes.

—Es que son tan monos…

—Venga, al lío —dice Piluki en cuanto dejamos de *mal verlos* a través del cristal lleno de mierda—. Veamos qué nos traen.

Compruebo la hora en el móvil y suspiro.

—¿Ahora? Ya son las doce y media.

—¿Y?

—Pues que entre que lo desempaquetamos todo, comprobamos el albarán, lo apuntamos en el registro de… —me detengo con media sonrisa cuando veo su cara—. Vale, vamos a trabajar un poco —accedo con los ojos en blanco.

Qué mala es la desidia.

Lo arrastramos hasta la trastienda entre las dos porque pesa más que otras veces.

—Cualquier día llega un cadáver y, en vez de llamar a la policía, le pones el precio y andando—me quejo.

—Te voy a decir una cosa…

—No, Piluki, no será solo una, y lo sabes.

Me callo cuando levanta la ceja y hace un gesto con la mano para que me calle.

—A veces deberías tener cuidado con lo que dices, porque va directamente de tu cerebro a tu lengua. O, mejor dicho, va a tu lengua sin pasar antes por tu cabeza.

—¿En serio, precisamente tú, me estás diciendo eso? —replico.

Abrimos el bolsón y empezamos a sacar paquetes. Recuerdo que, cuando llegué a la tienda, recién salida de la universidad, rescataba cada paquete con sumo cuidado, con delicadeza, como si estuviera en El Prado restaurando un Goya, pero Piluki me puso al orden en muy poco tiempo, así que ahora parecemos dos niñas pequeñas abriendo regalos en Navidad, es decir, sin ningún miramiento.

—¡Otro jarrón! —exclama Piluki—. ¿Pero, esto qué es? ¿Un rastrillo de Marruecos?

—Nunca has estado en Marruecos.

—He visto muchas películas, que para el caso es lo mismo.

—Mira, una alfombra.

—Dos alfombras.

—¿Esto qué…?

—Es una lámpara.

—Parece una lámpara de piel humana —digo con asco, separándome de ella.

—¡Espera! ¡No toques nada más! —grita—. Voy a por el agua bendita. ¡Qué cabeza! Cada vez estamos más desastrosas.

Corretea moviendo el culo hasta la esquina del *tarot amor,* y regresa con el típico fus fus que utilizas en la playa para refrescarte mientras tomas el sol.

—A ver si vamos a estropear algo —digo mientras la Azul del pasado, esa que estudiaba mucho y se tomaba todo muy en serio,

recuerda la primera lección de cualquier restaurador: nunca eches agua. Jamás dijeron nada de agua bendita, pero me da en la nariz que lleva los mismos componentes que el agua no bendecida por Dios—. Déjalo, Piluki, que no pasa nada —le pido, sufriendo lo indecible.

—i¿Cómo que no pasa nada?! ¡Eso está maldito! —grita, señalando un espejo que vino hará un año, y desde que lo desembalamos lo tapó con un trapo y ahí se ha quedado—. ¡Eso está maldito! ¡Y eso! ¡Y eso! ¡Y eso está poseído! —añade con el dedo apuntando directamente a un cuadro de un payaso bastante tétrico.

—A eso le puedes echar toda el agua que quieras, a ver si consigues borrarle la cara.

—¿Y esto? ¿Eh, listilla? —dice ahora, destapando un tablero de la ouija medio quemado.

—Vale, eso seguro que lo está. No lo mires mucho, que me da mal rollo. ¿De dónde saca el señor X las cosas? ¿De un basurero? —me quejo, abriendo otro paquete que parece que tiene pañuelos de tela—. Creo que nuestro jefe padece el Síndrome de Diógenes.

—No, es un arqueólogo, viaja por el mundo, y aquí nos envía las cosas que ya no caben en su castillo escocés, como Lara Croft, pero en macho *men*. Es un highlander de esos que salen en las novelas románticas, con falda, tres piernas como tres troncos, y un pecho donde podrías rayar queso.

—Pues yo creo que es un viejo obsesionado con la basura.

—No toques nada más hasta que haga efecto —dice, empapándolo todo—. A saber de dónde viene, seguro que de la Conchinchina.

—Me huele a lejía —acuso con el ceño fruncido.

—He echado un chorrito de nada al agua bendita, porque los gérmenes y las bacterias son muy peligrosos, pero no incompatibles con el poder divino. ¿Sabes que la primera causa de muerte ahora mismo es debido a las superbacterias que son inmunes a los antibióticos?

Debería llevarme las manos a la cabeza, pero…

—Vale —respondo, encogiéndome de hombros—. Pero lo de las superbacterias te lo acabas de inventar.

—¡No seas pendeja! ¡Como lo que me contaste tú de la zombificación de Haití la semana pasada!

—Lo de la zombificación es verdad.

—Pues lo de las superbacterias también.

—Echa más lejía, no vaya a ser.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Es que las dos somos bastante aprensivas, la verdad, y quien decidió juntarnos no sabía lo que estaba haciendo porque nos retroalimentamos mutuamente.

Miro la hora en el móvil y compruebo en la agenda que no tenemos una cita del *tarot amor* hasta dentro de una hora, justo antes de la comida.

—¿Nos hacemos las uñas? —le propongo.

—Vamos.

Echo la llave a la puerta de la tienda sin colgar el cartel de cerrado porque aquí hay mucho cotilla y, además, a estas horas no viene nadie, y sigo a Piluki hasta nuestro rincón secreto. Nos sentamos una frente a la otra, pero, en vez de coger la cajita de esmaltes, coge la suya.

—¡No! —grito.

—¡Calla!

Saca sus cartas, las coloca boca abajo en el centro de la mesa y me las señala.

—Barájalas. Venga, que te las voy a leer.

—¡Nooo!

—¡Cógelas, pues, y déjate de huevadas! ¿Por qué te escondes?

—No me escondo.

—Te escondes, Azul, puedo verlo. Te escondes detrás de tus amigas, de mí, y de cualquier pendejo que aparece guiñándote el ojo.

—Vale, échame las cartas.

—Muévelas bien.

Las pongo delante, detrás, y las descoloco hasta que me dice que las parta en tres montones.

—¡Con la mano izquierda! —me regaña.

—Vale…

Y, de repente, coloca mis manos sobre las cartas y pone las suyas encima.

—Piluki, tus manos están ardiendo.

—Y otras partes que no te voy a decir. Lo tengo como magma volcánico.

—¿Por qué todo lo que dices suena a sexual?

—Porque soy del Amazonas, bonita.

—En serio, tus manos están ardiendo.

Cierra los ojos y empieza a decir:

—Quiere saber. Quiere saber. Azul quiere saber. Espíritus de luz, respóndanme, díganme, Azul quiere saber. Respóndanme.

Quita las manos, recoge las cartas, y las ordena en un solo montón. Acto seguido, las empieza a colocar boca arriba una a una y, cuando lleva cinco, hace una mueca y dice:

—Puedo ver pasado, presente y futuro. En el pasado veo… Hay un trauma, un trauma profundo, enquistado, que te impide avanzar.

—No tengo ningún trauma, solo soy gilipollas y me voy con el más cabrón que encuentro.

—Siempre buscas a alguien que te cuide —sigue, la muy pesada —, un hombre que sane tu sentimiento de abandono…

—No tengo ningún sentimiento de abandono —la interrumpo con los ojos en blanco—. Mi madre es lo más pesado que te puedas echar a la cara, y mi padre no me dejaba ir sola ni a comprar el pan. Por eso me vine a Madrid, porque en casa me siguen tratando como si tuviera tres años.

—Veo que has conocido a muchos hombres, y ninguno de ellos aparece en tu futuro —sigue.

—Pues menos mal…

—Veo muchas espadas. Veo que tu vida no está alineada. Estás triste, las cosas no te salen bien.

—No me digas. Eso lo sabe hasta el niño de la esquina que siempre está jugando a las canicas. Por cierto, qué mal rollo me da ese niño.

—Pero también veo a un hombre que está en tu camino, y que vas a conocer pronto —dice concentrada—. Salen muchos oros, tiene dinero. Uhmmm, buena señal. Sí, viene un hombre, está claro.

—¿Seguro que viene un hombre? A ver si va a ser un Ewok, que yo ya me espero cualquier cosa.

—¿Qué es un "*Iguok*"?

—Un enano disfrazado de osezno. Lucharon en la rebelión de *Star Wars*, pero creo que todos murieron hace siglos. Mejor dicho, se extinguieron, así que ya no podrás encontrarlos en ningún zoo —bromeo.

—No seas pendeja, sabes que yo no voy a esas prisiones para animales.

—¿Por qué? ¿Porque te da miedo que te encierren con ellos?

—Esto es serio, Azul, los harás enfadar.

—¿A quién?

—¿Quién crees que coloca las cartas?

—Eh… ¿Tú?

—¡Son los espíritus, pues! Sí, veo a un hombre entrando en tu vida, y se cruzará en tu camino. Tiene mucha plata.

—¿Con dinero? Ufff… Ya sabes que no soporto a los pijos. Como sea un Borjamari, le dices a tus cartas que le devuelvan al yate en el que ha venido.

—El dinero nunca sobra, bonita.

—El dinero corrompe a las personas. Bueno, eso no lo sé porque nunca he tenido dinero, pero la gente así me cae mal. Será que les tengo envidia.

—¡Cállate, pues! ¡Que las cartas están hablando! Sí. Me sale el rey. Es guapo, y un poco más mayor que tú.

—¿Un poco? A ver si va a ser un viejo.

—No, pendeja, no es un viejo.

Sigue echando cartas, se concentra, arruga el entrecejo y niega con la cabeza.

—No, esto no me gusta…

—¿Qué pasa? No me asustes.

—Hay algo que no…

—¡¿Qué?!

—Las cartas no me lo están mostrando todo. Vas a conocerle, pero después no puedo ver tu futuro.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues si no puedo ver tu futuro… —susurra claramente preocupada—. Nada, no te preocupes, no pasa nada.

—¡Sí que pasa! ¡Tendrías que verte la cara ahora mismo! ¿Qué estás viendo? ¿Voy a morir?

¡Piluki!

Su mirada me hiela la sangre, sin embargo, no dice más, recoge la baraja y la guarda corriendo, como si de repente tuviera un petardo metido por el culo.

—¿Voy a morir? —le vuelvo a preguntar, persiguiéndola por la trastienda.

—Ay, ya, déjame, pues.

Capítulo 4

Azul

—Hola, mi amorcito bebé —dice Piluki por el móvil. No sé si está hablando con su marido, su hijo o su gato—. ¡Y a mí qué carajo me estás contando! Sí, te he dejado la comida en el frigorífico… Sí, yo también te quiero… ¡No me trabajes el sentimiento, y no me amenaces, pues!

Y cuelga.

—¿Quién era? —pregunto.

—Mi marido.

—¿Con qué te ha amenazado?

—Me ha dicho que va a estar conmigo toda la vida.

—Qué mono.

—Te voy a dar un buen consejo: la gente no tiene lo que merece, la gente tiene lo que permite.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que, cuando empieces una relación, ten claro que, si no se comporta o no es como tú quieres, no es porque no te merezcas a alguien mejor, es porque le permites comportarse así contigo.

—Qué bonito suena —replico con sarcasmo—. La realidad es otra.

—Hazte valer, Azul. Ya que no eres capaz de cerrar las piernas cuando un hombre te mira, al menos, que te trate como a una reina, que es lo que eres —afirma muy segura de sus palabras mientras sopesa el precio de la lámpara de piel humana. Nadie nos ha dicho que lo es, tampoco viene con un certificado adjunto que indique: "pellejo de Paco", pero tiene una pinta que no sé yo—. ¿Qué dices? ¿Cincuenta euros? En la etiqueta pone quinientos, pero a lo mejor se le ha ido un cero sin querer. ¡Nadie va a pagar cien euros por esto,

Azul! ¡No hay que ir a la Nasa para saber que esto ha salido de un rastrillo!

Miro de reojo el esperpento, entorno los ojos como si eso fuera a darme una lucidez propia de los dioses, y pregunto:

—¿Funciona?

Piluki la lleva hasta un enchufe y…

—No, no funciona.

—Ponla en la trastienda —decido después de mirarla desde todos los ángulos y decidir que es más fea que pegarle a un padre.

Llevamos toda la mañana sacando cosas, y es que no hay manera de motivarnos. Pañuelos que se deshacen en las manos, alfombras polvorientas, jarrones y más jarrones…

Además, desde que ayer Piluki vio en sus cartas mi futuro incierto, he de reconocer que estoy bastante intranquila, y no es para menos, porque yo sé que tiene un don y que es real. A veces, sin venir a cuento, dice cualquier cosa y acto seguido se cumple, como cuando me advirtió de que tuviera cuidado con la caja registradora, y a los cinco segundos se rompió, o cuando piensa en voz alta que va a venir o llamar Pepita Pérez, y aparece de repente. ¡Por eso siempre me he negado a que me eche las cartas! Madre mía, va a darme un infarto.

—¿En qué estás pensando?

—¡¿Qué?! —grito sobresaltada—. ¿Ha vuelto Tomás?

—Olvídate de Tomás, es historia, bonita, que la gente tiene la piel muy fina. Ya estás con esa cara de acelga. ¡Azul!

—¡¿Qué?!

A veces me pega unos gritos que cualquier día me quedo seca en el sitio.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—¿Cómo?

—¿Qué haces aquí? Llevamos tres años trabajando juntas, y sigo sin entender qué estás haciendo aquí.

—No te entiendo.

—Claro que sí, no te hagas la pendeja.

—Oye, ¿crees que eso es un Satisfayer del pasado? —pregunto para cambiar de tema, señalando el palo raro que tiene entre las

manos, y que corre a tirar al suelo.

—Yo sé por qué estoy aquí —dice muy seria—, pero sigo sin entender qué estás haciendo tú; cuanto más te conozco, más sospecho que estás escondida de ti misma y de tu vida.

—Oye —digo tras tragar saliva.

—¿Qué?

—¿Por qué no utilizas tu poder para ver quién es nuestro jefe? Y ya de paso podrías mirar los números de la lotería.

—Nunca hablarás de ese tema, ¿verdad?

—No hay nada de qué hablar. Estoy aquí porque siento que no valgo para nada más. Soy de esa generación perdida que pudo estudiar lo que quiso, con mucha ilusión y pensando que podría comerse el mundo, pero que, tras una crisis y otra, el mundo se nos comió a nosotros. Venga, vamos a mirar quién es nuestro jefe.

—Mira, Azul, si no encajas, rompes el puzle y a tomar por culo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no puedes rendirte tan fácilmente.

—Ya, bueno, supongo que no tengo lo que hay que tener. Creo que he crecido con todo lo que he querido y, al hacerme mayor, cuando me toca ganármelo, no sé luchar porque nunca lo he hecho. O a lo mejor es que nunca me he visto en una situación límite para ver hasta dónde soy capaz de llegar, no lo sé. La cuestión es que soy una conformista de mierda. Venga, mira a ver quién es nuestro jefe.

—No puedo ver nada sobre mi vida, o sobre algo que esté relacionado con ella —responde tras un largo suspiro y una de sus miraditas.

—¿Por qué?

—Supongo que porque un poder así solo puede ser altruista.

—Pues bien que cobramos a los del *tarot amor* —susurro.

—¿Qué?

—Nada.

Aunque intento distraerme con las cosas que voy sacando del saco, la idea de que algo malo va a ocurrir regresa a mi mente una y otra vez, hasta que, de repente, meto la mano hasta el fondo y toco algo que me llama la atención.

—Uy, parece un libro muy grande…

—¡¿Qué dices?!

Creo que Piluki se está quedando sorda, y lo peor de todo es que estoy convencida de que la sordera se la está provocando ella solita con los gritos que mete.

—¡Nada!

Lo saco y me voy al mostrador. Rasgo el envoltorio con los dedos y mis labios forman una "o" silenciosa.

Un libro de cuentos infantiles de aspecto bastante antiguo, con una encuadernación preciosa, muy trabajada, labrada en dorado y con los dibujos hechos a mano alzada, juraría que incluso con pincel, y con trazos al detalle. Acerco la nariz y huele a auténtico. ¿Cómo lo sé? Ni idea, pero sé que no es cualquier falsificación. En el lomo tiene una abertura y, dentro de ella, una pluma y un bote de tinta, ambos intactos.

—Vaya… ¡Piluki! ¡Ven!

Mi compi acude correteando y se coloca a mi lado.

—¿Otro libro? —se queja.

—No parece que sea un libro cualquiera. Mira, es único, no hay más ediciones —leo al reverso de la primera página.

—*Los cuentos de Mamá Ganso,* de Charles Perrault —lee Piluki en voz alta—. A ver si hay alguno de los que me contaban cuando era pequeña mientras me hago la manicura —me pide.

Miro a mi alrededor, después enfoco al suelo, a esa pelusa que recorre la tienda desde hace días como si estuviéramos en el salvaje oeste, y paso a la siguiente página porque, total, no tenemos nada mejor que hacer.

El libro comienza con una moraleja.

—Mira, Piluki, esta frase me gusta.

—¿Cuál? —pregunta más concentrada en sus uñas que en el cuento.

—*Poca elocuencia es señal de mucho amor* —leo—. Y tanto, uno de mis ex no dejaba de hablar de tonterías, así que mucho no me quería.

—Eso no son más que bobadas. Te voy a enseñar una lección que sí que es útil.

—Sorpréndeme.

—Nunca discutas con un idiota. Te arrastrará a su nivel y te ganará con la experiencia.

—No lo aplicas mucho, ¿verdad? Porque para ti, todos son idiotas, y estás constantemente discutiendo.

—¡Ja! Así es, pendeja, así es.

El cuento comienza con *Caperucita Roja*. Empieza tal y como conozco la historia, pero, al final, ¡el lobo engaña a la niña y se la come!

—¿Qué pasa? —pregunta cuando no leo el final en voz alta.

—No me gusta este libro. El lobo termina comiéndose a Caperucita. Yo pondría que Caperucita mata al lobo y se hace una capa de invierno con su piel.

—¡¿Qué?! —grazna—. Pobre lobo. No, yo pondría que Caperucita le reeduca para que no sea tan asesino.

Sigo leyendo.

—*Barba azul*, a ver con qué nos sorprende… ¡Qué fuerte! ¡La chica se encuentra a un montón de mujeres degolladas en el sótano!

—¿Qué?

Leo por encima con rapidez, y llego hasta la moraleja.

—Mira, Piluki, presta atención: "aunque el marido devorado por celos esté, le domina la mujer con dulzura y talento. Para que haya paz en casa, ya sabéis cuál es el medio".

—¡¿Perdona?! —exclama Piluki, tan indignada como yo—. No, no, no, se acabó, dame este libro, que le voy a meter un buen correctivo. ¡Te voy a decir una cosa! —exclama—. ¡Estoy harta del patriarcado opresor que nos alecciona desde niños! Los cuentos deberían hablar de mujeres empoderadas que no aguantan mamonadas de ningún hombre y que labran su futuro por ellas mismas, sin que parezca que el destino final de una niña de bien sea el de casarse con cualquier pendejo.

—Te doy toda la razón y, aun así, ayer me echaste las cartas cuando te dije que pasaba de los hombres.

Se me queda mirando con ojos de gata, porque dicen que los animales y sus dueños acaban pareciéndose, y comienza a soplar una uña despacio y sin parpadear.

—¿Ves hasta qué punto nos han inculcado estos valores machistas? —replica—. Incluso yo, estandarte de la igualdad y libertad, intento que la gente sea feliz a través de mis poderes de alcahueta.

—Ya, bueno, a veces es muy difícil desarraigarse de lo que te han enseñado desde pequeña —digo mientras doy un sorbito de agua con la mala suerte de que se me derrama sobre el libro—. ¡Joder!

—¿Qué?

—Nada…

Intento secar la esquina de la página, pero entonces…

—Oh, no…

—¿Qué? —vuelve a preguntar sin apartar los ojos de las uñas.

—Se ha borrado la última palabra del cuento —digo sin entender muy bien qué acaba de pasar.

—¿Cómo?

—Que se me ha caigo un pelín de agua sobre la hoja y se ha borrado la última palabra.

—¿Cómo que se ha borrado? Se habrá enguachinado.

—No, se ha borrado. Mira, aquí ponía "desgracia", y ya no está.

Me aparta a un lado y veo que coge la pluma, abre el bote de tinta, impregna la punta y…

—¡¿Qué haces?!

Del susto, pega un respingo.

—¡Escribir la palabra, pues! Soy experta en caligrafía.

Es que Piluki es experta en muchas cosas.

—No sé si es buena idea… —digo cuando se inclina sobre el papel y se pone a escribir.

—Ya está —celebra cuando termina de infringir la segunda norma de los restauradores: prohibido enmendar un daño sin la aprobación de un experto—. ¿Ves? Aquí no ha pasado nada. No hay que ir a la Nasa para escribir en un cuento infantil.

Me asomo por encima de la hoja con la ceja en alto, y compruebo que, aunque Piluki le ha puesto ganas y buena intención, ha quedado fatal.

—¿Y si lo borramos y lo volvemos a intentar?

—No, está bien así —sentencia—. De hecho, voy a borrarlo todo y escribir cosas más interesantes, porque esto me aburre soberanamente. Me aburre —repite, marcando cada palabra con énfasis.

Es que a Piluki le aburre todo.

—No puedes hacerlo.

—Me ha gustado eso de escribir. Quién sabe. Lo mismo me convierto en una *best seller*.

Lo protejo entre los brazos cuando veo que coge la bayeta, y voy andando hacia atrás hasta que me choco con los jarrones chinescos.

—¡Trae ahorita mismo esa aberración, que voy a hacer una buena limpia!

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto, abrazándolo aún más.

—¡Borrarlo, pues! ¡Y escribir cosas sobre las leyendas del Perú, esas sí que son interesantes, no como estas historias para tontos! ¡Dame el cuento, que voy a reescribirlo!

—Es un cuento muy antiguo que…

—No te hagas bola y dámelo.

—¡No puedes borrar un cuento antiguo, Piluki, hay límites!

—Qué más da, no va a enterarse nadie. Mi madre me contaba unos cuentos muy bonitos cuando era pequeña. De Chullachaqui, de Sachamama, de Yacuruna, de Ayaymama…

—¿Cómo eres capaz de pronunciar eso sin que se te enrede la lengua? Te estás inventando palabras absurdas.

—¿Y eres tú la que ha ido a la universidad? Qué atrevida es la ignorancia —replica con el mentón en alto—. Es importante conocer las tradiciones y leyendas ancestrales, y por eso voy a borrar los cuentos más insulsos y escribir otros que sí que son…

—Ya sé que solo te impresiona la gente que trabaja en La Nasa —la interrumpo—, pero te recuerdo que estudié Historia del Arte, me especialicé en Restauración, y que esto que quieres hacer es inadmisible para alguien como yo.

Corro a la trastienda, cierro la puerta y echo el pestillo. Los piececillos de Piluki asoman por debajo, y al final acaba metiendo la

bayeta. Una bayeta tan sucia que podría cobrar vida, por cierto.

—Vengo ondeando la bandera en son de paz —dice al otro lado de la puerta.

—¡Que nos conocemos!

—¡Abre, pues!

—¡Voy a esconderlo para que no puedas encontrarlo!

—¡No seas pendeja!

—¡Lo hago para salvarte de ti misma!

—¡Calla, que viene Fionita! ¡Ya que estás ahí, tira la basura, que un día nos va a comer la mierda!

Aprovecho el desconcierto y empiezo a buscar entre los estantes un lugar donde Piluki no pueda encontrarlo, pero parece que ahí fuera el cotilleo va para largo, así que me siento en la mesa del *tarot amor* y sigo leyendo.

El gato con botas, lo mismo de siempre.

Las hadas, donde dos hermanas se disputan la mano de un príncipe, y al final se casa con la que vomita diamantes.

—Qué típico —musito sin apartar la vista de las palabras.

La Cenicienta. Vale, el cuento tal y como lo conozco, pero tengo que hacer un esfuerzo para no darle el libro a mi compañera, porque ya me estoy cansando de que todas las protagonistas tengan que ser las más bellas, las más buenas y las más obedientes, como si las mujeres solo pudiéramos aspirar a ser guapas y tontas.

Cómo se nota que esto lo ha escrito un hombre.

¿Roquete del Copete?

Una hermana muy guapa pero tonta, y la otra muy fea, pero muy lista. Al final se casa con la guapa, que se hace lista, y él, que es más feo que un pie, pero muy listo, sigue siendo un esperpento, pero ella le ve guapo porque le quiere.

¡¿Pero esto qué es?! No pasa nada cuando él es feo, pero ella tiene que ser guapa sí o sí. ¡Vaya mierda de cuentos infantiles!

Meñiquín. Unos padres bastante cabrones que abandonan a sus hijos. Qué bonito…

Grisélida. El marido desconfía de la esposa, esconde a su hija en un convento y le dice a la pobre mujer que la niña ha muerto; tras años y años de llorar… ¡Sorpresa! ¡No estaba muerta, estaba de

rosarios! Y encima la mujer no piensa ni por un momento en pedir el divorcio y denunciar a su marido por maltrato psicológico.

—Bueno, bueno, bueno —murmuro más cabreada que una mona—. ¿Qué clase de cuentos son estos? Ahora todos preocupados porque los niños estén enganchados a las pantallas, cuando nos han estado torturando con esta clase de historias desde pequeños.

Miro de reojo el libro y decido terminarlo.

Los deseos ridículos.

—Este libro sí que es ridículo —murmuro al final de la historia.

Pellejo de asno.

Termino el último cuento y paso hasta la última página, donde está escrita la palabra "fin", pensando que le haría un favor a la humanidad dejándolo en manos de mi compañera, cuando siento que algo tira de mi cuerpo hacia el libro, como si estuviera siendo absorbida por una aspiradora gigante.

Capítulo 5

Azul

Estoy cubierta de… ¿Qué es esto? ¿Barro? Me huelo la mano y me llega un olorcillo que…

—¡Esto es caca!

Intento levantarme, pero resbalo una y otra vez y empiezo a lloriquear de rodillas.

—Lo tengo hasta en el pelo… ¡Qué asco! ¡Qué asco, por Dios! Los brazos, la cara, las piernas… ¡He caído en un lodazal de caca!

—¡Piluki! ¡Piluki! ¡Ayuda! —grito pensando que me he desmayado al tirar la basura, pero el callejón donde están los cubos no es…—. ¿Dónde estoy? ¿Qué es…?

Estoy rodeada de árboles tan altos que casi no veo el cielo. No se escucha nada; ni un coche, ni los típicos ruidos que acompañan a una ciudad. De hecho, me doy cuenta de que hacía mucho tiempo que no escuchaba cantar a los pajaritos.

—¿Dónde estoy?

Me levanto muy despacio, intento ignorar lo sucia que estoy, y comienzo a caminar mientras pongo en una lista mental lo que tengo que hacer:

Punto número uno: despertar. Vale, me meto un buen pellizco y sigo aquí, apestando.

Punto número dos: encontrar a alguien para pedirle ayuda, porque está oscureciendo y no hay ni una maldita luz.

Punto número tres: hasta que no se cumpla el punto número dos, no puedo entrar en pánico, así que tengo que tranquilizarme.

—Pero, ¿se puede saber dónde estoy? —lloriqueo con toda la cara llena de mocos, lágrimas y demás asquerosidades—. ¡¿Hola?! ¡¿Hay alguien ahí?! ¡¿Hola?! ¡Socorro!

Me echo las manos a los bolsillos del pantalón vaquero, pero no llevo el móvil encima. Lo dejé en el mostrador de la tienda, así que

no puedo llamar para pedir ayuda.

Mis gritos asustan a unos cuervos, que salen volando desde las copas de unos árboles directamente hacia mí, así que me tiro al suelo y chillo más fuerte. Me quedo en esa postura hasta que me aseguro de que se han ido, vuelvo a levantarme y sigo vagando por este bosque tan extraño.

A ver, no es que el bosque en sí sea extraño, lo que es extraño es que hace un segundo estaba en plena calle Barquillo, en el centro de Madrid, y un segundo después estoy en una arboleda más grande que el Retiro.

Encuentro un sendero con mucha dificultad porque hay una niebla espesa que lo cubre todo, y sigo el cauce del arroyo que queda a mi derecha. Una vez vi en un programa de televisión que, si te pierdes, lo que hay que hacer es buscar un río y seguirlo, porque en algún momento encontrarás una población cerca del agua. Lo malo es que, si sigo en Madrid y esto es el Manzanares, en cualquier momento se acabará el hilillo de agua. Por desgracia, estoy casi segura de que esto no es el Manzanares.

—¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? ¡¿Por qué?! ¿Por qué tengo tan mala suerte?

A ratos canturreo para alejar a posibles bestias nocturnas, porque ya es casi de noche y con la niebla no veo a dos palmos de mi nariz; a ratos, lloro a moco tendido; de repente, ¡veo una pequeña luz en la lejanía!

Corro, me tropiezo, caigo, ruedo hasta el arroyo y chapoteo para salir cuando me doy cuenta de que es agua, y el agua limpia la caca, así que me froto y froto todo el cuerpo hasta que toco algo viscoso pegado a mi pierna y…

—¡Sanguijuelas! ¡Ahhh!

¿Qué más puede pasarme?

¡¿Qué más?!

Me quito las sanguijuelas con mucho asco y me obligo a centrarme. Tengo que llegar hasta esa luz, y después buscar un teléfono y llamar a mis amigas, los bomberos y a Iker Jiménez para que estudie este caso de abducción alienígena.

—Venga, Azul, que tú puedes.

Sigo por el sendero hasta que voy dejando atrás los árboles, y aparecen casas, pero no las veo hasta que no las tengo a un metro. Están construidas con madera, muy rústico todo, con el suelo de la calle de tierra aplastada y con un ligero olor a pis invadiendo la atmósfera.

La luz que veía desde la lejanía es de un candil que pende de una de las puertas, pero, en cuanto pongo un pie en el primer tablón del porche, aparecen unos brazos por la ventana y se cierran las contraventanas de golpe.

Mal rollito…

Continúo calle adelante, y poco a poco voy sintiendo muchos ojos en la nuca, observándome desde la distancia; cuando me giro, las ventanas se cierran.

¡¿Se puede saber dónde diablos estoy?!

Me paro delante de un cartel de madera desgastada que dice "Taberna". Desde las ventanas sale luz y ruido, así que tiro de la puerta y entro.

En cuanto pongo un pie dentro del establecimiento, se hace el silencio y todos giran sus caras hacia mí. Quiero saludar, explicar mi situación a quien quiera escucharme, y pedir ayuda para salir de aquí lo antes posible, pero sus miradas me detienen.

Hombres de todas las edades, sentados de dos en dos y de cuatro en cuatro, invaden las mesas del lugar; vestidos de forma muy ruda, con pantalones sucios y que ya han perdido el color original, y camisas igual de estropeadas. La mayoría con bigote, sin dientes, escupiendo al suelo y terminando sus jarras de lo que parece cerveza caliente y asquerosa.

Mis pies me llevan hacia delante, pero mi cabeza quiere huir, cuando alguien abre la puerta detrás de mí, me empuja a un lado y entra en la taberna dando gritos.

—¡¿Por qué siempre estáis igual?! ¡Siempre! —les grita a los clientes, que parecen no inmutarse—. ¡¿Es que no sabéis improvisar?! ¡Estoy harto! ¡Harto! ¡Ña, ñe, ñi, ño, ñu, borriquito como tú! ¡Eso es lo que hacéis todo el día, malditos chiflados!

Voy andando hacia atrás despacio, poniendo distancia entre nosotros, porque parece el típico loco que en cualquier momento

sacará una pistola y se liará a tiros con todo el que esté en su campo de visión, cuando la puerta se abre una tercera vez en los cinco minutos que llevo aquí, y entran dos hombres gigantes, de al menos dos metros de altura, clavaditos hasta en el diámetro de los músculos de los brazos, y con la cara tapada con máscaras de metal. Ahogo un grito en cuanto los veo y me escondo detrás de una silla mientras todos, y cuando digo todos, es todos, ponen cara de pánico, se levantan de sus sillas y corren hasta la esquina más alejada en plan manada. Varios me pisan cuando corren a esconderse, y otro casi me arrolla.

—¿Qué…? —musita el loco, girándose hacia ellos—. ¿Qué pasa? ¿Qué hacéis aquí? ¡No!¡Dejadme en paz! ¡Lo siento! ¡Es que no sabía qué rimaba con hijos de puta!

Los gigantes no se detienen, lo sujetan entre los dos, mientras el hombre se revuelve como un demonio, y lo sacan del mesón arrastrándole sin esfuerzo.

—¡No! ¡Soltadme! ¡No! ¡*Hijos de puta*! ¡*Os regalaré fruta!* ¡¿*Ya estáis contentos, malditos esperpentos?!* ¡Soltadme! ¡He rimado de puta madre!

Los gritos dejan de oírse cuando la puerta se cierra. La gente, sin decir esta boca es mía, regresa a su sitio, y vuelve el murmullo de antes, como si no hubiera pasado nada. Nadie dice o hace nada más, y yo, que estoy en estado de shock catatónico con los ojos abiertos de par en par y la mandíbula a punto de desencajar, los observo con pasmo.

Salgo de mi escondite y llamo con un dedo a uno de ellos.

—Hola… Disculpe…

El hombre comienza a girar la cabeza, cuando veo que una mujer me hace señas desde el otro lado de la barra, así que correteo hasta ella y doy gracias por haber encontrado a alguien que, al menos, me mira a los ojos sin ese brillo asesino.

—Gracias —le digo en cuanto me apoyo en la barra, pero me separo de inmediato cuando me quedo pegada. Esto está más sucio que nuestra tienda—. No sé qué me ha…

Me detiene de inmediato, colocándome la mano en la boca.

—Shhh… Ven, vamos —me susurra, indicándome que pase al otro lado.

Me agacho, entro y tira de mi brazo hasta una pequeña cocina que está fuera del alcance de miradas indiscretas. Madre mía, y yo que pensaba que teníamos la trastienda hecha un desastre. Trozos de carne secos, huesos, cosas que ni siquiera sé qué son, moscas, ¡ratas!

Voy a vomitar.

—No digas nada —me advierte la mujer en cuanto cierra la puerta, y el olor se hace más intenso. Lo peor de todo es que parte del pestazo proviene de mí—. Cerca de ellos solo puedes hablar rimando, porque, si no lo haces, vendrán Los Guardianes del Verso a por ti, como acaba de pasar con ese pobre desgraciado. Entre nosotras podemos hablar en prosa, no pasa nada porque ambas somos forasteras, pero jamás digas una palabra delante de ellos si no vas a poder rimarla.

—¿Cómo has dicho? —musito. Demasiada información de golpe.

—Jamás hables delante de los *cuentareños* en prosa —dice, llevando una mano a mi melena—. Qué pelo más limpio y brillante…

—¿Cuenta qué? —pregunto mientras doy un paso atrás y miro el suyo. Más que pelo parece una maraña de rastas, y juraría que hay cositas diminutas saltando por encima.

—*Cuentañeros*. Los que son de aquí, de los cuentos.

¿Pero, esto qué es? ¿Una obra de teatro a tamaño parque temático? No creo que los actores consintieran en echarse piojos encima para darle más dramatismo, y no hay dinero en el mundo que pueda comprar tantas máquinas de humo para simular esa niebla de ahí fuera.

—¿Dónde estoy? —consigo preguntar cuando me viene una arcada—. No sé cómo he…

Vuelve a taparme la boca con la mano, me pongo bizca y veo demasiada mugre entre las uñas.

Vamos, que las tiene negras.

—Saben que eres una forastera —comienza a decir. De verdad, en cualquier momento le vomito en la cara—. Así que tienes que tener mucho cuidado cuando estés cerca de ellos.

—¿De quiénes?

—De todos —responde con rapidez, mirando a los lados con cara de loca. No sé qué está buscando, porque estamos las dos solas en una habitación enana y la puerta está cerrada. Bueno, miento, no estamos solas: hay ratas y cucarachas—. Yo también soy una forastera en este lugar. Somos pocos los que resistimos, de hecho, yo soy la más antigua. Según mis cálculos, llegué hace cincuenta años.

—¡¿Cincuenta años?! —grito.

—¡Shhh!

—Perdón, pero no me vuelvas a tapar la boca —le pido, echándome hacia atrás.

—Estaba leyéndoles un cuento a mis hijos, cuando aparecí aquí. Esquildo me acogió y…

—Disculpa —la interrumpo mientras doy saltitos para alejar a los bichos que intentan corretear por mis pies—, ¿has dicho… Esquildo?

—Sí, me acogió como su ayudante, y llevo trabajando en la taberna desde entonces. Muchos de nosotros han pasado por aquí, pero solo quedamos Manolo, el zapatero, y yo. Al hombre al que acaban de llevarse ya no lo cuento. Llevaba aquí menos de un año y enloqueció a los pocos días. Bueno, y ahora también estás tú —añade con una sonrisa desdentada—. La mayoría ha muerto bajo las garras del lobo que atemoriza al pueblo, como le pasó a Esquildo, que en paz descanse, aunque otros muchos han sucumbido a Los Guardianes del Verso. Otros forasteros han desaparecido sin más, como Peter, que salió a dar un paseo por el bosque y jamás regresó. Creo que también se lo comió el lobo.

—¿Es que hay un lobo asesino cerca de aquí?

—Sí, es un monstruo.

—¿Un monstruo?

—Todo aquel que se adentra en el bosque acaba bajo sus fauces. Por eso nunca he salido del pueblo y nunca lo haré, aunque ellos siempre intentan llevarte hasta él.

—¿Quiénes?

—Los *cuentareños*. Ellos buscan de todas las maneras posibles que te adentres en el bosque, inventándose triquiñuelas para que les sigas a través de los árboles y la niebla. No les hagas caso —añade muy seria—. Nunca.

—Vale —respondo tragando saliva.

—He tenido mucha suerte de encontrarte antes de que hablaras en prosa delante de ellos —añade con ojos de desquiciada.

—Querrás decir que la he tenido yo —la rectifico sin apenas mover los labios y con un ligero escalofrío recorriéndome la nuca.

—Las dos. Tú porque te has salvado, y yo porque ya no estaré sola nunca más. Ese "nunca más" me suena a la más terrible de las amenazas.

Miro de reojo la pared del fondo y veo que hay cientos y cientos de palitos pintados, como si estuviéramos en una cárcel, y ella, la presa, contara los días que lleva encerrada.

—¿Cuántos años has dicho que tienes? —le pregunto mientras otro escalofrío me recorre la espalda.

—Debo tener unos setenta, pero no lo sé con exactitud porque aquí no hay meses ni años. Por no haber, no hay más que un solo día, que se repite una y otra vez.

La miro de arriba abajo y, tras la capa de mugre, pelo sucio, dientes y uñas negras, hay una chica no mucho más mayor que yo.

—Es imposible que tengas setenta años —musito—. Si así fuera, no has envejecido.

Omito que estropeada está un rato, porque tampoco hay que ir diciendo a la gente las cosas que se ven por sí solas si tienes un espejo delante. Aunque, ahora que lo pienso, algo me dice que aquí no deben abundar los espejos.

—Nadie envejece —explica—. Aparecí en este lugar a mis veinte, y llevo cincuenta. Y cada día es igual, exactamente igual —responde con un encogimiento de hombros—. Puedes quedarte conmigo—me ofrece con un intento de sonrisa—. El trabajo es duro, pero no te faltará un plato de comida y una cama de paja cada noche.

—¿Es que solo se come una vez?

—En la aldea no nos sobra la comida.

—Suena muy bien todo esto que me estás contando, pero… ¿Por qué nunca te has ido?

—Porque de aquí no se puede salir —responde sin entonación, como si fuera un robot.

—Ya veo… —musito cuando mis ojos llegan hasta una fila de cuchillos afilados. Creo que me he metido en la boca del lobo yo solita, y que esta chica, no más mayor que yo, está como una puta cabra—. Bueno, pues muchas gracias…

Voy hasta la puerta, la abro temiendo que esté cerrada, pero no, y salgo corriendo por debajo de la barra para huir de esta aldea raruna.

—¡*Espera, compañera*! —escucho que me grita mientras atravieso el pasillo sin que ni uno solo de ellos se percate de mi presencia—. ¡*Ahí fuera hay una fiera! ¡Coge mi mano, y tendrás un hermano!*

—Menos mal que no ha dicho *ano* —murmuro justo antes de salir a la calle. Esperaba sentir alivio, o al menos un poco de aire fresco, pero aquí fuera sigue oliendo a una mezcla de pis y sudor, y con la niebla tan espesa que me rodea, la sensación que tengo es que estoy masticando un pañal—.

Jolines, qué asco…

Por suerte, la loca no sale para buscarme, así que me detengo en mitad de la calle, si a esto se le puede llamar "calle", puesto que no es más que un lodazal apestoso con casas de madera podridas a ambos lados, y me doy cuenta de que estoy en serios apuros: es noche cerrada y, por lo que he visto, no hay un alma en este lugar a la que pueda pedir ayuda sin correr el riesgo de que me descuartice o que alerte a esos gigantes con nombre de grupo musical.

Es que, cuanto más tiempo estoy aquí, y eso que no llevaré más de media hora como mucho, más deprimente me resulta todo.

Tengo que largarme como sea, así que, aunque es arriesgado, robo un candil de una ventana y me pongo a andar, regresando sobre mis pasos. A lo mejor he ido en la dirección equivocada y lo que tengo que hacer es volver al arroyo, de ahí al pantano fanganoso donde me desperté, y seguir en esa dirección hasta

llegar… ¿A dónde? ¿A la tienda de antigüedades? No tengo un GPS a mano, pero algo me dice que estoy a mil años luz de allí.

Regreso al bosque sin quitar la mirada del aceite que queda en el candil. Cuando se acabe, estoy jodida, porque aquí ya sí que no se ve un pimiento, y los ruidos de la naturaleza están cada vez más cerca y suenan cada vez más fuerte. Y, encima, si la chica/vieja no mentía, por aquí hay un lobo suelto saltando entre la niebla.

—Tranquila… Todo va a salir bien… —me digo muy bajito para infundirme ánimo, pero ¡no me lo creo ni yo!

Y, de repente, veo algo rojo pasar por los árboles de al lado.

—¿Pero qué…?

Es una capa roja que ondea con suavidad, de árbol en árbol, y parece que es una niña pequeña quien la lleva.

—No me lo puedo creer —susurro mientras me humedezco los labios, muy secos de repente—. No puede ser.

La sigo. Es una niña. ¡Una niña pequeña con una capa roja con capucha incluida, y una puñetera cestita colgando del brazo!

Si esto es una broma, que paren ya. Y, si no lo es, y algo me dice que no, tendré que ir a por ella y llevarla a los servicios sociales antes de que llegue el lobo.

—¡Eh! ¡Espera! —grito cuando la pierdo de vista detrás de un tronco enorme. Se gira y enmudezco.

Es una preciosidad de niña de mofletes sonrosados, dos trenzas doradas y unos ojos gigantes de color miel.

—*Buena señora* —dice con una vocecilla angelical mientras la niebla va tapándole el rostro. Mal rollito—, *no tenga demora. He de llegar a casa de mi abuelita para hacerle una visita a la bendita.*

Joder con las rimas…

—Eh…

—*Dígame, buena señora, puesto que ya es mi hora.*

—Eh… ¿Dónde vas, tú, tan bonita? —comienzo a decir. Creo que es de una canción, y estaría orgullosa de mí misma, cuando sus párpados hacen algo extraño, como si parpadeara dos veces más rápido de lo normal, y algo en ella, y en esos ojos, me recuerda a cuando había un fallo en las películas de *Matrix*—. *Es peligroso que una niña ande sola por la oscuridad, así que podemos trabar amistad*

e ir juntas a la ciudad, donde hay electricidad —digo del tirón sin pensar.

¿Se puede saber qué hace una niña tan pequeña y tan mona andando sola por un bosque peligroso? ¡¿Pero, es que esta niña no tiene padres?! Tengo que convencerla para que venga conmigo, volver a la tienda, y entre Piluki y yo veremos qué es lo mejor para ella. A lo mejor podríamos adoptarla y enseñarle a hablar como Dios manda.

—*Se lo agradezco, pero mi abuelita me espera en su casita. Mire, le llevo viandas muy blandas.*

Le quiero preguntar si no hay un adulto responsable que pueda cuidar de ella y de su abuela, pero no encuentro palabras que rimen, así que…

—*¿Es que no tiene dientes? ¿O están… adolecientes?*

No sé si esa palabra existe, pero parece que a ella le sirve, porque solo parpadea una vez. El candil también parpadea y, en lo que tardo en ajustar la clavija, menos de cinco segundos, la niña ha desaparecido.

—¡Niña! ¡¿Dónde estás?! ¡Niña! —grito extendiendo las manos por delante de mí, a ver si se ha fundido con la niebla.

Corro. Salto por encima de pedruscos y árboles caídos. Grito cuando algo alza el vuelo sobre mi cabeza de repente, pero no me detengo, porque me temo que en la casa no le está esperando la abuelita precisamente.

Empiezo a sospechar dónde estoy y, si no estuviera respirando el aire que respiro, si no sintiera este intenso olor a pueblo medieval, si no estuviera pisando la tierra que piso, y hablando con una niña que solo habla rimando… Si no lo estuviera viviendo en primera persona, jamás lo hubiera creído, pero me parece que estoy dentro de una versión un tanto tétrica del cuento de *Caperucita roja*, rodeada de *cuentareños* con piojos y con un lobo al acecho.

—¡Niña! ¡¿Dónde estás?!

Atravieso unos matorrales y veo una casita de piedra con las ventanas pintadas de azul. Hay luz en su interior y, de repente, una sombra cruza por uno de los cristales.

—¿Hola? —susurro mientras me acerco con el candil escondido entre mis manos—. ¿Niña?

¿Estás por aquí?

Se escuchan ruidos dentro, hasta que la puerta se abre de golpe, todo se apaga y algo sale corriendo como alma que lleva el diablo. Chilla como un cerdo el día de la matanza y, detrás de él, algo más grande, mucho más grande, corre a cuatro patas a una velocidad pasmosa.

Durante unos segundos me quedo paralizada, pero después me obligo a reaccionar, cojo el primer palo que encuentro a mis pies y salgo tras ellos.

—¡Ahhh! ¡Ahhh! —grita quien va por delante. Al menos no es la niña, pero, por los chillidos, parece una mujer. Quizá sea la abuelita, que huye del lobo—. ¡Ahhh!

Corro todo lo rápido que puedo y, cada vez más cerca de ellos, me percato del tamaño del animal. Es como un oso de pelaje oscuro que ruge y aúlla de tal manera que te hiela la sangre.

—¡Eh! ¡Tú! —grito para llamar su atención cuando está a punto de coger a la abuelita—. ¡Eh! No sé dónde se ha quedado mi sentido común, seguramente en la tienda, junto con mi dignidad y Piluki, porque tendría que esconderme y pasar desapercibida, ¡pero tampoco puedo permitir que esa bestia mate a una anciana indefensa y a su nieta! Esa niña me ha mirado a los ojos y ya no puedo dejarla a merced del chucho asesino, aunque poco voy a poder hacer con un ridículo palo.

—¡No! ¡Déjala! —grito, pero no hay manera, parece que la bestia solo tiene ojos para ella.

Temo seriamente por la integridad de la mujer, cuando, de repente, la anciana tropieza justo en el mismo momento en el que el lobo iba a saltar sobre su espalda, con la gran suerte de que la mujer cae al suelo y el animal pasa por encima de ella y choca contra un árbol.

Suelto el palo y corro en su auxilio. Por el camino me tropiezo varias veces y el candil choca contra una piedra, rompiéndose en mil pedazos, así que el último tramo que me separa de ellos lo hago

tanteando como puedo a través de la oscuridad y la niebla, cada vez más espesa.

Cuando llego, me agacho al lado de la mujer e intento que se gire para comprobar si sigue respirando.

—Eh… *¿Se encuentra bien… o ha perdido el sostén?* —pregunto. ¡Azul! ¡¿Eres gilipollas?! ¡¿Cómo se te ocurre preguntarle eso a una anciana?!—. *Perdón por lo del sostén, solo quería saber si se encuentra bien.*

Jolín, es que es muy difícil rimar y que tenga sentido, pero no quiero que vengan los gigantes enmascarados a por mí.

Va girándose entre quejidos lastimeros, cuando me parece palpar una espalda que no es la que esperarías encontrar en una señora mayor; tampoco lo son sus brazos, ni…

—No eres la abuelita de la niña…

—No… —murmura él.

Me incorporo al ver que, aunque está malherido, sigue vivo, y centro mi atención en lo que tenemos a menos de un metro de nosotros. Voy despacio, muy despacio, de hecho, voy literalmente de puntillas esperando que en cualquier momento salte a mi yugular, pero el enorme bulto no se mueve.

Llego hasta esa masa peluda, me tapo la nariz y la boca porque el olor que desprende esta cosa es horrible y, con más miedo que talento, le doy una patada suave.

Espero.

Sigo esperando.

Le doy otra patada más fuerte. Y contengo la respiración.

—*Esta bestia ha sufrido una molestia* —digo en voz alta mientras escucho al hombre incorporarse entre gruñidos—. *Pero en cualquier momento despertará.*

—¿Por qué hablas así? —me pregunta, pero ahora mismo mi atención está puesta en algo brillante; algo que está muy cerca del lobo.

—Espera —respondo mientras me agacho deprisa y lo cojo.

—¿Por qué hablas así? —insiste.

—Así, ¿cómo? —pregunto, dándole vueltas entre los dedos. Parece un diamante. Sí, es un diamante, pero necesito mucha más

luz para verlo mejor.

—Así de raro.

—Oye, ¿has visto a una niña pequeña con una capa roja? —le pregunto mientras me lo guardo en el bolsillo del pantalón, ya sin rimar al darme cuenta de que es un forastero como yo. Tampoco tenemos mucho tiempo antes de que la bestia despierte y necesito saber si la niña está bien—. ¿La has visto?

—Sí.

—¿Dónde está?

—La ha matado.

—¡No! —exclamo.

—No he podido hacer nada por evitarlo, ha sido muy rápido.

—¿No has podido salvar a la niña? Me miró a los ojos —balbuceo—. ¿Por qué no la has salvado?

Apenas hay luz, y la única proviene de la luna, que no es llena, así que somos tres bultos en la oscuridad; uno, por suerte, no se mueve; el otro, que soy yo, sigue andando hacia atrás, y él, por lo que puedo ver, comienza a caminar hacia mí.

—Lo he intentado, pero no me ha dado tiempo. Ha estado a punto de matarme también a mí.

—No eres de aquí —digo al fin, tragando saliva. Puede que sea un forastero como yo, pero es un desconocido, al fin y al cabo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hablas sin rimar.

—¿Disculpa?

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —insisto intentando ver su cara, pero con la niebla es imposible.

—Aparecí de repente en mitad del bosque —comienza a explicar —. Estaba anocheciendo y, mientras buscaba un lugar donde pasar la noche, encontré esta casa.

—¿Y qué pasó?

—Vi a ese animal salvaje abrir la mandíbula para tragarse de un solo bocado a una niña y a una anciana en la cocina, salí corriendo, y justo después has llegado tú.

Sigue acercándose, pero tropieza con algo y cae de nuevo al suelo.

—¿Estás bien? —le pregunto, ayudándole a ponerse de nuevo en pie—. No se ve nada. Es que no puedo verme ni las manos.

—¿Tienes un móvil? —quiere saber, apoyando todo su peso sobre mi hombro—. El mío no sé dónde está, supongo que en la mesa donde lo dejé antes de aparecer aquí.

—Yo tampoco lo tengo. He aparecido aquí hace un rato, he estado en el pueblo y…

—¿Hay un pueblo por aquí cerca? —me interrumpe.

—Sí, pero no te lo recomiendo.

—Tengo que hacer una llamada de inmediato. ¿Podrías decirme por dónde debo ir?

—No me he explicado bien —respondo al tiempo que le ayudo a llegar hasta el porche, tanteando entre la oscuridad—. El pueblo es un lugar horrible donde solo hay gente rara. No hay móviles, ni coches, ni a nadie a quien puedas pedir ayuda —añado pensando en esa chica. Empieza a darme un poco de penita la forma en la que hui de ella, pero no pienso regresar para disculparme—. El pueblo no es más que un puñado de casas de madera cochambrosas puestas dentro de un lodazal de barro, y las personas que viven allí ni siquiera son… No son reales —digo cuando encuentro la palabra más adecuada para definirlas.

Se sienta en un banco y entreveo cómo alza la cabeza de golpe para mirarme en medio de la negrura, aunque la verdad es que no se ve un pimiento. Su rostro es un contorno de sombras, y supongo que el mío también lo es.

—¿Qué quieres decir con eso de que no son reales?

Trago saliva y me apoyo en la pared.

—¿Qué estabas haciendo justo antes de aparecer en mitad de este bosque? —le pregunto mientras manoteo justo delante de mí a ver si consigo despejar la niebla.

—Estaba leyendo un libro.

—¿*Los cuentos de mamá Oca*?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también lo estaba leyendo justo antes de aparecer aquí. La niña con la capa roja, el lobo en casa de la abuela… Estamos dentro del cuento.

—Es imposible —comienza a decir—. No es…

—Acabas de contarme que has visto a un lobo comerse de un bocado a una anciana y a una niña

Se hace el silencio entre nosotros y, cuando lo rompe, parece enfadado.

—No es gracioso, dos personas acaban de morir a manos de un animal salvaje. Tendríamos que llamar a la policía.

—¿Con qué teléfono? Mira, no intento convencerte. Si no quieres creerme, es tu problema, yo lo único que quiero es salir de aquí antes de que el lobo se despierte. Deberíamos ir en la dirección por la que has venido y…

—Por ese lado no hay nada —me interrumpe—. Hay que ir al pueblo.

—Yo no pienso volver a ese pueblo.

—Es el único camino. Por el otro lado no hay nada.

—Algo habrá.

—Si dices que hay un pueblo aquí al lado, es donde tenemos que ir. Vengo del bosque, y allí no hay nada.

—Pues habrá que ir más allá del bosque, seguro que…

—No te ofendas —me interrumpe. No soporto a las personas que no hacen más que interrumpir—, pero no nos conocemos, dices que estamos dentro de un cuento infantil —repite, como si no le hubiera escuchado la primera vez—, que te has ido del único lugar donde hay más personas, y… ¿Eres tú la que huele así? ¿Qué te ha pasado? Ese olor… Es horrible… Huele a…

Veo su sombra, que se inclina para olerse el brazo allí donde mi mano le ha sostenido cuando caía, y da una arcada.

La cara me explota. En serio, literalmente siento cómo una lengua de fuego me sube por las mejillas y quiero morir. Me hago a un lado para dar paso a esa Azul que ha tenido que escuchar tantas veces eso de "no eres tú, soy yo". O una mejor: "creo que no te merezco". ¡No! ¡La guinda del pastel!: "Vas a estar mejor sin mí". Ahora tengo que añadir la de: "¿Eres tú la que huele así?", y colocarla en el puesto número uno del ránking de puñaladas.

—No te preocupes —digo sin saber muy bien por dónde salir corriendo. Estoy cansada de cubrir mi necesidad de atención con el

primer tonto que me encuentro—. ¿Quieres ir al pueblo? Sigue el río y lo encontrarás. Ah, y no hables en prosa, porque, si lo haces, irán a por ti dos tíos con máscaras —escupo con rabia.

—¿Qué?

—Que te vaya bien —respondo pensando que tengo que dejar de agradar a todo el mundo, y mucho más cuando son gilipollas.

—Oye, espérame.

Comienzo a andar. Quiero alejarme de la bestia todo lo que pueda, y ya bastante tiempo he perdido hablando con este maleducado.

—¡Espera! ¡No te enfades! —grita, pero no me detengo. Paso al lado del lobo, que sigue inconsciente, y continúo andando hasta que me adentro más en el bosque—. ¡Espera! ¡No puedo andar tan rápido como tú! ¡Me he torcido el tobillo! ¡Espera! ¡Tampoco hueles tan mal! ¡Nos puede pasar a todos! ¡Ha sido por la situación, no pasa nada! ¡Es humano!

—¡Que te den! —grito sin mirar atrás—. ¡Ya sé que huelo mal, pero que sepas que tú también! ¡Y no me he cagado encima, si es lo que estás insinuando!

—¡Por favor! ¡Espera! ¡No puedo andar! —lo escucho a lo lejos.

—Pues qué pena…

—¡No he dicho que lo hayas hecho a propósito! ¡Espera!

Por mucho que Piluki diga que soy débil, no lo soy, así que ya no voy a esperar a un tío que apesta igual que yo, al que acabo de conocer, y que ha tenido la desfachatez de insinuar que me he cagado encima. Me ha hecho sentir como una loca con incontinencia, ¡y de verdad que ya no pienso aguantar ese tipo de desplantes! Es, sin lugar a dudas, lo más bochornoso que me ha pasado nunca.

—No necesito a ningún hombre —murmuro sabiendo que en cualquier momento me daré la vuelta para ir a buscarle, porque estoy en un puto cuento infantil y es la única persona "normal" a mil kilómetros a la redonda—. No necesito a nadie.

—¡Chica! ¡Vuelve! ¡El lobo despertará en cualquier momento!

—¡Pues date prisa! ¡Y no me llames chica, me llamo Azul! —grito, girándome un momento—. ¡Corre, que el lobo se va a

despertar!

Voy atravesando el bosque a ciegas, con las manos por delante para no comerme un árbol y sabiendo que en cualquier momento volveré atrás para ayudarle a andar, pero tampoco pienso acercarme mucho, no vaya a ser que le incomode mi olor a mierda.

—¡Lo siento! —escucho que grita a lo lejos—. ¡Azul! ¡Lo siento! ¡Espérame!

—Jolines —me quejo, dando una patada al suelo, espachurrando sin querer unas flores enormes que desprenden un olor muy intenso—. ¡Quieres venir de una vez! ¡Que no veo nada!

—¡Azul! ¡Vuelve!

Pero, justo cuando voy a dar la vuelta para regresar a por él, me choco de bruces con una puerta.

—¿Cómo es posible? —murmuro mientras recorro la madera labrada con la yema de los dedos—. ¡Aquí hay una puerta! ¡Ven! ¡Estoy aquí! ¡Sigue el sonido de mi voz! —le grito, a ver si llega ya.

—¡Espera!

—¡Vale!

La abro y meto la cabeza solo para cotillear, cuando, de repente, mi cuerpo es absorbido por el agujero. Siento lo mismo que en la tienda con el cuento. Como si me diluyeran en un vaso gigante de agua y me tiraran por un desagüe. Cuando todo acaba y vuelvo completamente a mi ser, miro lo que tengo a un palmo de mis narices y comprendo que no puedo volver atrás; lo que hasta hace unos segundos era una puerta en mitad del bosque, ahora es una pared de piedra.

—Joder —murmuro con angustia, golpeando la pared con las dos manos. Ni siquiera sé su nombre. Ni cómo es su cara, y ahora se ha quedado atrás, con el lobo.

—Lo siento —musito—. ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

Durante un instante creo que he vuelto a casa; que habré salido por algún callejón de Madrid, de esos que aún conservan muros de piedra, pero, entonces, alguien tira de mi brazo, dándome la vuelta.

—¡Ah!

Por Dios, voy a morir de un infarto en cualquier momento.

Es una chica. Una doncella, por cómo va vestida, y me mira de arriba abajo con algo parecido al asco.

—*Tu llegada es una buena nueva, pero tu presencia no se aprueba* —me dice, arrugando la nariz. Que sí, que ya sé que huelo a estiércol podrido—*. Aprisa, ven conmigo, y te frotaré hasta el ombligo*.

—Eh… —farfullo, caminando hacia atrás. No he vuelto a casa, sigo en el maldito cuento, y ahora que ya voy aprendiendo algo de este lugar, no sé si estoy en el de *Caperucita roja* otra vez o…—. ¿La puerta? —pregunto, señalando la pared de piedra—. ¿La puerta…? ¡No sé rimar, joder!

—*¿Qué ocurre, compañera? Hay que darse prisa, pues nuestro señor acaba de terminar la misa, y él y su nueva esposa, que es muy quejosa, querrán llevarse a la boca unas buenas tandas de viandas.*

—*No encuentro la puerta, y eso me desconcierta* —digo, rimando como puedo.

—*Hay que darse prisa, pues nuestro señor acaba de terminar la misa, y él y su nueva esposa, que es muy quejosa, querrán llevarse a la boca unas buenas tandas de viandas* —repite con ojos de loca, tirando de mi mano.

—*Aquí había una puerta, y eso me desconcierta* —insisto.

—*Hay que darse prisa, pues nuestro señor acaba de terminar la misa, y él y su nueva esposa, que es muy quejosa, querrán llevarse a la boca unas buenas tandas de viandas* —vuelve a repetir, clavándome las uñas en el brazo.

—*Está bien, compañera, iré a la bañera* —accedo solo porque me está mirando con una cara que no me gusta nada—. *Solo una pregunta, ¿la nueva señora es difunta?*

No sé por qué pregunto eso, pero no encontraba otra palabra que rimara con "pregunta". En realidad, quiero saber dónde estoy y cómo ir hacia atrás para buscar a ese chico, pero creo que no debería preguntar directamente en qué cuento he caído esta vez para no levantar sospechas sobre mi procedencia.

—*Nuestro señor Barba Azul solo se desposa con jóvenes cremosas, así que, a tu pregunta, no, la señora aún no es difunta.*

Trago saliva. Ese "aún" no ha sonado muy bien. Estoy en el cuento de *Barba Azul*. De ese malnacido que se dedica a guardar cadáveres de chicas en el sótano.

¡Mierda!

—*¡Aprisa, que termina la misa!* —exclama cuando me ve dudar.

No quiero, pero me veo arrastrada al interior del castillo. Sus dedos no me sueltan el brazo y me van apretando más y más a medida que atravesamos pasillos, salas enormes, bajamos escaleras de caracol y volvemos a meternos en lo que parece un laberinto. Me cruzo con mucha gente, todos ellos sirvientes, que no reparan ni un instante en mi presencia, y que podría jurar que son parte del cuento. Nunca se sabe, quizá haya forasteros infiltrados, al igual que yo, pero algo en su mirada, un algo vacío y opaco más allá de sus ojos, me recuerda que estoy sola. ¿El chico seguirá encerrado con el lobo?

La chica se detiene en una puerta de madera, llama tres veces, espera y después abre.

—*Adelante, compañera, aquí tienes la bañera.*

Una impresionante bañera blanca con patas doradas, hasta arriba de agua y espuma.

—Eh… —farfullo, sin ver el momento de quitarme la ropa y meterme dentro.

—*Enseguida regreso con tu nuevo vestido y, si te parece bien, esto lo damos por perdido* —añade, señalando lo que llevo puesto.

—*Por mí perfecto, no quiero parecer un defecto. Aunque, un momento…*

Meto la mano en el bolsillo, recupero el diamante y sonrío. Por suerte, ella solo frunce el ceño, se inclina levemente hacia delante y se va, dejándome sola con esta impresionante bañera.

—Madre mía —comienzo a decir, arrancándome la ropa de la piel—. Qué a gusto, por favor…

Dejo la piedra preciosa en el suelo, meto una pierna, después la otra, me tumbo y…

¡Qué placer, por Dios! ¡Lo necesitaba! Meto la cabeza dentro del agua y me relajo. Desaparece este lugar, el barro, el olor a pis, los lobos asesinos y… Bueno, no todo desaparece, puesto que mis

remordimientos me recuerdan una y otra vez que, sin querer, he dejado a ese chico atrás.

—Parece que lo único que tengo que hacer es andar y andar hasta encontrar la puerta y pasar a otro cuento —pienso en voz alta mientras me froto con fuerza el barro de los brazos—. Vale, no es difícil. Solo tengo que andar —repito pensando que él también encontrará la manera de seguir. De todas formas, en cuanto me seque vuelvo a esa pared a ver si encuentro la puerta de *Caperucita roja*.

Me lavo a conciencia el cuero cabelludo, me sumerjo por completo una y otra vez y, en una de las inmersiones, cuando vuelvo a sacar la cabeza, veo que alguien ha dejado un vestido azul clarito y unos zapatos negros sobre una silla y ha hecho desaparecer mi ropa.

—Solo tengo que andar —susurro, dándome ánimos.

Salgo de la bañera entre quejidos lastimeros, porque se está muy a gusto dentro del agua caliente, me seco con una esponjosa toalla y me pongo el vestido y los zapatos. Recupero el diamante, que escondo en un bolsillo del vestido, me coloco frente a un espejo de cuerpo entero y me enfrento a mi reflejo.

Sigo aquí. Algo ojerosa, con el pelo empapado pegado a la cara, y más pálida de lo normal, pero sigo aquí.

—Solo tengo que andar —repito, tomando aire y ajustándome el vestido—. Pues no me queda nada mal —añado, girándome y mirándome desde todas las perspectivas. Parece un vestido de sirvienta que se ajusta a la perfección a la cintura y me resalta las curvas. Hasta me veo más delantera—. No señor, nada mal.

Me echo el pelo hacia atrás y me asomo por la ventana. Más allá del castillo hay una muralla, y más allá, campos y cultivos.

—Seguro que no tendré que ir muy lejos.

Intento recordar cada detalle del cuento de *Barba Azul*. Toda la historia sucede en el interior del castillo, así que seguro que la puerta hacia el siguiente cuento está justo pasando las murallas.

—Andando —me digo, obligándome a mover las piernas de una vez, y pensando que lo primero de todo es ver si ya ha pasado el chico.

Salgo con miedo del baño, más que nada porque por aquí cerca, en cualquier habitación, ¡hay cadáveres! No me gustaría encontrarme con ellos sin querer, y tampoco con Barba Azul. En realidad, no quiero encontrarme con nadie, lo único que quiero es salir corriendo de aquí sin mirar atrás, encontrar al chico y entrar en el siguiente cuento, pero mis deseos se ven truncados de golpe, justo cuando alguien me coge del brazo.

—*Veo que ya estás lista* —dice la chica de antes. ¡Qué pesada! Un momento… ¿Por qué lleva un cuchillo?—. *Acompáñame a la cocina, y me ayudas a matar a una cochina.*

Espero que se refiera a un cerdo, y no a…

—*Enseguida, compañera, pero antes, permite que busque a la zapatera.*

—*No tenemos zapatera, pero sí lavandera* —responde, frunciendo el ceño de una manera muy extraña. Los personajes de los cuentos parecen personas reales, pero, si te fijas y sabes mirar, te das cuenta de que no lo son—. *Acompáñame a la cocina, y me ayudas a matar a una cochina* —repite, como un robot y sin parpadear.

Me suelto de su mano, que cada vez me estaba apretando más, y salgo corriendo. Prefiero no mirar atrás, no vaya a ser que me esté persiguiendo con la cabeza dada la vuelta, y muera de un infarto.

Regreso corriendo al patio, ese por donde aparecí hace un rato, pero no hay ninguna puerta.

Golpeo y empujo las piedras sin conseguir nada más que hacerme daño en las manos, y empiezo a agobiarme. Lo he dejado atrás. ¿Y si no consigue pasar? ¿Y si se lo ha comido el lobo? ¿Qué hago?

Me siento en el suelo y decido esperar un rato, pero, cuando empiezan a pasar sirvientes, comprendo que no puedo quedarme aquí, así que me levanto y me pongo a andar mientras pienso que soy mala persona y que ese chico ha muerto por mi culpa, pero la misma sirvienta de antes aparece de repente e intenta cogerme otra vez del brazo, así que corro.

Encuentro unas escaleras, que subo de dos en dos, casi arrollo a un sirviente con una bandeja de plata llena de cubiertos, y sigo

corriendo por un pasillo larguísimo. A veces se abren las puertas que hay a los lados, pero no me detengo y, de repente, llego a una gran cocina con gente correteando de aquí para allá. Me empujan mientras despluman a unas gallinas; otros solo suben y bajan enormes cuchillos, descuartizando lo que parecen cerdos y terneros. Ufff… Me estoy mareando… Ando hacia atrás y choco con una mesa donde tres chicas amasan pan con una sonrisa de oreja a oreja y con toda la cara llena de harina. Al fondo, un horno gigante del que sale un maravilloso olor y, más allá, una puerta.

¡Una puerta que da al exterior!

Ahora no es momento de correr, ahora es momento de disimular para huir, así que cojo una cesta llena de panecillos, me la cuelgo del brazo y ando mirando al suelo.

Lo estoy consiguiendo.

Solo cuatro pasos más y estaré fuera. Nadie me detiene.

¡Lo estoy consiguiendo!

¡Estoy saliendo!

Un último paso y…

¡Lo he conseguido!

Tomo una bocanada de aire fresco y sigo andando sin levantar la cabeza, no vaya a ser que el hombre que veo por el rabillo del ojo, subido a un coche de caballos, intente detenerme. Por suerte no lo hace, y paso por su lado sin más, cruzo un camino rodeado de flores azules, bastante bonitas, por cierto, y sigo por un sendero de tierra.

Aprieto el paso y solo me atrevo a levantar la cabeza cuando llego a una arboleda que me hace sentir alejada de miradas indiscretas.

—Lo he conseguido —digo con una sensación de triunfo en el pecho—. Pues no ha sido tan difícil…

Sigo andando mientras pienso que, a este paso, saldré del cuento mucho antes de lo que tenía en mente. Volveré a mi querida tienda, con Piluki y los vecinos, a nuestra rutina, con nuestras bromas, al *tarot amor,* y a ese olor a polvo y ambiente cargado que nos golpea cada mañana cuando abrimos la puerta y que tanto echo de menos.

El camino es muy agradable con los pajaritos cantando. El sol sube y sube en el cielo mientras pienso que tendría que haber cogido un cántaro con agua, porque, ¿cuánto llevaré andando desde que salí del castillo? ¿Una hora? ¿Dos?

—¡Anda! ¡Las mismas flores que en el cuento de *Caperucita roja*! —digo, intentando no pisar ninguna de ellas, pero invaden el sendero y, sin poder evitarlo, me llega el intenso perfume cuando aplasto varios pétalos.

Y, de repente, encuentro la puerta. En el bosque no podía apreciarla por la oscuridad, pero ahora, a la luz del día, tengo que reconocer que es impresionante. De madera muy trabajada, con decenas de dibujos torneados con los relieves resaltados en lo que parece oro, y con un pomo que simula una oca. Abro, me asomo, y una aspiradora tamaño industrial me absorbe.

Capítulo 6

Azul

¿Cómo es posible?

¿Por qué?

¡¿Por qué a mí?!

¡¿Por qué he vuelto al patio del castillo?!

Hace un segundo estaba en el sendero, segura de que cruzaría al siguiente cuento de un momento a otro y, de repente, vuelvo a estar en el patio interior del castillo de Barba Azul.

¡Mierda!

Ya no me ando con tonterías. Corro por los pasillos y las escaleras hasta que llego a la inmensa cocina, paso al lado de los *cuentareños,* ignoro las llamadas de atención de dos de ellos, y salgo al exterior, eso sí, antes parando a recoger de una mesa una jarra de agua fresca. El carruaje ya no está, así que aprieto el paso, doy un buen trago y llego hasta el sendero sin mirar atrás. Repito el mismo camino. Los mismos pajaritos cantando. El mismo arroyo corriendo. El sol ya está en todo lo alto, señal de que debe de ser mediodía, eso siempre que las reglas del día y la noche se cumplan en el cuento, claro.

Llego hasta el campo de flores amarillas y comienzo a andar de puntillas, sorteándolas como puedo.

Venga, que esta vez voy a conseguirlo. Tengo una intuición. Esta vez saldré de este cuento para ir al siguiente. Llego a la puerta, la abro, entro y vuelvo a estar en el patio del castillo.

¡No me lo puedo creer!

¡Es que no me lo puedo creer.

Corro.

Subo escaleras.

Atravieso pasillos.

Paso al lado del horno.

Robo un panecillo.

Bebo un vaso de agua de un sorbo.

Alguien me coge del brazo, me suelto y salgo a la calle.

Los mismos pajaritos de las narices.

El mismo arroyo.

Las flores amarillas.

La puerta de los cojones.

¡Otra vez en el patio del castillo!

Dicen que el síntoma de la locura es repetir una y otra vez lo mismo y esperar distintos resultados, así que, como no estoy loca, decido probar con otro camino esta vez.

Salgo a la carrera, chocándome con los *cuentareños*, y rodeo el castillo hasta donde puedo, porque la parte trasera está literalmente incrustada en una montaña rocosa que llega hasta las nubes.

Jolines…

Vale, quizá tenga que ir por el otro lado del río.

Comienzo a caminar con una sensación extraña, como cuando sabes que estás haciendo el tonto, que estás perdiendo el tiempo, pero que aun así tienes que intentarlo. Y, en efecto, da igual si voy por un lado del río o por el otro, porque llega un momento que me encuentro con los mismos pajaritos, las mismas flores amarillas, la misma puerta y regreso al patio.

¡Jolines!

Doy una patada a la pared de piedra y siento que comienza a faltarme el aire en los pulmones. Tengo una opresión que no me deja respirar. Será que llevo corriendo más de cuatro horas. Será que estoy famélica y deshidratada y que estos zapatos me están haciendo ampollas.

O será que estoy en un serio problema.

—Tranquila, Azul, tranquila… Respira hondo…

Las palabras de la chica de la taberna comienzan a cobrar sentido: "de aquí no se puede escapar".

Me aseguró que llevaba cincuenta años encerrada, que se dicen pronto, y supongo que, en todo ese tiempo, en algún momento de esos cincuenta años, seguro que decidió dar un paseíto por el bosque y quizá, tal y como me está pasando, esa puerta la devolvía

al pueblo una y otra vez. Pero, entonces, ¿por qué pude atravesarla? ¿Por qué he podido pasar al siguiente cuento? ¿Qué ha pasado antes, que ahora no está pasando?

—*Compañera, la canastera* —dice de repente una sirvienta, una que no había visto hasta ahora, sorprendiéndome por la espalda y señalándome la cesta que llevo cogida de cualquier manera—, *el señor Barba Azul y su nueva esposa, de la cuál dicen que es muy celosa, acaban de llegar. Aprisa, el señor quiere vernos a todos en el gran salón con una gran sonrisa.*

Voy a huir, pero me agarra del brazo y tira con fuerza, arrastrándome hasta el interior del castillo.

Quiero decirle que estoy sudorosa y polvorienta, además de despeinada; incluso podría asegurar que, dada mi piel, más blanca que la leche, seguro que me he quemado la nariz y las mejillas, y que me vendría bien asearme un poco antes de conocer a los recién casados. También me gustaría decirle que estoy desorientada y triste, muy triste, y que necesito estar a solas, pero las palabras mueren en mi garganta antes de pronunciarlas. ¿Por qué? Pues porque no encuentro una puñetera palabra que rime con: ¡ayuda!

Llegamos al gran salón. Me lleva a una de las esquinas y me coloca la última, detrás de una gran fila de sirvientes. En la pared de enfrente, más *cuentareños* con una sonrisa plantada en el rostro, y allá donde miro veo más y más "personas". Al fondo, alguien tocando el arpa, y en el centro de la gigantesca estancia, la mesa más grande que he visto nunca repleta de todo tipo de manjares.

—*No* —murmuro, tirando de su brazo cuando veo que intenta escabullirse—. *Eh… Necesito ayuda de una… barbuda.*

Suenan trompetas, la chica huye de mis garras y, como si todos los de mi alrededor fueran robots, pegan un brinco y sacan pecho. Todos, menos alguien justo enfrente de mí y yo.

Somos los únicos que parecemos fuera de contexto; mientras que el resto mantiene la espalda recta y las pupilas perdidas en el infinito, él y yo miramos alrededor y movemos los pies con nerviosismo.

Es alto, con buen porte, castaño, barba de tres días y mirada intensa. A lo mejor también me ha llamado la atención por eso… No

puedo negar que tengo dos ojos en la cara y está de buen ver, y estaré decepcionada con los hombres, pero eso no quita para que pueda reconocer a un buen espécimen cuando lo tengo delante.

"*Azul, para*", me regaño a mí misma. No es momento para tontear. Por Dios, si es que Piluki tiene razón. Me pierden unas manos masculinas.

Me saluda disimuladamente. Arquea la ceja en un gesto demasiado sugerente, sonríe de medio lado y me guiña un ojo. Por favor, que no sea uno de estos *cuentareños*. No lo parece. No, no puede ser uno de estos humanoides extraños; esos ojos son demasiado humanos e irradian inteligencia, algo que no puedo decir del resto. Aunque, si lo pienso un poco, a lo mejor solo duraría en una relación con un muñeco articulado de estos, porque los reales siempre me salen rana.

Madre mía, soy patética.

La pareja del momento hace su entrada triunfal mientras nos tocamos desde la distancia. Su mirada me recorre de arriba abajo al tiempo que un gigante de barba turquesa se sienta en una de las cabeceras de la gran mesa, mientras que una princesa de cuento, su esposa, lo hace en la otra con un vestido impresionante y una corona dorada. Sin embargo y, aunque estoy siguiendo toda la ceremonia por el rabillo del ojo, mi atención no está en ellos.

Está en otra cosa. En otras, mejor dicho. Está en mis mejillas, que van a salir ardiendo en cualquier momento. Está en mi pecho, que sube y baja descontrolado. Está en otra parte de mi cuerpo, que, no sé cómo, se ha despertado de golpe.

¡Azul! ¡¿Es que no eres capaz de controlarte?!

El tiempo se detiene mientras todos a nuestro alrededor siguen con el cuento. Los que tengo a mi lado desaparecen, y los que están al suyo también. Los sirvientes comienzan a moverse con platos vacíos, copas, bandejas, botellas de vino y jarras de agua, sin embargo, ni él ni yo nos movemos.

Inmóviles. Hipnotizados. Demasiado ocupados en la ardua tarea de mirarnos sin parpadear. Hay algo en él que me resulta familiar, algo me dice que es el chico del bosque y que, al igual que yo, ha conseguido pasar a este cuento. Por favor, que sea él, y así podré

quitarme los remordimientos de encima. La necesidad de acercarme va creciendo y creciendo hasta que, de repente, vuelven a sonar las trompetas y los recién casados se levantan de sus asientos.

Los sirvientes comienzan a salir de la estancia con prisa y, tanto él como yo, aprovechamos para escapar. Nos colocamos uno al lado del otro, a menos de un centímetro de distancia, y atravesamos las puertas. La marabunta nos empuja, pero en la primera esquina me coge de la mano y tira de mí hasta unas cortinas. Corre a esconderse detrás de ellas y me obliga a hacer lo mismo. Coloca un dedo sobre los labios, indicándome que guarde silencio, y sonríe.

—Shhh…

Me quedo en el sitio y contengo el aliento, pero no soy capaz de controlar mi corazón, que comienza a ir cada vez más rápido. Huele muy bien, y su cercanía me trae su calor. Así, tan cerca, me doy cuenta de que es más alto de lo que parecía en el salón y, de repente, roza su mano con la mía.

Es un chispazo. Como cuando estás en tu primer día de cole y ves de lejos al niño que sabes que te va a gustar; un pellizco en el estómago justo antes de tu primer beso; un escalofrío, como cuando te estás poniendo brillo en los labios justo antes de tu primera cita.

Y, de repente, busca mi mano, la encierra alrededor de la suya y la aprieta.

Nuestros labios están sellados, pero este gesto me dice algo así como: "tranquila, estoy aquí". "Todo va a salir bien". "Te daré tres hijos y un chalet en primera línea de playa". Vale, a lo mejor esto último todavía no lo ha dicho.

Trago saliva mientras seguimos escuchando los pasos de los sirvientes, que siguen correteando muy cerca de nosotros y, aunque ahora mismo tengo problemas más importantes, estoy rezando para que no me sude la mano que me tiene cogida. Es que no hay nada más desagradable que una mano sudada, y algo me dice que mi futuro depende de mis malditas glándulas sudoríparas.

—Parece que ya se han ido —dice pasados unos minutos, asomándose más allá del terciopelo.

—¡Eres tú! ¡Menos mal! ¡Pensaba que te había comido el lobo!

—¡Shhh! Van a oírnos. Oye, ya hueles bien —susurra con un tonito de guasa que no me gusta un pelo.

Madre mía, qué bochorno. Y encima he tonteando con él. ¡Con el que piensa que me he cagado encima!

—¿Es que no podías dejarlo pasar? —pregunto, olvidando de golpe todo lo anterior y recordando que es un poco gilipollas.

Mi cabeza se enreda con la tela y doy manotazos hasta que consigo escapar. Me sacude un golpe de aire fresco y miro alrededor, a ver por dónde puedo huir.

Madre mía, he estado a punto de besarlo. ¡A punto! Bueno, tampoco voy a ser exagerada, que solo estábamos haciendo manitas.

Nota mental: Azul, cuando salgas de aquí tienes que ir al psicólogo y dejar de ver comedias románticas. Prueba con thrillers o con películas de acción, que lo mismo te va mejor en la vida.

—Ven —me llama, con medio cuerpo escondido.

—No.

—Que vengas.

—¡Que no!

—Nos van a ver.

—Me da igual. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Pues igual que tú, supongo.

—¿Y por qué no te he visto hasta ahora?

—Nos habremos cruzado, no lo sé. En cuanto llegué, un par de mozos de los establos me llevaron con ellos —explica entre susurros —. ¿Te puedes creer que me hayan puesto esto? —se queja, tirándose de las solapas de la chaqueta, pero sin terminar de salir de detrás de las cortinas.

Lo miro de arriba abajo con el ceño fruncido. ¿Se puede ser más creído?

—¿Cómo me has reconocido? —pregunto con tirantez—. En el bosque no se veía nada —digo para no quedar como la tonta del pueblo.

—Porque eres la única normal. Tenías que ser tú.

—Ya… —musito mientras pienso que soy de todo, menos normal.

—Oye, siento mucho cómo me comporté en el bosque. Fui desagradable contigo, cuando solo intentabas ayudarme. Y, bueno, con respecto a lo que te pasó…

—¿Qué me pasó? —pregunto con las manos en las caderas, lista para saltar en cuanto insinúe lo que creo que está insinuando.

—Ya sabes, "eso". No ha pasado, ¿de acuerdo? Borrón y cuenta nueva.

—¡Que no me he cagado encima! —grito, sin importarme que nos escuchen y vengan a buscarnos para amasar pan—. ¡Caí en un barrizal de lodo asqueroso! ¡¿Qué?! ¿Por qué me miras así? ¡Es verdad!

—Vale.

—Ese vale no me está sonando muy convincente.

—No ha pasado. Ya está.

—Sí ha pasado, pero no lo que estás pensando. Además, tú tampoco olías a flores.

Es tan rápido que casi no llego a percibirlo, pero frunce el entrecejo y los labios al mismo tiempo, aunque se recompone a los pocos segundos.

—Ya te dije que llevaba tres días vagando por el bosque —responde, sacando pecho.

—Y yo caí en un lodazal de estiércol.

—De acuerdo. ¿Hacemos las paces? —me ofrece, tendiéndome la mano.

Lo miro de reojo, mientras gran parte de mi atención está puesta más allá del pasillo.

—Tenemos que buscar un sitio seguro —respondo, dándole la espalda. Aunque intento hacerme la ofendida y digna a partes iguales, he de reconocer que estoy bastante aliviada por comprobar que sigue con vida.

Caminamos por el pasillo, uno al lado del otro, pero ya con más distancia entre nuestras manos. Vamos pasando al lado de retratos al óleo de la misma persona. Primero, de bebé, retozando con un chupete que parece de oro; después de niño, montado en un caballito de juguete y empuñando una espada, muy mono él;

cuando llegamos a la adolescencia y veo un mostacho azul, se me ponen los pelos de punta.

—¿Llegaste al pueblo? —le pregunto mientras seguimos caminando. Cojo una canasta de un aparador y a él le doy un candil —. Tenemos que llevar algo en las manos —aclaro cuando veo que no quiere cogerlo.

—No soy un sirviente.

—Ni yo una criada, aunque tampoco pasaría nada por serlo, puesto que es un trabajo como otro cualquiera, pero tenemos que disimular en el caso de que nos crucemos con ellos.

—Con que lo lleves tú es suficiente —responde, alzando la barbilla. Me está hirviendo la sangre y no es nada sexual.

—Si vas a venir conmigo —comienzo a decir entre dientes—, tendrás que colaborar un poco. Y que sepas que nunca he soportado a los que se creen por encima del bien y del mal.

—Eres tú la que viene conmigo, porque te recuerdo que llegué al cuento antes que tú.

—Y yo te recuerdo que, si no nos hubiéramos encontrado, ahora mismo serías carne de lobo.

—Me parece que te inventas los sucesos según te convenga, porque no recuerdo que me salvaras del lobo.

—Mis gritos lo despistaron, y por eso se chocó contra el árbol.

Se detiene y me mira de arriba abajo:

—Me agaché justo cuando saltó sobre mí.

—No te agachaste en plan *Matrix* —respondo con los ojos en blanco—, no seas peliculero. Tropezaste, y el lobo pasó por encima de ti. Tuviste mucha suerte, fin de la historia.

—Entonces, tú no tuviste nada que ver con mi salvación; fue gracias a mi suerte, así que tengo razón.

Aprieto los labios y los meto para dentro justo antes de preguntar:

—¿De verdad quieres empezar así?

—¿El qué? —pregunta.

—¿De verdad tienes que quedar por encima todo el rato? ¿No sería mejor que nos lleváramos bien? No lo sé, digo yo, dada la situación en la que nos encontramos.

—Siempre y cuando dejemos claro quién llegó antes, y quién sigue a quién.

—¿Qué más da quién llegara antes? Lo importante es que salgamos. Mira, te voy a decir una cosa —le amenazo con un dedo en alto justo como hace Piluki conmigo.

—Te pedí que volvieras, y me dejaste atrás —me interrumpe en un tono gélido—. Aun así, he sido yo quien te ha pedido disculpas y ha cogido tu mano para ayudarte.

—Intenté volver, pero salté a este cuento —le explico con un pellizco de culpa y con la boca pequeña—. No quería dejarte atrás, de verdad. Y con respecto a eso de que has cogido mi mano…

—¿Qué ocurre con eso? ¿Es que también te molesta que te toque?

—Pues que ha dado la sensación de que estabas… Ya sabes…

—¿Qué?

—¿Tengo que explicártelo? —pregunto—. Ya sabes, me metes detrás de una cortina y te pones a acariciar mi mano y…

—¡¿Qué?! ¡No! —grita—. Ha sido para que no te movieras mientras los demás salían de la sala, porque, visto los antecedentes del bosque, podrías haber salido corriendo en cualquier momento y habrías arruinado el plan de escape.

—No vuelvas a tocarme.

—Tranquila, no lo haré.

Suelta un gruñido y suspiro mientras se peina e intenta colocarse la chaqueta con un gesto que la verdad es que me hace mucha gracia, porque se nota que la odia con todo su ser.

Podría ir por mi cuenta.

Podría, pero no quiero estar sola, así que le tiendo la mano.

Lo necesito, ya está. Es la verdad. Ambos nos necesitamos y, por cómo me mira, creo que ambos lo sabemos.

—Eres el único al que puedo insultar sin tener que buscar una palabra que rime con cabezota —comienzo a decir—, así que empecemos de nuevo. Borremos todo lo de antes y entendamos que hemos hecho y dicho cosas solo porque teníamos miedo, sin más bromas —le pido, con mis dedos extendidos en su dirección—. Me llamo Azul, y quiero salir de aquí.

—¿Lo del miedo lo dices por ti, o por mí?

—Por los dos.

—Pues dilo solo por ti —replica, sin bajarse de la burra. Creo que no había conocido a nadie tan cabezón y altivo en mi vida.

—Recuerdo perfectamente tus gritos. Al principio pensé que provenían de una anciana —susurro con los ojos entrecerrados.

—No sé de qué gritos estás hablando —salta, haciéndose el loco.

—¿En serio?

—¿Qué?

—Da igual —respondo, dándome por vencida—. Me llamo Azul, y quiero salir de aquí.

—Yo me llamo Bruce, y no estamos en una reunión de alcohólicos anónimos, pero también quiero salir de aquí.

—¿Bruce Wayne? ¿Es que eres Batman?

Niega con la cabeza y extiende la mano.

—¿Amigos? —pregunta.

—Amigos.

La verdad es que nunca he tenido amigos del género masculino, lo cual es muy triste, pero… ¿Es normal que la mano de un "amigo" te provoque cosquillitas en el estómago mientras te incomoda su contacto? Digamos que es como cuando quieres besar y dar un tortazo a alguien, y todo al mismo tiempo, así que me suelto y trago saliva.

—Bien, y ahora, salgamos de aquí —propone, asomándose más allá de una de las decenas de puertas que hay en este pasillo infinito —. Ven —dice, llamándome con la mano.

—No creo que la salida esté por ahí —murmuro, pero, aun así, atravieso la puerta.

Es la habitación que podrías imaginar cuando estás leyendo un cuento de príncipes y princesas: cama de cuatro metros enmarcada con un dosel, tan alta que tendría que trepar para subirme a ella, ventanales hasta el suelo, techos a diez metros de altura con frescos de angelitos en las esquinas, un biombo al fondo, y un tocador en la entrada con un espejo de mano, un cepillo de oro y varios broches repletos de piedras preciosas. El suelo está cubierto por una

alfombra kilométrica que cubre toda la estancia y, al fondo, otra puerta, que a saber a dónde lleva.

—¿Crees que vendrá alguien? —pregunto, sin atreverme a poner un pie dentro.

—Mira las telarañas de las esquinas —responde, paseándose como el señor del castillo alrededor de la cama—. Es la típica habitación de invitados, vamos, entra antes de que nos vea alguien.

—Lo típico es una cama de Ikea, dos mesitas y un armario empotrado —respondo con los ojos en blanco.

Se acerca, me invita a entrar y cierra la puerta con llave.

—Esto parece un secuestro —me quejo cuando veo que se la guarda en el bolsillo.

No me contesta, y hace lo mismo con la puerta del fondo.

—No quiero que entren y nos pillen desprevenidos, eso es todo —me explica—. No soy ningún secuestrador.

Pego un salto con pértiga y me subo a la esquina de la cama.

—Si tuviera que dormir aquí, tendría que atarme una soga a la cintura, como cuando duermes en un árbol —digo, mirando abajo.

Se sienta en la silla del aparador, justo enfrente de mí, vuelve a tirar de las solapas de la chaqueta y cruza las piernas.

—¿Y si te la quitas? —le sugiero.

—¿El qué?

—La chaquetita de sirviente que tanto te molesta.

—Lo que hay debajo es peor.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunto mientras me acomodo un poco. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que me he sentado.

—Pensar.

Lo miro de arriba abajo y frunzo el ceño.

—Creía que ya tendrías un plan genial que nos sacara de aquí.

—¿Por qué tendría que tenerlo yo?

—Tienes razón. Dos segundos dentro de este cuento y ya pienso que existen los príncipes azules que vienen a rescatarte —digo con sorna.

—¿Te recuerdo que vas vestida de sirvienta? La princesa está a punto de ser degollada por el de la barba, y esa no eres tú, ¿verdad?

—Dejando a un lado tu visión tan elitista de la vida, tengo que sacarte de tu error: no va a intentar matarla en su noche de bodas, primero él se va de viaje, ella entra en el sótano y, cuando él regresa y ve que esa llave tiene sangre, se da cuenta de que lo ha desobedecido, ha entrado en la escena del crimen y ha visto a un montón de chicas muertas, decide matarla.

—Y es ahí cuando llegan los hermanos de la princesa, la salvan y matan a Barba Azul —añade.

—Luego creo que ella vuelve a casarse, pero la verdad es que no lo recuerdo muy bien.

—La cuestión es qué tenemos que hacer para saltar al siguiente cuento, tal y como hicimos en el de *Caperucita Roja*.

Asiento con la cabeza y comienzo a mover los pies, que me cuelgan desde el borde de la cama.

—Para venir aquí solo tuvimos que andar hasta encontrar esa puerta —comienzo a decir.

—Pues en marcha —resuelve, levantándose de golpe.

—Ya lo he intentado —respondo—. Por detrás del castillo imposible, es una roca tan alta que toca las nubes, y por el único camino que hay, y he probado en los dos lados del río, la puerta te devuelve al patio del castillo.

—A lo mejor hay que hacer algo en el cuento —comenta pensativo—. Algo que hicimos sin darnos cuenta y que ahora no estamos haciendo.

Arrugo la nariz y me muerdo el interior del carrillo.

—Era de noche —susurro.

—¿Cómo has dicho?

—Era de noche cuando escapamos de *Caperucita roja* —pienso en voz alta—. A lo mejor no puedes escapar hasta que no se vaya el sol.

—Bien pensado. Sí, tiene sentido. Deberíamos esperar hasta que anochezca —sugiere, girándose hacia la ventana.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo con el ceño fruncido.

—Claro.

—¿Cómo llegó el libro a tus manos? Porque tuvo que ser un poco antes que a mí —explico.

—No sé a dónde quieres llegar.

—El tiempo parece que funciona distinto aquí que en la realidad, porque la chica que conocí en la taberna decía que se quedó encerrada cuando tenía veinte años y llevaba cincuenta aquí, pero, en realidad, quitando la capa de mugre y obviando las piezas dentales que le faltaban, se notaba que no tenía más años que yo, al menos, no tenía setenta, eso seguro. Entonces, si tú llevabas tres días de aquí por el bosque, en realidad, en nuestra realidad, acabarías de tocar el libro justo antes que yo, al menos un poco antes —sigo.

—No sé a dónde quieres llegar —repite.

—¿Cómo llegó el libro a tus manos?

—¿Y a las tuyas? —responde con otra pregunta, cruzándose de brazos.

—Trabajo en una tienda de antigüedades. Se llama *Antigüedades Hunter*. Nos suelen llegar paquetes, y el libro estaba en el último envío, mezclado con un montón de basura.

—¿Basura?

—No es "basura", bueno, sí que lo es, porque nadie lo quiere, podría asegurar que ni regalado, y cuando lo dejamos en la trastienda junto con el resto de los trastos que nos llegan…

—Disculpa un momento —me interrumpe—. Dices que trabajas en una tienda de antigüedades.

—Sí, es lo que acabo de decir.

—Quizá esas cosas a las que llamas "basura", sean, en realidad, muy valiosas.

Lo miro por debajo de las pestañas y pongo los ojos en blanco.

—No son artículos valiosos, son lámparas que no funcionan, jarrones cutres y alfombras roñosas.

—Quizá tu ignorancia sea incapaz de…

—Estudié Historia del Arte y Restauración, no soy una ignorante —replico enfadada—. Es como si alguien fuera con un saco a robar a la casa de mi tía Fuenci, y después nos lo trajera a la tienda para que lo intentáramos vender a precios desorbitados.

—¿Y qué opina tu superior de todo esto?

—¿Quién? ¿Mi jefe?

—Claro.

—No sabemos quién es. Nunca lo hemos visto, aunque mi compañera Piluki dice que es un hombre como Indiana Jones, pero en plan highlander. Ya sabes, un hombre de los de antes, curtido en la batalla, de esos que tienen la piel tan dura que parece cuero, barba de tres días que podría rayar queso, y manos con tantos callos que se le han borrado las huellas dactilares, pero que, al mismo tiempo, y en conjunto, son hombres que resultan muy atractivos. Y a todo esto que te acabo de contar tienes que añadirle una falda escocesa y la bandera de Escocia pintada en los mofletes.

Suelta una carcajada y se cruza de piernas.

—¿Y tú? ¿Cómo te lo imaginas?

—Siempre he pensado que es un viejo, pero a lo mejor es un grupo de inversores anónimo, con hombres y mujeres vestidos de traje, repeinados y pijos que…

—¿Por qué lo dices con cara de asco?

—Siento bastante animadversión por la gente con dinero.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros y me lo quedo mirando detenidamente.

—¿Por qué tenías el libro justo antes que yo? —le pregunto, cambiando de tema—. ¿Trabajas para mi jefe? O jefa. O jefes. ¿Eres el que prepara los paquetes? Eso, o trabajas en aduanas y abriste el paquete para cotillear cuando estaba en reparto —añado cuando veo que no responde—. No, tú trabajas en mi empresa.

—¿La empresa es tuya? —pregunta en un tono bastante cortante.

—No, ya sabes a qué me refiero. Estamos conectados por el trabajo, lo sé, no me mires así.

—¿Por qué estás tan segura?

—No estoy segura, pero es lo más probable.

Va a hablar, pero se detiene. Repite el gesto varias veces y, al final, cruza las piernas y me taladra con la mirada.

—Trabajo en tu empresa.

—¡Lo sabía! ¿Y qué haces? ¡Tienes que decirme quién es nuestro jefe, jefa o monos trajeados! ¡Ya verás cuando se entere Piluki! Llevamos años, ¡años!, jugando a adivinarlo.

—Pues siento mucho no poder ayudarte en eso, porque solo me encargo de preparar los paquetes para enviarlos a las tiendas.

—¿Las tiendas? ¿Cómo que "las tiendas"? ¿Es que hay más de una?

—Claro, hay una en Londres, otra en Nápoles y otra más en Suecia.

—¡¿Perdona?! ¡¿Y por qué nadie nos lo ha dicho nunca?!

—Ah, bueno, otra en Edimburgo, claro. Es allí donde trabajo.

—¿Y no sabes quién nos paga las nóminas?

—No, nadie lo sabe.

—¿Nunca ha ido a tu tienda?

—Pues oficialmente no, pero corre el rumor de que va como un cliente más de vez en cuando.

—No, ya te digo yo que por la de Madrid no ha ido.

—Nunca se sabe, a lo mejor vive allí y va todos los días. ¿Qué ocurre? Te has quedado pálida.

—Pues…

Pienso en el *tarot amor*, el cambio de precios, el polvo, por Dios, ¡las telarañas! ¡Si hasta tenemos una araña bautizada y le damos de comer moscas!

—Si nuestro jefe o jefa se hubiera pasado por allí alguna vez, aunque solo fuera de pasada, por la acera de enfrente, de noche, con todas las farolas de la calle apagadas y con la tienda cerrada, mi compañera y yo estaríamos de patitas en la calle cinco minutos después.

—Tienes que estar exagerando.

—Ojalá. Oye, ¿y por qué habláis entre las tiendas y nunca nos habéis llamado? Nos hubiera gustado saber que corre el rumor del jefe en plan cliente misterioso. No sé, para no tenerlo todo hecho un desastre.

—Tampoco llevo mucho tiempo trabajando. Son mis compañeros quienes me cuentan estas cosas.

Yo solo me dedico a preparar y enviar los paquetes.

—Me sorprende.

—¿El qué?

—No sé, te veía distinto.

—¿En qué sentido?

—Simplemente, no te imaginaba trabajando en una tienda de antigüedades.

—¿Por qué? Me encantan las reliquias y los objetos únicos y antiguos desde que era un niño—responde y, por primera vez desde que lo conozco, veo sus ojos brillar—. De diferentes culturas, épocas, de civilizaciones perdidas…

—A ver, aquí tengo que interrumpirte. No sé lo que os llegará a la tienda de Edimburgo, pero sabes lo que nos envías a la de Madrid, porque dices que eres el encargado de hacerlo, y tienes que reconocer que solo nos mandas lo que os sobra. ¿Te acuerdas de esa piel marrón que parecía la de un oso atropellado? ¡Ah! ¡No! ¡El palo de metro y medio lleno de plumas con una especie de cabeza reducida en la punta! ¿En qué te basas para distribuir los artículos?

—Pues…

—¿Decide alguien por encima de ti?

—Ehm…

—¿Te está dando un ictus?

—Estoy bien. No todo lo que os envío es basura, por lo visto, y por un terrible error, os envié este cuento —responde, saliendo por la tangente.

—Y mira dónde estamos. Ya te lo podías haber quedado allí.

—Tienes que reconocer que es único en el mundo.

—Y tanto, espero que no haya más, porque, si es así, no vuelvo a tocar un libro en lo que me queda de vida. Espero que no supieras lo que pasaba cuando lo leías —añado, abriendo mucho los ojos—. Porque ahora se lleva mucho eso de las actividades entre compañeros para hacer equipo, pero esto es denunciable y me estoy quedando corta.

—¿Crees que estaría aquí de haberlo sabido? Como he dicho, este cuento se os envió por error.

—Hablando de estar aquí… ¿Qué hacemos? ¿Esperamos hasta que se haga de noche?

—Sí, yo creo que es lo mejor. No sabemos lo que vamos a encontrar si nos ponemos a dar vueltas por el palacio.

—¿No es un castillo?

—Yo diría que no —responde con ese gesto. Ese gesto que hace que levante una barrera. Es una mezcla de movimientos de mentón, mano y labios estirados, que viene a decirme algo así como: *¿eres tonta, o te caíste de cabeza al nacer?*

—Pues podríamos aprovechar para descansar un poco en este maravilloso palacio —sugiero, recostándome en la cama—. No sé tú, pero yo estoy muerta.

Me mira de reojo y me doy cuenta de que se ha puesto muy nervioso de repente. Trago saliva. Lo miro otra vez, pero me pilla, y nuestras miradas se quedan por un instante clavadas en la del otro. Que hayamos descubierto que somos compañeros no cambia el hecho de que es un desconocido para mí y yo para él. Pero supongo que esta es una situación excepcional y deberíamos adaptarnos para escapar de ella y volver a nuestras vidas.

—¿Te hago un hueco? Cabemos los dos y un equipo de fútbol —propongo tras varios carraspeos. Como no me contesta, voy hasta el borde de la cama y le señalo la otra esquina.

Otra vez "ese gesto".

—No, prefiero quedarme despierto. Además, no suelo compartir la cama, pero no te lo tomes como algo personal.

—Pues vale.

Me tumbo de medio lado, dándole la espalda, y cierro los ojos con fuerza.

Solo le he propuesto utilizar la misma cama porque faltan muchas horas hasta que se haga de noche y habrá que dormir en algún momento, ¡digo yo!

Pero bueno, no me lo voy a tomar como algo personal, tal y como él dice, será que no tiene sueño.

¡Y también será porque parece que tiene que llevarme siempre la contraria!

Tengo que acordarme de robarle un pelo para que Piluki le haga vudú. Pero primero tenemos que salir de aquí. Primero salir, y después vudú que le saque tripa y se quede calvo.

Entonces, caigo en la cuenta de algo justo cuando se me cierran los párpados. Estoy muy cansada, tanto, que soy incapaz de enfocar nada más allá de mis pestañas, sin embargo, me viene en forma de

fogonazo el tarot y lo que Piluki vio, o no pudo ver; sea como sea, ella intuyó que iba a pasarme algo. Espero que ese supuesto rey que vio no sea Barba Azul…

Cierro los ojos con fuerza e intento invocarla desde la distancia.

"Piluki, sé que puedes oírme". "Bueno, no lo sé, por Dios, espero que no puedas, la verdad, porque me daría muy mal rollo, pero sé que puedes salvarnos".

"¡Piluki!". "¡Ayuda!".

Capítulo 7

Bruce

—Aggg… Aggg… Aggg…

Veo el sol caer por la ventana mientras pienso que nunca había escuchado roncar así a una chica. ¿Es normal que una garganta emita esos sonidos?

—Aggg… Aggg… Aggg…

Ahora mismo tengo una mezcla de sentimientos: asombro, indignación, perplejidad y… No, no es una mezcla de nada, estoy cabreado.

—¡Aggg! ¡Aggg! ¡Aggg!

¿Cómo se atreve a decir que es basura? Esa piel de oso me costó más de lo que gana en un mes y, por lo que ha dicho, seguro que limpian el polvo con ella. No, ni siquiera eso, porque, por lo visto, no limpian, supongo que porque consideran que no entra en sus funciones. Los trabajadores que están bajo mi cargo tienen un sueldo justo, adecuado a su trabajo, es más, soy consciente de que pago más que la media precisamente para que sean responsables. Y lo peor de todo es la manera en la que se jacta de su falta de profesionalidad.

—Aggg… Aaa… Aaaa… ¡Aggg!

—No es normal cómo ronca —susurro.

A lo mejor es mi culpa, sigo pensando. Quizá debería haberme dejado caer por allí de vez en cuando, pero no tengo tiempo material para hacerlo, y mi respeto hacia los demás me ha hecho presuponer que no necesitan a un supervisor que vaya con la vara para revisar su trabajo. Nunca me han gustado los jefes así, y por eso no lo soy, pero…

—Aaa… Aaa… ¡Aggg!

—Por favor, parece un jabalí herido.

No he sido un buen jefe y, desde luego, ella y su compañera no están haciendo correctamente bien su trabajo.

—¡Aggg! ¡Aggg! Aaa… ¡Aggg!

Podría decírselo, y ganas no me han faltado, aunque solo sea para ver la expresión de su rostro al enterarse de que soy su jefe; ese que va despedirlas de manera fulminante y sin cruzar de la acera de enfrente, pero he decidido no hacerlo. La situación en la que nos encontramos es la más extraña que me ha pasado nunca, y ahora mismo solo quiero escapar de aquí. En este momento soy su aliado, pero, en cuanto escapemos de este lugar, ella y su compañera tendrán que buscarse otro trabajo.

Estoy muy enfadado, pero me van pesando más y más los párpados.

—No puedo quedarme dormido —digo en voz alta, obligándome a despejarme.

—Aggg… Aaa… ¡Aggg!

Uno de los dos tiene que estar alerta, no podemos…

—¡Joder, Bruce! —gruño—. ¡Despierta!

—Aggg… Aggg… Aggg…

Estoy agotado, así que me recuesto un poco en la silla. No voy a cerrar los ojos.

Y me despierto de un salto cuando dejo de escucharla. ¿Está respirando?

Me levanto, me acerco hasta la cama y me inclino sobre su rostro. Está boca arriba, con los labios abiertos, un reguero de baba descendiéndole por la comisura del labio y… Doy un salto hacia atrás. Por un segundo pensaba que me estaba mirando, pero no, más allá de los párpados entreabiertos, tiene los ojos en blanco, y las pupilas, apenas visibles, cada una mirando para un lado.

—Azul —le susurro, acercándome de nuevo. No respira, se ha quedado con el ronquido a medias—. Azul —repito, esta vez más fuerte—. ¡Azul! —grito cuando veo que no reacciona. Me lo pienso unos segundos, pero al final me decido a colocar mis manos sobre sus hombros para zarandearla—. ¡Azul!

—¡Dios! —grita, incorporándose de golpe y dándome un buen cabezazo—. ¡Joder!

—Me acabas de dejar tuerto —me quejo, tapándome el ojo derecho.

—¿Qué se supone que estabas haciendo? Casi se me para el corazón —se queja, limpiándose la baba con la comisura de la mano.

—Salvarte la vida.

—¿Salvarme? ¿De qué? ¿De esa araña de la esquina?

—Debería verte un médico cuando regresemos, porque dejas de respirar mientras duermes.

—Solo me ocurre cuando estoy muy cansada y duermo profundamente —responde, quitándole importancia. Yo no sé si esta chica es consciente de lo peligrosa que es la apnea del sueño—. Oye, no sé qué estaba soñando justo cuando me has despertado. Algo muy raro —dice con los ojos abiertos como platos—. Necesito que me asegures que eres real.

—¿Qué?

—¿Y si todo esto que estoy viviendo no es real? ¿Y si solo está en mi cabeza? A lo mejor se me cayeron un montón de cajas mal colocadas cuando me encerré en la trastienda con el cuento, protegiéndolo de mi compañera, me quedé en coma y esto no es más que un sueño. Es muy posible, no me mires con esa cara, que no veas las torres inestables que tenemos. Lo raro es que no nos hayamos quedado en coma antes, pero no se lo digas a nadie cuando salgamos, que pienso colocarlo todo.

—Te aseguro que soy más real de lo que te gustaría —respondo pensando que, cada vez que abre la boca, más ganas me entran de despedirla.

—¿Y cómo puedo estar segura? A lo mejor eres un invento de mi imaginación y, en realidad, estoy atada de pies y manos y alucinando en un psiquiátrico.

—¿Por qué se te ocurren estas ideas? No sé, a mí no se me ha ocurrido pensar en ningún momento que mi cabeza pueda…

—No conoces los límites de mi imaginación —me interrumpe con cara de loca. No ayuda que siga teniendo baba en las comisuras de los labios—. ¿Me juras que eres real?

—Si así te quedas más tranquila, sí, te lo juro —respondo con los ojos en blanco.

Me analiza de la cabeza a los pies, frunce el ceño, parece que no muy convencida, y pone morritos.

—Vas a tener que decirme algo que sea imposible que yo sepa. Solo así me demostrarás que no te he inventado.

—Eso es fácil. Dos más dos son cuatro.

Va a insultarme, pero se muerde la lengua y me tira un cojín.

—¡Es que no tiene sentido lo que me estás pidiendo! —replico, esquivando el objeto volador—. Si te digo algo que sea imposible que tú sepas, no podrás comprobar que es cierto, entonces, podrías volver a pensar que soy fruto de tu imaginación. Por cierto, ¿por qué estabas huyendo de tu compañera para proteger el cuento?

—¿Yo he dicho eso?

Se le da fatal disimular, porque no sabe dónde mirar.

—Has dicho que te escondiste en la trastienda para huir de tu compañera porque tenías que proteger el cuento de ella.

—Ah, sí… Bueno…

—¿Qué?

—No tiene importancia, es una tontería —responde, saltando de la cama—. Mira, ya es de noche. Vámonos de aquí antes de que a Barba Azul se le ocurra descuartizar a alguien.

—Sí, vámonos ya.

Abre la puerta muy despacio, se asoma, vuelve a cerrar, vuelve a asomarse…

—¿Nos vamos? —pregunto cuando veo que piensa cerrar la puerta de nuevo.

—Tenemos que ser sigilosos —susurra con los ojos muy abiertos.

—Tienes una legaña.

—¡Shhh!

—Estás haciendo más ruido tú que yo.

—¡Shhh! No hables a no ser que sea estrictamente necesario.

—Venga, que a este paso nos amanece en la puerta —respondo, pasando por delante de ella.

—No me empujes.

—No te he empujado —aclaro mientras voy a por una antorcha del pasillo.

—¡¿Qué haces?!

—¡No grites! —le regaño.

—¡No grites tú!

—¡No estoy gritando! —le grito.

Me arranca la antorcha de las manos, y la vuelve a colocar en el soporte de la pared.

—Estamos de incógnito —suelta—. No podemos llamar tanto la atención.

—Necesitamos ver por dónde pisamos —le recuerdo—. No sé tú, pero yo no tengo visión nocturna.

—Yo sí. ¿Ves estos ojitos que Dios me ha dado? Pues ven mejor por la noche que por el día, como los gatos —dice, dándome la espalda y correteando por el pasillo.

—Voy a empezar a contar todas las tonterías que eres capaz de decir en una hora —le digo cuando la alcanzo en dos zancadas.

—Te van a faltar dedos en las manos.

El pasillo termina en unas escaleras de caracol y, abajo, una galería de armas, escudos y uniformes de batalla. Las antorchas siguen ardiendo a ambos lados de la sala y, mientras la atravesamos, cada vez más deprisa, comienzan a escucharse gritos. Azul se acerca a mí tras dar un saltito en el sitio y, cuando otro alarido cruza el castillo, busca mi mano y la aprieta con fuerza.

—¿No decías que no volviera a tocarte? —le pregunto con una sonrisa de medio lado.

—Y lo mantengo —contesta sin soltarme—. Soy yo la que te está tocando a ti.

—¿Dónde queda la reciprocidad?

—Cállate —susurra—. ¡Ah! ¡Corre! —exclama, tirando de mi mano, cuando alguien, o algo, chilla cerca de nosotros.

Corremos. Pasamos más galerías mientras nos persiguen esos gritos que no sé de dónde provienen y, al fin, encontramos la cocina.

—Es por aquí —me susurra. Las antorchas encendidas se quedaron atrás, así que somos dos sombras que lo palpan todo con dos manos, porque las otras dos siguen juntas y sin muestras de querer soltarse, buscando la manera de escapar—. Joder, no se ve un pimiento.

—Me estás haciendo daño en los dedos —me quejo. Y es verdad, me los está apretando cada vez más.

—¡Cállate y busca la puerta!

—Vas a romperme las falanges —gruño mientras me arrastra de un lado a otro como un huracán.

—¡Aquí! ¡Vamos! —grita justo después de abrir una puerta.

—¿Puedes devolverme la mano?

—¡Que te calles!

Tira de mí hasta el exterior, y sigue tirando, obligándome a correr durante más de diez minutos por un camino donde veo las piedras un segundo antes de tropezarme con ellas.

—¡Para! —le pido—. ¡Azul! ¡Para!

Me cuesta, pero consigo soltarme y me detengo a coger aire, cuando viene corriendo hacia mí.

—¿Qué haces ahí parado? —me regaña—. ¡Tenemos que seguir!

—¿De dónde sacas tanta energía? —le pregunto con los pulmones a punto de explotar—. En serio, eres como un pequeño terremoto.

—¡Vamos! Madre mía, eres un flojo.

Me veo arrastrado de nuevo a oscuras, tropezando y arañándome la cara con las ramas de los árboles cuando pasamos por los tramos más estrechos.

—¿Estás segura de que es por aquí?

—Esta mañana he venido un par de veces y, justo cuando he llegado a unas flores amarillas, iguales a las del bosque de *Caperucita roja*, aparecía la puerta y volvía al castillo.

—Palacio —la corrijo pensando que, cuando regrese a casa, tendrán que entablillarme la mano—. Espero que en el siguiente cuento haya un médico, porque creo que van a tener que amputarme los dedos.

—El siguiente es el de *El gato con botas* —responde sin detenerse.

Llegamos a las flores y, a unos pasos más, de repente, aparece la puerta.

Azul me suelta la mano, respira con fuerza, tira del pomo y, justo antes de cruzar, gira el cuello y me contempla con esos ojazos.

Un segundo. Menos de lo que dura un segundo, pero algo dentro de mí despierta.

—Nos vemos al otro lado —dice con una sonrisa preciosa.

—Te sigo —respondo tras tragar saliva.

Un minuto después, volvemos al patio del palacio.

—¡No lo entiendo! —grita a mi lado, sin que parezca importarle que hay un descuartizador azulado por aquí cerca—. ¡¿Por qué volvemos aquí?! ¿Qué estamos haciendo mal?

Tiro de ella hasta las cuadras, donde varias antorchas iluminan la entrada, y nos sentamos en un tocón rodeado de paja.

—Azul.

—¡¿Qué?!

—Oye, no me hables así.

—Perdona, pero estoy muy enfadada. Y bloqueada. ¡Es que no lo entiendo!

—No grites.

—Vale —murmura mientras da una patada a una piedra.

—Hemos hecho algo en el anterior cuento que no estamos haciendo ahora, y tenemos que descubrir qué es. Hay que pensar.

—Pensar… Pensar… —murmura.

La miro por el rabillo del ojo, y veo que arruga la nariz de una manera muy graciosa.

—¡Estoy bloqueada! —grita, dejándome sordo, para después empezar a lloriquear—. Es que… Pensé que sería más sencillo…

—Oye, eh, tranquila.

Me acerco un poco más y paso un brazo por encima de sus hombros para consolarla.

—¡No puedo estar tranquila! ¡Vamos a morir aquí dentro!

—No vamos a morir aquí.

—¿Cómo lo sabes?

Lo único que sé es que, cuando me mira así, tan cerca, con esos enormes ojos azules, todo lo que tengo dentro de mi cabeza desaparece.

—¿Bruce?

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

—Nada, es que te brillan mucho los ojos.

—Ya te he dicho que tengo ojos de gato…

Y, de repente, pega un grito que casi me deja sordo.

—¡Claro! ¡El brillante!

—¿De qué estás hablando?

—¡Los retratos de Barba Azul! ¡El anillo!

—No sé a qué te refieres.

—¡Mira!

Introduce la mano en un lateral del vestido y saca algo. Parece una piedra preciosa, pero, cuando voy a cogerla para verla más de cerca, cierra la mano.

—Cuando me acerqué al lobo para ver si estaba muerto —comienza a explicar—, vi esto brillando a su lado, crucé la primera puerta con él en la mano, ¡y aparece la misma gema en forma de anillo en todos los retratos de Barba Azul! Mira, parece un diamante, pero, si te fijas bien, tiene algo dentro, algo muy pequeñito —termina diciendo mientras se pone bizca.

—Déjame verlo.

Lo sostengo entre los dedos y lo giro, buscando el mejor ángulo.

—Parece una llave. Sí, es una llave dorada.

—Pues Barba Azul tiene otra dentro de un anillo y, por lo que se puede ver en sus retratos, lo lleva siempre encima. Tenemos que robárselo.

—¿Estás loca? ¿Cómo piensas quitarle un anillo a ese psicópata?

—Ahora, mientras duerme.

—Quita esa cara, por favor, que me estás asustando.

—Tenemos que quitárselo ya, antes de que se haga de día —insiste—. ¿Quieres volver a la realidad?

—Sí.

—Pues hay que hacerlo —decide, poniéndose en pie.

—Espera, vamos a pensarlo un poco, tenemos tiempo.

—No lo tenemos.

—Has sido tú quien ha dicho que aquí el tiempo corre mucho más lento que en la realidad, así que sí que lo tenemos. No

podemos dar un paso en falso, es mejor que pensemos las cosas con tranquilidad.

—No sé tú, pero yo tengo muchas cosas que hacer en mi vida. Me dejé puesta una lavadora y tengo que dar de comer a mi pez.

—Yo también tengo una vida fuera, te lo aseguro, pero quiero vivir un día más para vivirla. ¿Y si se lo compramos?

Me mira por encima de las pestañas y tarda en contestar:

—Qué buena idea —replica con sorna—. ¿Aceptará billetes de quinientos? Es que los de cien me los he dejado en el otro bolso.

Me temo que estoy acostumbrado a resolver cualquier problema con dinero, pero ahora mismo no tengo ese recurso a mi alcance.

—Vamos— dice, poniéndose en pie—. No tenemos más opciones.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Crees que podríamos…?

—¿Qué?

—¿Crees que, si morimos aquí, morimos de verdad?

—No lo sé, y no vamos a comprobarlo —responde sin más. Coge una antorcha y se pone a andar.

—¡Espera! —digo, corriendo para alcanzarla—. Tenemos que pensar en algún plan. A lo mejor es más seguro…

—Si está dormido, deberíamos buscar la habitación más grande del palacio —propone.

—¿Qué quieres decir con "si está dormido"?

—Alguien gritaba cuando salíamos, así que…

Parece que saber lo que tiene que hacer le da el coraje suficiente para ser una suicida.

Entramos por la parte de las cocinas y llegamos hasta el primer corredor. Los gritos han cesado, pero la quietud de todo, incluida la llama de la antorcha, me ponen en alerta.

—Seguro que su habitación está en la planta de arriba —susurra.

—Azul, esto no es una buena idea. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta si…

—Shhh…

Me coge de la mano y tira de ella escaleras arriba. Cuando llegamos al pasillo, coloca un dedo sobre los labios para que no haga ruido y señala algo al final del pasillo. Entorno los ojos y veo que hay otra puerta, una más grande con dos espadas cruzadas. A ambos lados, dos antorchas encendidas; justo debajo de ellas, un sirviente sentado en una silla. Corro a apagar la antorcha y nos escondemos en la esquina.

—Está dormido —me susurra.

—¿Seguro?

—Estás un poco ciego, ¿verdad?

—No, pero en la oscuridad no veo muy bien.

—Pues yo veo perfecto en cualquier circunstancia, y te aseguro que ese *cuentareño* está dormido. Seguro que podemos pasar por su lado sin que se dé cuenta.

Me la quedo mirando un segundo a los labios. Se los humedece. Y me mantiene la mirada sin parpadear. Esta chica está como una regadera.

—Podemos esperar hasta que amanezca, e intentar… —comienzo a decir, cuando resopla, pone los ojos en blanco y corretea de puntillas hacia la puerta—. Azul —susurro—. ¡Azul!

—¡Shhh!

Me asomo por la esquina y ahí está, avanzando por el pasillo como cuando ves una película donde el susodicho cree que es tan sigiloso como un ninja, pero que, en realidad, se está tropezando con cualquier cosa que encuentra a su paso. Creo que está el mundo y todos los que vivimos en él, y después está ella y su mundo paralelo; a veces coinciden, a veces no, pero parece que le da igual; ella a lo suyo.

—¡Azul!

Al final nos pillan y nos ensartan con las espadas que está a punto de tocar. Contengo el aliento mientras veo cómo pasa al lado del sirviente que, tal y como ha dicho, parece dormido.

Un momento… ¿Qué está haciendo?

—¡Azul! ¡No! —grito entre susurros, algo muy difícil, por cierto, cuando veo que se pone a pasarle la mano por delante de la cara—. ¡Azul!

Me hace un gesto de fastidio y se gira hacia la puerta. Al menos ha dejado tranquilo al sirviente.

No creo que se atreva a abrirla. Una cosa es llegar hasta allí, pero otra muy distinta es entrar en la habitación de Barba Azul. No le conozco personalmente, como es obvio, pero lo que relata el cuento es que…

—¡Azul! ¡No!

Gira el pomo, abre solo un poco y entra. Desaparece más allá de la puerta, y es entonces cuando comprendo que no vamos a salir vivos de aquí. No con ella, al menos, y con su carácter impulsivo y kamikaze.

¿Qué hago?

¿Voy detrás?

¿Me quedo y vigilo?

Los segundos pasan lentos y, como si fuera un león enjaulado, empiezo a dar vueltas en dos metros escasos.

¡¿Qué hago?!

Voy a quedar como un cobarde si me quedo aquí plantado, esperando a que ella haga el trabajo sucio, pero, si voy, nos pongo a los dos en peligro. Lo más inteligente es quedarme aquí para cubrir la retaguardia, pero mi estómago me está gritando que vaya tras ella, porque no sé lo que está pasando más allá de esa puerta.

¿Y si la han atrapado?

¿Estará bien?

—Está tardando mucho —murmuro.

Doy vueltas y vueltas, y al final acabo tirándome del pelo de pura frustración.

¡Las cosas no se hacen así! Somos un equipo, y los movimientos hay que hacerlos bajo un consenso, no así, por tu cuenta y riesgo, porque estos actos impulsivos nos ponen en peligro a los dos.

¡¿Qué cojones hago?!

—A la mierda —gruño, encaminándome hacia el pasillo. No pienso aguantar las bromitas como salga por esa puerta con el anillo y con una cara triunfal, y empiece a recriminar que la he dejado sola —. A la mierda —repito justo cuando estoy llegando al sirviente, que sigue dormido.

Voy a abrir la puerta cuando alguien al otro lado la abre por mí, grita, coge mi mano y tira con fuerza.

—¡Correeee! —grita—. ¡Corre!

Volamos por el pasillo mientras comienzan a sonar trompetas. No quiero perder los escasos segundos que necesito para seguir adelante, pero no puedo evitarlo: miro un momento hacia atrás y veo a una decena de soldados que nos pisan los talones con las espadas desenvainadas.

—Pero, ¿qué has hecho? —consigo gritar, casi sin aliento.

—¡¿Qué voy a hacer?! ¡Coger el anillo!

Llegamos a las escaleras y las bajamos de dos en dos. En uno de los peldaños me tuerzo el tobillo, pero, aun así, sigo corriendo.

Atravesamos la sala de las armas mientras lanzas y otros objetos, que prefiero no saber qué son, caen justo donde, segundos antes, estaban nuestros pies. Me arden las piernas, los pulmones y la cara, mientras veo por el rabillo del ojo a Azul, a mi lado, tirando de mi mano.

Conseguimos llegar a la cocina, no sé cómo, la verdad, creo que las planchas de metal que portan los soldados los hacen más lentos y, tras varios tropezones con bandejas que caen a nuestro paso, salimos al exterior.

Yo dudo, pero Azul no y, ni corta ni perezosa, me guía hasta los establos.

—¡Espero que sepas montar a caballo! —chilla.

—¡¿Acaso tú no?!

—¡No! —grita, sin cambiar el rumbo—. ¡Pero me alegro que tú sí!

Abre la primera compuerta y me hace un gesto de impaciencia mientras da saltitos en el sitio.

—¡Venga! ¡Que vienen!

Los soldados ya han salido también al patio, así que cojo los estribos y saco a la yegua.

—Shhh… Tranquila… —le susurro mientras le acaricio el hocico.

—¡Qué tranquila ni qué tranquila! ¡Que vienen! —grita Azul, asustando al animal.

—¿Conoces la expresión de *vísteme despacio que tengo prisa*?

—¡Monta en el caballo de una vez y ayúdame a subir! ¡Sí, no me mires así, me llevas de paquete!

Hago lo que me pide y, unos segundos más tarde, tras comprobar que es bastante torpe a la hora de subir encima del pobre animal, salimos al galope. Nos llevamos por delante a los primeros soldados, que ya estaban entrando en los establos, y pongo rumbo al río mientras sujeto las crines con fuerza.

—Si me sigues apretando así las costillas, me ahogarás —me quejo. Es que me está clavando los dedos a ambos costados—. En serio, no puedo respirar.

—Lo siento, pero no te pienso soltar. Qué pesados, ahí vienen —dice, supongo que refiriéndose a los soldados.

—Vale, pues al menos deja de respirar tan cerca de mi nuca, porque me dan escalofríos.

—Tampoco pienso hacerlo —la escucho decir justo detrás de mí —. Estoy agarrada como un mono y, si yo caigo, tú vas detrás. ¡Por ahí! —grita de repente, dejándome sordo—. ¡Para! ¡Es ahí!

—La yegua está desbocada.

—¿Y eso qué significa?

—¡Que no va a parar!

—¡Pues habrá que saltar!

—¿Estás de broma?

—¡Salta!

Siento que un gran peso detrás de mí desaparece y, cuando giro el cuello, la veo rodando sobre un campo de flores amarillas.

—¡Azul! ¡Espera!

Tengo que saltar, porque es capaz de atravesar la puerta sin mí y dejarme por segunda vez atrás.

—¡Salta de una vez! —me grita, ya en pie, y a punto de llegar a la puerta.

Salto.

Ruedo.

Me pongo en pie.

Vuelvo a torcerme el tobillo.

Cojeo.

La alcanzo.

Cojo su mano.
Abre la puerta.
Cierro los ojos.
Y cruzamos al otro lado.

Capítulo 8

Azul

—Es de día —musito, entrecerrando los ojos—. No veo nada.

—Yo tampoco. Hay demasiada luz —dice, a mi lado—. No es que haya luz, es que está todo tan blanco que…

—¿Dónde estás?

—Aquí.

—¿Dónde? No te veo.

—Estoy aquí, a tu lado.

—Joder, no veo nada. ¿Dónde estás?

—Eh… Eso no es mi mano…

Retiro la mano de su paquete y tanteo un poco más arriba.

—Perdón.

—Eso tampoco es mi mano.

—¡Pues dámela ya, que parece que lo haces adrede!

—Es que yo tampoco sé dónde está tu mano —se queja.

—¡Estoy aquí! Eh… Me estás tocando una teta…

—Lo sé.

—¡Guarro! —grito, dándole un manotazo—. A ver, ¿dónde está tu mano derecha? —pregunto, agobiándome cada vez más. No es que me moleste la luz, es que, cuando abro un poquito los ojos, todo está tan blanco, de un blanco horriblemente luminoso, tal y como dice él, que me arden las pupilas—. Bruce, me estoy asustando, ¿dónde estás?

—Estoy aquí, a tu lado.

—¡Pues dame la mano!

—Es que no quiero que…

—¡Me da igual si vuelves a tocarme una teta, pero dame la mano!

—¿Puedo tocarte yo la teta? —pregunta otra voz masculina, ¡que no es Bruce!

Pego un grito e intento abrir los ojos, ¡pero no se ve nada!

—¿Hola? —me atrevo a preguntar mientras tanteo a Bruce.

—No estamos solos —susurra. Me arrastra hasta su cuerpo y me protege entre sus brazos—. Joder, no veo una mierda.

Nos quedamos en completo silencio y se comienza a escuchar un llanto desconsolado seguido de balbuceos que, poco a poco, empiezan a entenderse:

—Ya está… —dice lo que parece que es una chica o una mujer —. He muerto… ¡Mis niños! ¡No es justo! ¡No quiero morir! ¡No después de todo lo que he aguantado!

Esa voz me suena familiar… Intento despegar los párpados, pero es imposible.

—Tranquila, muchacha, que te va a dar algo —dice otra voz, en este caso masculina. La misma que me quería tocar las tetas—. No estamos muertos.

—¿Quiénes sois? —pregunta Bruce al aire.

—Yo… Yo… —balbucea la chica—. Yo estaba hasta hace unos minutos en… En…

—¡Eres la chica del pueblo de *Caperucita Roja*! —exclamo, reconociéndola por fin.

—En la taberna —afirma. Hace un ruido muy desagradable, como si se estuviera sorbiendo los mocos, y vuelve a llorar—. ¡No quiero morir! ¡No después de tantos años!

—Sí, te conozco —dice la voz masculina—. Pasé por allí a tomarme una cerveza hace mucho tiempo, y me di cuenta de que eras real.

—Yo no sé quién eres —dice ella—. ¡¿Por qué no se ve nada?! No puedo abrir los ojos.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunto—. Me ofreciste quedarme contigo en la taberna, pero salí corriendo.

—Sí —reconoce—. Desapareciste. Me dejaste sola. ¡Siempre me dejan sola!

Y a llorar otra vez.

—Lo que no entiendo es por qué estamos aquí —salta la voz masculina—. Estaba a punto de pasar al último cuento.

—¿Has pasado por todos los cuentos? —pregunta Bruce.

—No ha sido tan difícil. Bueno, casi me pillan varias veces, pero…

—Pero, ¿qué?

—El secreto está en no decir ni una puta palabra —explica el chico—. Si eres mudo, no te pillan, pero claro, no siempre es fácil, a veces se te olvida dónde estás.

—¡¿Y dónde estamos, si puede saberse?! —grita la chica.

—¡En un puto cuento de mierda que, en cuanto salga, le meto fuego! —chilla él. Se nota que está hasta los huevos del cuento de las narices.

—Si lo destruyes, ¿qué pasará con nosotros? —pregunta Bruce en un tono gélido—. ¿Vas a quemarnos también?

—Pues no lo había pensado.

—A ver, no sabemos qué pasa cuando sales, dónde y, lo más importante, si cuando salgas está contigo el cuento —comienzo a decir—. ¿Saldremos todos donde está el cuento físicamente? ¿O donde nos atrapó? Porque el cuento, lo último que sé, es que está en la tienda donde trabajo.

—No te entiendo —dice la chica.

— A ti te atrapó en tu casa, que no sé dónde está, a Bruce en el trabajo, en Edimburgo, a mí en Madrid, en la tienda donde trabajo, *Antigüedades Hunter*. Si volviéramos todos ahora mismo, ¿dónde sería? ¿Dónde está el cuento? ¿Dónde nos atrapó? ¿En el mismo tiempo? ¿O a cada uno en su tiempo? Me contaste que llevabas cincuenta años aquí —le digo a la chica—, pero no has envejecido. Así que parece que el tiempo, aquí dentro, no nos afecta.

—No te afectará a ti —salta ella—. A mí se me han caído casi todos los dientes.

—Eso lo veremos cuando salgamos, si es que salimos—concluye el chico—. ¿En qué cuento de mierda estamos ahora mismo?

—A nosotros nos toca *El Gato con botas* —respondo.

—No, ese ya lo pasé hace tiempo.

—Yo solo he estado en el de *Caperucita Roja* —dice la chica.

—¡¿Has estado cincuenta putos años en el primer cuento?! —grita él—. ¡¿Pero qué cojones has estado haciendo?!

—¡Poniendo cafés y cervezas! ¡¿Algún problema?!

—Tranquilidad —pide Bruce—. ¿Alguien puede ver algo?

—No.

—Nada.

—Yo tampoco —digo tras intentar, una vez más, abrir los ojos.

—¿Ya está? —pregunta el chico—. ¿Esto es el final? No tiene sentido, he pasado todos los cuentos menos el último. ¡No tiene ningún sentido! ¡¿Es que nos van a dejar aquí para siempre?!

—No perdamos los nervios —pide Bruce—. A ver, vamos a pensar. Nosotros acabamos de pasar la puerta del cuento de *Barba Azul*.

—¿Pero de qué puerta estás hablando? —pregunta la chica.

—Cuando coges el diamante del cuento, aparece una puerta y pasas al siguiente —explica el chico.

—¿Qué diamante? —pregunta ella.

—¡Pues el que coges para que aparezca la puerta!

—¡¿Qué puerta?!

—Dejad de gritar —les pido, poniéndome cada vez más nerviosa —. Van a aparecer los enmascarados.

—Pero, vamos a ver, muchacha, ¿qué has estado haciendo cincuenta años? Esto es un juego —dice el chico, ignorando mi súplica de guardar silencio—. No es tan difícil. El cuento te lleva hasta los diamantes, y después aparece la puerta. Ya está.

—¿Ya está? ¡¿Ya está?! —grita ella—. ¡De aquí no se puede salir! ¿Sabéis cuánta gente ha desaparecido?

—Claro, se iban por la puerta —responde él—. ¿Nos van a tener aquí mucho más tiempo? Que tengo prisa, joder.

—Chicos —dice Bruce—. Veo algo.

Vuelvo a abrir los ojos y, efectivamente, se empieza a ver "algo". La luz ya no es tan fuerte y, poco a poco, en uno de esos intentos por saber qué hay a nuestro alrededor, compruebo que puedo ver algo. Un poquito más. Solo un poco más, hasta que me encuentro con los ojos entrecerrados mientras parece que el paisaje se dibuja a nuestro alrededor. Aparece un árbol, y después otro, y a lo lejos una nube.

—¿Qué cojones…? —murmura el chico.

Lo miro. Rondará los cuarenta años. Bajito, muy moreno y vestido con unos vaqueros, zapatillas y una camiseta blanca algo sucia. ¿En cuánto tiempo ha conseguido pasar por casi todos los cuentos?

Nos miramos todos de arriba abajo. La chica está tal y como la dejé, como ella dice, sin dientes.

De todos, se nota que es la que más tiempo ha pasado aquí. Pobrecita, me da mucha pena.

—¿De qué cojones vais vestidos? —salta el chico con una carcajada—. Joder, ¿y a ti qué coño te ha pasado? ¿Entraste con veinte años? ¡Joder! —dice cuando mira a la tabernera, con una risotada.

—¡Oye! ¡No tiene la culpa! —corro a defenderla.

—¡Eres un sinvergüenza! —grita ella con los ojos inyectados en sangre mientras una casa de piedra se dibuja en menos de lo que dura un suspiro, después otra, y aparece un gato que nos enseña las garras y sale corriendo por una calle empedrada que, prácticamente, se va formando por delante de sus patitas—. ¡No tienes derecho alguno a decirme nada! —sigue gritando.

—¡Estás loca!

—¡Pues claro que lo estoy! ¡Lo raro es que siguiera cuerda!

—¡No sé cómo has aguantado tantos años aquí!

—¡Porque soy una superviviente!

—¡Lo que eres es una demente!

Veo a una persona cruzar la esquina, lo que me pone en tensión de repente. Después, unas sandalias, justo frente a nosotros, van moviéndose hasta que le crecen unas piernas, después el tronco, y Bruce y yo tenemos que dar un salto atrás para que no se choque contra nosotros justo cuando le sale la cabeza. Pero parece que nuestros compañeros no se están dando cuenta de que ya hay *cuentareños* por aquí, demasiado cerca.

—Chicos, silencio —susurro, cada vez más nerviosa.

—¡Llevo cincuenta años rodeada de pulgas!

—¡Porque te ha dado la gana!

—¡Chicos! ¡Shhh! —vuelvo a gritar, pero nada, no me escuchan.

—¡¿Cómo te atreves?!

—Tenemos que salir de aquí —murmura Bruce, cogiéndome de la mano—. ¡Ya!

Tira de mí mientras yo intento alertar de nuevo a los otros dos, pero están tan enfrascados en su discusión que no se dan cuenta de que, de repente, como si hubieran salido de la nada, los enmascarados aparecen justo detrás de ellos.

Voy a gritar, pero Bruce me tapa la boca con una mano, y con la otra me coge en vilo y me lleva detrás de un árbol.

Todo sucede tan rápido que no me da tiempo a parpadear, cuando los enmascarados los atrapan.

Quiero cerrar los ojos, pero no puedo, mis párpados no me obedecen.

—¡Ahhhh! ¡Socorro! —grita la pobre tabernera—. ¡Nooo! ¡Ayuda!

Bruce me aprieta más contra el árbol, y me impide casi respirar con su gigantesca mano en mi boca.

—¡Me cago en vuestros putos muertos! —chilla el chico, luchando por escapar de su enmascarado. Obviamente, no tiene nada que hacer contra él, pero, aun así, se revuelve y lucha con uñas y dientes para escapar de sus garras—. ¡Soltadme! ¡Soltadme!

—¡La culpa la tienes tú! —le grita la chica—. ¡Es tu culpa!

Y, sin más, desaparecen.

Nos quedamos un buen rato en la misma postura, casi esperando que los enmascarados regresen a por nosotros, sin apenas respirar, no vaya a ser que se acuerden de que seguimos aquí. Y después, cuando comprobamos que no vuelven, me deshago de sus manos y me lo quedo mirando sin poder decir una palabra. Creo que estoy conmocionada por lo que acaba de suceder, y parece que él está igual. Después, sin poder evitarlo, la visión se me va empañando por las lágrimas, hasta que termino con una llorera incontrolable.

—Shhh… Ya está… —me consuela Bruce, abrazándome con fuerza—. Ya está…

—Calla, que vuelven —susurro.

—Tranquila, se han ido.

—¿Qué crees que habrá pasado con ellos? Los hemos abandonado a su suerte —sollozo otra vez—. Somos lo peor.

—No podíamos salvarlos —resuelve. Hay algo en su mirada que me obliga a echarme hacia atrás. Es algo frío que me pilla por sorpresa—. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Los acaban de matar —digo, abriendo mucho los ojos.

—Eso no lo sabes. Además, han sido ellos los que nos han puesto en riesgo a todos con sus gritos absurdos. Han perdido el control. ¿Por qué me miras así? Es cierto.

—La chica llevaba cincuenta años encerrada, ¿qué quieres que hiciera? ¿Ponerse a cantar?

—Lo siento por ella y por él, pero es lo que hay.

—No me puedo creer que seas tan insensible. ¿Eso es lo que vas a hacer conmigo cuando meta la pata? ¿Dejar que me lleven como a un saco de patatas a vete tú a saber dónde?

—Azul.

—¿Qué?

—No podíamos hacer nada, y lo sabes.

Frunzo el ceño, y suelto una mezcla de gruñido y suspiro.

—Deja que haga un segundo de luto, al menos.

—Aquí no hay tiempo que valga, vamos a ver dónde cojones estamos.

—No puedo más…

—¿Quieres volver a casa?

—Sí.

—Pues vamos.

—Eres el pragmatismo hecho carne.

—Y tú el dramatismo.

Tira de mí y salimos del escondite.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

Sale mi lado práctico y me pongo a pensar en voz alta:

—Este cuento habla de que a un chico le toca en herencia un gato, y se está quejando porque no le han dado más y es muy pobre. Pero el gato es muy listo y, ya de paso, mentiroso, y le hace creer al rey que su dueño es un duque con tierras y un castillo, y así

consigue que la princesa se case con él —digo muy bajito, porque, aunque estamos solos, en cualquier momento puede aparecer una cabeza flotante—. Tiene que haber una puerta igual a las otras dos por las que ya hemos pasado —añado mientras me humedezco los labios—. Ufff, ¿soy yo, o aquí hace mucho calor? Estoy muerta de sed.

—No eres tú, hace mucho calor —gruñe—. Y humedad.

Se quita la chaqueta de la que tanto se estaba quejando y se queda con una camisa blanca que se le transparenta bastante, y bueno, la verdad es que está mejor formado de lo que pensaba.

¡Azul! ¡Concéntrate!

—¿Estás bien? —me pregunta, acercándose.

—Claro.

—Estás bizca.

Eso es lo que pasa cuando tus ojos quieren seguir mirando los pectorales del de enfrente, pero al mismo tiempo tu cabeza te está gritando que disimules un poco. Vamos, que te quedas con un ojo para cada lado.

—Estaba hablando de la puerta —digo mientras parpadeo—. Necesitamos la piedra preciosa. En el primer cuento la tenía el lobo, y en el segundo, Barba Azul, así que lo más lógico es que en este la tenga el ogro.

—¿El ogro?

—El ogro que el gato se come cuando lo engaña para que se convierta en ratón, y así su dueño se hace pasar por príncipe delante del rey para poder casarse con la princesa —explico sin respirar. En serio, este aire es tan húmedo y denso que se podría masticar.

—Podría tenerla el gato.

—Por lo que hemos visto hasta ahora, las piedras las tienen los malos del cuento.

—Lo sé, pero, ¿no crees que deberían tenerlas los protagonistas? A lo mejor, en el primer cuento la tenía Caperucita roja y, cuando el lobo se la comió, perdió la piedra y tú la encontraste a su lado; en el segundo cuento, Barba Azul era el malo, pero era el protagonista.

—Sin antagonistas no hay historia —replico.

—Claro que sí, no todos los cuentos incluyen a un monstruo.

—Son los malos los que hacen que una historia sea buena, piénsalo. ¿Quién sería Batman sin el Joker? —replico.

—Estás obsesionada con Batman.

—No especialmente, es que te miro y todo el rato me viene a la cabeza: "Bruce Wayne", "Bruce Wayne…"

—Podríamos quedarnos todo el día filosofando sobre qué ingrediente es el que hace que un cuento sea mejor que otro, pero te recuerdo que tenemos que encontrar una puerta y una piedra. Deberíamos buscar al gato para quitarle la piedra y después ir hacia la puerta. No debe estar muy lejos —dice con la espalda recta—. Así que, andando.

Comienza a caminar, pero no le sigo. Me quedo plantada en el sitio con los brazos cruzados y…

¿Qué me pasa? Sí, ya sé lo que me pasa. Tengo hambre y necesito un café bien cargado, y acabo de presenciar cómo se llevaban a dos de los nuestros. Bueno, la chica ya era casi una *cuentareña* más, la verdad, pero el chico… Si no fuera tan gilipollas, nos habría venido genial para escapar.

—No sabemos dónde está el gato, es pequeño, y seguramente difícil de encontrar —digo para que se detenga mientras pasamos al lado de unas casas un poco raras.

—Solo tenemos que buscar a un gato con unas botas —responde mientras se gira en un tono condescendiente que me toca bastante la moral—. No debería ser tan difícil.

—Yo iría directamente al castillo. El gato va a estar viajando con el rey todo el día, no vamos a encontrarle, pero sí que sabemos que el cuento acaba en el castillo, así que podemos esperarle allí. Y de paso comprobamos si la piedra la tiene él o el ogro.

—No voy a arriesgarme a entrar en un castillo con un ogro cuando puedo robarle una piedra a un gato —replica, estirando la espalda.

—¿Tienes miedo del ogro?

—¡Pues claro! ¡Y tú también deberías tenerlo! Me da igual si eres una kamikaze, yo no lo soy, y…

—¿Kamikaze?

—¿Te recuerdo cómo entraste en la habitación de Barba Azul? Sin un plan, sin haberlo consensuado primero y…

—¿Qué plan? ¡Alguien tenía que entrar!

—Nos pusiste en peligro a los dos. Si vas a venir conmigo, no puedes ser tan impulsiva.

—¡Eres tú el que viene conmigo! Sin mí, aún estarías detrás de un seto en el cuento de *Caperucita roja*.

Se inclina con la mandíbula más apretada que he visto nunca y una vena en el cuello a punto de explotar, y dice:

—No durarías ni diez segundos sola. Si no fuera por mí, te habrían llevado hace cinco segundos los enmascarados.

—¿Quieres apostar? Tú dices que la piedra la tiene el gato, yo digo que la tiene el ogro, así que ve a buscar al gato, que yo te espero en el castillo —lo reto—. Y, quien tenga razón, será el macho alfa del equipo, porque no pienso estar discutiendo todo el rato.

Parece que se lo piensa, pero después niega con la cabeza:

—No es buena idea que nos separemos.

—Vale, pues vamos al castillo.

—No vamos a ir al castillo.

—¡La piedra la tiene el ogro! —exploto, harta de su cabezonería —. ¿Sabes cuántos cuentos nos faltan? ¡Un montón! No podemos perder el tiempo solo porque te dé miedo el ogro.

Pero ya no me está escuchando. Mira más allá de mí, y su expresión no me gusta ni un pelo, así que me giro y contengo la respiración.

—¿Qué castillo decías que teníamos que encontrar? —pregunta a mis espaldas.

No hay castillo. Ni una ciudad. Lo que veo más allá de mí es una selva. Kilómetros y kilómetros de plantas gigantescas que se pierden en la lejanía, tan frondosas que no se puede ver lo que hay en la superficie. Empiezo a hiperventilar y miro a nuestro alrededor. Estamos en lo que parece un pequeño poblado, pero las casas por las que acabamos de pasar no son las típicas que podrías encontrar en un cuento como el de *El Gato con botas*. Son diferentes, y me recuerdan a otras ilustraciones que ya he visto, de otros lugares en

los que aún no he estado. Y, de repente, a lo lejos, aparece un *cuentareño*.

—No puede ser —murmuro con la garganta muy seca—. No puede ser…

Se me hiela la sangre cuando comprendo lo que ha pasado, y me giro hacia Bruce sin saber muy bien cómo explicárselo. Aún no es seguro, pero mi intuición está gritando dentro de mi cabeza lo que ha ocurrido y, aunque no me guste, aunque no suela escucharme muy a menudo, lo cierto es que suelo tener razón.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —quiere saber.

—Pues…

—¿Dónde estamos? ¿Recuerdas algún cuento en el que apareciera eso? —pregunta, señalando la vegetación del horizonte.

—¿El de la habichuela gigante? —respondo, pensando a toda velocidad.

—No salía en este libro—replica.

—Ya…

—Mira.

—¿Dónde?

—¿Ves a esos personajes?

Dirijo la vista hacia la dirección que señala su dedo. Tres hombres se suben en una pequeña barca en la orilla del río, a lo lejos. Aparentemente no hay nada extraño en ellos, más allá de que seguro que son *cuentareños*, pero sé por qué le ha llamado la atención.

—Sí, los veo —respondo tragando saliva.

—Son indígenas.

—Sí, ya lo veo.

—Yo he estado en un lugar así en el mundo real —musita—. Juraría que, por las construcciones, estamos en Perú.

—¿Has dicho Perú? —susurro, atragantándome con mi propia saliva.

Mi "teoría" se va confirmando a medida que este nuevo cuento se dibuja ante nuestros ojos, y más cuando Bruce no deja de murmurar que esto es una zona de Perú que conoce muy bien.

—A ver —salto, intentando acallar a mi mente—. ¿Cuándo has estado tú en Perú?

—Muchas veces —responde altivo.

—¿Muchas veces? ¿Tanto te da tu salario de empaquetador?

—Ha sido por trabajo.

—¿En cuántos trabajos has estado?

—En muchos. Eso da igual ahora mismo, la cuestión es que no entiendo cómo hemos aparecido aquí, algo se nos escapa. Tampoco sé por qué, de repente, nos han juntado a los que somos reales. Hemos estado mucho rato como…

—¿Cómo qué?

—Como en blanco —dice sin pensar, humedeciéndose los labios —. Como si hubieran borrado…

Joder, es que no me lo puedo creer.

—Maldita Piluki —murmuro—. Al final tenías que hacerlo, no podías quedarte quietecita.

—¿Cómo has dicho?

Voy girándome hacia él con la vista clavada en el suelo.

—Creo que sé lo que está pasando, y no va a gustarte —comienzo a decir—. Creo que…

—¿Qué?

—Creo que Piluki, mi compañera, ha borrado los cuentos y ha escrito otros —digo al fin, alzando la mirada para encontrarme con unos ojos acusadores.

—¿Disculpa? —pregunta en un tono entre gélido y de muy mala hostia.

—A ver, cuando desempaquetamos el cuento, empecé a leerlo con ella —comienzo a explicar moviendo mucho las manos—, pero todos los cuentos son muy machistas.

—¿Machistas?

—¡Sí! Patriarcado total. Indignante.

—Es un cuento del 1697 —responde entre dientes

—Pues no hemos avanzado mucho en todo este tiempo —replico—. La mujer tiene que ser buena y obediente, la más guapa y lista, y vosotros podéis ser feos y tontos y no pasa nada.

—Insisto, es un cuento de hace trescientos años, de todas formas, no entiendo qué tiene que ver eso, con esto —dice, señalando la selva que sigue creciendo y creciendo justo bajo la montaña en la que estamos.

—Había una pluma y un frasco de tinta al lado del cuento.

—Sí —dice, instándome a seguir hablando.

—Una gota de agua se cayó sin querer encima de una hoja, y…

—Sin querer —me interrumpe.

—Y borró una palabra —continúo, ignorando su vena del cuello, cada vez más abultada—. ¡La borró sin más! Entonces, Piluki utilizó la pluma y la tinta para volver a escribirla porque cuidamos mucho todos los artículos que nos llegan a la tienda —digo de carrerilla, mintiendo más que hablo.

Anoche hablé demasiado de lo mal que lo hacemos en la tienda y, al final, este chico es un compañero que puede hablar con otro compañero, y con otro, y al final acabamos despedidas.

—Ya —replica con una ceja en alto y los brazos cruzados—. ¿Y? ¿Qué más pasó mientras cuidabais todos los artículos?

—Seguimos leyendo el cuento, y nos íbamos enfadando más y más, porque, de verdad, Bruce, es para cabrearse con las cosas que dice. ¿Has leído las moralejas? ¿Las has leído?

—Te recuerdo que, si estoy aquí, es porque me lo he leído de arriba abajo, sí —responde, más y más enfadado—. Pero aún no acabo de entender qué tiene que ver todo esto que me estás contando con lo que está pasando.

—Piluki quería borrarlo y escribir otros cuentos, yo no la dejé, así que me encerré en la trastienda con el libro, lo terminé de leer y aparecí aquí, como tú, pero creo que Piluki encontró el cuento en la mesita del *tarot amor* y lo hizo —confieso al fin con los ojos clavados en mis zapatos nuevos y los labios metidos hacia dentro.

—¡¿Qué?! —grita.

—Que Piluki ha borrado los cuentos y ha escrito otros del Perú —resumo.

—¡¿Qué?!

—Que Piluki ha…

—¡No vuelvas a repetirlo, ya lo he entendido la primera vez! —exclama con todas las venas del cuello a punto de explotar—. ¡¿Cómo os habéis atrevido a tocar una reliquia tan antigua?! ¡A la ligera! ¡¿En qué cabeza cabe que se pueda hacer algo así?!

—¡No la dejé, pero desaparecí! —intento explicarle—. ¡No estaba para detenerla!

—¡Me da igual! ¡No hay excusa! ¡No la hay!

—¡Lo sé! ¡Lo siento!

Cierra las manos en dos puños y abre la boca para seguir gritando, pero se contiene. Creo que no he visto a nadie en mi vida así, ahogándose en sus propias palabras. Va a hablar, pero se calla una y otra vez hasta que parece que le está dando un ictus. Al final, me da la espalda y da una patada a una piedra que parece que está suelta, en medio del camino, pero no la consigue mover y…

—¡Joder! ¡Me acabo de destrozar el pie! —se queja, doblado en dos—. ¡Esto es inadmisible! —vuelve hacia mí cojeando—. ¡Inadmisible! ¡Es denunciable! ¡Es…!

—Respira —le susurro—. Por Dios, respira, que al final te da un infarto cerebral, y no quiero quedarme sola en *Jumanji*. Ya está.

—¡¿Cómo que ya está?!

—Ya está hecho, no podemos hacer nada —insisto en mi mejor tono conciliador—. ¡Ya lo sé, no me mires con esa cara! —grito dos segundos después—. ¡Intenté evitarlo, pero, literalmente no he podido, porque aparecí en el cuento!

Se deja caer de rodillas y se lleva las manos a la cabeza. Se despeina. Se tira del pelo con los ojos cerrados y la mandíbula tan apretada que no me sorprendería que se rompiera algún diente, se le pone toda la cara roja y, al final, respira hondo.

—¿Estás mejor? —me atrevo a preguntar cuando parece que ha perdido las fuerzas.

—Sí —responde con la vista perdida en el horizonte *selvil*—. Solo una pregunta más.

—¿Cuál?

—¿Qué es eso del *tarot amor*?

—Nada.

—Ese *nada* me suena a mucho.

—No es nada, de verdad, es…

—Da igual —me interrumpe, levantándose despacio—, no creo que mi mente pueda soportar más información inquietante. Ahora tenemos que centrarnos en esto —añade, señalando la jungla o lo que quiera que sea—, salir del cuento, y después ya veremos qué pasa contigo y…

—¿Qué? ¿Qué pasa después conmigo?

—Nada.

—Ese *nada* me suena a mucho —le imito—. No puedes contárselo a nuestros jefes, o jefa, o quien sea —le suplico—. Por favor.

—Vamos —dice mientras traga saliva, pero sin mirarme a los ojos.

Miro más allá de nosotros y se me corta la respiración.

—Ya hablaremos más tarde sobre eso, ahora tenemos que pensar —comienzo a decir con la garganta seca. Y no es solo porque creo que las acciones de Piluki me traerán también a mí consecuencias fuera de aquí, es porque estoy sedienta. Hace mucho calor y humedad, y siento que, si no me llevo algo a los labios en poco tiempo, caeré desmayada—. No puede ser muy complicado encontrar la piedra.

Bruce se coloca a mi lado y se remanga. Creo que él también tiene sed, y es que la mala leche consume muchas energías; energías que ahora no podemos malgastar.

—El problema es que estamos en territorio desconocido —dice, a mi lado, con el ceño fruncido—. ¿Qué cuentos quería escribir?

—Ni idea. Empezó a decir nombres muy raros que parecían tiendas de campaña del Decathlon.

—Porque el quechua es el idioma de los incas.

—¿Cómo?

—Decathlon tiene la marca quechua, y el quechua es el…

—Ya lo he entendido —le interrumpo—. Dijo muchos nombres, cosas como *mamañema*…

—Eso es un insulto de República Dominicana —me corta.

—Madre mía, ¿es que ahora estás versado en las lenguas ancestrales?

—¿De qué estás hablando?

—¡Y yo qué sé!

—¿Qué dijo? Es crucial para saber qué tenemos que hacer para escapar.

—Pues no sé qué dijo, no me acuerdo.

De verdad, qué hombre, todo el rato corrigiendo. A partir de ahora le voy a llamar *El Enciclopédico.*

—Tenemos que hablar con los *cuentareños* —decide, de repente —. Necesitamos que nos expliquen qué ocurre en este cuento, no hay más opciones.

—No me hace ilusión, pero tienes razón, estamos a ciegas. Pero, recuerda, hay que decirlo todo rimando.

—No hay problema —murmura.

Comienza a andar calle abajo. He de decir que no es nada fácil, y menos con estos zapatos, porque el asfalto, en realidad, son piedras incrustadas en la tierra, cada una a una altura, y me estoy haciendo polvo los pies.

—¡Espera! —grito cuando veo que tuerce en una esquina—. ¡Bruce! ¡Rimar es más difícil de lo que te piensas!

Correteo como puedo al lado de casas con las puertas de madera, paredes de piedra, techos de paja y ni una ventana, y lo alcanzo justo cuando va a importunar a uno de los *cuentareños*. Es moreno, bajito, y va con unos pantalones y un poncho rojo. Se nos queda mirando de arriba abajo y mueve la cabeza.

—¿*Este guapete es tu sherete?* —me pregunta.

Bruce y yo nos lanzamos una mirada de pánico total, pero damos un paso al frente de todas formas.

—*Querido amigo, yo le bendigo* —comienza a decir Bruce.

—*No es momento de evangelizar* —corro a explicar, no vaya a ser que este *cuentareño* piense lo que no es—, *que no venimos a colonizar.*

—No encontraba otra palabra que rimase con *amigo* —me susurra.

—Ya te he dicho que no es fácil —murmuro entre dientes—. Eh… *Somos amigos, no mendigos, y buscamos una piedra como esta, que seguro que está entre la hiedra.*

—¿Qué…?

—Calla —lo silencio con un pisotón mientras abro la palma de la mano, y le enseño uno de los diamantes al señor.

—*Huaracuy* —dice, y justo después escupe a nuestros pies—. *Huaracuy tiene, y tendrá, y con su vida defenderá.*

—No me gusta —susurro.

—¿*Dónde podemos encontrar a Huaracuy para no desesperar?* —pregunta Bruce de todas maneras.

—*En lo más profundo de la selva serás un moribundo* —responde el hombre con un dedo firme, señalando hacia la vegetación. Intento encontrar el final, más allá del horizonte, pero no lo encuentro, y es que parece que esta selva no tiene fin.

—*Gracias, amigo, yo le bendigo* —se despide Bruce, comenzando a andar en la dirección que señala el hombre.

Correteo hasta él y le sujeto del brazo para que me espere.

—Deja de ir bendiciendo a todo quisqui, que se van a pensar que eres un cura —le digo—. Oye, necesito agua —susurro dos segundos después—. En serio, soy de tensión baja, y estoy empezando a ver puntitos blancos en las hojas.

—No te estás desmayando —contesta sin aminorar el paso—, es que estas hojas tienen motas blancas.

Las vamos apartando a un lado mientras nos adentramos más y más en las profundidades de la selva. La luz del sol va desapareciendo a medida que los árboles son más frondosos y más grandes, y cuando miro a mi alrededor y me desoriento, le clavo las uñas en el brazo.

—¡Au!

—No, no, no —digo muy rápido.

—¿Qué pasa?

—La estamos cagando, y mucho. Esto es una selva, joder, no podemos hacer las cosas así de mal.

—Pero ¿qué pasa ahora? —pregunta mientras aparta otra hoja del tamaño de su cabeza.

—¿Por dónde hemos venido? ¿Eh? En la selva no te puedes perder. Tenemos que dejar un rastro de algo, y tenemos que ir partiendo las hojas por donde vamos pasando, porque, al final,

acabaremos andando en círculos y no nos daremos ni cuenta. Moriremos de sed y de hambre, y tendré que matarte. ¿Es que no te han enseñado algo así en los *boy scout*?

—Yo no he sido *boy scout*, pero he estado en varias selvas y sé lo que tenemos que hacer.

—Ya, no hace falta que jures que no has sido *boy scout*, más que nada porque te habrían expulsado por pesado. Yo voy a ir dejando en el suelo trocitos de hojas, y tú vas partiendo las más altas. ¡Dios! Menos mal que estoy yo aquí, porque, si no, es que no sé lo que sería de ti. Carne de jaguar, seguro.

Mira a nuestros pies y suelta una carcajada. Es la primera vez que lo escucho reír así, espontáneo, y me gusta. Le hace más humano. Menos gilipollas. Bueno, eso está por ver.

—¿Qué? ¿Es que te has comido una hoja y estás colocado?

—Mira al suelo —dice sin parar de reír.

Me miro los pies y también me entra la risa. Es una pérdida de tiempo que vaya tirando trocitos de hojas, porque el suelo está salpicado de bayas, barro, y cientos y miles de esas malditas hojas.

Sigo riendo, pero esa risa, poco a poco, va convirtiéndose en lágrimas. Me estoy viniendo abajo, siento que no lo vamos a conseguir y, sin darme cuenta, estoy doblada en dos y con las manos enterradas en el rostro.

—Eh… Oye…

Pone su mano en mi espalda a modo de consuelo, pero no puedo dejar de llorar.

—Azul… Tranquila… No puedes desperdiciar el agua que te queda en el cuerpo…

—Vamos a tener que beber nuestro propio pis —balbuceo con la cara embarrada—. Vamos a morir…

—No vamos a morir, y no pienso hacer esa guarrería —dice, muy serio—. Venga, arriba —me ordena, tirando de mis manos para que me incorpore—. Azul, estamos juntos en esto —me asegura—. Tranquila.

Me recompongo como puedo y me limpio las lágrimas.

—Es que no tengo ninguna confianza en nuestras posibilidades —murmuro, mirando a nuestro alrededor—. No te enfades, pero si

estuviera con Indiana Jones o con Batman…

—Batman no aguantaría aquí ni un asalto con ese traje.

—Pues Ironman. En la primera película escapó del desierto, y seguro que allí hacía incluso más calor que aquí. Bueno, aunque, la verdad, prefiero estar contigo que con cualquiera de los de *Viven*, porque seguro que ellos ya estarían pensando en cómo comerme.

—Me lo tomaré como un halago. Vamos, no podemos perder el tiempo diciendo tonterías, tenemos que seguir hasta encontrar agua antes de que se haga de noche.

Continuamos en silencio mientras los sonidos de la selva se van acentuando. Aunque no se ve a un palmo por delante, ni por los lados, ni por atrás, sabemos que estamos siendo observados por todo tipo de animales, los cuales se esfuerzan por ser escuchados, empiezo a sospechar que con claras intenciones de acojonarnos vivos. Así que, a medida que Bruce va apartando hojas para avanzar, yo las rompo un poco y lloriqueo cuando pienso que, en cualquier momento, una serpiente, o un sapo, o un lagarto, se tirará encima de mí.

—Vi en un documental que aquí hay chinches que te escupen a los ojos y te dejan ciego —digo al cabo de un rato.

Creo que hablo para no escuchar todo lo que tenemos a nuestro alrededor.

—Shhh…

—Y ranas muy pequeñas y venenosas —digo de todas formas.

—Shhh…

—Joder, los bichos tienen que ser asquerosos. ¡Y las arañas! ¡Y las serpientes!

—Azul, por favor. No levantes la voz, tenemos que pasar desapercibidos.

—¡Es que te veo muy tranquilo, y me estás poniendo de los nervios!

—Te aseguro que estoy de todo menos tranquilo, pero en estas situaciones hay que mantener la mente fría y la calma.

—Vale —murmuro con los ojos en blanco, sin detenernos—. Pero está anocheciendo, ¡y no quiero pasar aquí la noche!

—¡Y yo tampoco!

—Parece que estamos un pelín irascibles…

Seguimos andando.

Y andando.

Y andando…

Y llega un momento en el que ya no puedo más.

—Bruce.

—¿Qué?

—Tenemos que parar.

—No vamos a parar.

—¡Llevo horas mirando tu espalda y rompiendo las hojas que me van dando en la cara, no puedo dar ni un paso más!

—No podemos parar, casi es de noche.

—¡Me muero de sed!

—Y yo, pero no podemos parar.

—¡Te juro que, si no paras, te corto con una hoja en el cuello y me bebo tu sangre! ¡Me da igual que sea horchata! Sí, seguro que es horchata, porque estás que no te inmutas. Dios, lo que daría ahora mismo por una horchata con hielo picado, una pajita, una tumbona a la sombra…

—Estás desvariando.

—¡Es por la deshidratación!

—Tenemos que seguir.

—¡Lo que tenemos que hacer es construir un refugio para pasar la noche! ¡Es que no tienes ni la más mínima noción de supervivencia! ¡Y mira que yo tampoco, pero son cosas que se ven en las películas, son de cultura general!

—Shhh…

—¿Qué?

—Creo que he…

Y, de repente, se gira. No se ha dado la vuelta en horas, y así, sin más, me choco con sus pectorales.

—¿Qué pasa? —balbuceo. Es que está muy serio, bañado en sudor, con el pelo pegado, los ojos vidriosos, los brazos hinchados… Y se va inclinando hacia mí—. Oye, que no decía en serio eso de beber tu sangre.

—Ahí delante hay alguien —dice muy bajito al tiempo que me coloca un dedo en los labios. Me hago a un lado y escupo, porque sus manos saben a hoja rancia—. Shhh…

—¿Qué pasa?

—Que hay alguien.

—¿Dónde?

—Detrás de la hoja.

—¿Podrías ser más explícito? Porque aquí solo hay hojas.

Paso por delante de él cuando lo único que hace es mirarme con cara de circunstancias, y retiro una de ellas. Tengo que decir que estas hojas son del tamaño de mi cabeza y pesan bastante, así que, cuando la echo hacia un lado, me encuentro con la cara de un indígena mirándome sin parpadear.

Literalmente, su careto está justo delante de mí.

—¡Ahhh! ¡Joder! ¡*Ya podía llover!* —reacciono cuando me doy cuenta de que es un *cuentareño*, y que en cualquier momento pueden aparecer los hombres enmascarados si no rimo. Aunque, a decir verdad, creo que no podrían encontrarnos aquí, en medio de estas hojas—. ¡*Qué susto, te habrás quedado a gusto!* —añado con una mano en el pecho y el corazón en la boca—. *¿Qué haces detrás de una hoja, es que quieres que me entre congoja?* —añado con un hilo de voz.

Pero el hombre, sin abrir la boca, nos llama con la mano para que le sigamos.

—¿Deberíamos ir? —me pregunta Bruce al oído, tan bajito que apenas lo escucho.

Me lo quedo mirando. Con una especie de sombrero de hojas en la cabeza, torso desnudo, más hojas a modo de brazaletes por debajo de los codos y un taparrabos, cómo no, también de hojas. Está claro que aquí se aprovechan los materiales que te da la tierra. Aquí son claramente eco responsables. La verdad es que no me inspira mucha confianza, pero estoy segura de que este *cuentareño* tiene agua.

—Sí —respondo, ya sin saliva que poder tragar.

Lo seguimos. Va descalzo, pero parece que no le molestan todas las piedras y troncos que nos vamos encontrando por el camino y,

de repente, la vegetación que hasta hace unos instantes nos impedía ver más allá de nuestras narices se despeja, y encontramos una hoguera y una casa de paja. Justo a tiempo, todo hay que decirlo, cuando la noche cae sobre nosotros.

El hombre nos indica con señas que nos sentemos cerca del fuego. Yo dudo, pero Bruce me adelanta y se coloca a su lado.

—*Buscamos una piedra como esta, y necesitamos encontrarla antes de echarnos la siesta* —le explico, mostrándole la que le robé a Barba Azul.

Asiente una sola vez, y me señala un lugar en la tierra al lado de Bruce. Corro a sentarme y me quito los zapatos. Contengo un gemido de dolor cuando veo mis pobres dedos espachurrados unos contra otros.

Nota mental: tirar estos zapatos a tomar por culo y encontrar unos nuevos. Si es necesario, me hago unas sandalias con hojas.

Ignoro la mirada de asco que le dedica Bruce a mis pies, porque me gustaría ver cómo tiene los suyos; también ignoro lo mal que huelo, intento no pensar en el estado en el que está mi pelo ahora mismo, y busco la mirada del *cuentareño*. Necesito encontrar una piedra cuanto antes para sentir que podemos lograrlo, y este hombre sabe dónde está.

Él, en vez de hablar, nos da dos cuencos. Bruce coge el suyo con el ceño fruncido, y yo lo acepto rezando para que sea agua potable. A simple vista es un líquido, y parece asqueroso. Puffff, huele peor, pero es un líquido, así que tiene agua y tengo mucha sed.

—No sabemos qué es —digo solo con los labios, esperando que sea capaz de leerlos. Es que tenemos al hombre aquí plantado, justo a nuestro lado, pero tengo tanta sed que mi cerebro se ha quedado seco y no puedo pensar.

—Yo sí —me responde, casi sin sonido y con una sonrisa nueva, y tengo que reconocer que me gusta.

—Tú primero.

—Tú.

—No, tú.

—Tú.

Y todo esto, el hombre sin quitarnos la vista de encima.

—No seas gallina —le digo en silencio.

—Bebe —me dice como respuesta.

Comienza una lucha encarnizada de pupilas, hasta que, tras unos minutos de silencio total, un silencio incómodo, denso y que podría cortarse hasta con una motosierra, alza el cuenco y se lo bebe de un trago.

—Gallina —me dice, pronunciando muy bajito cada sílaba.

—Ojalá te atragantes con las últimas gotas —le digo solo con los labios.

Como respuesta, una mirada que no sé descifrar, así que miro al *cuentareño* y vuelvo a enseñarle la piedra, y él, como respuesta, me señala el cuenco y hace el gesto de beber. Así varias veces, exactamente igual, hasta que me siento un poco gilipollas; mientras tanto, Bruce tan tranquilo, retándome con la mirada y una sonrisa un tanto extraña comenzando a dibujarse en sus labios. Es como la de antes, pero distinta.

Entrecierro los ojos y lo analizo a conciencia. No parece que sea veneno, no le veo retorcerse, de hecho, está bastante tranquilo.

Vuelvo a mirar mi cuenco. Lo miro a él. Miro al indígena.

Y vuelvo a mirar el cuenco.

Dios, qué ansiedad, quiero gritar, quiero una botella de agua, creo que no es mucho pedir, y quiero que alguien me explique qué está pasando.

A tomar por culo.

Levanto el cuenco y me lo bebo de un solo trago.

¡Qué puto asco! ¡Es la cosa más asquerosa que he bebido nunca! Me dan arcadas, así que me tapo la boca con las manos y veo a Bruce conteniendo una carcajada.

—Te odio —le grito en silencio.

¡Estoy a punto de vomitar! ¡Por Dios! ¡Qué amargor! Estoy segura de que esto son hojas machacadas con agua. ¡Pero, qué asco!

Me levanto de un salto cuando me sobreviene otra arcada, y miro a Bruce, que me pide con las manos que me tranquilice, yo le respondo que quiero una botella de agua, todo esto a base de

gestos y, mientras tanto, el *cuentareño* se pone a bailar alrededor del fuego.

Me lo quedo mirando y tengo que reconocer que resulta hasta hipnótico, pero el pesado tira de mi mano para que vuelva a sentarme.

—Este cree que estamos jugando a las películas —le susurro a Bruce al oído, pero él me silencia con un dedo asqueroso sobre mis labios—. Lávate las manos —digo, echándome hacia atrás.

—Shhh…

—Tengo ganas de vomitar.

—Shhh…

—Necesito beber agua.

—¡Shhh! ¡Shhh!

—En serio, necesito agua ¡ya!

—¡¡¡Shhh!!!

—¡¡¡Shhh!!! —le respondo, cada vez más enfadada.

—¡Cállate!

—¡Cállate tú!

Ambos miramos al hombre cuando volvemos a darnos cuenta de que no estamos solos, porque hemos acabado "gritando", pero él sigue a lo suyo, bailando.

—Vámonos —le digo al cabo de un rato. Que sí, que es muy entretenido mirar la danza del señor de las hojas, pero tenemos que encontrar una piedra, y algo me dice que no está por aquí—. Venga, antes de que se canse y quiera darnos más cuencos de hojas.

—¿Estás loca? Es de noche, no podemos irnos.

Miro la cabaña de palos secos y vuelvo a mirarlo a él.

—¿Pretendes que pasemos la noche ahí dentro?

No me responde, tan solo se encoge de hombros.

—¿Con él? —insisto, señalando al hombre.

Vuelve a encogerse de hombros, y veo que sus párpados comienzan a cerrarse un poquito.

—Oye, no te quedes dormido —le aviso, dándole un empujón. Si este se cree que va a dejarme a solas con el bailón, lo lleva claro —. Oye, despierta —insisto cuando veo que parpadea más y más despacio—. ¡Bruce!

Pero nada, no hay manera, se echa hacia atrás, apoya la espalda en la tierra y cierra los ojos.

—¡Bruce! —le llamo, zarandeando su cuerpo inerte—. ¡Joder, Bruce!

Ay, madre, a ver si nos ha dado setas de esas que te matan lentamente. O veneno de rana, o veneno de lo que sea, que, otra cosa no, pero veneno en la selva no falta.

—Bruce —le susurro al oído—. ¿Estás ahí?

Al menos respira, lo cual es buena señal. Yo no siento nada raro, a lo mejor le ha entrado sueño porque no durmió nada en el cuento de Barba Azul, y lo cierto es que tiene que estar agotado. Pero, vamos, menudo momento ha escogido para echarse una cabezadita.

Me voy relajando frente al fuego mientras mis ojos siguen sin parpadear el baile del señor de las hojas. Una parte de mí quiere levantarse para bailar con él, porque parece que se lo está pasando muy bien, pero mi cuerpo se está relajando tanto, que llega un momento en el que los párpados me van pesando más y más y, cuando me quiero dar cuenta, estoy tumbada al lado de Bruce.

Cierro los ojos.

Y viajo lejos, muy lejos de aquí.

Capítulo 9

Azul

Soy un árbol. Tengo ramas y muchas hojas. Saco las raíces de la tierra y me pongo a andar como un pato mareado, porque el tronco no me deja mucho espacio a la flexibilidad. Paso al lado de otros árboles, que me saludan agitando las ramas, y voy hasta una montaña. Subo, subo y subo clavando las raíces en la tierra para darme impulso y, cuando llego arriba, veo una piedra en forma de sapo.

¡Sus ojos son dos gemas brillantes!

Intento cogerlas, pero no tengo dedos, así que agito las ramas sobre los ojos de la rana con desesperación, una y otra vez, hasta que las ramas se parten.

Me duele. Me duele mucho. Miro, y veo cómo sale un reguero de sangre allí donde se han partido las ramas.

Ay, Dios mío, que me desangro.

¡Que me estoy desangrando!

Me pongo a correr montaña abajo, pero las raíces no se agarran bien a la tierra por la velocidad que he cogido, y al final acabo rodando ladera abajo. Soy un maldito tronco que está cayendo por una montaña, y con cada piedra que me choco me voy partiendo un poquito más.

Cuando llegue abajo moriré. Lo sé. Mi cuerpo de madera se astillará, me desangraré y agonizaré convertida en árbol.

¿Existe acaso una muerte más absurda?

Cada vez voy más rápido, rodando y rodando ladera abajo.

¡Socorro!

¡Socorrooo!

Ni siquiera sé cómo puedo gritar así porque, ¡los árboles no tienen boca!

Pero, justo cuando estoy a punto de chocar contra el suelo, siento que alguien coge mi mano. Es Bruce.

—Azul, ¿estás bien?

Abro los ojos lentamente. Cojo aire, y por un momento siento que mis pulmones se abren de nuevo, recuperando oxígeno.

—Sí —consigo decir con la boca asquerosamente pastosa.

Mi visión se amplía, y veo que seguimos en mitad de la selva, pero los colores son más vivos y brillantes. Las estrellas del cielo lanzan llamaradas plateadas al mundo; la luna es tan grande que parece que caerá sobre nuestras cabezas en cualquier momento, y el fuego, a nuestros pies, tiene vida propia. Todo a nuestro alrededor tiene alma, desde la piedra que está a unos centímetros de mi pierna hasta la última hoja, ya marchita en el suelo; todo nos grita en silencio hasta un punto que resulta abrumador. La tierra que toco con las yemas de los dedos late, y el señor de las hojas, que sigue bailando alrededor del fuego, tiene cabeza de dragón y cola de ave fénix.

Por un momento siento que vuelvo a perderme; que desaparezco, que vuelvo a convertirme en árbol, pero, entonces, sus dedos aprietan los míos y regreso al aquí y ahora. Mi atención regresa a él, a Bruce, que no me suelta la mano. Siento cómo cada centímetro de mi piel se une a la suya allí donde están unidas, y un torrente de energía se entremezcla, fluyendo de un cuerpo a otro hasta que nuestros corazones se mueven al unísono, sincronizados por una fuerza ancestral más grande que nosotros mismos.

No somos nada y, al mismo tiempo, lo somos todo, y ese pensamiento me libera.

—Bruce…

Quiero decirle muchas cosas, pero no me sale la voz, así que lo miro y lo veo por primera vez. Ya no tiene esa máscara invisible, ahora lo veo solo a él. Veo su alma. Busco su otra mano y la conexión se hace más fuerte. Nos vamos acercando más y más hasta que nuestros labios se rozan, sin aire que pueda colarse entre ellos, y exactamente al mismo tiempo, se unen, traspasando el límite de la intimidad.

Le beso. Me besa.

Nuestras lenguas buscan refugio en la del otro, bebiendo vida, regresando a las necesidades más primitivas, alejando las capas que nos cubren sin sentido, hasta llegar a nuestra verdadera esencia.

—He sido un árbol —digo, no sé por qué, entre beso y beso.

—Cállate —me pide con una sonrisa ladeada justo antes de lanzarse otra vez a mis labios.

Mientras nos besamos, toco su alma con las yemas de mis dedos, sin más intención que la de amar por amar. Su cuerpo se va mostrando ante mí lentamente, palmo a palmo, centímetro a centímetro y, poco a poco, a fuego lento, va creciendo una necesidad vital de sentirlo más y más hasta que seamos uno.

—Bruce…

—¿Qué?

—Méteme las raíces.

—¿Qué?

—Las raíces…

Capítulo 10

Bruce

Una catedral.

Y una serpiente gigante.

Las imágenes van saltando en mi cabeza, una a una, mientras la beso.

Me separo un instante, la miro, me mira, y contengo una carcajada.

—Estás colocada —susurro.

—Necesito tus raíces para no desangrarme —dice con seriedad.

Su pálida piel brilla como un faro en la noche más oscura; sus ojos son dos pozos de agua clara, limpios y perfectos, que te invitan a ahogarte en ellos; sus labios, pétalos húmedos que buscan beber y decir tonterías, y su pelo, del color de la tierra fértil, lanza destellos dorados en todas las direcciones.

Es un hada luminosa. Una diosa. Un ser de otro mundo. Perfecto. Único. Es ella. Solo ella. Solo estamos ella y yo, no hay nada más en el mundo, y mis pupilas se van cerrando en torno a su rostro, cada vez más próximo al mío.

—Joder —suspiro con los ojos cerrados—. Yo también estoy colocado.

—Bruce…

—No vuelvas a pedirme que te meta las raíces.

—Bésame.

Algo más fuerte que yo o que mi voluntad tira hacia su cuerpo y, sin darme cuenta, nuestros labios vuelven a estar unidos y nuestras lenguas enredadas.

Mis manos recorren su cuerpo, acariciando cada una de sus curvas. Jamás había sentido una piel tan suave, más ligera que la seda y más caliente que el fuego. Jamás había sentido nada igual

por una mujer y, durante un instante, recojo su rostro entre mis manos.

Me detengo en sus ojos, en la profundidad de su mirada, que me dice tantas cosas sin necesidad de hablar, y menos mal que no está hablando, y siento cómo mi corazón comienza a latir de verdad, tras toda una vida de letargo. Bombea con fuerza bajo mi pecho, llevando sangre y oxígeno por todas y cada una de mis venas, hinchándolas, dilatándolas, hasta que todo mi cuerpo arde.

Sin ninguna duda, estamos muy colocados.

—Bruce…

—¿Qué?

—Me quema —gime.

Es una súplica. Un llanto sordo. Es una necesidad compartida.

—Y a mí.

Nos recostamos en la tierra y me coloco encima de ella. Me aprieta, se arquea, me pide más. Sus labios cada vez están más hambrientos, los míos también, y nuestras extremidades juegan su propia batalla en esta guerra donde solo podemos ganar.

La ropa nos molesta, así que nos la arrancamos sin miramientos y, cuando nos hemos liberado de ella, sostengo sus pechos, justo de la medida de mis manos, y los beso con pasión mientras sus uñas arañan mi espalda y la suya vuelve a arquearse.

Busco la humedad entre sus muslos con mis dedos. La encuentro y me hundo en su interior mientras mi lengua recorre la suya. Me muerde el labio cuando la penetro por primera vez, y dejo escapar el más profundo de los suspiros mientras su interior se va adaptando a mí.

La penetro una y otra vez con fuerza, volviéndonos dos animales que solo se mueven por instinto y necesidad. Calmamos nuestra hambre en cada embestida en la que busco llegar más profundo, más fuerte, más intenso, mientras que ella grita, pidiéndome más.

Y más.

Y más.

El dolor se mezcla con el placer. Cada uno de sus mordiscos me saca un gemido de lo más profundo de la garganta y, cuando

conseguimos saciar la sed del otro, caemos rendidos en la tierra, extasiados, plenos y llenos de vida.

—El pervertido nos está mirando…

—Cállate…

Capítulo 11

Bruce

—Joder…

Intento moverme, pero hay algo que me lo impide. Es un peso que me oprime; algo que no deja que mis pulmones cojan aire. Voy separando los párpados y…

Es ella. Es Azul.

Está encima de mí, durmiendo como un tronco sobre mi cuerpo. Su cara está pegada a mi pecho, sus pechos encima de mi abdomen, y sus piernas, que de repente parecen dos piedras pesadas, me inmovilizan de cintura para abajo.

Al menos respira con normalidad y no se está muriendo cada nueve segundos; ahora soy yo el que teme por su vida si no se echa a un lado, pero no me atrevo a ponerle una mano encima, básicamente porque estamos como Dios nos trajo al mundo.

¿Qué cojones ha pasado?

Intento pensar, pero mi mente sigue dormida y, de repente, cierro los ojos con fuerza y aparecen imágenes, una detrás de otra.

Vuelvo a ser un pájaro, y vuelvo a sobrevolar esta selva infinita. Cruzo el cielo con rapidez, cortando las nubes con mis alas. Y esta fuerza superior que anoche me dominaba me va guiando hasta los lugares que ya he visto.

Sé dónde están las gemas, al menos, tres.

No sé cuánto tiempo he estado en este trance, pero saber cómo podemos salir de aquí hace que me levante como un resorte, sin darme cuenta de que Azul sigue encima de mí. Cae a un lado, parece que aún dormida, al tiempo que me voy vistiendo con rapidez.

—¿Qué ha pasado…? —la escucho murmurar, casi despierta, mientras busco mi ropa. Está todo mezclado: sus braguitas con mi camisa, mis pantalones debajo de su vestido…—. ¿Bruce?

Me visto deprisa y la tapo con su vestido justo antes de que abra los ojos y, aunque en este momento no quiero pensar en nada más que encontrar las piedras y escapar de esta puta pesadilla, y para conseguirlo he de recordar todo lo que acabo de ver, no puedo evitar detenerme un segundo en su cuerpo y en esa piel que anoche fue mía.

Joder, está preciosa.

—¿Bruce?

Le doy la espalda para que tenga algo de intimidad, y porque estoy bastante seguro de que, en cuanto se espabile y recuerde lo que pasó anoche, cogerá la primera piedra que encuentre y me partirá la cabeza, así que es mejor poner un poco de distancia hasta que vea cómo reacciona.

Miro más allá de nosotros mientras intento concentrarme. Tengo que ordenar las ideas en mi cabeza. Pensar a por qué piedra vamos primero y, lo más importante, cómo llegar sin morir por el camino. La hoguera está apagada, así que no tenemos fuego. No hay rastro del hombre que anoche nos drogó para preguntarle cómo conseguimos agua y…

—Bruce.

Trago saliva. Es la tercera vez que dice mi nombre desde que se ha despertado del letargo, pero en este "Bruce" ya no hay preguntas, ya no hay un tono conciliador. En este "Bruce" hay otra cosa. Algo con lo que no sé si puedo lidiar ahora mismo.

—Dime —contesto con un carraspeo mientras vuelvo a girarme para mirarla y sin saber muy bien qué hago con las manos.

Está sentada en la tierra, con el vestido tapando sus partes del cuerpo más comprometidas. Aun así, veo mucho más de lo que vi ayer al amanecer. Me mira desde abajo con los labios hinchados, esos ojazos azules atravesándome como dos estalactitas de hielo, y un rubor en las mejillas que empieza a ponerme un pelín nervioso.

—¿Qué hiciste anoche? —quiere saber.

Joder, está muy guapa, pero no es momento para desconcentrarse.

—Lo mismo que tú —respondo, cruzándome de brazos. Alza una ceja y ladea la cara.

—Estaba bajo los efectos de una asquerosidad.

—Y yo —respondo con rapidez.

—Me has hecho muchas cosas —sigue, metiendo el dedo en la llaga.

Tras escuchar sus palabras, soy consciente de que la espalda me escuece allí donde sus uñas me arañaron la piel; mis labios, a pesar de la sed que tengo, aún recuerdan los suyos, y tengo el cuello dolorido por los mordiscos.

Trago saliva y contesto:

—No todas las que me pediste.

—Estaba colocada —responde, arqueando una ceja.

—Eso espero, porque me dijiste que te metiera las raíces.

No sé qué cara estoy poniendo ahora mismo, pero veo que su labio empieza a irse para un lado.

Quiere reírse, pero se está conteniendo.

—No me acuerdo —miente con cara de "no he roto un plato en toda mi vida".

—Yo tampoco me acuerdo de nada.

Si quiere jugar a ese juego, podemos jugar los dos.

Y, de repente, rompe a reír. Es una carcajada que me pilla totalmente desprevenido.

—¿Qué pasa? —pregunto un poco preocupado. No sé si se ríe por lo que pasó anoche entre los dos, o porque la droga que tomamos la ha dejado tocada—. ¿Estás bien? —insisto cuando la veo literalmente llorar de la risa.

—Tu ropa —consigue decir cuando coge aire.

Me miro desde arriba. Con las prisas, me he vestido sin darme cuenta de que tengo la camisa rajada y los pantalones también. Fue ella, anoche, la que me lo arrancó todo de encima. Y si yo lo recuerdo, ella también, y por eso se está descojonando.

—¿Qué habrá pasado? ¿Habrá venido un animal salvaje en mitad de la noche a romperme los pantalones? —pregunto con ironía.

Parece que mi comentario no le hace tanta gracia, porque se seca las lágrimas y se aclara la garganta.

—¿Podrías darte la vuelta? —me pide—. Voy a vestirme yo también a ver si salimos de este infierno *junglar.*

Hago lo que me pide pensando que no hay un centímetro de piel en su cuerpo que no haya visto ya, pero, aun así, le doy la espalda, me cruzo de brazos y miro a la lejanía. Lo de anoche fue divertido, y espero que lo que he visto, y no me refiero a Azul, nos ayude a salir de aquí, pero, aun así, seguimos en mitad de la selva sin comida y sin agua, y eso me preocupa.

—Me muero de sed —la escucho quejarse.

—Tenemos que buscar agua —respondo—. ¿Ya estás lista?

—Sí.

Me giro y veo que su vestido no está mucho mejor que mi ropa: le faltan botones, esos que anoche salieron disparados cuando tiré de la tela con desesperación, aunque consiguen taparle lo suficiente para no volverme jodidamente loco.

—¿Los zapatos?

Se encoge de hombros y mira alrededor.

—No los encuentro.

—Te ayudo.

Nos ponemos a buscar los zapatos por el campamento improvisado, incluso miro entre las cenizas de la hoguera, pero no hay rastro de ellos.

—¿Quieres los míos? —le ofrezco.

—No, da igual.

—No puedes ir descalza.

—Tú tampoco.

—Ya, pero…

—¿Qué diferencia hay entre que tú vayas descalzo, o que yo vaya descalza? —salta, parece que indignada.

—Solo intento…

—¿Qué? ¿Ser un caballero? Jamás lo has sido desde que nos conocimos el otro día, así que, por favor, no lo seas ahora, que me resulta muy falso.

Me quedo mirando sus pies, sucios, muy sucios. Joder, no había visto unos pies así en mi vida.

—¡Deja de mirarme los pies! —grita antes de que le ofrezca los míos por última vez.

No sé si estoy resultando falso o no, pero es cierto que ahora me siento responsable de ella. No sé si eso es normal, o es fruto de gilipolleces que nos han inculcado desde niños, pero ahora sé que, si no me quito mis zapatos para que se los ponga ella, seré un maldito cretino. ¿Por qué el sexo lo complica todo tanto? ¡Si solo es sexo! ¿Por qué le sumamos tantas connotaciones?

—Tenemos que ir a buscar las gemas —digo sin poder apartar la vista de sus pies, que intenta esconder uno detrás del otro.

—¿Puedes parpadear? Ya sé que tengo los pies para amputármelos.

—No entiendo cómo se te ha metido tanta tierra entre las uñas.

—Anoche fue muy raro, y no me refiero a lo que estás pensando —corre a aclarar mientras sus mejillas se van poniendo más y más rojas—, antes de *eso*, me convertí en un árbol.

—¿Por eso tienes los pies así?

—¡Y yo qué sé!

—¿De ahí lo de que te metiera las raíces?

—No sé de lo que me estás hablando.

Me la quedo mirando pensando que a los dos se nos da muy bien disimular, aunque por motivos distintos.

—Vale, pues yo me convertí en un águila gigante.

—¡No es justo!

—¿El qué?

—¿Tú te conviertes en un águila y yo en un maldito árbol? ¿Me estás vacilando?

—¿Qué culpa tengo?

—Vale —claudica, cruzándose de brazos—, ¿qué viste mientras volabas con tus maravillosas y majestuosas alas?

Ignoro el tonito y ordeno los recuerdos en mi cabeza:

—En el pico de una montaña hay una figura de una rana, y cada ojo es una gema.

—Sí, yo también he ido a ver a la rana, pero después tropecé con las raíces ladera abajo y solo me faltó escuchar a alguien decir "árbol va".

—¿Qué más viste?

—Nada, ahí me desperté. Bueno, me despertaste tú, y…

Sé que está recordando lo que pasó porque se muerde el labio un segundo.

Joder, Bruce.

Concéntrate.

—Yo encontré más piedras —digo con un carraspeo—. Otra está debajo de una loseta de piedra en el interior de una catedral, y creo que las últimas están en un lago.

—Hay diez cuentos, así que en el lago tendrían que estar las últimas para tenerlas todas, aunque Puliki no suele terminar las cosas que empieza. Se aburre y lo deja.

—Sí —respondo mientras pienso que vamos a volver a casa—. Aunque ahora las reglas del juego han cambiado. Ya no sabemos cuántos cuentos hay, así que a lo mejor ya no sabemos cuántas piedras nos faltan.

—Ya, yo también lo había pensado… La rana está en lo alto de esa montaña —dice, señalando al horizonte.

—Antes tenemos que encontrar agua y algo para comer —digo, cada vez más preocupado—. Y tus zapatos.

—En el juego de *Jumanji* había tres vidas, ¿verdad?

—Me temo que esto no es un juego, y que solo tenemos una.

—Qué positivo te has levantado esta mañana —susurra.

Empezamos a caminar. Sufro con cada paso que damos y pienso que va descalza. Intenta no quejarse mucho, pero a ratos la escucho lloriquear muy bajito a mis espaldas y me voy sintiendo más y más gilipollas, hasta que, sin poder contenerme un segundo más, me paro y me quito los zapatos.

—Toma.

—No.

—Vamos a turnarnos.

—No.

—¡No seas cabezona!

—¡Es que me da asco ponerme los zapatos de otra persona! ¡Mira! Con el calor y la humedad que hace aquí, están sudados. De

verdad, prefiero ir descalza. Dios, apestan —añade, tapándose la nariz.

—Ninguno de los dos olemos bien —le recuerdo.

—Estamos asquerosos —se queja, aunque suelta una risita.

Bajo la mirada hasta sus pies y veo que ya tiene pequeñas heridas.

—No vas a llegar muy lejos descalza.

—Venga, vamos, no te detengas, que me muero de sed —contesta, dándome un ligero empujón—. Y deja ya de mirarme, que doy pena.

El pelo se le pega a la cara, como si estuviéramos bajo la lluvia. Su piel brilla por el sudor, pero eso solo la hace más apetecible. Sus labios están hinchados, aún doloridos por los besos que nos dimos y, joder, prefiero no bajar la mirada más allá del cuello.

Gruño, me giro y sigo apartando hojas para avanzar, pero algo se escapa de entre mis labios, algo como "estás preciosa".

—¿Qué has dicho? —pregunta, detrás de mí.

—Nada.

—¿Seguro?

Decido que es mejor no perder energías ahora mismo y reservarlas para vivir un día más, así que sigo apartando hojas y más hojas.

—¿Eso que ha sonado es una serpiente? —pregunta.

—No he escuchado nada.

—No puedo más, me muero de sed…

—Tenemos que seguir.

—¿Cómo es posible que exista esta humedad? En serio, estoy masticando el aire. ¡Lo estoy masticando!

—No malgastes energía…

—Creo que estamos andando en círculos, eso, o la cabeza me da vueltas. ¿Por qué estás tan tranquilo? ¡Me estás poniendo de los nervios!

—Piensa que dentro de poco tiempo volverás a tu casa. Piensa en una taza de café. En una cerveza. En…

—Para, por favor, que me desmayo aquí mismo.

—Tenemos que mantener la mente fría, Azul.

—Estoy mareada. Soy de tensión baja y…

—Me parece que tú eres de tensión baja para lo que quieres.

—Me voy a caer en cualquier momento.

—Agárrate a mi hombro.

—Vale.

Clava los dedos en mi espalda y va apoyando su peso sobre mí mientras empiezo a pensar que voy a tener que llevarla en brazos si no encontramos agua pronto y, de repente, justo tras quitar la siguiente hoja, vuelve a aparecer el señor de anoche.

Me pego tal susto que doy un salto hacia atrás, golpeando a Azul.

—Mi nariz… —se queja, justo detrás de mí.

—Shhh…

Va a hablar, así que corro a taparle la boca con la mano y señalo la hoja exacta.

—El hombre ha vuelto —le susurro al oído.

Me retira la mano muy despacio, me adelanta y va hasta la hoja. La va separando hacia un lado y, efectivamente, ahí está otra vez el hombre, mirándonos sin parpadear. Pero, entonces, Azul hace algo que me pilla por sorpresa, porque se lanza a los pies del señor como una fiera.

—*Esos zapatos son míos, señor impío* —la escucho decir mientras luchan por ellos.

Caen al suelo, se revuelcan por las hojas, y Azul consigue quitarle uno, pero el hombre se lo intenta arrancar de las manos.

—*Te quedan ridículos, está claro que no son tus artículos* —sigue, creo que desvariando.

Aunque el hombre no abre la boca, con sus gestos está más que claro que quiere los zapatos, así que me acerco para intentar separarlos.

—¡*Bruce, ayuda! ¡Quítaselos de esa mano huesuda!*

Cojo a Azul por debajo de los brazos y tiro de ella hacia atrás. No me lo está poniendo fácil, porque se revuelve y le lanza patadas voladoras.

—Dáselos —le susurro—. Hazme caso.

Me lanza una mirada asesina, pero aprieta los labios y parece que claudica. Eso, o está tan deshidratada y famélica que acaba de perder las pocas fuerzas que le quedaban, así que aprovecho para acercarme al señor. Le señalo los zapatos, que vuelve a tener muy bien colocados en los pies, y le ofrezco un trato:

—*Necesitamos agua porque tenemos la garganta como una fragua* —le digo, esperando que nos ayude. Aun así, contengo una carcajada, porque los zapatos le quedan realmente mal.

Asiente una vez y señala a su izquierda.

—No me iré sin mis zapatos —gruñe Azul, pero tan bajito que apenas la escucho.

—Vamos.

Me toca arrastrarla a través de hojas y más hojas gigantes y, de repente, el camino se despeja y encontramos una pequeña laguna de agua cristalina.

—¿Es una visión? —pregunta, a mi lado.

—Vamos a comprobarlo.

Me acerco hasta la orilla, me agacho, recojo un poco de agua con las manos y me la llevo a los labios.

—¿Bruce? ¿Se puede beber?

Cierro los ojos con fuerza, porque es el mejor sorbo de agua que he tomado en mi puta vida. Me voy llenando las manos y recuperando las fuerzas mientras Azul se coloca a mi lado y me imita.

—Por Dios —dice tras unos segundos en los que creo que va a ahogarse—. Está buenísima. ¿Podremos bañarnos?

—Sí —afirmo mientras me incorporo y me meto en el lago con ropa incluida.

—¡Espera!

Avanzo hasta que no hago pie y me tumbo boca arriba, flotando, pero sin dejar de mirar a Azul por el rabillo del ojo. Sigue en la orilla, y parece que no sabe muy bien qué hacer. Se está echando agua en la nuca y en la cara, pero mira el lago con el ceño fruncido.

—¡Ven! —la llamo.

—¡A lo mejor hay caimanes! Joder.

Nado de vuelta a la orilla más rápido de lo que he entrado, y salgo con lo que me queda de la ropa, hecha ya jirones. Da igual, he renacido. Me tumbo, suspiro y pienso que estoy en cualquier lugar paradisíaco, muy lejos de aquí.

—Bruce…

—Estoy siendo feliz —respondo sin despegar los párpados.

—Vale, sigue siendo feliz, pero vigila que no se acerque nada mientras me meto en el agua.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy mandona?

—Es la primera vez en mi vida que alguien me llama mandona. ¡Vigila!

Gruño, pero me incorporo para "vigilar".

Primero mete un pie, después el otro. Va andando por la arena despacio y, aunque está de espaldas a mí, sé que está sonriendo. Va adentrándose en el lago mientras mi atención se va dispersando. Ya no miro más allá de ella, ya no busco sombras sospechosas en el agua, ahora la miro solo a ella. A su nuca. Sus brazos. Su espalda, que va afinándose hasta su cintura. El agua va pegando el vestido a su silueta, y tengo que tragar saliva cuando se levanta la tela, que ya deja poco espacio a la imaginación, y veo sus muslos.

Joder.

Termina de zambullirse en el agua y se frota todo el cuerpo. Entra y saca la cabeza, y se masajea el cuero cabelludo a conciencia para después hacer algo bajo el agua que no veo muy bien desde donde estoy. Está haciendo algo que le está costando mucho, porque se hunde y saca la cabeza todo el rato.

—¡¿Te estás limpiando las uñas de los pies?! —le pregunto, intentando no reírme.

—¡Cállate!

—¡No te ahogues en el intento!

—¡¿Puedes dejar de mirarme?!

—¡¿No quieres que vigile?!

—¡Me voy a quitar las bragas para limpiarlas! ¡Que lo tienes que saber todo! ¡Y que sepas que tendrías que hacer lo mismo!

—¡Yo no uso bragas!

—¡Cuando salga yo te metes tú para limpiarte los calzoncillos!

—¡Yo ya estoy limpio!

—¡Ya sabes lo que quiero decir, cacho guarro!

Me giro, de cara a la selva, y dejo que se limpie lo que quiera, cuando veo algo.

—¡Azul!

—¡¿Puedo limpiarme el potorro tranquila?!

—¡No es eso! ¡Ven!

Me acerco hasta el árbol sin esperarla. Alargo la mano, arranco un plátano, le quito la cáscara y le doy el primer mordisco.

Joder.

Está buenísimo.

Me como el primero casi sin masticar, y cojo otro. Y otro más.

—¡Azul! —vuelvo a llamarla con la boca llena.

La veo salir de agua con tranquilidad, pero, en cuanto me ve, viene corriendo y me roba la mitad del plátano que tengo en la mano. Se lo mete entero en la boca y mastica a dos carrillos, empapada de la cabeza a los pies y con lo que le queda de ropa pegada como una segunda piel a su cuerpo.

Cojo dos más y nos los comemos como si hubiéramos perdido la humanidad; como dos salvajes hambrientos. Una vez que tragamos el último trocito, nos miramos y siento algo. Aún no sé qué es. No sé si ella siente lo mismo, pero hay algo detrás de su mirada. Será complicidad, o será un efímero pinchazo de felicidad absoluta porque hemos encontrado agua y comida. O será algo más, aún no lo sé.

Pasamos la tarde en el lago. No es algo que hayamos hablado, pero parece que ninguno de los quiere separarse de este pequeño paraíso tropical. A ratos nos bañamos, y después nos dejamos secar al sol; a ratos cogemos plátanos, y los saboreamos despacio con la vista perdida en el horizonte, y a ratos paseamos por la orilla, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero, cuando vemos que el sol comienza a bajar y que la luz es más y más tenue, el ambiente se va transformando.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta, leyéndome el pensamiento. Estamos sentados en la orilla con los pies en el agua, uno al lado del otro, y con nuestros hombros a pocos centímetros de separación—. ¿Nos quedamos aquí a dormir?

Miro a mi alrededor. Lo que hasta hace unos minutos era un paraíso, ahora, con la llegada de la noche, se convierte en un lugar peligroso. No hay ningún refugio, y hemos sido tan estúpidos que no se nos ha ocurrido hacer uno improvisado cuando teníamos tiempo.

—Dormimos aquí y mañana seguimos el camino hacia la montaña —decido—. Lo malo es que no tenemos nada donde guardar agua.

Gira la cabeza en dirección a la montaña, entrecierra los ojos y arruga la nariz de una manera muy graciosa, para después enfocar esos ojazos azules en mí:

—¿Cogemos hojas para hacer una cama?

Trago saliva una vez más.

—Sí.

Nos damos prisa antes de que se vaya la luz, y lo cierto es que, cuando queremos, hacemos un buen equipo. Yo voy arrancando las hojas más grandes mientras que ella las va colocando sobre el tronco de un árbol que está inclinado. Hace un tejado, y después cubre todo el suelo de hojas. Cierra los laterales y utiliza las últimas hojas para hacer tiras con las que unirlo todo.

—No sé si esto va a aguantar —dice, secándose el sudor de la frente, justo cuando termina el refugio y lo mira con la cabeza ladeada.

—Seguro que sí.

Nos metemos dentro, cerramos con dos hojas y nos tumbamos. Aunque Azul ha hecho un buen trabajo, el techo tiene zonas al descubierto por donde podemos ver las estrellas, así que nos hacemos un hueco, buscando el lugar más cómodo y miramos al cielo.

—¿Crees que estarán preocupados? —me pregunta, rompiendo el silencio.

—¿Quiénes?

—Nuestra familia, nuestros amigos… Hemos desaparecido.

Pienso en mis padres. Viven en la costa del sol, y pueden pasar semanas y semanas sin que coja el teléfono para llamarles y preguntarles cómo están. En ocasiones me siento mal hijo, pero lo cierto es que están acostumbrados a que viva lejos y que siempre

esté viajando de aquí para allá. Y si pienso en mis amigos, en los de toda la vida… pues lo mismo. Nos obligamos a vernos al menos una vez al año, pero…

—No creo que se hayan dado cuenta aún de que estoy dentro de un puto cuento infantil —respondo pensando en que la única que puede echarme en falta ahora mismo es la señora Gordon, aunque, ahora que lo recuerdo, dijo que iba a ir unos días a visitar a su hermana. Tampoco le estaba prestando mucha atención, así que quizá sí que no haya nadie en el mundo, a día de hoy, que esté preocupado por mi desaparición.

—¿En serio? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué?

—¿Me estás diciendo que es posible que nadie se haya dado cuenta de que has desaparecido? —insiste, girándose hacia mí.

—No lo sé, a lo mejor sí, pero no lo creo.

—Vaya…

—¿Qué?

—Eso es muy triste.

—¿Por qué?

—Pues, porque…

—Siempre he sido bastante independiente.

—Ya, pero, no sé, pensar que desapareces y que nadie va a darse cuenta… ¿Ni siquiera tus compañeros de la tienda? Madre mía, me acabo de dar cuenta de que Piluki va a matarme por no ir a trabajar.

—Piluki no es tu jefa, no tiene por qué matarte.

—Cómo se nota que no la conoces —responde con una cara de sufrimiento bastante graciosa—. Pues yo hablo con mis padres todos los días. Cuando me levanto y cuando me acuesto, y también hablo todo el rato con mis amigas, así que, en mi caso, seguro que ya está la Interpol en la tienda cogiendo muestras.

—¿Hablas todos los días con tus padres?

—Claro.

—No es algo tan normal como te parece. No me malinterpretes, no es malo, pero tampoco es lo normal.

—¿Por qué? Son mis padres y los necesito.

—¿Necesitas hablar con ellos todos los días?

—Sí, dos veces. A veces tres, porque les llamo para contarles lo que he comido.

—¿Te estás escuchando?

Se queda un momento en silencio, y después se tumba más entre las hojas. Incluso coge una y se tapa con ella hasta el cuello.

—Soy muy dependiente, sobre todo emocionalmente. Necesito la aprobación de los demás, y odio sentirme sola. Creo que, cuando me fui a vivir a Madrid lo pasé tan mal, que me ha quedado una tara emocional. Tampoco ayuda que los tíos con los que he estado sean unos cabrones.

—Habría que escuchar sus versiones.

—¿Sus versiones? Pues ya te las digo yo: somos unos cabrones.

—Las cosas no son blancas o negras. A lo mejor les agobiaste.

—Lo dices como si te sintieras parte de su equipo —replica.

—Lo digo por experiencia —respondo, mirando las estrellas—. Las tías lo queréis todo ya, y esas prisas nos hacen p ensar si de verdad queréis estar con nosotros, o es que queréis un tipo de vida y os da igual con quien sea.

—Es la cosa más machista que he escuchado en mi vida.

—Hablo desde mi experiencia en las relaciones.

—Pues me parece que tu experiencia es una mierda —dice—. Y la mía también, así que estamos apañados.

—La verdad es que es algo que nunca me ha preocupado. Siempre he estado centrado en mi trabajo, y las relaciones las he ido dejando a un lado.

—¿En tu trabajo? ¿Te refieres a tu trabajo metiendo cosas en cajas? No te ofendas, que lo que yo hago es sacar las cosas de las cajas, pero, no sé, lo dices como si fuera el trabajo de tu vida.

—¿Y qué haces perdiendo el tiempo en un trabajo que no es el trabajo de tu vida?

—Eh… Pues, ¿pagar las facturas?

—Las facturas también se pagan con trabajos que te gusten.

—Mi trabajo me gusta, pero claro que no es lo que quería hacer cuando estaba en la universidad.

—No te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No tienes hijos, ni nada que te ate. Podrías dar la vuelta al mundo y probar a hacer mil cosas. No entiendo qué haces con tu vida si te sientes así.

—No es tan fácil —se defiende.

—Claro que no, lo fácil es quedarte en tu zona de confort, pero no es lo mejor para ti.

—¿Por qué? La zona de confort es buena, y yo no soy ambiciosa, solo quiero ser feliz, lo que pasa es que no he encontrado a la persona indicada.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Estás esperando a ser feliz, así que reconoces que aún no lo eres, y que lo serás cuando encuentres a la persona indicada, lo que viene a decir que asumes que tu felicidad, no la del vecino, la tuya, depende de otra persona, persona que afirmas no haber conocido aún.

—Dicho así suena muy mal.

—Suena demencial.

—Bueno, tampoco exageres. Me siento sola y ya está, es normal.

—¿Por qué te sientes sola?

—Ehhh…. ¿Porque estoy sola?

—Te tienes a ti, no estás sola.

—Acabas de convertirte en un cuaderno de Mr. Wonderful.

—Azul.

—¿Qué?

—Cuando comprendas que todos estamos solos, aprenderás a disfrutar de tu soledad y entenderás que los demás están para que les sumes y te sumen y, los que no lo hagan, fuera, no los necesitas. Es liberador, créeme. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así?

—Estoy empezando a sospechar que te ha poseído Piluki. ¿Conoces el síndrome del impostor? ¿Ese que te grita dentro de la cabeza que no eres quien quieres ser, y que no estás a la altura?

—Sí, pero yo lo mando a la mierda y sigo con mi vida.

—Pues vas a tener que decirme cómo.

—¿Sabes cómo se consiguen las cosas? Te parecerá una locura, o algo tan obvio que es una estupidez decirlo, pero las cosas se

consiguen día a día, paso a paso. Si piensas en el objetivo final, te derrumbas antes de empezar. Hay que marcarse objetivos pequeños, cosas concretas que puedas hacer y que te lleven a tu destino final.

—No eres como pensaba —suelta de repente.

—Es porque no hemos empezado con buen pie.

—No es eso.

—¿Podrías ser más explícita?

—Da igual, supongo que aún no te conozco.

Suspiro, ella también, y seguimos observando las estrellas en silencio, hasta que, justo cuando se me están cerrando los párpados, siento que acerca su mano y me toca la pierna. La miro por el rabillo del ojo para comprobar si está dormida, pero no, sigue mirando al cielo.

—Bruce.

—¿Qué?

—¿Te gustó lo de anoche?

Suelta sin más. Sin preámbulos. Sin vacilaciones ni insinuaciones que me den tiempo a pensar la respuesta.

—Sí —reconozco.

—A mí también —responde como quien habla del tiempo en un ascensor cualquiera—. ¿Sería porque estábamos drogados?

—No lo sé.

—Fue mágico.

El corazón comienza a golpearme el pecho, y la sangre aumenta su velocidad a través de todo mi cuerpo.

—Sí —consigo responder mientras siento que, de repente, tengo sed.

—¿Lo habías…?

—¿Qué?

—¿Alguna vez habías sentido algo así?

—¿Me estás preguntando si alguna vez había follado colocado hasta las cejas?

—¿Tienes que ser tan bruto? Es que a veces pareces un estirado de mierda, y de repente te sale un ramalazo macarra que no sé por dónde pillarte.

Me incorporo un poco, me giro hacia ella y me quedo mirando sus labios a través de la oscuridad:

—Ya había probado la ayahuasca.

—¿La… qué?

—Ayahuasca.

Me taladra con esos ojazos azules. Joder, tiene mirada de loca, pero me gusta. Me gusta mucho.

—¿Quieres comprobarlo? —me propone, humedeciéndose los labios tan despacio que aguanto la respiración.

—¿Él qué?

—¿No lo necesitas saber? ¿No tienes curiosidad?

—¿De qué?

—No puedo seguir con mi vida sin comprobar si lo que pasó anoche fue por la droga o por…

—¿Por…?

—O por ti.

La observo durante unos segundos, y vuelvo a tragar saliva.

—Eres muchas cosas —comienzo a decir—. Algunas no son buenas —añado, a lo que me responde con los ojos en blanco—, pero tengo que reconocer que eres valiente. Y franca. Y…

—¿Vas a besarme ya para comprobarlo, o voy a tener que escuchar halagos hasta que se haga de día? —me interrumpe.

—¿Estás segura? Ya he tenido relaciones con ayahuasca, pero… Iba a decir que yo tampoco había sentido nada así, sin embargo, algo me frena.

—Como salgamos del cuento sin que me hayas vuelto a tocar me voy a volver loca, porque me pasaré toda la vida con la duda de qué nos pasó. Necesito que lo hagas lo mejor que puedas y, cuando compruebe que es más de lo mismo, igual que con todos los capullos que han pasado por mi vida, me quedaré tranquila.

—Haga lo que haga es tarde, ya estás como una puta cabra, lo sabes, ¿verdad?

—Me da igual, no quiero obsesionarme contigo fuera. ¿Quieres a una psicópata persiguiéndote?

—Parece que das por hecho que lo voy a hacer mal. Además, también parece que el único que tiene algo que hacer aquí soy yo.

Te recuerdo que somos dos.

—Siempre he pensado que soy mala en la cama —me reconoce tan tranquila, y la manera de decirlo me hace tanta gracia que me empiezo a reír a carcajadas—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—¿Por qué piensas eso?

—Pues porque todos los tíos con los que me he acostado me han dejado, así que, blanco y en botella.

—No es la impresión que me diste ayer.

—Pues por eso necesito repetir para expulsarte del pedestal donde te estoy poniendo. Ya lo hemos hecho una vez, pero ha sido drogados, así que lo justo es que lo hagamos en plenas facultades, comprobemos que no hay nada especial y…

—¿Eres así con todos?

—No, eres el primero al que le digo estas cosas.

—¿Y qué te ha hecho cambiar?

—Con los otros tíos me depilaba a conciencia en cada cita, comía poco delante de ellos, sonreía cuando en realidad estaba pensando que eran gilipollas e intentaba ser la chica "perfecta".

—No sé por qué, pero de ti no me lo creo.

—Pues créetelo, soy estúpida. Pero contigo es diferente porque me has conocido oliendo a mierda, roncando, asquerosa, con el pelo fatal, de mal humor… Has visto lo peor de mí, así que ya me da igual. Y la verdad es que yo también he visto lo peor de ti. Por eso, y porque justo antes de entrar tuve una experiencia muy mala en una cita a ciegas que fue la gota que colmó el vaso. Me he prometido a mí misma cambiar, y lo voy a hacer. Es por todo eso, y porque hay algo en ti que…

—¿Qué?

—¿Puedo ser brutalmente sincera?

—¿Es que no lo has sido hasta ahora? —pregunto con otra carcajada.

—Me caes tan mal que no me importa lo que pienses.

—¿En serio me acabas de decir lo que acabas de decir?

—Ya me vas cayendo mejor, si eso te consuela.

—¿Qué te he hecho para que digas eso?

—No lo sé, hay algo en ti que me echa para atrás, pero no sé qué es. ¿Qué? Oye, no te enfades. Creo que Piluki me está pegando un poco de su sincericidio. Perdona si te he molestado.

—¿Y ahora me dices "perdona si te he molestado"?

—Perdona, de verdad, creo que también es por la situación que estamos viviendo. Supongo que lo que pienses de mí ahora mismo es la menor de mis preocupaciones.

—Será que llevo mucho tiempo acostumbrado a que me bailen el agua, pero no vuelvas a decir que te caigo mal. Yo le caigo bien a todo el mundo.

—Sí, eso es lo que te dicen —responde con una sonrisilla—. Como a mí. "Te quiero". "Vamos a estar siempre juntos". Y a la semana siguiente, si te he visto no me acuerdo. Mira, te propongo una cosa.

—A ver, sorpréndeme.

—Vamos a jurarnos aquí y ahora que siempre nos diremos la verdad. Esta maldita pesadilla nos ha unido, y no soy de las que creen en esas gilipolleces del destino, pero podemos aprovechar la oportunidad para hacer un experimento social.

—¿De qué me estás hablando ahora? Me he perdido.

—Yo necesito no intentar agradar a todo el mundo, y tú necesitas que te digan las verdades a la cara.

—Yo no necesito que…

—Sí, lo necesitas —me corta—. Hay que quitarte ese palo que tienes metido por el culo. Así que vamos a jurarnos, aquí y ahora, bajo las estrellas de este puto cuento peruano, que seremos sinceros el uno con el otro y, cuando salgamos, aparte de recuperar nuestras vidas, habremos crecido emocionalmente.

—Azul, de verdad, es tarde y tengo sueño…

—¡Júramelo!

—Es una tontería que…

—¡Necesito confiar en ti, Bruce! ¡Eso, y que me eches un polvo!

—No sé si después de tanta charla estoy yo ahora para polvos.

—Por favor.

Me la quedo mirando a los ojos sin parpadear. Hay un engaño; algo que decidí ocultar desde el principio y que ahora ya no puedo

desvelar. Por el bien de los dos, es mejor que no le diga que soy su jefe. Cuando salgamos y estemos a salvo se lo diré, pero aquí no, no cuando nos necesitamos para sobrevivir.

Hago de tripas corazón, extiendo la mano y me odio un poco, solo un poco, cuando estrecho mis dedos con los suyos y estas palabras salen de entre mis labios:

—Lo juro.

Capítulo 12

Azul

—Bueno, ¿qué? ¿Lo hacemos? —le pregunto cuando veo que suelta mi mano y vuelve a tumbarse boca arriba. Su gesto ha cambiado; ahora está serio, y no sé por qué.

—Estoy muy cansado —susurra.

—Yo también estoy cansada, pero…

—No me gusta que me fuercen a hacer las cosas —dice, cada vez más serio.

Me lo quedo mirando en la penumbra, con la mandíbula apretada y los ojos cerrados. Parece que ya no quiere mirar las estrellas ni jugar a los médicos conmigo. Dios, parecemos dos niños de tres años.

—Pues vale —replico, tumbándome también. Me alejo todo lo que puedo de él y me tapo con dignidad con una puta hoja hasta las cejas—. Buenas noches, capullo.

—¿De verdad?

—¿Qué?

—¿Ahora me insultas?

—Como estamos en plena naturaleza, he pensado que te gustaría ser parte de ella. Un capullo floreciente que se abrirá y saldrá…

—A ver, a ver qué saldrá de ese capullo…

Voy cerrando los ojos, y el cansancio va haciendo mella en mí tan deprisa que pierdo el hilo de mis pensamientos; justo cuando iba a decirle lo que saldría de su capullo apestoso, pierdo la consciencia.

La luz del día me da directamente en los ojos, pero estoy tan cansada que no puedo despegar los párpados. Vaya, vaya, parece que hay alguien que ha cambiado de opinión y busca calor humano…

¡Pero bueno! Sin preámbulos, directo al grano.

—Ahora a la que no le apetece es a mí —digo con la boca pastosa, apartando su mano, pero vuelve al vértice entre mis piernas—. Que no, déjame…

—¿Estás soñando? —le escucho decir bastante más lejos de lo que me esperaba.

—¿Te han crecido los brazos? —pregunto, cada vez más despierta y apartando su brazo viscoso otra vez—. En serio, déjame. No me toques.

—Pero, ¿de qué estás hablando? No te estoy tocando.

Abro los ojos de golpe y veo una serpiente gigante encima de mi cuerpo.

—¡Ahhh! ¡Ahhh!

Pego un salto y la cabaña de hojas se deshace por completo. Salgo corriendo hacia la orilla con las piernas aún dormidas y sigo gritando hasta quedarme afónica mientras doy saltitos en el sitio y me froto el cuerpo, como si eso fuera a borrar que una maldita pitón ha estado a punto de violarme.

—¡Ahhh! ¡Ahhh! ¡Ahhh!

—¡Joder, Azul! ¡Me la has tirado encima! —grita él, escapando igual de rápido que yo.

Observamos desde la distancia nuestro querido campamento improvisado, ya desmontado por completo, con algo muy grande moviéndose entre las hojas.

Me llevo una mano al pecho y le miro, a mi lado, con la misma cara de pánico que seguro que tengo yo también.

—Nos vamos —le digo—. Ya.

—Sí.

Bebemos toda el agua que podemos desde la orilla, pero con el rabillo de la mirada sin dejar de vigilar a la serpiente, que parece que no quiere salir de entre las hojas, cogemos todos los plátanos que nos caben en las manos y echamos a andar, pero, antes de salir de lo que se acaba de convertir en otro maldito lugar infernal de esta asquerosa selva, me miro los pies y me enfado.

—Que sepas que por tu culpa sigo descalza.

Va delante de mí, pero se gira y me lanza una mirada que tengo que reconocer que me impone.

—¿Quieres mis zapatos? —pregunta en un tono pasivo agresivo que me viene a decir que los dos estamos al límite.

—Quiero los míos, esos que no le pude quitar ayer al señor de las hojas porque no te pareció una buena idea —respondo igualmente. Él estará al límite, pero por lo menos tiene zapatos.

—Pues los tuyos ya los lleva puestos él y, según lo que me dijiste ayer, te da asco utilizar los zapatos usados de otras personas, así que no quieres ni los tuyos ni los míos. En resumen, no quieres ningún zapato a la vista, pero estás cabreada y solo estoy yo para desahogarte, pero te voy a dejar algo claro, por si no lo estaba ya: no soy el saco de boxeo de nadie. ¿Entendido?

En otro momento de mi vida, uno no muy lejano, podría decir que la semana pasada estas palabras me habrían coartado bastante. De hecho, incluso hasta me habrían hecho llorar, pero ahora, supongo que porque estoy hasta el mismísimo, me cabrean aún más. Necesito un café, creo que es algo bastante entendible. Pero no tengo café, lo que he tenido nada más despertarme ha sido a una pitón entre las piernas, y eso sonaría muy bien de no ser porque ha sido, literalmente, una pitón.

Meto los labios hacia dentro, siento como un volcán explota en mi interior, el magma me recorre desde la coronilla hasta los pies, respiro hondo, me trago las primeras palabras que iban a salir atropelladas por mi boca, y consigo hacer algo que me sorprende hasta a mí:

—¿Sabes qué? He cambiado de opinión. Quiero tus zapatos.

Y sonrío con la sonrisa más falsa que se ha visto en esta tierra y en la real. Me estoy dando miedo hasta yo. Lo mismo me estoy volviendo majareta. A tomar por culo, extiendo la mano, dejo que caigan varios plátanos y la mantengo en el aire esperando sus zapatos.

Traga saliva. Se pone rojo, después morado, pasa al azul y, bueno, estoy exagerando, solo se le hincha la vena del cuello hasta tal punto que no me sorprendería que en cualquier momento sufriera un ictus, se quita los zapatos con una parsimonia digna del mejor manual de autocontrol jamás escrito, y me los da.

Los sostengo en la mano un momento, pero me está llegando un olorcillo que… ¡Qué olorcillo ni qué niño muerto! ¡Apestan a mono descompuesto!

—No, quédatelos, que huelen fatal.

No quiero ir descalza, pero no puedo ponerme estos zapatos. No puedo, ya está. ¡Quiero los míos!

Respira tan profundo que creo que se ha hecho una fisura en los pulmones, vuelve a coger sus zapatos, se los pone, me lanza una mirada asesina, me da la espalda, y aparta la siguiente hoja para adentrarse más en la jungla.

Andamos en silencio durante un buen rato. Pierdo la noción del tiempo, y no sé si llevamos caminando una hora, cinco, o solo unos minutos, pero, a medida que nos adentramos en la selva, llega un momento en el que solo veo hojas y más hojas que se apartan de mi cabeza para ver más hojas. La vegetación es tan alta que no hay cielo, y empiezo a pensar que quizá no estemos yendo en la dirección correcta, porque, por mucho que intento mirar más allá, no veo la montaña.

—Bruce.

—¿Qué?

Vale, sigue enfadado. Madre mía, lo que le duran los cabreos a este hombre.

—¿Ves la montaña?

—Sí.

—¿Seguro?

—¡Pues claro que no veo la montaña! —grita, explotando de golpe—. ¿Acaso tú puedes verla? —exclama, señalando a nuestro alrededor.

—Vale, vamos a tranquilizarnos.

Se seca el sudor de la frente y se remanga muy, pero que muy cabreado.

—¿Ahora vas de mediadora?

—No quiero morir aquí, en mitad de la nada, y dentro de un puto cuento infantil poseído. No voy de nada, solo quiero volver a mi casa.

—Ya somos dos.

—Pues entonces vamos a tener que unir fuerzas, y no desgastarnos el uno al otro.

—¿Ahora sí somos un equipo? ¿Qué ha pasado hace un rato con los zapatos?

—Eso ha sido fruto de una enajenación mental transitoria provocada por la falta de café matutino. Lo siento, soy humana.

—¿Y yo qué soy? ¿Un Pokémon?

Me lo quedo mirando un segundo.

—Pues, ahora que lo dices, sí que pareces un Pokémon a punto de agonizar.

—Vale, ya hemos descansado un rato —responde ignorando mi comentario. Vuelve a darme la espalda y sigue apartando hojas.

—Te lo digo en serio —sigo, correteando para alcanzarle—, cuando vuelva a casa pienso tirar el poto que tengo en el salón. Me da igual que me lo regalara mi madre, no quiero volver a ver una planta en lo que me queda de vida.

—Pues muy bien…

Seguimos andando. Dios, me muero de sed, y los plátanos que me voy comiendo para no perder sales minerales se me están haciendo bola en la garganta.

—Bruce…

—Qué…

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando volvamos?

—Prefiero no malgastar las pocas fuerzas que me quedan hablando de gilipolleces.

—No te das cuenta cuando lo haces, ¿verdad?

—¿El qué?

—No te das cuenta de que a veces eres un poco bastante borde.

—¿Cómo?

—Es algo que deberías trabajar cuando regresemos.

—No creo que regresemos si sigues hablando, la verdad.

—En serio, eres muy desagradable. ¿Siempre eres así?

—No, solo contigo.

—No sé por qué, pero no me lo creo.

—Estoy muy cansado, ¿qué quieres? Yo te aguanto a ti en tus ramalazos hormonales, así que tú también me aguantas a mí en los míos.

—Hay algo más, algo en el trasfondo que seguro que explica tu comportamiento de orangután.

—¿Y tú te das cuenta de que no desaprovechas oportunidad para insultarme?

—Claro que me doy cuenta, soy plenamente consciente.

—Pues muy bien.

—Bruce…

—¿Qué quieres ahora?

—¿Sabes de qué me he dado cuenta?

—A ver, de qué.

—Meterme contigo me evade de la situación.

Entonces se detiene de golpe y se da la vuelta. Estoy esperando encontrarme con un Bruce cabreado, pero no, de repente, obviando que está ojeroso, demacrado, sudado y asqueroso, en su mirada, muy en el fondo, veo comprensión. ¡Hemos conseguido contactar con vida extraterrestre!

—Pues creo que a mí me pasa lo mismo —suelta—. Supongo que las situaciones límite sacan lo mejor o lo peor de las personas, y está claro que, en nuestro caso, está sacando lo peor.

—¿Me perdonas?

—Te perdono.

—Lo que pasa en la jungla se queda en la jungla.

—Sí, en la jungla, en el bosque, en el palacio de Barba Azul… —replica con la ceja levantada.

—Oye.

—¿Qué?

—Yo ya te he pedido perdón.

—Sí, y he aceptado las disculpas.

—Vale, pues estoy esperando las tuyas —le recuerdo, cruzándome de brazos.

—Pues espéralas sentada. Ah, no, que aquí no hay nada en lo que te puedas sentar.

En cualquier otro momento le habría metido un buen pellizco en el brazo, pero se ríe, y la verdad es que me ha hecho gracia.

—Anda, vamos, que se nos hace de noche y no hemos llegado a la rana de los cojones —le digo—. Anda, una rana de verdad —añado cuando algo muy pequeño y viscoso salta a mi brazo de repente. Tiene un montón de colores y me está haciendo cosquillas —. ¿La podemos adoptar? Te vas a llamar Lola.

Bruce la mira y me la quita con un palo, lanzándola a tomar por culo a la izquierda.

—¡Pobrecita! ¡Era muy mona! —me quejo—. ¡Lola! ¿Dónde estás?

—Era venenosa, no la toques. Espero que no…

—Que no qué.

Se gira, me mira, arruga el ceño, chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Vamos, no podemos retrasarnos más.

Seguimos avanzando. La cabeza me da vueltas y solo veo hojas y hojas, y cuando veo hojas con ojos que me miran, le cojo del brazo para que pare.

—Necesito agua —consigo decir con la boca muy pastosa—. Me acabo de comer un Kit Kat, y no veas la sed que da el chocolate.

—¿De dónde has sacado un Kit Kat?

—De la máquina de ahí detrás —le explico señalando a unas hojas expendedoras de chocolate—. Pero no tenían agua.

—¿Qué tienes en la boca?

—¿Qué?

—Entre los dientes. ¿Son trocitos de hojas?

—Es un Kit Kat de chocolate blanco.

—Seguro que esa rana… —le escucho decir muy, muy lejos—. ¡Joder! ¡Azul!

Enfoco. Bueno, intento enfocar, pero solo veo sus labios, que se abren y se cierran muy deprisa.

Ya no le oigo, solo le veo como una hoja gigante que huele fatal y que me está pegando en las mejillas.

Vuelvo a estar en mi cama. En realidad, no es mi cama, porque la mía no vuela, pero la almohada sí que es igualita a la que tengo

en casa. Creo que soy bebé, y que mi madre me está llevando en brazos al médico porque tengo fiebre, aunque, si lo pienso bien, los bebés no saben que tienen fiebre.

¿O sí? Ya no me acuerdo de cuando era un bebé, y me gustaría volver a serlo. Bueno, no, que no quiero llevar pañal. Solo sé que quiero dormir para siempre.

—Azul… ¡Azul!

Alguien me está llamando.

—¡Azul! ¡Despierta! Es Bruce.

Empiezo a recordar dónde estoy y lo que ha pasado. Lola me ha envenenado. Maldita Lola.

—Azul, por favor, reacciona.

Voy sintiendo cada parte de mi cuerpo por separado. Primero los pies, por Dios, quiero dejar de sentirlos, que los tengo en carne viva. Después las piernas, que me pican mucho. La tripa me duele y los brazos también. Me duele todo el cuerpo. Y me arde la piel.

—Azul, por favor, no puedo hacer esto sin ti… Por favor…

Vaya, vaya.

—Me… Me… Me muero… —consigo decir después de varios intentos. Es que a veces soy muy melodramas, pero ahora está justificado.

Siento sus manos sobre mi cuerpo. Me toca, me frota los brazos y algo líquido cae sobre mis labios. Creo que es agua.

—No te vas a morir. Por favor, despierta.

—No quiero ver más hojas —digo aún sin fuerzas para abrir los ojos.

—Ya no hay más hojas, te lo prometo.

—¿Seguro? —lloriqueo.

—Seguro.

—¿Las has podado todas?

—Sí, las he podado.

Sonrío con debilidad porque no tengo fuerzas para reírme.

—Mentiroso.

—Mira, ya estamos en la montaña.

Quiero abrir los ojos, pero me han echado Superglue en las pestañas.

—Imposible.

—Es verdad. Mira —insiste.

Despego los párpados con mucha dificultad, y lo primero que veo es su cara. Vaya, parece muy preocupado. Me sonríe y me coloca las manos en las mejillas.

—Hemos llegado a la montaña —dice. ¿Qué es eso que veo? ¿Son lágrimas? —. Lo hemos conseguido.

—¿Estás llorando?

—¿Qué? No —responde mientras corre a secarse las mejillas.

—Estás llorando.

—Es sudor.

—El sudor no sale de los ojos.

—El mío sí.

—¿Estás llorando porque pensabas que me iba a morir? —susurro.

—No estoy llorando.

A todo esto, sigo tumbada boca arriba en algo que no sé muy bien qué es, pero poco a poco voy recuperando la movilidad de las piernas y los brazos. Me intento incorporar, pero me mareo, así que corre a ayudarme.

—Despacio, que llevas un día tumbada.

—¿Un día?

El viento me da en la cara en cuanto despego la espalda de… ¿Qué es esto? ¡¿Más hojas?!

—Ayer te hice una camilla con hojas —dice cuando ve que miro lo que quiera que sea que tengo alrededor—. He tenido que arrastrarte.

—Supongo que por eso me duele todo el cuerpo…

Me ayuda a ponerme en pie y veo que estamos en la ladera de la montaña, y que, gracias a Dios, hemos dejado la selva atrás.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunto despacio, apoyada en su brazo y con la mirada perdida en el inmenso y frondoso mundo vegetal que está bajo nosotros.

Me mira desde arriba. Por Dios, estamos para que nos metan en lejía.

—Como se consiguen todas las cosas —dice, frunciendo el ceño —. Haciéndolas.

Capítulo 13

Bruce

Recuerdo cuando era un niño y quería un juguete nuevo. Mi padre siempre me decía que no, daba igual si era barato o caro, pero mi madre me sonreía a escondidas y, más pronto o más tarde, el juguete en cuestión llegaba a mis manos. Así aprendí que no te puedes quedar con la primera respuesta, que siempre hay alternativas y segundos caminos, y que, si el mundo, grande o pequeño, da igual, está gobernado por personas, no hay límites. Si no te abren una puerta, seguro que en la de al lado olvidaron echar el pestillo. Somos volubles. Influenciables. Y pueden hacernos cambiar de opinión. El problema es que ahora no hay personas a las que sobornar, convencer o negociar; son el enemigo en forma de humanoides que buscan nuestro fracaso. El problema es que, ahora, tengo que ganar una partida de un juego que no conozco. No hay instrucciones precisas, ni reglas obvias. El problema es que solo estamos Azul y yo, y ella está, espero que solo momentáneamente, fuera de juego.

—¿Qué estás rumiando? —quiere saber, sacándome de golpe de mis pensamientos.

Sigue acostada en la base de hojas, y su palidez, cada vez más acentuada, me preocupa mucho.

—Estoy pensando que esto es cada vez más difícil. Tenía la esperanza de que este juego no fuera realmente dañiño, pero, viéndote, me doy cuenta de que podemos morir, y eso me preocupa. Joder, no somos SHIELD, ni estamos entrenados para situaciones así —suelto, dejando salir mi frustración.

—¿De dónde has sacado el agua? —pregunta, cambiando de tema.

—Hay un riachuelo ahí detrás.

—¿Puedes traerme un poco más?

Me levanto y camino hasta el hilillo de agua que cae desde lo alto de la montaña. Recojo lo que puedo juntando las manos, y corro hasta ella antes de que haya perdido el líquido por el camino.

Intenta incorporarse, lo justo para beber, pero solo consigue mojarse los labios.

—¿Te llevo? —la ofrezco.

—Estoy muy cansada…

Vuelve a tumbarse y cierra los ojos. Lleva más de un día así, entre el mundo de los vivos y los muertos, y la noche se acerca peligrosamente hacia nosotros sin refugio ni comida.

—¿Puedes andar?

—No puedo moverme.

—¿Seguro?

—Sí.

—Voy a ir a por las gemas —decido. No puedo esperar más. Está claro que no va a recuperarse, y quizá en el siguiente cuento haya más recursos de los que disponemos en este—. ¿Me esperas aquí?

—¿Dónde quieres que vaya? —responde con los ojos cerrados y un amago de sonrisa.

—No te estoy abandonando —le aseguro—, voy a volver a por ti.

—Vale —dice sin ninguna entonación, pero veo que una lágrima comienza a descender por su mejilla.

—Oye —digo, agachándome a su lado—. Te prometo que voy a volver.

—No podría reprocharte nada si no lo hicieras —susurra, con los ojos fuertemente cerrados—. Yo te abandoné en el cuento del lobo.

—Pero yo no soy tú, y no pienso hacerlo.

—Casi preferiría que lo hicieras para no dejarme como una mala persona.

—No eres mala persona, solo un poco pesada —bromeo, pero parece que no tiene fuerzas para reaccionar. Coloco las manos en sus mejillas, le seco las lágrimas y le doy un beso en la frente—. Tengo que irme ya, antes de que se haga de noche. No tardo.

—Adiós —la escucho susurrar muy bajito.

—No me digas adiós, dime hasta ahora.

Espero un momento para ver si abre los ojos, pero gira la cabeza y aprieta los labios.

—Azul…

—¿Qué?

—Te juro que voy a volver.

—No jures algo que no sabes si vas a poder cumplir.

—Lo mejor es que vaya yo solo, lo sabes.

—No tengo la culpa de que esa rana me saltara a traición a la mano.

—Nadie te está culpando.

—Me estás dejando atrás.

—No te estoy dejando…

—Ya estoy acostumbrada —me interrumpe—. No serías el primero que…

—Azul, se hace de noche. No puedo esperar más —digo, poniéndome serio—. Mi plan es subir la montaña, coger las dos piedras y volver a por ti para buscar la puerta.

—Vale.

—Tienes que prometerme que me vas a esperar aquí, y que no vas a hacer nada.

—¿Qué quieres que haga? No puedo moverme.

—Nos conocemos, así que, por favor, cíñete al plan y espérame aquí.

—¿Y si viene un león? ¿O llega un *cuentareño*? No sé lo que va a pasar.

—No creo que haya leones por aquí cerca, y si viene un *cuentareño* te haces la dormida.

—Sí, claro, para que me entierre viva.

—Me tengo que ir ya —repito cuando me doy cuenta de que está intentando liarme para que no me vaya.

—Pues vete.

Sigue sin abrir los ojos. No quiero que nos separemos, pero tenemos que avanzar, y lo más inteligente en este caso es que ella se quede aquí mientras subo a por las gemas.

Me agacho para darle otro beso en la frente, pero se revuelve enfadada. Aquí sí que abre los ojos y me taladra con ellos.

—No soy un perrito abandonado, deja de darme besos en la frente que me estás dando mal rollo—se queja—. Venga, vete ya, a ver si conseguimos pasar al siguiente cuento antes de que se haga de noche.

—Parece que vas recuperando las fuerzas. Me voy, y te prometo que vuelvo antes de que anochezca.

Va a decir algo, pero aprieta los labios y se le vuelven a humedecer los ojos. Creo que tiene miedo, y es la primera vez que la veo vulnerable. No sé si es por eso, pero me agacho por última vez y le planto un beso en los labios que le pilla totalmente desprevenida.

—Deséame suerte.

Me giro y comienzo a andar antes de que me diga cualquier cosa, porque con ella nunca se sabe, y empiezo a subir. No miro atrás; si lo hiciera, seguramente daría media vuelta. Es lo mejor, lo sé, y por eso lo estoy haciendo, pero no quita que sea consciente de que no tendríamos que separarnos.

El ascenso es más difícil de lo que me pensaba. El terreno es árido, seco y mis zapatos resbalan constantemente por la arenilla y las piedras, que caen ladera abajo a medida que avanzo. Llega un momento en el que tengo que ayudarme de las manos, y la montaña va siendo más y más vertical, pero, justo cuando el sol toca la línea que separa el cielo y la tierra, coloco un pie, me impulso con las dos manos, agrietándome las palmas, y llego.

Me permito unos segundos para recuperar el aliento, me seco el sudor de la frente y parpadeo para enfocar. Nunca me había sentido tan débil, joder.

—Ahí está —digo en voz alta cuando veo la estatua de la rana al otro lado de la explanada.

Iría corriendo, pero tengo todos los músculos del cuerpo agarrotados, así que camino despacio, sin apartar la mirada de mi objetivo: dos piedras brillantes, una por cada ojo, que parece que miran más allá del horizonte y lanzan destellos con los últimos rayos de sol.

Me queda poco, ya estoy llegando.

Lo he conseguido.

Vamos a salir de este puto cuento. Las cojo y bajo a por Azul.

Ese es mi plan, pero, de repente y sin verlo venir, algo, o alguien, me golpea en la nuca por detrás.

Lo último que veo son mis manos en el suelo y, después, un fundido a negro justo antes de que mi cara se choque contra las piedras.

Capítulo 14

Azul

¿Me he quedado dormida?

¿Qué hora es? Qué tontería, aquí no hay relojes.

Madre mía, he vuelto a perder la consciencia y no sé cuánto tiempo ha pasado.

—¿Bruce? ¡Bruce!

Por Dios, estoy helada.

Me abrazo el cuerpo y me tapo con las malditas hojas.

No hay mucha luz, pero no parece que esté anocheciendo, sino amaneciendo.

¿He pasado toda la noche dormida sin darme cuenta?

—¡Bruce! ¡Bruce! ¡¿Dónde estás?!

Pues no está.

Qué bien.

Qué bien todo.

Qué maravilloso.

Me he pasado toda la noche aquí plantada, como un puto muñeco, a la intemperie, sola y agonizando.

Joder, me duele todo el cuerpo.

Nunca me había sentido tan sola.

Ruedo como una croqueta y me pongo a cuatro patas. Maldita rana, me ha dejado *k.o*. ¿Cómo puede algo tan pequeño ser tan puñetero?

Me arrastro hasta el arroyo y bebo despacio, como un animalillo asustado y débil. Me mojo la cara, los brazos y me obligo a despertar. Tengo que espabilar, porque Bruce no está. Debería buscar un lugar seguro para esconderme hasta que vuelva, pero tampoco tan escondido, no vaya a ser que no me encuentre cuando baje. Si es que baja, claro, porque lo mismo ya ha cogido las piedras

y se ha ido por la puerta. De hecho, visto todo el tiempo que ha pasado desde que se fue ayer, es lo más probable.

Ha prometido que volvería a por mí, pero está tardando mucho.

Está tardando demasiado.

Levanto la cabeza y miro a mi alrededor. No hay nada. Tierra, arena y este hilillo de agua, nada más. Abajo está la selva, pero no pienso volver ahí ni muerta, y arriba no sé lo que hay, solo sé que es el camino que ha tomado Bruce.

Sé que me ha pedido que me quede aquí quietecita. Sé que debería hacerle caso.

Pero él también debería saber que yo nunca hago caso de nada.

Mi cuerpo me está gritando que no me mueva, pero, aun así, coloco una mano, arrastro la rodilla, después la otra mano, y después la otra rodilla. Vale, no ha sido tan difícil. Vuelvo a mover la mano, adelanto la rodilla, la otra mano, la otra rodilla.

Mano, rodilla, mano, rodilla.

Mano, rodilla, mano, rodilla.

Venga, puedo hacerlo.

Mano, rodilla, mano, rodilla.

¿Cómo es posible que no haya bajado a buscarme?

El ascenso es lo más difícil que he hecho en mi vida. Es como si fuera un gusano agonizante que se arrastra por el suelo, luchando por mover cada centímetro de piel. Me voy arañando las piernas, las manos las tengo en carne viva, y los brazos, mis pobres bracitos, tiemblan del cansancio, pero voy a llegar arriba. Juro que llegaré, aunque sea lo último que haga en este cuento cruel.

El sol va moviéndose por el cielo, subiendo más rápido que yo, y en el último tramo me ciega con su luz. Daría lo que fuera por unas gafas de sol. Y por un poco de agua. Ya puestos, tampoco rechazaría un poco de morfina.

Se me escapan varias lágrimas cuando mi mano izquierda toca, por fin, tierra plana, me impulso y subo a la explanada. Me permito un momento para recuperar el aliento y me pongo en pie. Utilizo las manos para protegerme los ojos de la luz, y miro lo que hay a mi alrededor mientras el viento me golpea con fuerza.

No veo nada más que una superficie de tierra árida y seca, no demasiado extensa y, al final, dos cosas que brillan mucho. Me voy acercando despacio hasta que veo la estatua de la rana y las dos gemas perfectamente colocadas en las cuencas de los ojos.

El segundo de felicidad absoluta se transforma rápidamente en preocupación, porque, ¿dónde está Bruce? Se supone que tendría que haberlas cogido ayer.

—¡Bruce! —comienzo a gritar, girando sobre mí misma—. ¡Bruce!

El viento silencia mis gritos, y la nada, que es lo que tengo a mi alrededor, ahoga mi garganta.

—¡Bruce! ¡Bruce! —sigo gritando de todas formas.

¿Se habrá caído mientras subía?

—¡Bruce!

Empiezo a ponerme muy, pero que muy nerviosa. De hecho, caigo sobre mis rodillas cuando comienzan a pitarme los oídos y pierdo visión.

—Tranquila, Azul —me susurro—. Respira y piensa.

Me miro las manos, llenas de pequeñas heridas ensangrentadas. Voy dejar de mirarme, porque tengo todo el cuerpo igual. No pasa nada, las heridas se curan. Arriba. Vamos.

Voy hasta la rana y cojo las gemas. Las encierro a buen recaudo en mi mano derecha y aprieto el puño para no perderlas.

—Tiene que estar por aquí —pienso en voz alta mientras miro más allá de la estatua—. Tiene que estar por aquí.

Camino despacio hasta el otro lado de la cima, más allá de la rana, y algo llama mi atención.

Parece que sale un pequeño hilo de humo de unas piedras. Me sigo acercando, cada vez más despacio, y veo que aquí hay algo. Parece una casita hecha en una cueva. Hay un tejado, mezcla de roca y listones de madera y, mientras me sigo acercando, tengo que tener cuidado para no resbalar ladera abajo.

Me apoyo en la pared de piedra y llega hasta mí el inconfundible aroma a comida. Por Dios, qué hambre tengo. Consigo llegar hasta la entrada, que no es más que una tabla de madera medio podrida apoyada en dos rocas enormes, y me asomo con cuidado.

Hay una lumbre encendida. Un puchero encima, calentando algo que huele de maravilla y…

¡Ahí está Bruce!

Mi primer impulso es entrar sin más gritando su nombre, pero algo me detiene. Ese algo es una venda en los labios. Bueno, no sería propio decir que tiene una venda, más bien parece un trapo asqueroso tapándole la mitad de la cara. Entrecierro los ojos y pongo a trabajar esas pupilas de gata que mis padres me han dado, y veo que está sentado en un taburete, con las manos por detrás, seguro que atadas, y las piernas, unidas rodilla con rodilla, también sujetas con una soga.

¿Pero qué narices está pasando aquí?

Le hago señas con la mano, pero él está mirando hacia el otro lado de la cueva y no parece muy contento. De hecho, parece bastante acojonado y, justo cuando voy a entrar a salvarle, escucho que hay alguien más.

Alguien, o algo, aún no lo veo, solo sé que se pone a tararear una canción que no había escuchado en mi vida, pero que parece una especie de nana infantil.

Me escondo detrás de la madera y miro por el pequeño hueco que queda abierto. Me tapo la boca con la mano que tengo libre cuando veo una sombra con chepa acercándose al puchero con un palo. Él, o ella, está tapado con un chal negro. Un momento, creo que es ella, porque tiene un moño gris.

Destapa la olla sin dejar de tararear, y se pone a remover el guiso con el mismo palo que hace unos segundos iba arrastrando por el suelo. Madre mía, es asqueroso, pero estoy salivando. Por favor, que me atrape a mí también. Me da igual, necesito comer.

Echa un poquito en un tazón mugriento y se acerca a Bruce. Parece una anciana con chepa bastante inofensiva, la verdad. Tampoco le veo la cara, pero, si cocina así de bien, no puede ser mala.

Bruce se revuelve cuando ve que la viejecilla se acerca, cierra los ojos cuando la mujer le quita el paño de la cara, y aprieta los labios cuando le acerca una cuchara bien cargada de comida suculenta.

Madre mía, qué desagradecido. Encima que le está dando de comer una abuelita adorable…

Mueve la cabeza a los lados como un niño rebelde y gruñe, pero, entonces, la abuelita le agarra con fuerza de la cara, aprieta hasta que los labios se van separando, y le mete la cuchara a traición con tanta saña que creo que le ha roto los dientes. Él no quiere tragar, así que ella le cierra la boca y le tapa la nariz hasta que lo que quiera que le está dando baja por su garganta.

Uy, uy, uy…

Esto ya no me está gustando…

Y, de repente, va la vieja asquerosa y empieza a darle besitos por la cara.

Besitos, besitos, besitos.

Besitos babosos que le dejan un montón de babas en las mejillas. Qué asco, por favor. Por mucho que él se revuelva, ella le agarra para besarle y, después, saca un cepillo de debajo del chal y empieza a peinarle.

Vamos a ver, que esto es cada vez más surrealista. Primero la vieja se lame la mano. Por cierto, no tiene dientes. Bueno, sí, dos. Uno arriba y otro abajo, y están negros. Cuando tiene un montón de babas en la mano arrugada, la pasa por el pelo de Bruce. Voy a vomitar. Y después le pasa el cepillo una y otra vez, rollo compulsivo, hasta que se lo deja perfectamente peinado con la raya en medio y aplastado a los lados.

Si estuviéramos en otro lugar y en otra situación, ahora mismo estaría llorando de la risa, porque menudas pintas tiene. Pero la verdad es que esto me está dando mal rollito.

La vieja está loca y, no sé cómo, ha conseguido inmovilizar a un hombre de metro ochenta y muchos, y ochenta y tantos kilos de peso.

Otra vez los besitos. Y más besitos de abuela obsesiva y pesada, pero en plan mugre.

Creo que podría quedarme todo el día aquí plantada viendo cómo le desgasta la cara a base de besos babosos, pero entonces me apoyo un pelín de más en el tablón de madera podrida que hace

las veces de puerta, y la mujer gira la cabeza hacía mí con la rapidez de un ave de presa.

Me quedo helada en el sitio.

No tiene ojos.

Solo las cuencas vacías y hundidas hacia dentro.

Oh, no…

Trago saliva cuando veo que agarra el palo y golpea todo lo que tiene a su paso para llegar hasta mí. El problema es que lo hace jodidamente rápido, en plan, mágicamente deprisa.

Oh, no…

Solo me da tiempo a ver que Bruce me ve y pone ojos de terror absoluto; salgo corriendo. Bueno, me encantaría decir que hago un *sprint* propio de los juegos olímpicos, pero, en realidad, empiezo a alejarme patéticamente despacio, porque el cuerpo no me da para más, mientras veo cómo se acerca como un toro hasta arriba de metanfetaminas. Empuja el tablón de madera tan fuerte que lo lanza a tomar por culo y, con el palo por delante, corre a por mí.

Cuando está a pocos metros y entiendo que no puedo huir, cojo una piedra del suelo y la lanzo lo más lejos que puedo. Me quedo más quieta que una estatua, dejo de respirar y cierro los ojos. No me muevo. Incluso ordeno a mi corazón que deje de latir unos segundos.

Pasa por mi lado sin darse cuenta de que estoy a unos centímetros, y corre, joder si corre, hasta el lugar donde he tirado la piedra.

Dejo soltar el aire despacio y vuelvo de puntillas a la casa. Bruce niega con la cabeza en cuanto me ve, pero me acerco hasta él, le hago una señal para que no hable y le empiezo a desatar con la ayuda de un cuchillo demasiado afilado y demasiado grande.

—Vete —me dice justo cuando estoy cortando la soga de las piernas.

—Shhh…

—Azul, huye.

—Cállate.

—¿Has cogido las piedras?

—Sí.

—Vete.

—Shhh…

—Va a volver.

—¡Shhh! Ya casi está…

—¡Que vuelve!

—¡Cállate!

Me tiemblan tanto las manos, y me sudan tanto, que se me resbala el mango del cuchillo y me corto la mano.

—Joder —me quejo cuando veo salir un reguero de sangre. Con los nervios se me caen las gemas al suelo, y encima Bruce se revuelve con fuerza para terminar de soltarse y les da una patada que las lanza al otro lado de la cueva—. ¡Joder, Bruce! ¡Las piedras!

Voy a cuatro patas hasta ellas cuando veo una sombra que cruza por el hueco de la puerta, las cojo y las encierro en la palma de la mano, ya llena de sangre, y escucho a Bruce maldecir.

Ha vuelto.

La vieja loca está aquí otra vez.

Mierda.

Me quedo como una estatua, a cuatro patas, justo al lado de unas cazuelas enormes. Miro por el rabillo del ojo a Bruce, pegado a una esquina, en el otro extremo de la casa, y veo que coloca un dedo en los labios para que guarde silencio.

La vieja entra hecha una furia y corre hasta la silla donde hace unos segundos estaba Bruce.

Cuando manotea y se da cuenta de que no está, empieza a chillar. Pero no es un chillido normal, sino un alarido furioso, y empieza a golpearlo todo con el palo para encontrarnos sin dejar de gritar.

Bruce me hace una seña para que salga, pero no quiero dejarle a solas con la vieja, así que niego con la cabeza y le digo que venga. Abre mucho los ojos, claramente enfadado, y vuelve a decir que salga ya. El problema es que él se ha quedado encerrado en una esquina, lugar al que la loca se aproxima, tirándolo todo a su paso. Le va a pillar. Se acerca. Se acerca más. Bruce se pega a la pared todo lo que puede y me mira.

Madre mía, voy a hacer una locura, pero tengo que hacerlo.

Me levanto despacio, cojo una de las ollas, la más grande, la levanto por encima de la cabeza con mucho cuidado de no perder las gemas, y se la tiro a la vieja mientras Bruce está diciendo que no en silencio y con los ojos como platos.

El tiempo se detiene. Contengo el aliento.

La olla golpea la cabeza de la vieja y rebota sin que la mujer sufra daño alguno. Lo único que hace es girar la cabeza hacía mí y taladrarme con esas cuencas vacías.

Mierda.

Salgo de la cueva y empiezo a correr sin rumbo.

¡Mierda!

¡Que viene!

Miro un momento hacia atrás y veo una sombra negra que se acerca a una velocidad imposible; por detrás de ella va Bruce, corriendo también.

¡Joder!

La explanada no es muy grande, así que, de repente, la puerta aparece a unos metros de distancia.

Lo malo es que la vieja me está pisando los talones.

—¡La puerta! ¡Azul! ¡La puerta! —escucho que me grita Bruce.

—¡No me voy sin ti!

—¡Tienes que hacerlo!

—¡Nooo!

Corro hacia la puerta. Si es necesario, nos vamos los tres, pero no pienso dejar a Bruce aquí.

—¡Yo voy después, pero vete ya! —me grita.

Llego a la puerta, la abro y me agarran del cuello. Me asfixio. No puedo respirar.

—¡Azul! ¡No!

Caigo de rodillas al suelo con las manos de la vieja apretándome el cuello, y la puerta, a una mano extendida de distancia, abierta para que podamos huir.

Tan cerca, y a la vez tan lejos.

—¡Azul! ¡Azul!

Caigo al suelo, ya sin aire, y veo a Bruce corriendo hacia mí y, por detrás de él, a dos gigantes con máscaras de hierro.

No puede ser. Son los mismos que vi en el cuento de *Caperucita roja*. Son los que se llevaron al hombre que entró en la taberna hablando sin rimar.

Dios mío, no me entra ni una gota de aire. Me voy a desmayar.

¡Qué coño! ¡Me voy a morir en manos de una maldita vieja sin ojos!

—¡Azul!

Entonces, pasa algo muy extraño. La vieja alza la cabeza hacia ellos, como si pudiera verlos, o quizá los ha oído, porque la verdad es que son bastante ruidosos (es lo que tiene ser un gigante que va hundiendo el suelo con cada paso que da), pone una expresión de terror, me suelta el cuello y sale corriendo.

Bruce llega un segundo después, me coge en brazos y, justo cuando iban a cogerle los gigantes con las máscaras de hierro, saltamos al otro lado.

Capítulo 15

Bruce

—¿Estás bien?

Me pongo en pie y tiro de su mano para que se levante, pero parece que no puede.

—¿Azul? ¿Estás bien? —vuelvo a preguntar más alto, tanto, que mi voz rebota en las paredes de donde quiera que estemos y hace eco.

Ella, en vez de contestarme, se hace un ovillo en el suelo y cierra los ojos con fuerza.

—No puedo más —susurra—. No puedo más, Bruce. No tengo fuerzas. Esa vieja sin ojos casi me mata.

Me agacho a su lado y le retiro un mechón rebelde de la cara. No quiere mirarme, así que enfoca a una baldosa del suelo y niega con la cabeza mientras comienzan a caer lágrimas de esos ojazos azules que tiene.

—No vamos a conseguirlo —sigue diciendo—. Cada vez es más difícil.

—Oye…

—¿Qué?

—No puedes venirte abajo.

—Claro que puedo. Mira, lo estoy haciendo.

—El problema es que no puedo hacerlo sin ti.

—No es verdad.

—Si no fuera por ti, ahora mismo seguiría tragando a traición ese vómito de gusanos.

Mi último comentario le hace gracia, y alza levemente las comisuras de los labios.

—Al menos, tú tienes el estómago lleno.

—¿Has visto lo que estaba echando en la cazuela?

—No, solo sé que olía muy bien.

—Había escarabajos, trozos de serpiente, hormigas…

—No sigas, que voy a vomitar —me interrumpe—. Ayúdame.

La levanto con cuidado y la sostengo entre mis brazos mientras alza la cabeza, me mira el pelo y ríe con debilidad.

—Estás horrible.

Corro a despeinarme, pero, en cuanto toco la capa de saliva de la anciana poseída, separo los dedos de la cabeza y reprimo un escalofrío de asco que me recorre de la cabeza a los pies.

Ella tampoco está mucho mejor que yo. Un solo vistazo basta para ver que las ojeras le invaden el rostro, los labios; esos labios que siempre están humedecidos ahora apenas tienen color y, si miro un poco más abajo, pasando a través del vestido roto y sucio, su piel, toda su piel, está herida. Las manos que se agarran a mí sin fuerzas están sangrando, rasguños y arañazos en los brazos, las rodillas y los muslos, y los pies… No necesito verlos. Ha ido descalza desde que nos adentramos en la selva.

—Pues tú estás preciosa —digo sin más y, joder, es la verdad. No puedo dejar de contemplar esos ojos que me taladran muy dentro, parece que leyéndome el pensamiento.

—Mentiroso —replica con una sonrisilla.

—Si en vez de ser tú, me hubiera encontrado con un hombre calvo y gordo, te juro que a estas alturas del cuento ya estaría más que muerto —le aseguro.

Mi comentario le hace gracia, porque siento que su pecho sube y baja mientras ríe.

—¿Soy un aliciente? ¿Es eso lo que me estás queriendo decir?

—Sí, algo así.

Ese "algo" es mucho, pero aún no sé lo que es.

Debería centrarme. Debería mirar a mi alrededor, ver dónde estamos y, al menos, comprobar que estamos a salvo. Debería hacer todo eso, pero ahora mismo solo puedo estrecharla más entre mis brazos, sujetarla muy fuerte para que no caiga, y sentir los latidos de su corazón retumbando a través de la piel.

—Tú también eres un aliciente —suelta, sin más.

—¿Eso que acabo de oír es un cumplido? ¿Hacia mi persona? ¿De ti? —bromeo—. ¿Dónde ha quedado eso de que te caigo mal y

que no te importa lo que piense de ti porque soy el malo malísimo del mundo?

Sonríe y, joder, esa sonrisa me provoca cosas. Muchas cosas.

—Yo no he dicho eso —miente.

—Y tanto que lo has dicho.

—¿Soy yo, o estamos tonteando? Pero no en plan haciendo el tonto, ya me entiendes. Bueno, que también.

—¿No hemos pasado ya esa fase de tonteo? —pregunto pensando que sí que estamos tonteando como dos adolescentes gilipollas.

—La verdad es que ya no sé ni cuáles son las fases. Tengo el cerebro frito, y creo que estamos delirando. ¿Estaremos muertos y no nos hemos dado cuenta? —pregunta con el ceño fruncido, como si esa fuera una posibilidad real.

—No lo sé, pero ya me espero cualquier cosa.

El momento de magia se esfuma igual que ha llegado en cuanto separa su mirada de la mía, me libera del embrujo y enfoca hacia nuestro alrededor.

—Estamos en una iglesia —susurra mientras apoya la mejilla en mi pecho. Parece que no quiere separarse de mí, y lo cierto es que yo tampoco de ella—. ¿Viste esto cuando fuiste un aguilucho en tu viaje de drogas alucinógenas?

—Águila real —rectifico.

—Lo que sea. ¿Lo viste?

Entrecierro los ojos y miro más allá de ella.

—Sí, he estado aquí.

—¿Sabes dónde está la gema?

Separo la vista de las paredes con vidrieras y techos embovedados, y la dirijo al suelo de losetas de mármol.

—Más o menos.

—¿Qué significa "más o menos"?

—Pues significa que…

Me callo cuando se abren las puertas del fondo y comienza a entrar gente.

—¿Qué pasa? —susurra mientras nos ponemos en alerta.

—No lo sé.

Tiro de su mano hasta una pequeña capilla y nos sentamos detrás del altar. Nos miramos en silencio, y comenzamos a escuchar el ruido de los bancos de madera contra el suelo cuando la gente va sentándose; murmullos, toses y los demás sonidos propios de una multitud que no quiere hacer ruido.

—Creo que van a dar misa —susurro.

Asiente con la cabeza y me mira.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice, demasiado alto.

—Pero que sea bajito.

—¿A cuántas chicas has hecho llorar? —susurra con una ceja en alto.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Seguro que a muchas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no me quieres contestar.

—No he visto llorar a ninguna, si eso te sirve como respuesta.

—Eso es porque no te has quedado para ver su reacción. O porque lo has hecho con un WhatsApp, como los cobardes.

Voy a negarlo, pero tampoco sé muy bien si es cierto o no. Tendría que ponerme a recordar, chica por chica y, tal como ha dicho antes Azul, yo también tengo el cerebro frito.

—Podría resumir y ser lo más sincero posible si te contesto que, debido a mi trabajo, nunca he tenido tiempo de intimar tanto con alguien como para hacerla llorar, pero eso sería simplificar demasiado.

—¿Te refieres a tu trabajo metiendo cosas en cajas?

—He tenido más trabajos —respondo con rapidez. Joder, por un momento he olvidado que soy su jefe.

—Me estás mintiendo.

—¿Qué?

—Que me mientes, puedo sentirlo.

Dudo y balbuceo algo ininteligible mientras pienso que me ha pillado.

—No me creo que nunca te hayas pillado de verdad por una chica —asegura, pasando de largo por el tema de "mi trabajo"—. Me estás mintiendo.

—Pues no sé, nada importante.

—¿De verdad eres tan frío?

—Parece que sí.

—No. Lo que te pasa es que te rompieron el corazón y tienes una coraza. Una coraza como una casa de grande.

—¿No habíamos quedado que esa eras tú?

—Sí, yo también. Pero lo mío no es una coraza, es un armazón de titanio con una pequeña boquilla para respirar.

—Entendido.

Nos quedamos callados, escuchando los murmullos de la gente que, poco a poco, se van silenciando. Las palabras de Azul me hacen pensar que sí que debo ser frío, porque, por mucho que intente recordar, no encuentro en mi memoria ni a una sola chica que, a día de hoy, siga presente. Ha habido muchas, pero ninguna especial. Ninguna que me haya hecho reconsiderar nada. Recuerdo sus rostros, al menos de la mayoría, y otras partes de sus cuerpos también, para qué nos vamos a engañar. Recuerdo las manos de una, las piernas de otra y el bolso de la última, porque me parecía demasiado estrambótico. Y, de repente, me doy cuenta de que, seguramente, ellas tampoco me recuerdan a mí. No he conseguido dejar huella a mi paso, o he sido tan tajante y me he mostrado tan distante que ninguna se ha atrevido a llamar a mi puerta de nuevo. Lo que siempre he pensado que era mera practicidad y sinceridad a la hora de abordar una cena con "postre", ahora empieza a parecerme otra cosa.

¿Crueldad? No, nunca he sido cruel. Pero sí que he sido un cabrón.

—¿En qué estás pensando?

—Estaba intentando recordar alguna de mis relaciones, pero supongo que los recuerdos son distintos para cada persona.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando alguien te cuenta algo sobre una relación pasada, en tu cabeza recreas los hechos que te están contando de una manera aséptica, pero esa no es la realidad —explico—. Desde fuera, algo que le ha pasado a otra persona no tiene olor, ni textura. No hacía frío o calor. Solo es un hecho. Algo que se puede analizar. Algo sobre

lo que puedes decir: yo habría hecho esto, o lo otro. Es fácil opinar sobre algo que no has vivido. Pero, cuando lo vives, ese mismo hecho tiene contorno, hay sombras, hay condicionantes tan sencillos como estar cansado o tener hambre, y esos detalles son más determinantes de lo que queremos reconocer.

—No hables de tener hambre, por favor.

—Lo que quiero decir es que, cuando miras tus recuerdos, más que los hechos, lo que recuerdas es cómo te sentías. Y yo, al menos, recuerdo otras cosas que son difíciles de explicar. No sé, cada chica tiene un olor. Cada uno de sus labios sabe diferente. No puedo simplificar diciendo que no he tenido tiempo, es más complicado.

—Todo en esta vida se puede simplificar. De hecho, es una manera de superar las cosas. Es la única forma de ordenar en cajones mentales.

—Pues entonces, no —respondo, negando con la cabeza.

—No, ¿qué?

—Nunca me han roto el corazón —me sincero.

—Pues qué suerte. Yo he tenido épocas que me lo rompían cada fin de semana. Sonrío por su último comentario y vuelvo a negar con la cabeza.

—No es tan fácil que te rompan el corazón, para eso, primero tienes que mostrárselo a la otra persona —susurro—. Tienes que enseñárselo, dárselo, supongo que con la esperanza de que lo cuide bien y, después, vuelvo a suponer que esa otra persona lo aplasta entre sus manos. Y si eso es que te rompan el corazón, pues no, a mí nunca me lo han roto.

—Estás describiendo una carnicería —ríe—. Es más fácil. Mira, te gusta un chico, tú crees que también le gustas y, de repente, se lía con otra. Ya está.

—Creo que habría que buscar un término medio entre nosotros dos, porque tú eres una exagerada y yo un témpano de hielo.

—Claro que estoy exagerando, Bruce, es una manera de hablar. Estoy simplificando. A mí lo que me pasa es que me ilusiono demasiado rápido, y pongo en las personas unas expectativas tan altas, que son imposibles de cumplir.

—Les asustas. Eres demasiado intensa.

Se me queda mirando muy seria y aprieta los labios.

—Dejando a un lado que tu pelo te está quitando toda clase de seriedad, creo que sí, que les asusto. Bueno, ya he aprendido y, justo antes de caer en esta mierda de cuento, juré que me metía a monja.

No lo puedo evitar, se me escapa una carcajada.

—¿Y lo del otro día? Eso no es propio de una monja.

—Ya te dije el otro día que teníamos que repetirlo sin drogas de por medio para…

—¿Para qué? —pregunto cuando se calla de repente.

—Me ha parecido escuchar algo —dice muy bajito, mirando a una esquina—, no, creo que es mi estómago, que se está comiendo a sí mismo del hambre que tengo. A ver, Bruce, sé que a ti también te ha pasado lo mismo.

—No, mi estómago está lleno de gusanos, gracias.

—Me refiero a lo del otro día, o noche, o ya no sé ni en qué mundo vivo.

—Nunca mejor dicho.

—Fue increíble, y lo sabes, no me pongas esa cara de mentiroso compulsivo. No podemos quedarnos con la duda de si fueron las drogas, o si fue porque nuestros cuerpos fueron creados con el único propósito de unirse. No sé tú, pero yo no puedo seguir con mi vida sin resolver esta cuestión.

—Fueron las drogas —respondo con una sonrisa de medio lado.

—Si no te importa, eso lo tendré que decidir yo.

—En este caso, soy una parte necesaria para que resuelvas tu duda, así que algo tendré que decir al respecto, ¿no te parece?

Se me queda mirando con la ceja en alto, parece que recuperando las fuerzas y, por lo tanto, recuperando la mala leche también, y frunce el ceño.

—Sí, te creo. Nunca te han roto el corazón. ¿Y sabes por qué? Porque no tienes.

—Oye, ahora no te enfades, solo estamos hablando.

—No me enfado, pero es que eres…

—¿Qué soy?

Parece que piensa la palabra, porque arruga la nariz de una forma muy graciosa.

—¿Insufrible? —digo para ayudarla.

—Sí, pero no es esa.

—¿Frío?

—También, pero tampoco.

—¿Gilipollas?

—Sí, pero no.

Me mira y, joder, me corta el aire.

—Eres inalcanzable —dice tan seria que me quedo paralizado. Sus ojos me taladran, inspeccionando cada recoveco oculto de mis pensamientos.

—Es posible.

—¡Pues eso es una coraza! —grita—. ¡Lo que llevo diciendo desde el principio!

—¡Shhh!

Su sentencia nos deja a los dos en silencio, mirando al suelo, cada uno metido en sus propios pensamientos. No sé el tiempo que pasa, porque ya llevamos un rato escuchando la voz de un hombre que, desde el púlpito, hace eco en todas las personas sentadas en los bancos de madera, que reciben el sermón sin rechistar.

—Azul…

—¿Qué?

—No soy inalcanzable, simplemente, voy por libre. Siempre he sido así, y no sé por qué. ¿Ves a esa gente?

Se gira, se asoma por la esquina y se vuelve para mirarme.

—Yo nunca he podido hacer eso.

—¿Ir a misa?

—Jamás he podido ser uno más. No me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer o pensar, porque siempre he creído que nadie va a saber mejor que yo lo que quiero, o lo que es mejor para mí. No soy inalcanzable, soy libre, siempre he luchado por mi libertad en todos los sentidos y supongo que eso también incluye mi libertad sentimental.

—¿Y esa libertad sentimental incluye sinceridad?

—Nunca he engañado a nadie, ni he dado falsas esperanzas.

—A partir de ahora, cuando quiera que hagas algo, te diré justo lo contrario —dice con una sonrisilla—. Así que, señorito Bruce, que no se te ocurra volver a ponerme una mano encima bajo ningún concepto, porque te la corto. No, no me mires con esos ojos de lascivia, porque aquí no vas a encontrar nada más que rechazo.

—Estás como una cabra.

—Oye, ¿crees que podría comerme esas flores de plástico? —pregunta, señalando un jarrón que enmarca una escultura—. Daño no puede hacerme.

—No puedes comerte esas flores de plástico —digo con los ojos en blanco.

—Me muero de hambre.

Voy hasta la esquina y me asomo al pasillo central.

—Ven conmigo —digo cuando regreso a nuestro escondite, tirando de su mano.

Llegamos hasta la puerta de la iglesia sorteando las columnas, y escapamos muy despacio, intentando no hacer ruido. En cuanto salimos, la luz nos golpea con fuerza en los ojos.

—¿Qué es esto? —pregunta, sin soltarme la mano.

—Parece una ciudad.

—Seguro que es una ciudad del Perú, porque Piluki siempre habla de su tierra natal.

—No hace falta ser muy listo para saber que no estamos en Europa —respondo mientras miro la ropa que llevan los *cuentareños* que pasan por delante.

Miro a un lado y al otro de la calle, y enfoco a una de las esquinas.

—Ven conmigo.

Sorteamos a la gente que pasa por nuestro lado sin levantar la vista del suelo, y tiro de su mano hasta lo que parece un mesón. Al menos, eso es lo que pone en el dintel de la puerta. Pero parece que ella no quiere entrar, porque se suelta y aprieta los labios.

—¿Qué estás haciendo? —me susurra, sin dejar de mirar a ambos lados de su espalda, como si estuviéramos huyendo de un asesino en serie.

—¿Es que no tienes hambre?

—Sí, pero no tenemos dinero, y no deberíamos hablar normal cuando hay gente cerca.

—No nos están escuchando —le aseguro.

—¿Viste a los dos tíos con máscaras de hierro?

—Sí.

—Parece que no están, pero aparecen de repente. Nos estamos relajando con eso de hablar sin rimar, y es peligroso. Sobre todo, cuando hay tanta gente alrededor —insiste, mirando de reojo a los que pasan por nuestro lado.

—Tienes razón —admito.

Y, de repente, Azul se coloca en el borde de la calle y extiende las manos. Así, sin más.

Mágicamente, una pareja de *cuentareños* le deposita una moneda dorada en las manos, a lo que Azul responde con un movimiento de cabeza como agradecimiento. Instantes después, un hombre le da otra moneda, y después otra y, cuando reúne ocho entre sus ensangrentadas manos, regresa a la pared donde me he quedado apoyado observándola con una sonrisa triunfal de oreja a oreja.

—Vamos a comer algo —me dice muy bajito.

Vaya, me he quedado sin palabras.

Entramos en la taberna y sigo a Azul, que va directamente a la barra.

—Buen señor, ¿qué podemos comer y beber con estas monedas y quitarnos estas polvaredas?

El tabernero gruñe, coge cuatro monedas y nos saca dos jarras hasta arriba de algo que parece cerveza. Acto seguido, desaparece por una puerta y regresa con dos cuencos gigantes de madera con una especie de guiso, dos trozos de pan y una llave oxidada. Nos señala las escaleras, suelta otro gruñido y va a atender a otro *cuentareño*. Nos miramos un segundo, sonreímos como la mañana de Navidad frente a un montón de regalos, aún envueltos, y empezamos a engullir como dos animales.

Miro de reojo a Azul, y la veo masticar con los dos carrillos llenos. Moja el pan en la salsa y se lo lleva a la boca sin respirar. Se chupa los dedos y vuelve a la carga mientras, a nuestro alrededor,

los *cuentareños* van y vienen, ríen, gritan e incluso discuten. Se crea una burbuja donde solo estamos los dos y nuestra comida, y entonces me doy cuenta de que nunca había estado con una chica… ¿Cómo podría describirlo? ¿Natural? Desde luego, jamás una de mis citas se habría tragado un trozo de pan así de rápido, ni habría comido con los carrillos llenos, ni dejaría que viese ese brillo aceitoso en la comisura de los labios mientras me sonríe con los ojos. Joder, y qué ojos. Tienen vida propia y hablan sin necesidad de palabras. Bueno, que me voy del tema. La cuestión es que mis citas siempre son con chicas guapas, pero, ahora me doy cuenta, también algo estiradas. Superficiales. O quizá es lo que yo también he reflejado, y ellas tan solo me han seguido el juego. Seguramente no les he dado la oportunidad y el tiempo suficiente para conocernos realmente.

En pocos minutos, hemos acabado con el cuenco y nos terminamos la bendita cerveza de un trago.

Joder, es la mejor comida y bebida que he probado nunca.

—Voy a explotar —me susurra Azul al oído.

La miro de arriba abajo, me detengo un segundo en sus labios, que han recuperado el color, y la sorprendo con un beso fugaz, tan rápido que me doy cuenta de lo que he hecho justo después, cuando veo sus ojos brillar.

Joder, me dejan ciego.

Trago saliva, cojo la llave y las cuatro monedas que nos quedan, sujeto su mano y la llevo escaleras arriba.

Se deja guiar por mí a través de un pasillo oscuro, donde el suelo de madera cruje bajo nuestros pies y, al fondo, una sola puerta. Meto la llave en la cerradura, también oxidada, y la giro deseando que se abra. Creo que suelto un suspiro de alivio cuando escucho el inconfundible "click" y la empujo. Una cama, un espejo, una ventana con las cortinas abiertas, dejando pasar la luz del sol y, al fondo, lo que parece que es un baño.

—Vamos —susurro, tragando saliva.

Aunque yo paso sin dudar, ella se queda en el quicio de la puerta.

—¿Qué ocurre?

No responde, solo niega con la cabeza.

—Azul, ¿qué te pasa?

—No me fío.

—¿De qué?

—El cuento intenta matarnos todo el rato, y aquí nos lo está poniendo demasiado fácil.

Miro a mi alrededor y suelto una carcajada.

—Esto es un cuchitril de mala muerte, tampoco te pases —bromeo—. Mira, si extiendo los brazos toco los dos lados de la habitación.

Me ignora, pasa por mi lado y va directa a la puerta del fondo. La abre, comprueba que hay agua corriente, me mira y levanta un dedo acusador hacia mí:

—No me molestes en un rato.

Miro más allá de su cuerpo y veo un lavabo con dos toallas, un retrete que parece limpio y una bañera.

Y, dicho eso, cierra la puerta.

—¡No abras! —grita desde dentro.

Pongo los ojos en blanco y me tumbo en la cama sin importarme que las sábanas sean blancas y huelan a limpio, y yo esté que parece que acabo de revolcarme en un basurero.

Joder. Qué a gusto.

Voy cerrando los ojos sin querer mientras escucho el agua correr en el baño y, sin darme cuenta, me quedo dormido.

Al rato, recupero la consciencia cuando un rayo de luz me da en los ojos. No sé el tiempo que ha pasado, pero sigo escuchando el agua en el baño y a Azul canturreando, aún dentro. No quiero parecer un maleducado, pero tengo que entrar en el baño de inmediato. Aun así, me levanto despacio, sintiendo dolor en cada músculo del cuerpo, en cada centímetro de piel, y llamo a la puerta.

—¡He dicho que no me molestes!

—Tengo que entrar.

—¡Ni se te ocurra!

—¡Me estoy meando!

A la mierda el decoro y todas las demás tonterías con las que decidimos vivir cada día como cadenas que nos ahogan y encorsetan.

No espero su respuesta, abro y la veo sumergida en la bañera hasta el cuello de agua y espuma.

—Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando —me avisa.

—Azul, en serio, me estoy meando. Yo también necesito utilizar el baño.

Arruga el ceño y niega con la cabeza.

—¿No puedes esperar? ¡Es que no puedo tener ni un segundo de intimidad! —grita, haciéndose la digna.

—¿Un segundo? Llevas aquí horas.

—¡Ni quince minutos!

—Enséñame los dedos.

Y veo que los esconde al fondo.

—Seguro que los tienes como pasas. Me da igual, mete la cabeza en el agua o cierra los ojos, pero voy a mear.

Subo la tapa del váter, y me la voy a sacar cuando la veo mirándome con una ceja en alto. Es verdad que su cara está demasiado cerca, porque a la bañera y al inodoro apenas los separan unos centímetros, pero ¡joder! ¡Que me estoy meando!

—¿Podrías mirar para otro lado? —le pido, a punto de sufrir una explosión de vejiga.

—Adelante, no te cortes —me reta.

—Azul, por favor.

—Venga, ¿no decías que no podías aguantarte? Bueno, también decías que eras un caballero, pero no sé si esto lo hacen los caballeros, porque no dejar que me dé un baño tranquila después de todo lo que…

A la mierda. Me la saco y empiezo a vaciar la vejiga.

—¡Serás guarro! —grita, echándome agua.

Termino, me la guardo, y voy a lavarme las manos cuando…

—¿Con qué has conseguido tanta espuma?

—Con esto —responde, enseñándome una pastilla de jabón que se le escurre de entre las manos.

—¿Me la dejas un momento?

—¡Largo!

Se acabó, esto es el colmo.

—¿Qué haces? —pregunta cuando ve que me arranco la camisa. Más que camisa, ya es una serie de jirones sujetos por hilos a punto de romperse—. No estarás pensando hacer lo que…

—Sí —la interrumpo—. Lo estoy pensando, y lo voy a hacer —digo mientras me bajo los pantalones.

—¡Bruce! —grita, echándome agua cuando me acerco como Dios me trajo al mundo al borde de la bañera—. ¡No hay sitio para los dos!

La ignoro. Meto una pierna, después la otra, y me hago hueco como puedo, eso sí, haciendo que un montón de agua se salga por todos lados mientras me voy tumbando.

—¡Me estás clavando las uñas de los pies en el culo! —se queja.

Podría contestarle, pero ahora mismo mi cuerpo es un amasijo de carne que ya no tiene fuerzas para nada más que relajarse.

—Esto es la gloria bendita —murmuro mientras Azul me pega patadas.

—¡Déjame sitio!

—Qué a gusto —digo, cerrando los ojos y estirando las piernas.

—¡Au! ¡Bruto!

Meto la cabeza en el agua y contengo la respiración un instante mientras siento cómo las babas de la vieja se van despegando de mi querido pelo.

—¡Bruce! ¡Estás poniendo el agua marrón! ¡Qué asco!

Sale como un torbellino y se tapa con rapidez con la toalla, pero he tenido unas vistas espectaculares durante unos segundos. A pesar del cansancio, a pesar del dolor generalizado en cada centímetro de piel, algo va creciendo entre mis piernas y, a pesar de tener el estómago lleno, regresa otro tipo de hambre. Más primitiva. Aguda. Tanto, que me duele.

—¿Qué? —salta ella desde arriba, tapada como una momia.

No puedo responder.

Ahora mismo no.

—¿Por qué me miras así? —insiste.

—Así, ¿cómo? —consigo decir con una voz que me sale más ronca de lo habitual. Aprieta los labios. Veo cómo traga saliva, y sus ojos se entornan y empiezan a brillar:

—Como si fuera el postre.

—Reconozco que eres lo más apetecible de la estancia.

—Ni se te ocurra —me reta. Eso sí, con una sonrisa traviesa.

Salgo igual de rápido que ella, pero no busco toalla con la que taparme. Lo que busco con desesperación son sus labios, que me reciben abiertos, húmedos y sedientos de mi boca. Su lengua se enreda con la mía, me agacho y mis manos luchan con esa toalla que tan bien se ha enrollado alrededor de su cuerpo. Tan bien, que soy incapaz de quitársela de encima.

Al final es ella quien lo consigue, y me clava las uñas en la espalda mientras el agua de mi cuerpo va mojando el suelo. La cojo en brazos y la llevo a la cama sin que nuestros labios se separen. Me muerde, me araña, me atrapa entre sus piernas y me introduzco en su interior con brusquedad y sin preliminares.

Se queja, lanzando un gemido que corro a beber, pero, poco a poco, van cambiando a otros de placer, cada vez más intensos mientras siento cómo se va dilatando, hasta que, por fin, entro por completo, hasta el fondo, y ella grita.

Me muevo como un animal. Como una bestia que no puede parar. Me lamo la mano y encuentro su clítoris. Lo froto y busco su lengua, que corro a morder mientras el agua de mi pelo empapa la almohada. Me clava las uñas en la espalda, y ese dolor me impulsa a meterme más dentro, más fuerte. Más rápido. Hasta que se deshace bajo mi cuerpo y yo con ella.

Nos quedamos exhaustos. Liberados. Me tumbo a su lado y la abrazo. Cerramos los ojos y, por fin, descansamos con todo empapado a nuestro alrededor, como si hubiéramos desatado un huracán en esta pequeña habitación.

Capítulo 16

Azul

Es de noche. Siento frío, así que encuentro la sábana, arrugada a nuestros pies, y nos tapo. Me acurruco entre sus brazos y busco el calor que emana de su cuerpo. Me junto más y más, y me aprieto contra sus pectorales, que suben y bajan al son de su respiración. Mi intención era seguir durmiendo, pero, claro, sentir que algo también se está despertando en el que tienes al lado provoca insomnio, como poco. Bueno, si el que tienes al lado es un gusano baboso de esos que frecuentan las discotecas, ahí sí que pides un coma inducido, pero ese, por suerte, no es mi caso ahora mismo. Mentiría si dijera que nunca me he visto en una situación así con un chico nada atractivo, porque todas tenemos malas noches y la típica copa que te sienta mal, pero, en fin, que voy a acercar la mano, no vaya a ser que sea otra pitón como la que me intentó violar en la selva, y estamos apañados.

Es una pitón, pero de carne humana.

—Estoy muerto —gruñe con una sonrisa perezosa mientras se va despertando.

—Pues tu miembro opina lo contrario.

Me subo a horcajadas y empiezo a…

—Anoche fuiste un bruto —le digo, sintiéndolo tan dentro, tan grande, tan maravillosamente dolorido…

—Hay un dicho —gime, dejándose hacer—. Burro cansado, burro empalmado.

—No lo había escuchado en mi vida —gimo, apoyando las manos en su pecho mientras balanceo las caderas—. Vas de pijo, pero eres un pervertido.

—Todos lo somos.

Duramos poco, pero dicen que lo bueno, si es breve, dos veces bueno. También hay que decir a nuestro favor que estamos

agotados.

—¿Quieres dormir un poco más?

Me mira desde abajo y comienza a recorrer mi cuello con las yemas de sus dedos despacio, como si, de repente, le diera miedo romperme en mil trocitos.

—Te está saliendo un moratón —susurra, para después impulsarse hacia arriba, pero sin quitarme de encima—. Y aquí —dice, besando mi clavícula magullada—. Y aquí —repite, acariciando mi muñeca derecha—. Y aquí. Y aquí. Y aquí…

Me da besos por todo el cuerpo, como si sus labios pudieran curarme.

—Para, que me haces cosquillas —río—. Yo no te doy besitos, que la vieja solo te embadurnó el pelo con sus babas —bromeo. Pero también está magullado, y varios moratones están saliendo a la luz.

—Azul.

—¿Qué?

—Tengo hambre —sentencia.

—Y yo. ¿Nos vestimos y bajamos a desayunar? Nos quedan cuatro monedas.

—¿Tengo que volver a ponerme eso? —pregunta, señalando nuestra ropa hecha una bola. Más que ropa son harapos, de esos trapos que tu madre utilizaría para limpiar el polvo.

—Luego pido más monedas y nos compramos ropa —le ofrezco —. Oye…

—¿Qué?

—¿Pasaría algo si vamos desnudos?

—¿Cómo?

—Qué más da, no son reales. ¿Pasaría algo si vamos desnudos por los cuentos? ¿Nos llamarían la atención?

—Azul.

—¿Qué?

—¿Viste ayer la suciedad que tenía la barra? La cuestión no es si podemos o no, la cuestión es que podemos volver con todo tipo de enfermedades.

Y, de repente, se pone pálido.

—¿Estás bien? —corro a preguntar, porque parece que se va a desmayar. De hecho, se incorpora del todo, escapa de mi prisión *pernil*, y empieza a vestirse muy rápido, tanto, que no atina y termina de rasgar la camisa—. Oye, Bruce, ¿qué te pasa? Es como si de repente hubieras visto un fantasma.

Pero parece que ya ni me escucha. Termina de vestirse y empieza a farfullar mientras da vueltas por la pequeña habitación como un león enjaulado:

—Cómo he podido ser tan… No… A lo mejor no pasa nada…

—¿Bruce?

Ay, madre, se le ha cruzado un cable y ha perdido la cabeza.

—Todo a la mierda… ¿Cómo he podido…? ¿Por qué no…?

—¿Bruce?

Me empiezo a preocupar de verdad. Ya he visto a una persona real volverse majara y provocar que vinieran a por él los enmascarados. ¿Y si los humanos perdemos la cordura aquí dentro, antes o después? A lo mejor solo les pasa a los hombres, que son más débiles de mente, porque la camarera de esa taberna del cuento de *Caperucita Roja*… No, ahora que la recuerdo mejor, creo que todos y todas perdemos la cabeza. Bueno, quizá yo ya venía de antes un poco tarada y por eso no me está afectando tanto, o lo mismo me estoy dando cabezazos contra la pared y me creo que estoy aquí, tan dignamente sentada en la cama…

—¡Joder! ¡Soy gilipollas!

Sus gritos me hacen reaccionar. Pego un salto, me pongo delante de él y le sujeto la cara entre las manos, obligándole a que me mire a los ojos, hasta que, poco a poco, se va tranquilizando.

—¿Qué pasa? —le pregunto despacio, como cuando estás tratando con un niño pequeño. En este caso, la que está de puntillas soy yo para llegar hasta sus mofletes, pero para el caso es lo mismo.

Vale, parpadea y enfoca hacia mi dirección.

—Soy gilipollas —dice tan serio que me entra la risa—. Es serio, Azul, he podido dejarte embarazada.

Oh…

Así que era eso…

—Por eso no te preocupes, llevo el DIU desde hace años para regular el periodo. El suspiro de alivio que suelta casi me tira para atrás.

—Madre mía —vuelvo a reír—. Casi te desmayas. De todas formas, nos hemos expuesto a enfermedades de transmisión sexual. Yo sé que estoy sana como una manzana, pero tú…

—Yo también estoy sano —me asegura—. De no ser así, no se me habría ocurrido hacerlo.

—Gracias, muy considerado por tu parte. Yo…

—¿Qué?

—No suelo hacer estas cosas sin protección. Mejor dicho, nunca hago esto sin protección.

—Yo tampoco.

—Y como todos los días cinco piezas de fruta y verdura, y no fumo, no bebo alcohol, hago deporte —bromeo, enumerando con los dedos, a ver si vuelve a recuperar el color en la cara, porque está fantasmagórico—. En serio, no te preocupes, ¿vale? Hemos sido unos inconscientes, pero creo que, dada la situación en la que estamos, que me pegues unas verrugas es el menor de nuestros problemas.

—¡Yo no tengo verrugas!

—Oye, ¿por qué has caído ahora en esto? No es la primera vez que lo hacemos como Adán y Eva en el paraíso.

—No lo sé, supongo que la primera vez iba muy colocado.

—Ya…

Se hace el silencio y se rellena con nuestros estómagos, que rugen hambrientos. Nos vestimos y bajamos a desayunar. Coloco las monedas que nos quedan en la barra, y el mismo *cuentareño* de ayer nos trae exactamente lo mismo que anoche. En cualquier otro momento habría pedido el libro de reclamaciones, pero ahora solo puedo sonreír y masticar como si no hubiera un mañana, sin embargo y de repente, el tabernero regresa, nos mira con esos ojos vacíos y dice:

—*Las doce campanas de Arequipa ya resuenan, rápido, antes de que termine la cuarentena.*

Trago de golpe. Joder, casi me atraganto.

Y repite, sin parpadear:

—*Las doce campanas de Arequipa ya resuenan, rápido, antes de que termine la cuarentena.*

—*Arequipa es… ¿Una pipa?*

No contesta, aunque Bruce me pega un pisotón.

—*Las doce campanas de Arequipa ya resuenan, rápido, antes de que termine la cuarentena* —insiste, y señala con su dedo más allá de la ventana, al final de la calle, donde vemos la iglesia de la que nos fuimos ayer.

Y se va a atender a otro *cuentareño*.

Al rato, con nuestros cuencos y jarras vacías, nos quedamos en plan zombi observando, eso sí, en completo silencio, el devenir de los *cuentareños*. Si tuviera que quedarme aquí, día tras día, viendo exactamente lo mismo, me volvería jodidamente tarumba.

Bruce me coloca la mano en la pierna y volvemos a subir las escaleras, pero, mágicamente, la llave ya no abre.

—Pero… ¿qué cojones? —suelta mientras intenta forzar la puerta.

—Déjalo, supongo que las monedas ya no dan para más. O es que este cuento quiere que nos larguemos de una vez. ¿Y si vamos a por la piedra?

Salimos de la taberna/hostal de mala muerte/idílico, y tenemos que protegernos los ojos porque el sol está pegando fuerte.

—Vamos —me insta Bruce, cogiéndome de la mano y tirando de ella calle abajo—. Estoy pensando que parece que los cuentos quieren que salgamos de ellos —dice muy bajito mientras cruzamos, y casi me atropella un burro—. En *Barba Azul* nos llevaban con él, supongo que para que nos fijáramos en su anillo, y en la selva apareció el indígena de repente y, al menos yo, vi dónde estaban las piedras. En el de *Caperucita Roja* no puedo…

Dejo de escucharlo. Es raro, pero me gusta ir de la mano con él. Lo miro de reojo y, madre mía, es que es muy guapo. Creo que es el chico más atractivo que me ha besado nunca. Y le gusto. Lo sé. Eso se siente. ¿Estará conmigo porque no hay otra chica en el cuento? ¿Se habría fijado en mí si nos hubiéramos conocido en cualquier

discoteca del mundo real? Yo creo que sí. Lo cierto es que somos muy compatibles en la cama y…

¡Para, Azul! ¡Ya estás otra vez! ¡Hace un cuento no lo soportabas, y ya estás pestañeando más de lo normal!

—Me estás haciendo daño —se queja, a punto de llegar a la catedral, dejando a un lado su relato sobre cómo parece que funcionan los cuentos.

—¿Qué? Perdona.

—Me estás rompiendo los dedos…

—¡Perdona!

—¿Estás bien? —quiere saber, parándose en una esquina. Recupera su mano y mueve los dedos mientras entramos en un callejón, lejos de miradas y oídos indiscretos—. Oye, ¿estás bien? —repite.

—No.

Podría mentir, pero no me apetece.

—Vamos a salir de esta, te lo prometo. Como he dicho, tenemos que seguir las instrucciones de los *cuentareños*.

—No prometas cosas que no sabes si vas a poder cumplir. Tampoco estaba pensando en eso.

—¿Qué pasa?

—¡Estoy cabreada!

—Pero ¿qué te he hecho yo ahora?

—Tú nada, ¡soy yo! Que no aprendo.

—No sé de qué estás hablando, y baja la voz, que van a venir los tíos raros.

—No dejes que me pille por ti —susurro, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué? No te ha podido dar una insolación en los cinco segundos que hemos estado al sol.

—En serio, Bruce, no quiero sufrir más por ningún hombre, y menos por ti.

—Gracias por la parte que me toca.

Se lo está tomando a guasa y me estoy cabreando más.

—No quiero que me vayas cogiendo la manita en plan pareja feliz si no piensas…

—¡¿Cómo?! Para, para, echa el freno. ¿Parejita feliz? Azul, solo… A ver, no me malinterpretes, pero yo no tengo parejitas…

—¿Ves? ¿Ves cómo soy lo peor?

—No eres lo peor, solo estás loca.

—¡Bruce!

—Al final vienen los enmascarados esos…

—¡Relájate! Estamos solos.

—¿Me pides que me relaje con un grito histérico? Azul, por Dios bendito, que solo te he cogido de la mano para que no te atropellara la burra y el carromato, que vas por la vida como…

—¿Cómo qué?

—Como un pato mareado.

—Y tú vas por la vida como si te hubieran metido un palo…

—Sí —me interrumpe con los ojos en blanco—. Por el culo. Creo que ya me lo has dicho. Vamos a ver —suspira, tirándose de la cara como si quisiera borrar las arruguillas esas que ya le están empezando a salir. ¡Pero qué estoy diciendo! Le infunden carácter, y encima tiene hoyuelos. Joder, ¡dos putos hoyuelos! —. Azul, han pasado cosas entre los dos, pero eso tampoco significa nada. A ver, que no estoy diciendo que no me… No soy de relaciones. Sí, no me mires con esa cara. Todo lo que nos pase aquí está literalmente condicionado por la situación, y no hay que hacer más lecturas sobre ello.

—Vale, pues, si te pego una hostia, está literalmente condicionado por la situación.

—Nadie va a pegar a nadie.

—Estaba hablando sobre el hipotético caso en el que me toques tanto las narices que la mano, sin venir a cuento, se estampe contra tu cara.

—Pero, ¿qué te he hecho yo ahora? ¿Qué es lo que quieres? Es que pasas de la agresividad al ñoñismo en medio segundo.

—¿Te gusto? —le pregunto. Así, sin rodeos.

—Claro.

—Vale, pues ya está. No tengo la culpa de que seas tan asquerosamente atractivo, y que la tengas enorme, y que acabemos de pasar la mejor noche de nuestras vidas, y…

—A ver, tampoco…

—Vale, hablo por mí, me ha quedado claro. Será que solo he estado con chicos más simplones, no sé.

—Solo te pido que no me dibujes como alguien que no soy. Azul, si me idealizas, estás condenándome sin remedio a defraudarte. ¿Lo entiendes? Y, si llegara ese caso, que va a llegar, ¿de quién sería la culpa?

—Me he perdido.

—No me idealices. Es injusto para ambos.

—O sea, ¿estás poniendo el grito en el cielo porque te digo que no me des falsas esperanzas, pero casi te da un infarto cuando aparece la remota posibilidad de dejarme embarazada?

—¿Estás comparando una ida de olla con un bebé? ¿En serio?

—Vale, ya está —corto—. Me ha quedado claro que no tengo que idealizarte. De todas formas, eso no iba a pasar. ¡No me escuchas! ¡No estoy cabreada contigo!

—Quién lo diría…

—Lo estoy conmigo. No puedo evitar hacerme falsas ilusiones todo el rato con el primero que me hace un poco de caso.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que te diga o haga?

—No te entiendo.

—Me estás pidiendo ayuda, pero no sé cómo puedo ayudarte, así que dime cómo quieres que me comporte y lo haré.

Me lo quedo mirando y frunzo el ceño. Cuando está insoportable no hay quien lo aguante, aunque eso me ayudaría a no confundirme. Pero me gusta cuando es atento, cariñoso… ¡Joder!

—Haz lo que te dé la gana —resuelvo—. Lo que te nazca, como se suele decir.

—Vamos, el resumen de esto es que, haga lo que haga, te vas a cabrear antes o después. Antes, si soy gilipollas contigo, y después, si no lo soy.

—Pues sí. Deja de darme besitos por los moratones si en realidad no te importo, porque me confundes. Y no me cojas la mano, ya te lo dije en el cuento de *Barba Azul*. ¡Y no me mires así!

—Así, ¿cómo?

—¡Como si me quisieras comer!

—Pues lo siento, pero yo tampoco lo puedo evitar. Quiero besarte, cogerte de la mano, protegerte y dormir contigo cada puta noche que estemos aquí encerrados y, al mismo tiempo, sigo siendo yo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no quiero comprometerme con nadie y necesito ser libre. Si estás de acuerdo con eso, perfecto y, si no lo estás, contendré mis impulsos y te daré tu espacio para que puedas…

Ya no necesito escuchar más. Me pongo de puntillas y le silencio con mis labios. Un beso que nos hace perder el aliento a los dos. Que nos acalla. Que nos hace olvidar la mierda en la que estamos metidos. Sí, es lo que necesito. Lo necesito para sobrevivir. Para no perder las pocas esperanzas que me quedan, y si después tengo que llorar, cuando ya no esté conmigo, pues lloraré. Pero que esas lágrimas me las pueda secar con un digno papel higiénico en mi casa, en Madrid.

—A lo mejor morimos mañana —comienzo a decir, con la mejilla apoyada en su pecho—. O en un rato. A lo mejor nos cogen los enmascarados, o nos mata una rana venenosa. Así que, mientras sigamos con vida, vamos a hacer lo que nos apetezca sin pensar en las consecuencias.

—Lo que pasa en el cuento se queda en el cuento y, después, ya se verá —murmura, casi diciéndolo solo para él.

Alzo la barbilla y veo que no está bromeando, que lo dice en serio. Una parte de mí me pellizca, recordándome que yo nunca he podido ser así, pero otra gran parte me dice que acepte, que es lo mejor. Y otra parte, la última, esa que suelo tener amordazada porque sabe lo que siento de verdad, me susurra al oído que, seguramente, se acabe enamorando de mí. Que no es imposible. Que puede pasar, porque yo ya lo estoy un poquito de él. Esta última parte es bastante puñetera. Siempre me dice lo que quiero oír. ¡Cabrona!

—Trato hecho —acepto con un nudo en la garganta.

—Vamos a por la piedra.

Ya no suelto su mano, ni me enfado, ni lucho. Me acabo de rendir. ¿Por qué? Porque, una vez más, como siempre, estoy

irremediablemente jodida.

Entramos en la catedral por la puerta principal. Despacito, sin hacer ruido, asomando primero la cabeza.

—Parece que no hay nadie —dice Bruce a mi lado.

Las campanas comienzan a sonar, tal y como acaba de decirnos el tabernero. Las contamos.

Tolón.

Tolón.

Tolón…

Doce.

Una detrás de otra.

Nos miramos, sin saber muy bien qué hacer, cuando, de repente, algo cruza volando justo delante nuestro.

—¡Ahhhh! —grito, y corro a esconderme en el pecho de Bruce.

—Shhh…

—¿Qué cojones ha sido eso?

—Parecía un…

Y otra vez aparece. Lo veo con los ojos entrecerrados, apareciendo y desapareciendo entre las columnas, y contengo la respiración. ¡Es un maldito fantasma sin cabeza!

Corremos hasta uno de los bancos y nos escondemos.

—Es un fantasma —digo casi en silencio.

—Parece un monje.

—¿Dónde está la gema?

—En el sueño, la vi debajo de una loseta de esta iglesia —me explica—. Al lado de…

—¿De qué? ¿Al lado de qué?

—De su cabeza —dice sin apartar la vista del espectro, que sobrevuela una esquina, al fondo del altar, justo debajo de un retrato muy grande y muy antiguo de un monje que, casualmente, ¡no tiene cabeza!—. Tiene que estar allí.

Asiento y trago saliva.

—¿Los fantasmas son peligrosos? —pregunto.

—Nunca había visto uno hasta ahora. No lo sé —dice con los ojos en blanco.

—A lo mejor no nos hace nada —digo, esperando que sea cierto —. Venga.

Le empujo un poco para que salga de nuestro escondite, pero se revuelve.

—¿Pretendes que salga así, a pecho descubierto? Tenemos que planearlo.

Lo miro de arriba abajo y contengo una carcajada, porque su camisa ya no son más que flecos suecos que no le tapan ni el ombligo.

—Yo le distraigo mientras tú levantas la loseta con tu pecho descubierto —propongo.

—No hables en prosa —me advierte.

—¿Crees que él también es un espía de los enmascarados?

—Claro —suelta, otra vez con los ojos en blanco.

Salgo de nuestro escondite y me pongo a bailar, pero no aparece. Miro a Bruce, que saca la cabeza y, al no ver al fantasma, corre hasta el altar, pero, justo antes de llegar, aparece el espectro y se coloca delante de él, impidiéndole el paso.

—¡Ehhh! ¡Holiii! ¡Caracooooliii!

El fantasma gira el cuerpo hacia mí, y no sé si está contento o enfadado, ¡porque no tiene cabeza! Lo único que puedo intuir es que, al menos, he llamado su atención al ver que deja a Bruce pasar y sale volando directamente hacia mí.

Sentir que eres el objetivo de un fantasma, sospecho que cabreado, acojona. Y mucho. No sabía el miedo que me daba hasta que lo veo flotar hacia mí con las túnicas al viento y con el cuello así, al aire, sin cara que lo proteja.

—¡Ahhh! —chillo, huyendo entre los bancos.

Me persigue. Salto y casi me coge. Le hago quiebros, corriendo en *zig zag* por el pasillo.

¡Joder!

¡Que viene!

Miro como puedo hacia Bruce mientras me como un banco y, justo antes de caer, juraría que estaba sacando una baldosa del suelo.

Me levanto, grito, porque el maldito fantasma ha estado a punto de tocarme con una mano huesuda, y cojeo. Creo que me he torcido el tobillo. El fantasma se acerca.

Más.

Más.

¡Más!

Esto es como una carrera ridícula por el pasillo central de una catedral preciosa, todo hay que decirlo, perseguida por un monje fantasmal decapitado.

—¡Ahhh!

Está más cerca.

¡Me va a coger!

¡Por Dios! ¡¿Cuánto se tarda en coger una piedra preciosa debajo de una loseta y al lado de una calavera?!

¡¿Cuánto?!

—¡Bruce! —grito, ya con el fantasma encima de mí, tirándome del pelo. Será translúcido, pero sus uñas muertas bien que consiguen agarrarme lo mechones—. ¡Bruceee!

—¡*Un momento, que esto no es un ungüento!*

No sé cómo, pero el monje tira de mi pelo hacia arriba y mis pies se despegan del suelo. ¡Joder!

¡Me voy a quedar calva! ¡Qué dolor! ¡Todo mi peso soportado por cuatro, o por cuatrocientos, no lo sé, de mis folículos capilares!

—¡*Bruce! ¡Socorro! ¡Esto es un engorro!*

Sobrevuelo los bancos. ¡Estoy volando! ¡A costa de mi cabellera! ¡Qué dolor! ¡Qué dolor!

—¡Ahhh!

Manoteo. Intento soltar los dedos del monje, pero no hay manera.

Y asciendo.

Más y más y, cuando estoy en lo alto de una bóveda, a cinco metros del suelo, ya no quiero que me suelte. Bueno, ya serán dos metros escasos, pero da igual.

—¡Ahhh!

Ahora soy yo la que agarra la mano huesuda para que no me suelte.

—*¡No puedo morir en una iglesia!* —chillo, presa del pánico total —. ¡*Aunque esté en Polinesia!*

¡Bruce!

Oteo el horizonte, porque, oye, tengo buenas vistas, y lo veo. Creo que ya ha encontrado la piedra y que me está buscando.

—¡Bruce!

Se gira, pero no me ve. Claro, ¡cómo va a verme! ¡Si estoy volando!

—*¿Azul? ¿Dónde está… el baúl?*

—*¡Arriba! ¡En la cima!*

Mira hacia arriba y la expresión de su cara no me gusta un pelo. ¡Pero seguro que menos le gusta lo que ve él! ¡Estoy colgando de cuatro pelos! El dolor de cabeza que se me va a quedar va a ser memorable, eso sí…

Oh, no…

Siento cómo mis queridos folículos pilosos ya no aguantan más. Lo siento en cada uno de ellos. Lo sé.

Me quedo calva.

Y lo que es peor.

¡Me caigo!

—¡Bruce!

El muy insensato corre, se pone debajo, y mi cuerpo amortigua la caída contra el suelo con su cabeza.

Ay, madre…

Me lo he cargado.

Vale, primero, ¿me he roto algo?

Hago una breve comprobación y, cuando veo que estoy de una pieza, hago la croqueta a un lado y le empujo para ver si respira.

—¿El fantasma se ha ido? —pregunta con un quejido lastimero.

Miro al techo y no veo actividad paranormal.

—Solo quedas tú, el otro fantasma ha desaparecido.

—Qué humor más agudo…

—Anda, vamos —le ordeno, tirando de su mano hacia arriba.

—Me he roto algo…

—Vamos, no seas exagerado…

Se incorpora despacio y veo que se le escapa una mueca de dolor y, aunque parecía imposible, le hace aún más atractivo. Creo que la debilidad en el género masculino me pone. Bueno, puestos a poner, he de reconocer que soy bastante facilona.

Salimos por la puerta cojeando y el sol nos da de lleno en los ojos.

—¿Hacia dónde vamos?

Bruce señala al final de la calle y siento cómo se me dibuja una sonrisa inmensa en los labios.

Ahí está nuestra querida puerta.

Capítulo 17

Bruce

Aparecemos en la orilla y, por reflejo, damos un paso atrás cuando una ola llega hasta nuestros pies.

—Bruce.

—Dime.

—Esto es… ¿Es el paraíso? —pregunta a mi lado, con una de sus manos sujetando la mía con fuerza, y la otra alzada, protegiéndose los ojos del implacable sol.

No sé si es el paraíso, pero, si existe algo así, bien podría serlo: orilla blanca inmaculada, suaves olas de agua caliente, por lo que me informan mis pies cada vez que vienen, océano azul cristalino, horizonte infinito y una suave brisa templada. Si me giro, encuentro una cabaña de madera, una hoguera encendida, árboles frutales diseminados por aquí y por allá con deliciosos frutos, y el más maravilloso silencio, tan solo acallado por el mar.

—Me está dando mal rollo… —dice Azul, soltando mi mano y empezando a caminar por la orilla—. ¡Bruce! ¡Ven!

—¡No hables tan alto! ¡No sabemos si estamos solos!

La sigo por la orilla, cada vez va más rápido, y acabamos corriendo. Al principio no, pero después voy entendiendo lo que está pensando y por qué corre por delante de mí como si la estuvieran persiguiendo.

Corremos.

Corremos.

Y seguimos corriendo hasta que llegamos de nuevo a la cabaña.

—Estamos en una isla —dice, tirándose al suelo y con la respiración entrecortada.

—Sí, en una puta isla desierta. ¿Has visto a alguien?

—No —responde cerrando los ojos.

—Yo tampoco. No entiendo lo de la cabaña si aquí no vive nadie.

—Ni lo del fuego —susurra.

La dejo descansar y me acerco hasta la puerta de la cabaña. Llamo tres veces y abro. Asomo la cabeza y trago saliva.

No puede ser…

Al fondo, una cama enorme de sábanas blancas impolutas con dos almohadas mullidas. Un dosel anti mosquitos se abre en dos, invitándote a tumbarte para echarte una siesta. Al fondo, una mesa de bambú baja, con dos taburetes y varios platos llenos de comida: mangos, plátanos, yuca, tamales, fresones como mi mano y una jarra de agua.

Trago saliva y me contagio de la desconfianza de Azul. Esto es demasiado bueno para ser cierto. Me dispongo a salir para decirle que tenemos que salir de aquí lo antes posible, cuando algo llama mi atención en un rincón.

Es un baúl labrado y pintado en distintos tonos de azul.

Me acerco, me arrodillo frente a él y lo abro. Dentro, un pergamino que cojo con tanto cuidado como si se fuera a desintegrar entre los dedos.

Es una ilustración bastante inquietante. Está la isla y, después, el océano, y parece que, a unos pocos metros de la orilla, hay una gruta bajo el mar. En esa gruta está dibujada la piedra que necesitamos, eso está bien, lo que no me gusta tanto es que, protegiendo la piedra está una serpiente gigante, casi igual de grande que la isla en la que nos encontramos.

—Joder…

Salgo con el pergamino en la mano y me siento en la arena al lado de Azul. Se lo tiendo sin decir nada, pero la observo mientras lo mira, se le dilatan las pupilas, se le acelera el pulso y… Joder, está guapísima.

—Huaracuy —lee despacio la palabra que hay justo debajo de la serpiente.

—Creo que he escuchado eso mismo en uno de los *cuentareños.*

—Mierda —suelta tras un suspiro.

—Sí, estamos jodidos —reconozco—. A lo mejor la serpiente no es tan grande. Seguramente es de tamaño normal, pero aquí la han dibujado así para darle importancia.

Azul me mira por encima de las pestañas y se le humedecen los ojos.

—¿Vas a comprobarlo? —me reta—. No sé tú, pero yo no me vuelvo a acercar al agua. ¡Bruce!¡Vamos a morir aquí! ¡Y lo sabes!

—Tranquila, tenemos comida suficiente para aguantar hasta que se nos ocurra algo.

—¿Y agua? No he visto un riachuelo, ni nada que se le parezca.

—Hay una jarra de agua dentro de la cabaña —digo mientras algo llama mi atención a lo lejos.

¿Eso es una barca? El reflejo del sol me impide verlo con claridad.

—¿Una jarra? ¡Una jarra! ¡Eso no me dura ni diez minutos con el calor que hace!

—Azul…

Sí, es una barca. Y se acerca.

—¡Vamos a morir!

La silencio colocándole la mano en la boca.

—¡Mmm! ¡Mmm!

—Shhh… Viene alguien.

Nos quedamos quietos como estatuas mientras vemos cómo la barca se acerca a la orilla. Van dos indígenas que, sin dedicarnos ni una sola mirada, cargan entre los dos con una bolsa de esparto que van arrastrando hasta el interior de la cabaña. Tardan unos minutos y vuelven a salir.

—Tengo que hablar con ellos —decide Azul, sin esperar a que me levante yo también. Les corta el paso colocándose delante de ellos y se lanza a por uno: —*Disculpe, buen señor… ¿Podríamos ir con usted y este jergón?*

El *cuentareño* se revuelve, alejándose de Azul, y escupe a un lado mientras que el otro ya está subido en la barca.

—*¡Espera! ¡Necesitamos salir para no morir!*

Los sigue hasta la barca y, cuando Azul pone un pie dentro, ambos *cuentareños* sacan dos lanzas afiladas y las apuntan

directamente hacia ella.

Me acerco corriendo y la sujeto por los hombros, obligándola a retroceder. Como presiento que se va a poner a gritar en cualquier momento, me adelanto y le vuelvo a tapar la boca con la mano.

—¡Mmmm! ¡Mmm!

Los *cuentareños* se alejan sin bajar las lanzas y, solo cuando están lo suficientemente lejos, la suelto.

—¡Casi me ahogo!

—Casi te matan —respondo, bajando el tono de voz a ver si así se tranquiliza—. No puedes perder así los nervios, tranquilízate, ya encontraremos la forma de salir.

Me da la espalda sin responderme y corre hacia la cabaña.

—¡Bruce! —grita desde dentro—. ¡Corre! ¡Tienes que ver esto! ¡Mucha comida! ¡Y tres jarras de agua fresca!

Antes de alejarme de la orilla miro al horizonte, por donde se van desdibujando los *cuentareños* con la barca, y que me maten ahora mismo si no acabo de ver una cola del tamaño de una ballena.

—Joder…

Entro corriendo e intento disimular.

Anochece algunas horas después mientras nos damos el banquete de nuestras vidas.

—¿Es normal que esto esté tan bueno? —dice Azul con la boca llena de tamales—. ¿O aquí todo, hasta el agua, sabe mejor?

Pego un buen trago y me seco la boca con el dorso de la mano.

—Está mejor —confirmo sin lugar a dudas.

—Quizá deberíamos racionar un poco…

A nuestro alrededor sigue habiendo fruta, carne y verduras para varios días de atracones. De hecho, podríamos estar toda la noche comiendo sin parar y aún sobraría.

—Disfruta de lo que tienes ahora y ya veremos mañana —le digo, a punto de explotar—. Hablando de mañana, ¿se te ha ocurrido algún plan?

—¿Te refieres al plan de bucear bajo el mar mientras me engulle una serpiente gigante? No, aún no se me ha ocurrido nada que pueda terminar conmigo o contigo con vida en el caso de que la ilustración sea tal y como…

—La serpiente es real —aseguro. Se me acaba de escapar, será que la sangre está ahora mismo concentrada en el estómago y que soy incapaz de pensar con claridad—. Bueno, tampoco lo sé —añado al contemplar su expresión de pánico—. Pero juraría que he visto la parte de algo gigante entre las olas.

—No vamos a escapar de aquí —sentencia—. Los *cuentareños* de este cuento nos han traído comida y bebida, pero no hablan, y tampoco me han dejado acercarme a la barca. ¡No conocemos el cuento! Seguro que somos un tributo para la serpiente y esos indígenas nos están cebando para que nos coma en la siguiente luna llena. ¡Somos dos sacrificios humanos para una tribu con lanzas!

Rompo en una carcajada que me echa para atrás. No es por lo que ha dicho, porque no tiene gracia, es la cara que ha puesto al decirlo.

—No sé de qué te ríes —dice, empezando a cabrearse—. En cuanto he pisado la arena, he sentido que esto es el final. ¡Bruce! ¡Deja de reírte! ¡Te lo estoy diciendo en serio!

Me seco las lágrimas e intento ponerme serio, pero creo que, al menos yo, he llegado a mi límite de cordura.

—Yo también creo que esto es el final —reconozco—. Este cuento es demasiado bonito para ser real, exceptuando a la serpiente, claro. Todo esto es una maldita trampa, pero, si hemos conseguido salir de los demás cuentos, podremos hacerlo de este. Creo que la clave son los indígenas.

—¿Les robamos la barca?

—Y las lanzas —añado mientras mi cabeza empieza a ir a mil por hora—. Creo que hay que pescar la piedra desde la barca y mantener a raya a la serpiente con las lanzas. A lo mejor solo sale por la noche y por el día duerme. Tendremos que…

—¿Qué?

—Que ir probando —digo mientras siento que me pesan los párpados—. ¿Y si dejamos el plan para mañana y ahora probamos esa cama?

Azul la mira con desconfianza, como si hubiera clavos y chinchetas bajo las sábanas.

—Todo lo que hay aquí me parece una trampa —responde bostezando.

—Pues bien que has comido como si no hubiera un mañana —bromeo.

—Porque siento que no lo habrá. Sí, vamos a dormir, que estoy muerta.

Nos tumbamos con mi pierna por encima de sus caderas y su cabeza apoyada en mi pecho, cerramos los ojos y, solo por unas horas, nos permitimos soñar que estamos en otro lugar, en otro tiempo y, lo más importante, de regreso a casa.

Nos despertamos con la luz que entra por la ventana.

—Un ratito más —ronronea Azul, agarrándose con fuerza a mi cintura cuando intento moverme.

—Necesito ir al baño —me quejo medio adormilado.

—Ya sé dónde está la trampa.

—¿Dónde?

—Que aquí no hay baño.

—Hay uno detrás de la cabaña —le informo—. Lo vi de lejos cuando dimos la vuelta a la isla, pero no sé si tiene agua corriente.

—Algo me dice que no la tendrá.

—Vamos a ser más positivos, por favor.

Y, dicho eso, me libero de su abrazo y salgo de la cabaña. Aunque tengo que ir al baño de inmediato, me detengo un instante contemplando el océano. Esto no real. Es un maldito cuento. Lo sé, pero he de reconocer que, habiendo dado la vuelta al mundo en mi vida real, nunca me había encontrado con algo así.

Es, sencillamente, perfecto.

Justo después de pensarlo, algo en el mar se agita, como si se hubiera formado un remolino y, de repente, sale a la superficie una cabeza de serpiente del tamaño de un todoterreno unos segundos, para volver a esconderse bajo el agua.

A ese bicho no lo detienes con unas insignificantes lanzas.

Joder.

Ahora sí que tengo que ir al baño.

Lo único bueno de este despertar es que, milagrosamente, hay agua corriente en el baño. Y una ducha para dos, o tres, si ese fuera

el caso, y una bañera inmensa. Lástima que la imagen del monstruo me haya fastidiado el puto día.

—¿Bruce? ¿Estás ahí? —escucho que pregunta Azul al otro lado de la puerta—. ¿Vas a tardar mucho?

—¡Sí!

—Sí, ¿a qué? ¿A que estás ahí o a que vas a tardar mucho?

—¡A todo!

—¡Date prisa!

—Joder…

Salgo, la dejo pasar, y regreso a la cabaña con la vista puesta en la arena. Cuando Azul regresa, ya me he comido buena parte de lo que nos sobró anoche, y ver su sonrisa, seguro que porque ha descubierto, al igual que yo, que hay agua corriente en el baño, no hace más que ponerme de peor humor.

—No sé cómo, pero estoy muerta de hambre —dice tan tranquila, llevándose un pedazo de mango a la boca—. ¿Qué te pasa?

La miro a los ojos por primera vez esta mañana. Azules. Inmensos. Profundos, como el océano que nos mantiene presos.

—He vuelto a ver a la serpiente, y esta vez ha sido la cabeza.

—Por cómo lo estás contando, sospecho que no es del tamaño de una zanahoria.

—No, es gigante.

Odio ver cómo se extingue el brillo de su mirada, pero somos un equipo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que huir de aquí —digo en voz alta tras haber sopesado todas las opciones mientras estaba sentado en la taza del váter—. En la barca de los indígenas. Hay que quitarles las lanzas, engañarlos de alguna manera y salir de este infierno.

—La piedra está en el agua —me recuerda muy bajito, casi como si le diera miedo decirlo—. Seguro que, si les cogemos la barca y empezamos a remar, llegamos otra vez a la isla. O morimos en alta mar deshidratados.

—Lo sé, pero…

—Bruce.

—¿Qué?

—Tranquilo, ya se nos ocurrirá algo.

Me sonríe, pero la voy conociendo lo suficiente como para saber que no es una sonrisa sincera y que está igual de preocupada que yo.

Pasamos la mañana sentados en la orilla, sin atrevernos a poner un maldito pie en el agua.

Volvemos a comer, en silencio, cada vez más callados, cada uno sumido en sus propios pensamientos, y cuando, otra vez de nuevo en la orilla, vemos la barca en el horizonte acercándose cada vez más, nos ponemos en tensión.

—¿Qué hacemos? —me pregunta.

—Cuando entren en la cabaña, les robamos la barca.

Me mira, la miro y asiente con la cabeza.

Los indígenas llegan con el mismo saco de ayer. Bajan, lo arrastran hasta la cabaña y, en cuanto desaparecen dentro de ella, echamos a correr hacia la barca. Azul se monta de un salto mientras la empujo con rapidez dentro del agua, cogemos los remos y empezamos a remar como si nuestra vida dependiera de ello. El mar nos lo pone fácil, y nos alejamos de la orilla con relativa facilidad. Miro a la isla varias veces, pero no veo a los indígenas y, durante un solo instante, siento las cosquillas de la esperanza prendiéndose de nuevo en mi pecho.

—Me arden los brazos —se queja Azul.

—Sigue remando.

De vez en cuando miro abajo, al agua, esperando que la serpiente aparezca de repente, pero no da señales de vida mientras la isla se va haciendo más y más pequeña, en la lejanía, hasta que, de repente, ya no la vemos.

—¡Bruce!

—¡¿Qué?!

—¡¿Hacia dónde vamos?!

Mire donde mire, solo hay océano.

—¡En la misma dirección!

Seguimos remando.

Y seguimos.

El sol va bajando por el horizonte al tiempo que nuestras fuerzas van flaqueando, pero ahí seguimos, en silencio, metiendo las palas en el agua y haciendo fuerza para mover la barca hacia delante, hasta que…

—¡Nooo! —grita Azul.

—¡¿Qué pasa?!

Suelta la pala a su lado y se echa a llorar.

—Pero, ¿qué…?

La suelto yo también, me incorporo para ver qué ha visto por delante de mí, y se me cae el mundo al suelo.

La maldita isla.

La puta isla de los huevos, con su maldita cabaña, justo delante. Aún lejana, pero ahí está. Nuestro único destino es la isla.

—¡Lo sabía! —comienza a gritar Azul—. ¡Te lo dije!

—Había que intentarlo —susurro, sin fuerzas, quemado por el sol, deshidratado por el esfuerzo—. Vamos. Coge la pala.

—¿Para qué? —lloriquea.

—Para volver a la isla.

—¡Me han salido heridas en las palmas de las manos! No puedo más…

Remo yo solo, y llevo la barca de nuevo al infierno. Una vez en la orilla, ayudo a Azul a salir, nos sentamos en la arena y, como si nada hubiera pasado, los indígenas salen de la cabaña sin hacernos el menor caso, se montan en la barca y se alejan hasta desaparecer más allá del horizonte.

Nos quedamos un rato en silencio, uno al lado del otro, cubiertos de arena y sin atrevernos a meter los pies en el agua, hasta que Azul rompe el silencio:

—Vamos a beber algo.

Y así, sin más, se levanta y se va a la cabaña.

Cenamos sin apenas mirarnos y nos metemos en la cama despacio, agotados. Azul vuelve a utilizar mi pecho como su almohada especial y, justo cuando estoy quedándome dormido, la siento temblar y llorar, casi en silencio.

Capítulo 18

Azul

Pasan los días. Muchos días. Demasiados días.

Cuando me decido a marcarlos como rayitas en una de las paredes de madera de la cabaña, ya son más de cuarenta.

Hemos perdido la esperanza. Un amanecer detrás de otro, todos iguales, con la única diferencia de que, a cada despertar, la idea de regresar a casa es cada vez más lejana, más imposible.

Bruce y yo hemos pasado ya por todas las fases. Ira, miedo, desesperanza, negación… Y ahora estamos en la de aceptación. Aceptar que nos vamos a quedar aquí para siempre ha sido duro, pero ninguno de los dos vemos la salida. ¡Que alguien nos saque de aquí!

Lo hemos intentado todo: persuadir a los indígenas mostrándoles el pergamino, a ver si nos daban alguna pista. Recorrer la isla en busca de alguna salida y entrar en el agua, para salir corriendo de vuelta a la orilla en cuanto aparecía la serpiente con la boca abierta y actitud agresiva.

Las opciones son dos: morir en manos de la serpiente, o quedarnos aquí y vivir para siempre.

Hemos pasado el duelo. ¡Y una mierda! Nos hemos despedido de nuestros seres queridos y de nuestra vida pasada desde el corazón. He aceptado que jamás tendré hijos, ni nietos, y que esto, Bruce y la isla, es lo que tendré hasta que pierda la cabeza. ¡Sí! ¡Ya la he perdido! ¿Se nota mucho?

Hemos llegado a un acuerdo. Ha sido consensuado, y ha nacido de los dos casi sin hablar sobre ello: cuando ya no podamos más, nos meteremos en el agua y nos suicidaremos intentando coger la piedra. Será nuestra última oportunidad. Digo oportunidad, cuando ambos sabemos que no tenemos ninguna, pero no queremos morir

sin intentarlo. La opción de que uno se sacrifique por el otro no es una opción.

O los dos, o ninguno.

He llorado mucho, pero también he reído porque no todo es malo. Ha tenido que venir a nuestras vidas una isla desierta para aprender qué es una relación sincera, de esas que podrían durar toda la vida. A veces bromeamos sobre el tema, riéndonos con la idea de que nuestra incompatibilidad es tal, que nos hace inseparables. ¿O era que somos inseparables porque no hay más personas donde comparar, y que nuestra condena es estar juntos porque no podemos escapar el uno del otro? Serán ambas cosas, o ninguna, y poco importa, en realidad, porque la situación es la que es, y lo positivo es que nos ha unido en vez de separarnos.

¡Que alguien nos saque de aquí!

Hay veces que pienso que, sin Bruce, no podría aguantarlo. No voy a hacerme la fuerte, y no importa si parezco dependiente de otro ser humano, sencillamente, me habría vuelto loca.

Como ya he dicho, no todo es malo. Aquí, con él, he llegado a ser feliz.

¡Necesito salir de esta maldita isla!

Dicen que la felicidad no es un estado permanente; dicen que son momentos.

Disfruto de cada puesta de sol, de cada beso al amanecer, de todas y cada una de las caricias que me regala. De las noches en vela haciendo el amor, y de esas en las que nos desvelamos jugando al ajedrez que hemos fabricado con madera. Disfruto reír a carcajadas hasta que no puedo respirar. De los abrazos a media noche. De él, en mayúsculas, con sus luces y sombras. Y de mí. Estoy, por primera vez en mi vida, disfrutando de mi compañía. Me deleito en cada sensación, como la de beber agua fresca cuando estoy sedienta. Estoy agradecida, extrañamente, de esta cárcel paradisíaca, porque nunca he tenido tiempo, o no lo he sabido tener, pero ahora lo tengo y, pase lo que pase mañana, he decidido que voy a aprovecharlo.

Es como cuando a las personas les dicen que tienen un cáncer terminal y pocos meses de vida, y deciden vivir al máximo el tiempo

que les queda, pero al revés. Ahora yo tengo todo el tiempo del mundo y, al mismo tiempo, ninguno.

¡Estoy hasta el coño de esta puta isla!

También tenemos nuestros bajones, no todo va a ser idílico. A mí me suelen dar cuando pienso en mis padres; a Bruce, cuando piensa en los suyos, pero hablamos del tema y resulta liberador darte cuenta de que lo que te importa en realidad en la vida se puede contar con los dedos de una mano, y restar todo lo demás es sentir paz en tu corazón. Pero, más paz sentiría si nos sacaran de aquí.

Menos es más, y aquí hemos aprendido todo el sentido de esta frase. ¡No me lo creo ni yo!

A veces bromeamos diciendo qué haremos cuando salgamos de aquí. Yo tengo claro que seré libre. Viviré mi vida como quiera, sin miedos ni tonterías. Bruce dice que vivirá exactamente igual que antes, pero con una diferencia abismal: conmigo.

Sí, también hemos soñado en voz alta sobre ello. Yo me imagino viajando con él, y él conmigo.

No sé en qué momento de la isla nos hemos vuelto inseparables incluso en nuestros imposibles planes futuros, pero ya le he dejado claro que, si quiere estar conmigo en la vida real, tenemos que dejar nuestros trabajos, porque no pienso irme a Edimburgo a meter cosas en cajas, que para eso me quedo en Madrid sacando esas mismas cosas de las cajas. Como respuesta se ríe, me da un beso y me abraza muy fuerte.

No sé si es el agua de aquí, o el clima tropical, pero el sexo es increíble. Creo que es nuestra verdadera válvula de escape. Al final, es el mejor de los entretenimientos, y querer a la otra persona provoca fuegos artificiales.

Se lo he dicho, y él a mí. Nos queremos. Estoy locamente enamorada de él, y él de mí, y nuestra luna de miel a veces nos pesa, porque será infinita, pero nos da el consuelo suficiente como para seguir un día más. ¡No me lo creo ni yo!

En esta luna de miel siguen pasando los días, las noches, los amaneceres y las puestas de sol.

Y, cuando ya llevo más de trescientas rayas marcadas en la pared, siento que, aunque mi piel, ya dorada por el sol, no envejece, mi alma sí que lo hace. Envejecemos juntos, y sé que él lo ve en mi mirada igual que yo lo veo en la suya. Vemos el tiempo que ha pasado en nuestra sonrisa, poco a poco más cansada. Lo escuchamos en la risa, cada vez más templada. Nuestras caricias ya no tienen la premura del principio; nuestros besos saben a melancolía.

Nuestra vida real se vuelve difusa, y hay momentos en los que me sorprendo intentando recordar ciertos detalles cotidianos, sin saber si eran así o los he idealizado. El tiempo aquí me ayuda a poner cada cosa en su sitio; a verlo desde la distancia y analizarlo con ojos más críticos, pero, al mismo tiempo, toda mi vida, con sus recuerdos, se cubre de un velo que, poco a poco y cada vez más, me resulta irreal. Es en esos momentos cuando me asusto de verdad, porque no quiero olvidar.

No quiero ser la chica de la taberna del cuento de *Caperucita Roja*, pero algo me dice que cada vez me voy pareciendo más a ella, pero con dientes.

Llega un momento en el que nos damos cuenta de que el tesoro más preciado de la isla no es el agua ni la comida que nos traen cada día los indígenas. El tesoro para mí es él, de la misma manera en la que yo lo soy para él, y eso hace que nos cuidemos con mimo; que nos asustemos si el otro tarda un poco más de lo normal en buscar leña. Las pequeñas heridas aquí son urgencia, y llega un momento en el que nuestro miedo a perder al otro se vuelve casi enfermizo. Nos convertimos en muñecos de porcelana, frágiles y efímeros, que pueden romperse o desaparecer en cualquier momento.

Y eso es precisamente lo que nos impide arriesgarnos para escapar de aquí.

Después de casi un año en esta isla desierta, conociendo cada recoveco de la misma, cada árbol, cada saliente, estamos más perdidos que el día que llegamos.

Capítulo 19

Bruce

Hoy es un mal día.

Resulta paradójico que, siendo todos exactamente iguales, tengamos días buenos, malos, muy buenos y muy malos, y hoy es uno malo. ¿Por qué? Porque Azul ha empezado a marcar otra pared. La primera está llena, y tener que empezar una nueva nos da un golpe de realidad demasiado fuerte.

Ella está en uno de esos días grises y, aunque me toca a mí levantarle los ánimos, igual que hace ella cuando soy yo el que me caigo, ya no encuentro las fuerzas suficientes. Si yo tampoco puedo, pasará de un mal día a uno de los muy malos.

Así que salgo a la orilla e intento respirar profundo mientras pienso en qué me puedo entretener hoy para no caer en el pozo y que, al mismo tiempo, la saque a ella.

¿Fabrico otro juego? Ya tenemos el ajedrez, el tres en raya, la baraja y el póker hechos con hojas, el Twister en la tierra, en el patio de atrás, los bolos…

Dejo de pensar cuando la escucho cantar. Es una canción que no llego a reconocer, pero se nota que le está poniendo ganas. Es la primera vez que canta, y a una parte de mí le hace gracia, porque desafina, pero la otra, la que está ganando la partida, se rompe.

Rompo a llorar. Fuerte. Desgarrándome por dentro. Me cubro el rostro con las manos y dejo sacar todo lo que llevo dentro mientras ella sigue cantando. Más y más alto. Más fuerte. Desafinando cada vez más. Creo que se está volviendo loca de verdad.

Y, entonces, sucede.

Es tan rápido que no lo veo venir.

Los indígenas están llegando y Azul sigue cantando.

—¡Azul! —grito, presa del pánico.

No me escucha, así que corro hasta la cabaña justo cuando la barca llega a la orilla.

—¡Azul! ¡Los indígenas están aquí!

Abro la puerta de una patada, pero no está dentro, así que salgo sin respiración a la parte de atrás, al baño, y hago un *sprint* hasta la puerta.

—¡Azul! ¡Los indígenas están aquí!

Pero ella sigue cantando, así que abro y la encuentro bajo una cascada de agua en la ducha. Sé que le pego el susto de su vida, pero me meto con ella bajo el agua y le tapo la boca con las dos manos. Se revuelve, pero me mira y comprende que ha cometido un grave error.

—No me he dado cuenta… —susurra cuando utilizo mis manos, brazos y todo mi cuerpo para darle un abrazo.

—Te quiero —le digo con todo mi corazón puesto en cada sílaba, y dicho eso salgo corriendo, pero antes atranco la puerta por fuera con un tronco para que tarde más en salir.

Corro de nuevo hacia la orilla y, aunque quedaría muy bien diciendo que los estaba esperando, la verdad es que no. Sabía que vendrían, pero verlos me sorprende.

Aquí están.

Los enmascarados.

Mientras los indígenas ya están transportando la bolsa con comida a la casa, y seguramente mientras Azul está intentando escapar por la ventana, me planto frente a ellos y grito con todas mis fuerzas:

—¡¿Vais a venir a por mí, o voy a tener que entregarme yo?! ¡¿Os gusta cómo canto?! ¡¿Queréis que siga cantando?!

Me cogen cada uno de un brazo, me alzan como si no fuera más que un muñeco, y me llevan con rapidez más allá de la arena, sobrevolando el agua.

Lo último que veo es a Azul corriendo por la orilla. Está lejos, así que no sé si está gritando o llorando, lo único que puedo ver es que se deja caer de rodillas al suelo y se lleva las manos a la cabeza.

—Lo siento, mi amor —susurro, cerrando los ojos—. Siento dejarte sola, pero tenía que salvarte.

He incumplido nuestra promesa más importante. Lo sé, y lo siento con todo mi corazón, pero no podía permitir que ella también muriera.

Todo se desenfoca. Dejo de sentirlos a mi lado. La nada me engulle. Giro. Algo tira de mí y, de repente, los oídos dejan de pitarme y se hace la luz.

Ya está, este es mi final.

¿Dolerá morir?

Mis últimos pensamientos son para ella, y hago un repaso muy rápido de mi vida. Azul está en casi todas las imágenes y, cuando pienso que la he abandonado, una presión muy fuerte en mi pecho me ahoga.

Caigo.

Sigo cayendo.

Y, de pronto, despierto.

Todo deja de moverse a mi alrededor.

Parpadeo.

Vuelvo a parpadear.

Y soy consciente de dónde estoy: sentado en mi silla, dentro de mi despacho. Me miro los brazos, las manos. Me toco el pelo, la cara… Ya no tengo barba. Llevo puesto el mismo traje con el que desaparecí hace ya tanto tiempo y, al mirar mis manos, vuelven a tener su color normal, como si el sol no las hubiera bronceado. Las uñas ya no están algo rotas. No tengo cicatrices; ahora mi manicura está perfecta, y mi piel demasiado suave.

¿He muerto? ¿Es eso?

Me levanto de un salto y me mareo tanto que tengo que volver a sentarme. Demasiado real para estar soñando.

—No puede ser…

Mi móvil, a un lado del escritorio. Lo desbloqueo, y es la misma hora en la que desaparecí. El mismo día, del mismo mes, del mismo año.

—No puede ser…

Incapaz de reaccionar, escucho que llaman a la puerta, pero mi cabeza está en otro lugar, muy lejos de aquí.

—Ellos solo te devuelven a tu vida… —comienzo a pensar en voz alta—. Cuando comprueban que no eres parte del cuento, te ayudan a salir de él…

Siguen llamando a la puerta. Intento hablar, pero sigo inmerso en la posible explicación de por qué estoy aquí, de vuelta, justo en el mismo momento en el que desaparecí, así que, después de varios toques sin respuesta por mi parte, cada vez más seguidos, la puerta se abre.

—Señor Hunter, ha llegado…

Es la señora Gordon. La miro y, si no estuviera paralizado, saltaría a sus brazos, la cogería como si fuera un bebé regordete, y hasta le daría un puto beso en la boca de lo feliz que me hace verla de nuevo, sin embargo, no puedo ni separar los labios para pronunciar una sola palabra coherente.

Parece que el año que ha pasado para mí no ha sido más que unos minutos para ella.

—¿Bruce? ¿Se encuentra bien?

—¿Eh?

La señora Gordon avanza hasta colocarse delante de mí, y me insta a moverme como solo ella sabe hacerlo:

—Ha llegado el chófer. Me ha dado un buen susto porque pensé que ya se había ido. ¿Dónde estaba? Acabo de entrar hace unos minutos para enviar el cuento junto con el resto de artículos a la tienda de Madrid.

Una palabra me hace reaccionar de golpe, como si me hubieran dado una bofetada.

—¿Bruce?

Alzo la barbilla y la miro desde abajo. Tiene el ceño fruncido fruto de la preocupación. O hablo ya, o llama a una ambulancia mientras me prepara un té.

—¿El cuento? —musito, con la voz ronca—. ¿Dónde está?

Aún me está dando vueltas la habitación, joder, no soy capaz de pensar. Lo tenía justo delante de mí antes de desaparecer. Estaba aquí, entre mis manos.

—Tal y como le acabo de decir, ya se lo ha llevado el repartidor.

—¡¿Dónde?!

El grito que pego le asusta tanto que da un salto hacia atrás.

—A… A la tienda de…

—¡¿De dónde?!

—Madrid —responde ojiplática—. Se lo acabo de decir.

—Ese cuento no tenía que enviarse a ningún sitio —comienzo de decir, cada vez más enfadado, mientras soy consciente de que la señora Gordon es fiel y trabajadora como ella sola—. ¡Claro! ¡Azul lo recibió allí! —grito, levantándome de un salto—. ¿Hace cuánto se fue el repartidor?

—Hace unos minutos.

La esquivo, cojo cartera y móvil, y salgo corriendo como alma que lleva el diablo mientras la señora Gordon está diciendo algo sobre una reunión y el chófer.

—¡Cancélalo todo!

Ya en la calle, busco la furgoneta, ¡y la encuentro! El repartidor ha cargado y está en el volante, girando para salir, así que me coloco delante, casi me atropella, y voy hasta la parte de atrás del furgón. Abro la puerta y cojo uno de los sacos. A la mierda, lo vacío sobre el asfalto. Rebusco y nada. Mientras tanto, el repartidor está gritándome, pero le doy dos gritos diciendo quién soy y que todo esto es mío, y parece que me deja en paz, aunque masculla algo como que va a llamar a la policía.

Me dan ganas de reír y llorar al mismo tiempo ante la idea de contarle a la policía lo que me ha pasado.

—¡¿Dónde está?! —chillo, cada vez más nervioso.

Vacío la siguiente, y la siguiente, hasta llegar a la última. No está.

¡El maldito cuento no está!

Me tiro al suelo y rebusco entre lo que Azul decía que no era más que basura, pero ha desaparecido.

—Vale, tranquilo —susurro, incorporándome. Me resulta raro tirarme del pelo y que esté tan corto—. Piensa…

El tráfico pasa por mi lado, algunos pitan, otros bajan la ventanilla, mientras que yo solo puedo mantener la vista perdida en los adoquines. Tengo que reconocer que me siento como un pato mareado de nuevo en la vorágine del mundo civilizado. Hay

demasiados estímulos a mi alrededor, todos pasando al mismo tiempo y, por ello, aún tengo la mente embotada. Me cuesta reaccionar, y estoy seguro de que el Bruce de antes no tendría esta expresión descompuesta y la mirada de loco.

Joder, me cuesta pensar.

¿Dónde cojones está el cuento?

¿Cómo funciona?

¿Cuándo te devuelve al lugar y al tiempo en el que fuiste raptado hace desaparecer el cuento mágicamente?

¿O acaso la señora Gordon se ha equivocado?

Cojo el móvil y no tarda en contestar. La conversación es breve, pero intensa. Ella jura que le ha dado el cuento al repartidor, y él, ante mi amenaza de llamar yo a la policía por robo, me deja inspeccionar de arriba abajo el furgón. Él también recuerda meter un último paquete en una de las bolsas, pero, mágicamente, ha desaparecido.

Vale, no me queda otra opción. Tengo que ir a Madrid.

Capítulo 20

Azul

—¡Bruce! ¡Nooo!¡Nooo!
Grito con todas mis fuerzas.

—¡Bruce!

Me dejo la garganta, pero me da igual, no puedo seguir viviendo sin él. Grito mientras los indígenas se van, no sé si me escuchan o no, o si volverán a por mí los mismos que se han llevado a Bruce, pero me da igual.

Todo me da igual.

—¡¡¡Bruce!!!

Corro mar adentro, hasta que el agua me llega hasta el cuello, y alargo la mano hacia ese punto, cada vez más pequeño, en el horizonte. Esa motita diminuta que, justo ahora, dejo de ver, es él.

Mi mundo. Mi universo. Mi esperanza. Mi cordura.

Y acaba de desaparecer.

Mi corazón quiere nadar, no importa si me ahogo por el camino, pero mi cuerpo no me responde, así que me quedo flotando, ahogándome en mis propias lágrimas y gritos desesperados, hasta que hace su aparición la serpiente. Saca la cabeza del agua a unos metros de mí, abre la boca, mostrándome dos enormes colmillos, y regreso a la orilla lo más rápido que puedo.

Me quedo tumbada sobre la arena. La mirada perdida en el cielo. La mente en blanco, en bloqueo total, y el corazón roto. Poco a poco mi alma se va llenando de algo extraño, algo que nunca antes había sentido. Se extiende por el cuerpo, los brazos, las piernas y llega hasta los dedos, entumeciéndolos. En su paso por el pecho, me cierra los pulmones, impidiéndome respirar. Después sube por el cuello hasta los labios, que dejo de sentir, y después, cuando me llega a los ojos, me obliga a cerrarlos.

No es un ataque de pánico, de esos ya he tenido y no es lo mismo. Es…

La nada. El vacío.

El más absoluto vacío.

Vacío de esperanza. De consuelo. De amor. De alegría. De fuerza. De ganas de vivir.

Es el vacío de todo lo intangible que mi cuerpo necesita para seguir viviendo solo un segundo más.

Me quedo en la arena mucho, mucho tiempo. Cae la noche y sigo aquí, fundida con la playa, mimetizada con el paisaje.

¿Qué pasaría si me quedara aquí, justo aquí, inmóvil, sin comer y sin beber?

¿Podría hacerlo?

Lo que sé que no voy a poder hacer es vivir con esta culpa. ¡Ha muerto por mi culpa! ¡Por mi estupidez!

Regresan las lágrimas y, al final, me incorporo y empiezo a chillar de rabia. Después, cuando pierdo las fuerzas, me tiro en la arena y vuelvo a mimetizarme. Y, mucho, mucho rato después, ya en completa oscuridad, fuera, a la intemperie, a merced de las inclemencias del tiempo, que en este caso no son más que brisa suave y olor a océano, me quedo con la mirada puesta en el agua y mis pensamientos corriendo en mil direcciones distintas, hasta que algo llama mi atención.

Ahí abajo hay algo que brilla. Brilla mucho, y no parece estar tan lejos de la superficie.

Cuando comprendo lo que es, no me lo pienso dos veces. Es la piedra, y ya me da igual si me come la serpiente, me matan los enmascarados o muero ahogada. Lo que no quiero es quedarme aquí sola para toda la eternidad. Soy demasiado débil de mente y no podría soportarlo.

Me levanto algo mareada y voy entrando en el agua. No hay moros en la costa. Bueno, en este caso, serpientes. Siendo optimistas, seguro que se queda dormida cuando cae el sol. Siendo negativos, en cualquier momento me mata.

Nado despacio, muy despacio, sin apenas mover el agua, no vaya ser que se despierte la que te cuento. Y, cuando estoy flotando

justo encima de eso que brilla debajo de mí, desearía tener una lámpara mágica con un genio dentro para pedir unas malditas gafas para bucear.

—Venga, Azul, tú puedes —me digo para infundirme ánimo entre lloriqueos.

Cojo aire y empiezo a bucear.

Tener que hacerlo con los ojos abiertos en agua tan salada está siendo horrible, porque no veo una mierda, todo está oscuro a mi alrededor y no puedo ni parpadear para no perder de vista mi única referencia, que es ese punto de luz.

Sigo bajando.

Bajo hasta que ya no puedo aguantar ni un segundo más la respiración, alargo la mano y lo cojo del fondo marino.

Subo deprisa, moviendo las piernas todo lo rápido que puedo y, cuando saco la cabeza del agua, cojo una bocanada de aire que me llena los pulmones.

Llego hasta la orilla apretando tanto la mano para no perder la piedra que me hago sangre con las uñas y, al llegar, me quedo de rodillas en la arena rezando que, por favor, por favor, por favor, aparezca una puerta.

Miro con miedo a mi alrededor y, al no ver nada nuevo, empiezo a caminar por la isla. La luna llena me ayuda a no tropezar ni a chocarme con ningún árbol.

Al principio voy a la desesperada, pero después bajo el ritmo y paseo despacio, llorando cada vez más, despidiéndome de todo lo que he vivido aquí. Me despido de los amaneceres a su lado, de las risas y lágrimas compartidas. Me maldigo por no mirar mejor el pergamino. Ahora sé que solo se puede recuperar la piedra por la noche, cuando brilla para poder ser encontrada y la serpiente duerme. No supimos ver que lo que estaba pintado en el cielo era la luna llena, y no el sol. Ese pergamino que tantas veces hemos estudiado a conciencia tenía una puta luna pintada, y jamás pensamos que la clave era que no era de día, sino de noche.

Lloro más y más mientras pienso que no hemos podido escapar juntos. Que ha tenido que morir él para que yo pueda encontrar la

piedra y, sumida en todos esos pensamientos, mientras sigo colocando un pie por delante de otro, me encuentro con la puerta.

Me detengo, contengo la respiración, la abro entre sollozos ahogados, miro un instante al océano, despidiéndome de todo, y solo rezo para que Bruce estuviera en lo cierto cuando tuvo esas visiones y esta fuera la última piedra, porque mi alma ya no tiene fuerzas para enfrentarse a otro cuento más.

Cruzo al otro lado con la certeza de los que saben que lo mejor de su vida ya ha pasado, y lo que queda a partir de ahora es vivir recordando.

Giro.

Sigo girando.

Oscuridad total, y caigo.

Y, de repente, se hace la luz.

El mundo deja de moverse a mi alrededor.

Los oídos se abren.

Respiro de nuevo.

Me da miedo, no quiero seguir en el cuento, pero, antes incluso de que abra los ojos, sé que he vuelto. ¿Por qué lo sé? Por el olor a incienso que siempre hay en la trastienda.

Despego los párpados despacio, pensando que aún estoy empapada, con rastas en el pelo y semidesnuda, pero, poco a poco, mientras voy siendo consciente de la realidad, me doy cuenta de que vuelvo a llevar mis vaqueros preferidos, esos que hizo desaparecer la doncella en el cuento de *Barba Azul*. Me miro las uñas, y vuelven a estar pintadas de rosa. Me encuentro sentada en la mesa del *tarot amor,* con el cuento justo delante de mí, cerrado, como si nunca me hubiera atrevido a leerlo. El móvil, a mi lado, me informa, mientras lo sujeto entre mis temblorosos dedos, que he vuelto justo al día y a la hora en la que desaparecí, y el caos y desorden de mi alrededor, con todas esas cajas apiladas, me dicen que aquí todo sigue igual que cuando me fui.

Siento tantas cosas al mismo tiempo, cosas como alivio, felicidad, incomprensión, miedo, dolor… Tantas, que me quedo un rato en estado catatónico, sin poder mover ni un solo músculo.

Al otro lado de la puerta escucho a Piluki hablar a gritos, como siempre y, aunque una parte de mí quiere salir corriendo para tirarse a sus brazos y llorar hasta que no me queden más lágrimas en el cuerpo, la otra parte no puede moverse. Esa parte es la que ha vivido más de un año en otro lugar. Ha crecido, aunque no se pueda ver a simple vista. Ha madurado. Ha amado. Ha llegado a conocerse a sí misma. Y lo ha perdido todo.

Quiero salir y volver a ver a mi amiga, pero pensar en Bruce me paraliza. Sin embargo, la vida es así, y te empuja hacia delante estés o no estés preparada, así que, antes incluso de que pueda pensar qué le voy a contar, la puerta se abre.

—¿Dónde estabas? —me recrimina—. He tenido que romper el cerrojo de un golpe para pasar —añade, cerrando la puerta a su paso para mostrarme que, efectivamente, el insignificante cerrojo se ha salido de sus tornillos—. Va, da igual, pero tenemos que volver a colocarlo antes de la siguiente cita del *tarot amor*. ¡Azul! ¡Espabila!

Alzo la vista y la veo. La veo por primera vez en tanto tiempo que solo puedo levantarme, correr hasta ella y darle un abrazo. Quiero enterrarme en sus brazos y llorar como un bebé largo y tendido, pero ella se escapa, creo que asustada, y se hace a un lado.

—¿Se puede saber qué *chucha* te pasa? No me gusta que invadan mi espacio personal. Mi burbuja, bonita, mi burbuja. Y límpiate la cara, que la tienes llena de mocos. Actitud ante todo, bonita de cara. Bueno, ahora mismo estás de todo menos bonita.

—¡Piluki! —rompo a llorar, tapándome la cara con las manos—. ¡Estoy mal!

—¿No será por ese neófito acosador? Ay, no, nena, no derrames lágrimas por él.

Me cuesta un segundo entender a qué se refiere y, cuando recuerdo mi cita a ciegas, esa que tuve en lo que me parece otra vida, rompo a reír y a llorar como si hubiera terminado de perder la cabeza.

—¡Azul! ¡Me estás asustando!

—¡Piluki! No lo entiendes…

Yo llorando, ella mirándome como si tuviera la peste bubónica y, mientras tanto, el incienso quemándose.

—Venga, déjate de tonterías, que tenemos muchas cosas que hacer. ¿Azul? ¡Azul! ¡Deja ya de llorar, que me estás poniendo nerviosa! Ufff, mala vibra. Mala vibra.

Me intento recomponer mientras veo que coge un huevo, que creo que saca de su bolso, y empieza a pasármelo por la cabeza, los brazos y la cara.

—Pero, ¿qué haces? ¿Por qué tienes un huevo? Oye, tengo que decirte una cosa del cuento. ¿Por qué tienes un huevo? —insisto.

—Limpiarte de malas energías, que estás cargada a tope. El huevo era para la clienta del *tarot amor*, pero lo necesitas más que ella ahora mismo.

—Para, por favor… Oye, tengo muchas cosas que contarte, pero estoy muy mareada. Creo que…

—¿Qué? ¡Habla ya! Sabes que no tengo paciencia.

—Es que es complicado de… El cuento… Es…

—Ya está, vete a casa —me interrumpe justo después de mirar hacia la mesa que le estoy señalando con el dedo, donde el cuento sigue ahí, cerrado, como si nunca hubiera roto un plato. Corretea hasta el estante donde tengo el bolso, y me lo planta entre las manos—. Vete, que no sé qué te pasa, y aquí estás estorbando más que ayudar.

—No quiero irme a…

—¿Te has visto la cara? Todos tenemos problemas, pero si trabajas de cara al público tienes que mantener la compostura y el rímel. Te voy a traer uno *waterproof* que es la bomba.

—Pero, ¿qué público?

—Venga, descansa, y mañana me lo cuentas todo maquillada, que somos imagen de la tienda. No te preocupes, ya cierro yo —me ordena, empujándome más allá de la trastienda, hasta la puerta que da al callejón—. No vayas por la calle principal, que aquí hay mucho cotilla y no me apetece estar dando explicaciones. Mañana decimos que has cogido un virus pasajero, de esos que duran veinticuatro horas, y listo.

—Pero, ¡Piluki! ¡Por favor! —grito, escapando de sus empujones —. ¡No lo entiendes! ¡Espera un momento! ¡Tengo que decirte una cosa del cuento!

—Que sí, mañana me lo cuentas. Olvídate de ese cuento. Lo he borrado y he escrito un poco. Nada importante, leyendas de mi tierra.

—¡No puedes hacer eso!

—A nadie le importa. ¿Qué? Te has ido como tres horas y me aburría. ¿No habrás quedado por ahí con alguno de tus ex tras el fiasco del neófito? El pasado no tiene nada nuevo que ofrecerte, Azul.

—Déjate de refranes, por favor te lo pido. Me voy —añado, cuando vuelve a empujarme—, pero espera un momento.

La esquivo, cojo el cuento con miedo, porque maldito cuento, lo que me ha hecho pasar el muy cabrón, y lo meto en la caja fuerte, al lado de la poca calderilla que tenemos. Cierro y me guardo la llave en el bolso.

—¿Qué haces? —quiere saber—. ¿Dónde voy a guardar el dinero cuando cierre?

—¿Qué dinero?

—Estás muy respondona, bonita.

Me iré a casa y lloraré a gusto, porque parece que aquí no puedo ni desahogarme en paz. Pero, justo antes de salir al callejón, me detiene con el brazo y me mira fijamente.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunto, un poco enfadada. Es muy frustrante darme cuenta de que no voy a poder contarle a nadie lo que me ha pasado, pero Piluki no tiene la culpa, así que tampoco quiero pagarlo con ella.

—Tienes duendes en los ojos —dice muy seria.

—¿Qué?

—Que tienes duendes en los ojos.

—Hasta mañana.

La Azul de antes le habría preguntado hasta la saciedad qué cojones significa eso, pero la Azul de ahora solo quiere llorar.

Camino entre la gente sintiéndome muy sola, como nunca antes. He regresado a mi vida, pero no soy la misma, y no sé si voy a poder encajar en el puzle.

Mientras atravieso mis queridas calles de Madrid, empiezo a sentir mucho miedo, porque no me queda ni una sola prueba en la

piel, ni una cicatriz que demuestre que lo que he vivido ha sido real. No sé si Bruce lo ha sido, y eso me da mucho miedo.

Ya en casa, siento que me estoy volviendo loca. Cojo el móvil y empiezo a buscar por internet.

Encuentro una tienda en Edimburgo que se llama *Hunter Antiques.*

Me tiemblan las manos cuando pulso el icono de llamar. Espero un tono. Dos. Y alguien contesta en inglés. Lo tengo un pelín oxidado, pero me defiendo lo suficiente, y algo se fractura en mi mente cuando la chica del otro lado del teléfono me asegura que allí nunca ha trabajado ningún chico que se llame Bruce. Insisto, pero ella, muy segura, me repite que en esa tienda solo trabajan su padre y ella desde hace más de cinco años. Le pregunto si tiene algún teléfono al que llamar, otras tiendas, lo que sea, pero me habla de un gestor, que sospecho que es el mismo que el nuestro.

Cuelgo y busco más por internet, pero ya está, no hay más tiendas en Edimburgo con nombres parecidos. Llamo a nuestro misterioso gestor, y me dice lo de siempre, que no tiene ninguna información que darme. Suplico, y él, inquebrantable e insensible como una patata, me ignora. Cada vez estoy más convencida de que no somos más que una tapadera de un capo de la droga.

Me doy una ducha, llamo a mi madre, sin contarle nada de lo que, minuto a minuto, me va pareciendo más y más un sueño, y me quedo dormida en el sofá con mi pijama preferido, una bolsa de palomitas a medio comer y una petición a mi subconsciente: por favor, déjame que, al menos, sueñe con él.

Me despierto por la tarde, mal, tras haber tenido sueños y pesadillas muy extrañas.

¿Cómo ha podido borrarse todo?

¿Cómo, si aún lo siento en mi piel, acariciándome?

Mis labios aún recuerdan sus besos, ¿acaso no hay nada más real que eso?

Joder, ya estoy rimando.

Definitivamente, me estoy volviendo majara.

Capítulo 21

Bruce

Acabo de aterrizar en el aeropuerto Adolfo Suárez. Con suerte, llego a la tienda antes de que cierre. Me monto en el primer taxi libre y miro por la ventanilla mientras me preparo mentalmente para lo que tengo que hacer.

Lo primero, encontrar el cuento.

Lo segundo, entrar en él y volver a pasar por todos hasta llegar al de la serpiente, donde está Azul.

En cuanto la encuentre, provocar que los enmascarados nos saquen juntos.

Es un plan perfecto, siempre y cuando el cuento esté en la tienda. No soy un hombre paciente, nunca lo he sido, y por eso he intentado ponerme en contacto con la trabajadora del establecimiento de Madrid durante todo el vuelo. El teléfono fijo de la tienda debe estar desconectado, y tampoco me contesta a su móvil personal. Antonio, mi gestor, me ha asegurado que es ese, pero no contesta ni a mis llamadas ni a mis mensajes. He probado incluso enviándole varios correos electrónicos a la dirección que me ha facilitado Antonio.

Necesito saber si el cuento está en la tienda, y necesito avisar para que no se lo venda a nadie, pero no hay forma humana de ponerse en contacto con ella.

Y me estoy cabreando.

¿Para qué pago una línea fija y de internet en la tienda si no hacen uso de ella?

Tras lo que me parece una maldita eternidad, el taxi se detiene justo delante de la puerta. Pago, salgo y, joder, me cabreo más y más. Los escaparates tienen tanta suciedad que no se ven los productos expuestos. A simple vista parece una tienda que está cerrada desde hace mucho tiempo, y si te fijas es peor, porque te

das cuenta de que no, que está abierta, pero que debe estar dirigida por monos o, lo que es peor, ineptos.

Al menos, he de reconocer que Azul no me mentía. Claro, no mentía a un supuesto compañero.

Seguro que, si hubiera sabido que era su jefe, la versión de la realidad hubiera sido muy distinta.

A la mierda, lo primero es lo primero.

Llego hasta la puerta, pero veo al otro lado del cristal que hay un cartel de cerrado al público. Compruebo en el móvil que aún queda más de una hora para que sea el tiempo de cierre oficial.

Me asomo, pegando la nariz al cristal, y veo que hay luz. Los cierres no están echados, así que hay alguien dentro.

Llamo al timbre, pero mi frustración sube a nivel Dios cuando me doy cuenta de que no funciona, así que lo hago a la antigua usanza, con los nudillos sobre la puerta.

Espero, pero no aparece nadie.

Llamo más fuerte, tanto, que durante un instante pienso que voy a romper el cristal y, de repente, aparece una mujer correteando hasta mí.

Junta su cara al cristal, me mira de arriba abajo desde el otro lado de la puerta, y me grita:

—¡Está cerrado!

—¡Tengo que entrar de inmediato!

—¡Ya no nos quedan periódicos!

¿Periódicos? ¿Desde cuándo se venden periódicos en mis tiendas?

—¡Abre!

—¿Qué parte no entiendes de que está cerrado?

—¡Hasta las ocho y media está oficialmente abierto al público!

—¡Quedan pocos minutos para cerrar, vuelve mañana!

Pocos minutos, dice, queda más de una hora.

—¡Solo quiero hablar contigo, no vengo a comprar nada! ¡Es importante!

—¡Ahorita no puedo!

—¡Piluki! ¡Abre la puerta! ¡Es por Azul!

Veo cómo entrecierra los ojos, me perdona la vida de un solo vistazo, y abre el cerrojo. Vamos, esto es el colmo.

No quería entrar en los detalles del buen o mal funcionamiento de la tienda, yo solo pretendía venir aquí a por el puto cuento, pero esto es completamente inadmisible.

—Rapidito, que tengo prisa —suelta, tan pancha, ya tras el mostrador—. ¿Qué quieres?

Respiro hondo, me sorprendo de mi autocontrol, ignoro todo a mi alrededor, de hecho, es que no quiero mirar a ningún sitio, y me acerco hasta el mostrador, donde me espera con una mirada demasiado altiva para mi gusto, pero, justo antes de que pueda incluso abrir la boca, me suelta:

—Sé que eres el neófito, ya me dijo mi compañera, con la que tuvisteis por error la cita en el restaurante de ciegos, que vendrías. No, no hace falta que digas nada, es que tengo un don y veo el futuro. También leo a las personas, y por eso sé que eres el neófito —sigue hablando en cuanto intento abrir la boca. Esto es mucho peor de lo que me imaginaba. Que ve el futuro, dice…—. No estoy interesada. Mi marido es muy bueno, pero, como se entere que estás intentando algo conmigo, te masacra.

¿Pero de qué cojones está hablando esta mujer?

—Escucha, no…

—Tienes que irte —vuelve a interrumpirme. Y ambos escuchamos que alguien la llama desde el otro lado del mostrador, más allá de la puerta que da a la trastienda, a esa en la que, según Azul, las cajas están tan mal apiladas que trabajar aquí supone un riesgo de muerte constante—. No me mires con esa cara, no estoy interesada en absoluto. Sí, eres muy atractivo, pero estás verde para mi experiencia vital. ¿Qué? Mírame, soy una mujer de los pies a la cabeza. Bueno, mejor no me mires tanto. Venga, largo, no quiero volver a verte por aquí, te lo advierto.

Y tiene la desfachatez de señalar hacia la puerta, para que me largue.

—No tengo tiempo para tonterías —le digo tras respirar profundo y contar hasta diez—. Necesito el cuento.

Al principio veo que va a gritarme, pero, cuando escucha la última palabra, se le cambia la expresión de la cara.

—¿Qué cuento?

Qué mal se le da disimular.

—El cuento. Sabes de qué cuento te estoy hablando, así que no te hagas la loca.

Traga saliva. Y vuelve a mirarme. Se le están desmontando las piezas, pero todavía no tiene claro quién soy. Y, a todo esto, escuchamos cómo le grita una mujer desde la trastienda, diciendo que tiene que terminar su sesión. ¿Qué sesión? ¿Qué cojones está pasando aquí? Por Dios, esta tienda es un puto circo.

—Vuelve mañana, por favor, estoy a punto de cerrar —pide en un tono bastante más suave—. Bueno, si eres el neófito no vuelvas, no estoy interesada.

—¡No soy el neófito, soy tu jefe, así que sé que tienes un cuento que os ha tenido que llegar entre ayer y hoy!

—¿Je… Je… Jefe?

Aunque tiene la tez dorada, se ha quedado completamente pálida.

—Sí, tu jefe. Ya hablaremos más adelante de todo esto —digo, señalando a mi alrededor—, pero ahora solo quiero el cuento.

—¿El cuento? Por aquí pasan muchos artículos, señor.

A esta mujer le da un infarto en cualquier momento, pero no quiero decirle que es el cuento que ha borrado y escrito de nuevo porque Azul sigue dentro, y solo alguien que lo ha vivido en primera persona podría creerlo.

—¡Por Dios! ¡No es tan complicado! ¿Dónde está el cuento? ¿Está en la tienda?

—Sí —reconoce al fin.

—¿Está aquí? —insisto, porque se ha quedado en plan robot.

—Sí, señor.

—¡Pues dámelo!

—No… No puedo. Ahorita mismo no puedo…

—¿Por qué?

—Un momento.

Y, dicho eso, sale corriendo a la trastienda. Escucho cómo discute con otra mujer, dicen algo de que no puede terminar la sesión de… ¿Ha dicho *tarot amor*? Una puerta se cierra, y escucho unos pasos apresurados. Regresa al mostrador muy nerviosa y casi no se atreve a mirarme.

—El cuento está en la caja fuerte —empieza a decir muy despacio—, pero no tengo la llave, se ha perdido.

—¿No tienes otra llave de seguridad?

—No.

—¿No hay ninguna forma de conseguir ahora mismo la llave? ¿No tienes la llave maestra?

—¿Llave maestra?

—Da igual.

Joder, tan cerca y tan lejos. Llamar a la empresa de seguridad que lleva el tema tardaría lo mismo que esperar hasta mañana a primera hora.

—Mañana a las ocho estoy aquí con la empresa de seguridad que tiene la llave maestra —le aviso.

—La tienda abre a las diez, señor.

—Pues mañana se abre a las ocho.

Y, dicho eso, me doy media vuelta y salgo a la calle a que me dé un poco el aire.

Lo único bueno de toda esta situación es que tendré tiempo de descansar un poco en algún hotel de aquí cerca, aunque estoy seguro de que no podré dormir en toda la noche.

Capítulo 22

Azul

Vuelvo a colgar a Piluki, no me apetece hablar con nadie, ni siquiera con ella, pero parece que es importante, porque insiste.

—Dime, Piluki.

—¡Azul! ¡Tienes que venir ahorita mismo a la tienda! ¡Y trae la llave de la caja fuerte!

Me miro el pijama y niego con la cabeza.

—Son casi las nueve.

—¡Como si son las diez!

—No me encuentro muy…

—¡Ha venido el jefe!

—¿Qué?

—¡El señor X! ¡Lo he visto! ¡Ha venido!

—Respira, Piluki, que te da un infarto.

—No hay tiempo ni para respirar. Tienes que venir ya, y tenemos que volver a escribir el cuento tal y como estaba, porque, como mañana a las ocho en punto no esté el cuento intacto, tú y yo vamos a la calle. ¡Despido fulminante!

—¿El cuento? ¿Qué tiene que ver el cuento en todo esto?

—Ha venido a por él. Solo quería el cuento, no me ha dicho nada más. Bueno, al principio le he confundido con el neófito, y después ya me ha dicho que era el jefe. Y, para rematarlo, tenía a la de farmacia en una sesión de *tarot amor*.

—¿Para qué quiere el cuento?

—¡Y yo qué *chucha* sé! Menos mal que te has llevado la llave, obviamente, no le he dicho que la tenías tú, y así nos da tiempo a poner todo este desastre en orden y arreglar el cuento antes de mañana a las ocho en punto, que vendrá con la empresa de seguridad y una llave maestra.

La cabeza me va a explotar.

—Piluki, no nos da tiempo a poner en orden la tienda. Ni en un mes conseguiríamos que la tienda estuviera decente, y lo sabes. Hemos perdido las etiquetas originales de todos los artículos, de hecho, las tiramos y nos inventamos los precios. Hay cosas de las cajas que deben tener moho. ¡Hay un altar con fotos de Indiana Jones con una x!

—El altar no pensaba quitarlo, a ver si trabajamos un poco su sentimiento, se da cuenta de lo mucho que lo idolatramos y no nos despide.

—Piluki, si ha venido el jefe, estamos en la calle y lo sabes.

—¿Te vas a rendir antes de intentarlo?

—Sí, es una batalla perdida.

—¡Azul!

—Además, si quiere el cuento, da igual lo que hagamos con el resto de la tienda, estamos despedidas.

—¿Por qué?

—¡Porque lo has borrado!

Omito que, pase lo que pase, y como si es el Papa quien lo quiere, ese cuento no volverá a estar en la circulación. Me hubiera gustado tener más tiempo para pensar qué hacer con él, pero no lo tengo, así que me toca decidir rápido. Lo quemaría, pero a lo mejor hay gente aún dentro, encerrada.

No, no puedo destruirlo. La única opción por el momento es que lo esconda en un lugar donde nadie pueda encontrarlo.

—¿Azul? ¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Vienes o qué?

Suelto un suspiro, y me doy cuenta de que no tengo escapatoria.

—Voy.

Me pongo lo primero que encuentro en el armario, un moño mal hecho, zapatillas y salgo de nuevo a la calle. Los cierres de los comercios están bajando ya, así que aprieto el paso cuando me doy cuenta de que esta noche va a ser larga; en cuanto llego a nuestra querida tienda y abro la puerta, contengo una carcajada. A pesar de

lo rota que estoy por dentro, y de lo mucho que lo echo de menos, a pesar de todo eso, aún queda algo dentro de mí.

—Piluki, ¿qué haces?

Lleva un pañuelo en la cabeza, varias bayetas atadas a las rodillas y su famoso bote de lejía mezclada con agua bendita en la mano.

—No hay tiempo. Yo limpio, tú escribes el cuento otra vez. ¡Vamos! ¡Solo tenemos once horas a contar a partir de ahorita mismo!

Ella no sabe la verdad, pero yo sí, y por ello, ella aún no sabe que no pienso escribir de nuevo el cuento, ni abrir el cuento ni, mucho menos, darle el cuento. Ella no sabe que, haga lo que haga, y limpie lo que limpie, estamos en la puta calle.

—¡Azul! ¡Ubícate! —grita mientras mueve el trasero de aquí para allá limpiando el polvo a una velocidad récord—. ¡Vete a la trastienda y empieza ya a escribir el cuento!

Me dan ganas de contarle la verdad, pero sé que no me creería, así que hago lo que me pide y voy a la trastienda. Abro la caja fuerte, cojo el libro con miedo, porque no quiero ni tocarlo, no vaya a ser que se abra sin querer y me trague de nuevo, y comprendo que solo se puede hacer una cosa con él.

Ya vimos, gracias a la película de *Jumanji*, que enterrarlo solo sirve para que alguien vuelva a encontrarlo.

No hay lugar en el mundo donde esconderlo con el riesgo de que, antes o después, algún desdichado lo lea.

Solo hay una opción.

Destruirlo.

Pienso en los que aún puedan estar dentro, pero no sé, quizá sea la forma de liberarlos, ya sea devolviéndolos a su vida, o liberándolos de *la vida.* No me corresponde a mí decidir sobre ellos, pero creo que es más importante salvar a futuras víctimas; gente insensata que no sabe lo peligroso que es leer hoy en día.

Voy a por uno de los mecheros que están en el altar, coloco el libro en el suelo y, justo antes de encender la mecha, pienso que Bruce podría seguir dentro.

¿Y si *Los Guardianes del Verso*, como los llamó la chica de la taberna, llevan a los que secuestran a una cárcel?

¿Y si no está muerto, y aún sigue ahí dentro, encerrado?

Acaricio las tapas del cuento con los dedos, y pienso que debería volver a entrar para comprobarlo. Hablar delante de los *cuentareños*, esperar a que me lleven y comprobar si Bruce sigue ahí.

Por Dios, no sé si puedo soportarlo una vez más. No quiero volver. ¡No quiero!

Cierro los ojos, y comprendo que lo que sí que no puedo hacer es seguir viviendo sin saberlo.

¿Y si muero?

Ya he dado a Bruce por muerto, pero no sé si en realidad está muerto. Él se sacrificó por mí, así que se lo debo.

Tengo que entrar otra vez en el cuento y comprobarlo.

—¡Piluki!

—¡¿Qué?!

—¡Me voy al baño a escribir el cuento! ¡Necesito concentración máxima, así que no me molestes!

—¡Vale!

Corro hasta el baño de la trastienda, me encierro dentro y leo las cuatro páginas que ha escrito Piluki mientras lloro mucho. Tengo miedo, pero al menos ahora sé lo que tengo que hacer.

El cuento me engulle como la primera vez. Todo da vueltas y caigo. Podría hacer esto mil veces, y no me acostumbraría a la sensación.

Aparezco en el poblado, justo antes de entrar en la selva. Madre mía, qué calor. Al fondo, a lo lejos, veo la montaña que Bruce y yo tuvimos que subir para coger las piedras de la rana.

—Venga, Azul.

Paseo buscando a cualquier *cuentareño*. ¿Es que están todos durmiendo la siesta? Cuando no quieres que estén, aparecen detrás de cualquier esquina y, cuando los necesitas, desaparecen. Al final, decido entrar en las casas de piedra y madera sin ventanas. Pruebo en tres sin éxito, pero, en la cuarta, encuentro a una mujer sentada en el suelo haciendo algo con unas mazorcas.

—¡Hola! Me llamo Azul. Vengo desde muy lejos para buscar a un chico muy guapo. Bueno, no es que sea guapo, que lo es, es que es increíble —me presento, sentándome a su lado. Obviamente, la mujer me observa con esa mirada carente de inteligencia humana—. ¿Tardarán mucho los enmascarados? ¿Sabes qué hacen con nosotros? Se lo llevaron y he vuelto para encontrarle.

La mujer me ignora y sigue sacando cosas de la mazorca con movimientos mecánicos.

¿En serio?

¿Todo el cuento haciendo el gilipollas intentando rimar, con cuidado de no invocarlos, y ahora no aparecen?

Salgo a la calle y empiezo a ponerme muy nerviosa.

¿Y si he cambiado las reglas del juego al regresar?

¿Y si ahora no puedo volver?

Mil ideas empiezan a dar vueltas en mi cabeza, noto que me está dando un ataque de ansiedad, porque me cuesta respirar, y los veo. Dos moles enormes ascienden por una de las calles empedradas, llegan hasta mí, me cogen cada uno de un brazo y me arrastran en volandas.

Ya está.

Ya lo he hecho.

¿Me encontraré con Bruce?

¿Moriré?

Mentiría si no reconociera que siento mucho, mucho miedo. Y, de repente, todo vuelve a dar vueltas.

Giro.

Caigo.

Y me encuentro de nuevo sentada en el váter del baño de la trastienda. El cuento en mi regazo, cerrado. Miro la hora en el móvil, y no han pasado ni dos segundos desde que entré.

Me toco los brazos, la cara, compruebo que estoy viva, y todo mi cuerpo empieza a temblar.

Bruce está vivo.

¡Regresó!

¡Bruce regresó!

Lo que al principio es puro alivio y felicidad, después empieza a convertirse en…

Bruce ha vuelto.

Está vivo.

Entonces…

¿Dónde está?

En la tienda de Edimburgo no, o sí, y esa chica me mintió.

Pero, si él volvió y sabía que yo seguía dentro, ¿por qué no ha venido a buscarme? Me quedo pensando con la mirada perdida en una mancha de la pared.

Solo hay una explicación a todo esto.

Solo una.

—¡Piluki!

—¡¿Qué?!

Voy hasta ella y la sujeto por los brazos.

—¿Ya has terminado de escribir el cuento? ¡Era largo!

—Piluki, descríbeme con pelos y señales al que dice que es nuestro jefe.

—¿Por qué? ¡Venga! ¡Que tenemos mucho que hacer! —grita, liberándose de mis garras—. ¡Ya me has pisado lo fregado!

—Piluki, ¿cómo era?

Se seca el sudor de la frente y se apoya en la fregona.

—Metro ochenta y muchos, castaño, ojos… No sé de qué color porque no quería ni mirarle. No sé, Azul… Traje de chaqueta, buen porte, olía a perfume del caro. ¡Un jefe! ¡Un *chingado* de jefe!

—¿Era guapo?

—Sí, muy atractivo.

—¿Edad?

—Treinta, treinta y algo. Un neófito que se ve que da duro. Un *Cincuenta sombras de Grey* ¿Qué pasa? ¿Estás pensando en seducirle para ver si se apiada de nosotras? Yo podría, pero mi dignidad y fidelidad ante mi marido valen más que este trabajo. ¿Qué? ¿Por qué me miras así? Soy consciente de que podría seducirle y caería en mis redes gracias a mi sangre caliente, pero no voy a hacerlo, tengo principios, así que no me lo pidas. ¡No! ¡Azul!

¡No pienso hacerlo! Lo siento, pero si tenemos que perder el trabajo, pues lo perdemos, pero por ahí no voy a pasar. No me pidas que…

Sigue divagando sobre la posibilidad de seducirlo o no al tiempo que friega el suelo como si quisiera convertir las baldosas en un espejo, pero no la estoy escuchando.

Es él.

Tiene que ser él.

Y ahora, lo que me queda por descubrir es si de verdad es nuestro jefe, o todo esto es la estratagema de un desconocido para conseguir el cuento.

¡El cuento!

¡Me había olvidado de él!

Dejo a Piluki gritando y corro a la trastienda. Ya he comprobado que los enmascarados no te matan, tan solo te devuelven a la realidad. El chico que estaba a punto de pasar el cuento y la chica de la taberna regresaron también. Ojalá me pueda encontrar alguna vez con ella. Y ojalá haya recuperado los dientes.

Así que, solo me queda una cosa que hacer. Cojo el cuento, el mechero, lo dejo en el suelo, lo más alejado de las cajas y demás cosas inflamables, y enciendo la mecha. Al principio le cuesta, parece que las tapas no se queman, pero después, poco a poco, empieza a arder.

Me alejo y veo cómo se va quemando lentamente. Sin embargo, está soltando mucho humo. Un humo verde raro que empieza a subir hasta el techo con rapidez.

—¡¿A qué huele?! ¡Azul!

Piluki viene corriendo y, al ver lo que está pasando, pega un grito que me deja sorda.

—¡Nooo!

Intento sujetarla, pero se suelta con una fuerza sobrehumana y vacía el contenido de su flus flus sobre el cuento. Ese flus flus lleva agua bendita, pero a saber qué más lleva, porque se alza una llamarada gigante y de un color muy raro que nos echa hacia atrás.

—¡Piluki! ¡Cuidado!

Intento cogerla de un brazo, pero ella pasa a un lado del fuego y va hasta la puerta trasera, que abre deprisa.

—¡Hay que ventilar! —grita desde el callejón.

Pero, en vez de irse el humo, entra una ráfaga de aire que lo que provoca es que esa llamarada se extienda hasta la torre más cercana de cajas.

—¡Nooo! —grito, corriendo fuera de la trastienda.

Busco el extintor por el mostrador. Juraría que había uno por aquí tirado, pero no lo encuentro. No hay agua, solo está la del cuarto de baño, pero ya no se puede pasar.

—¡Piluki! —le grito desde la puerta que da a la trastienda.

—¡¿Qué?!

Ella sigue fuera, en el callejón.

—¡Voy a llamar a los bomberos! ¡Nos vemos en la farmacia!

Un rato después, lo que empezó siendo la inofensiva quema de un cuento diabólico se convierte en el incendio de un edificio. La policía y los bomberos no tardan en llegar, y Piluki y yo avisamos a los que viven en los pisos de arriba para que desalojen, aunque, por suerte, los bomberos consiguen extinguir el incendio antes de que el fuego se propague más allá de la tienda. No hay víctimas, pero eso no evita que, a las doce de la noche, nuestra querida calle sea todo un espectáculo de coches, luces y gente. Todos los vecinos están aquí, preguntando qué ha pasado. Se extiende el rumor de que esto iba a pasar antes o después. Se escuchan murmullos tales como "no me extraña, con la cantidad de incienso que se quemaba ahí dentro", "yo un día vi un altar hasta arriba de velas", o el mejor: "ya les dije que un día les comía la mierda". Hay otros, más sutiles, de esas queridas personas que han venido al *tarot amor*, o han escuchado algo sobre él. Hemos intentado no hacerlo con los vecinos, pero nada corre tan rápido como un rumor, y escucho cosas como "en la trastienda hacen cosas con espíritus", "Piluki es una bruja", aunque ese creo que no tiene nada que ver con lo esotérico, o "seguro que estaban haciendo un conjuro y les has salido rana".

Está claro que los vecinos son muy conscientes de la dejadez con la que gestionamos la tienda y, aunque se acercan a Piluki y a mí con una sonrisa de ánimo y buenas palabras, el tinte de reproche no nos pasa inadvertido. No es para menos, casi les quemamos vivos.

—Malditas hienas —me dice Piluki a mi lado—, les encanta ver sangre.

Estamos sentadas en el bordillo, al otro lado de la calle, frente a la tienda. Nos han tapado con unas mantas, aunque hemos asegurado que no tenemos frío, y observamos la escena como si estuviéramos en un teatro. El fuego ya está controlado desde hace más de dos horas, y ahora los bomberos comprueban los daños y aseguran el perímetro.

—¿Qué vamos a decir? —pregunto por primera vez desde que huimos de las llamas. Hasta ahora había demasiados ojos y oídos cerca, pero, en este momento, tanto la policía como la marabunta de vecinos están algo alejados.

Piluki me mira, se encoge de hombros y sonríe:

—Lo que ya hemos dicho, que estábamos haciendo inventario y que, de repente, había fuego.

—Eso no se lo cree nadie, Piluki.

—¿Por qué? De toda la vida de Dios se han escuchado historias de fuegos que se producen de la nada. A lo mejor ha habido un escape de gas, yo qué sé. Cuánto menos digamos, mejor. Sin detalles, que ahí es donde nos pillan. Ubícate, Azul, esto ha sido un accidente.

—Sabes que no es verdad —digo con una sonrisilla—. A mí se me ha escapado lo del cuento con uno de los bomberos.

—No me extraña, ¿con cuál? ¿El rubio? A mí con ese se me escapan hasta las bragas.

—¡Piluki!

—¿Qué? Estoy casada, pero no ciega. De ilusiones también se vive, bonita. Bueno, ¿qué has dicho exactamente?

—Que, de repente, un cuento muy antiguo se estaba quemando.

—El fuego no distingue amigo o enemigo, lo quema todo, y por algún lado tenía que empezar a quemar.

—Yo mejor no digo nada, y así no lo fastidio. Piluki…

—¿Qué?

—Ha sido mi culpa, y lo sabes.

—La verdad es que no sé en qué estabas pensando. Antes o después me tendrás que contar qué *chucha* pasa con ese cuento.

—¿Qué quieres decir?

—No soy tonta. Las casualidades no existen. Que nuestro misterioso jefe aparezca de la nada a por el cuento, y que tú lo quemes en cuanto te dejo un segundo a solas con él, no es casualidad. Además, ese cuento desprendía un olor extraño.

—Y tanto. El humo era verde.

—Yo creo que estaba maldito. Venga, cuenta qué está pasando aquí.

—Algún día te lo contaré —le prometo.

—Estás distinta —dice muy seria, mirándome por primera vez desde que huimos de la tienda en llamas—. Tu mirada es diferente.

—¿Te refieres a los duendes de los ojos? —intento bromear, pero a Piluki no hay manera de engañarla; cuando te mira, te lee el alma.

—Sí, entre otras cosas.

—Entonces, ¿no vas a delatarme?

—Somos compañeras hasta el final. El final está cerca, pero soy fiel como una gata, no lo olvides.

—Gracias.

—Como dice el refrán, joder es querer, y no quiero joderte —dice con seriedad, como si hubiera recitado un poema de Miguel Hernández.

—Creo que ese refrán tiene más de un significado.

—No hay palabra mal dicha, sino mal entendida, mente sucia. Bueno, míralo por el lado bueno, al menos ahorita ya no tenemos que preocuparnos por la suciedad y el desorden. A la mierda, estamos literalmente en la calle. Íbamos a estarlo de todas formas…

—Ya…

Sigue hablando, pero no la escucho. Acabo de ver a alguien acercándose desde el final de la calle.

Esos andares me resultan familiares… No puede ser…

Me levanto, dejo caer la manta al suelo, y empiezo a caminar en su dirección. Aún está muy lejos, pero es él. A lo mejor he inhalado demasiado humo y estoy teniendo visiones, pero es él.

—¡¿Y ahora dónde vas!? —grita Piluki—. ¡Recuerda! ¡Ubícate! ¡Un accidente!

—¡Shhh! —le pido desde lejos. De verdad, como para guardar un secreto con ella.

Sorteo a los vecinos, que intentan hablar conmigo, rodeo los coches de policía que han dejado atravesados para cortar la circulación de la calle, y sigo adelante.

Él aún no me ha visto. Anda rápido, casi corriendo, y está asustado, pero cada vez más cerca; de repente, su mirada se cruza con la mía y se detiene en seco.

—¡Bruce! —grito.

—¡¿Azul?!

Corremos el uno hacia el otro y, a unos escasos centímetros, nos detenemos. La persona que tengo ante mí ha cambiado físicamente. Ya no tiene el pelo descuidado y más largo; ya no tiene barba. El traje de chaqueta que lleva, en cualquier otro momento de mi vida, me habría echado para atrás, porque no soporto a los "pijos", pero es él, y da igual si va desnudo, con un taparrabos o con ese reloj que debe costar lo que mi sueldo de seis meses.

Es él.

Y ha estado llorando.

—Azul… ¿Cómo es…? Pensaba que te había perdido para siempre cuando me han llamado diciendo que se había quemado todo.

Nos abrazamos. Fuerte. Sin dejar un hueco entre nosotros. Y lloramos.

Lloramos mucho.

El mundo se detiene a nuestro alrededor mientras apretamos nuestros cuerpos, como si tuviéramos miedo de que algo, o alguien, llegara en cualquier momento para separarnos.

—Mírame —me pide, sujetando mi rostro entre sus manos—. ¿Cómo es posible que estés aquí?

Sigue llorando. Le tiembla el mentón y las lágrimas le caen sin vergüenza por las mejillas.

—Cogí la piedra por la noche. Brillaba mucho.

—¿Y la serpiente?

—No vino a por mí, estaría dormida —explico—. Lo que estaba dibujado en el pergamino era una luna llena.

Cierra los ojos con fuerza y asiente despacio.

—Qué tontos hemos sido —dice con una sonrisa cansada—. Iba a volver por ti.

—Lo sé. Cuando salí del cuento, volví para buscarte.

—¿Cómo?

—Quería quemarlo, pero pensé que a lo mejor estabas encerrado en otro sitio del cuento, así que volví a la jungla, hablé sin rimar, llegaron los enmascarados y me sacaron del cuento. Pensé que habías muerto —vuelvo a pensar en voz alta, recordado todo el dolor que sentí.

—No he muerto, mi amor, estoy aquí —susurra, acariciándome despacio—. Así que no solo has escapado tú sola, sino que volviste a por mí.

—Sí.

—Que conste para el futuro que, en cuanto me sacaron del cuento, todo lo que he hecho ha sido intentar regresar para salvarte. Lo que pasa es que tú has sido más rápida que yo en hacerlo —añade con un beso que me devuelve a nuestra isla.

—Da igual, sabía que vendrías antes o después, y aquí estás.

—Aquí estoy, y no pienso moverme.

—Hemos sido muy felices allí —le susurro con mis labios pegados a los suyos—. No tendría que haber quemado el cuento, y así podríamos ir a nuestra isla a descansar de vez en cuando.

—¿Has sido tú? ¿Por eso se ha quemado la tienda?

—Sí.

—No pasa nada. Fuimos felices allí y entonces, y lo vamos a ser aquí y ahora —me asegura—. Espera, tengo que tocarte para comprobar que estás aquí de verdad y que esto no es un sueño.

Me palpa los brazos, el cuello, la tripa… Hasta que me hace cosquillas.

—¡Oye! —digo riendo.

—¿Qué?

—Me parece que tienes algo muy importante que contarme… —comienzo a decir, cruzándome de brazos e intentando ponerme

seria.

—¿El qué?

—Una mentira.

—¿Una mentira?

Me alejo un paso atrás y le señalo con el dedo.

—Una mentira sobre tu trabajo.

—Ah… Eso…

—Sí, eso. Has tenido más de un año para contarme que, en realidad, eres mi jefe.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

Me arrastra de nuevo entre sus brazos y me aprieta contra su pecho.

—En esa isla me olvidé de todo. De todos. Incluso de mí. Y, ¿sabes de lo que me di cuenta?

—¿De qué?

—De que yo no soy esto —explica, señalando el reloj—; yo soy esto —dice, llevando mi mano hasta su corazón—, y es todo tuyo.

Nos besamos. Despacio.

Largo y lento.

Pero, después, lo empujo con suavidad y me vuelvo a cruzar de brazos.

—Sí, muy bonito, aun así, me has mentido.

A ver, que no estoy enfadada, pero ¡me ha mentido!

—Aquí no hemos hecho las cosas bien ninguno de los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Eh… No sé… Por ejemplo… ¿Me has quemado la tienda?

—Ah, eso. Sí, bueno… Quería quemar el cuento —lo recuerdo.

—Ya y, con él, el resto de mis cosas.

—En todas las guerras hay daños colaterales.

—Colaterales te voy a dar yo a ti —responde con una sonrisa ladeada y esa mirada que me vuelve loca.

—Vale, un trato. Yo no te recrimino que me has engañado con eso de que eras un chico que metía cosas en cajas, y tú no tomas ningún tipo de represalia contra mí o contra Piluki, laboralmente hablando.

—¿Tú has visto cómo tenéis la tienda?

—Pues mejor no la mires ahora.

—Sois un desastre.

—Ya te lo dije, yo no te he mentido en ningún momento, no como otros —le recuerdo, esperando que el chantaje emocional sirva para algo.

Me mira, chasquea la lengua contra el paladar y asiente, tendiéndome la mano:

—Con mis justificadas discrepancias, acepto el trato. Cero represalias. Y, por la parte que me toca, no quiero reproches.

—Trato hecho.

Estrechamos las manos y sellamos el trato con un beso.

—Oye —digo, separándome un poco. Madre mía, está en modo pulpo, no me suelta ni para respirar—. ¿Y qué hay de eso que me dijiste antes de entrar en la parroquia del fantasma decapitado?

—No sé, hemos dicho tantas cosas en todo este tiempo…

—Eso de que eras libre y no podías ni querías atarte a nada ni nadie. Que lo que pasaba en el cuento, se quedaba en el cuento.

—Mira, mi amor, después de pensar que te había perdido para siempre, todo lo que dije o hice en el cuento… Todo eso no es más que papel mojado.

—Querrás decir papel quemado.

—Qué graciosa… Ven aquí.

—Entonces, ¿me quieres?

—Ya sabes que sí.

—Vale, pero dímelo.

—Te lo he dicho mil veces en la isla.

—Lo de la isla no cuenta, que estábamos en una situación un poco límite, y en esos momentos se dicen cosas por decir, como los secuestrados con el Síndrome de Estocolmo.

—Pues ya no estamos en la isla, y sigo sintiendo lo mismo. Incluso más.

—¡Pues dímelo! ¡Madre mía! ¡Cómo te gusta hacerte el duro! Por cierto, Piluki dice que se nota que eres de los que dan duro. Obviamente, no le he dicho que ya lo sé en propias carnes.

—Ya hablaremos de Piluki más adelante.

—No puedes despedirla.

—Podría hasta demandaros por negligencia, y eso sin contar con el incendio.

—Hazlo por mí, Piluki es muy profesional y responsable, a pesar de lo que te he contado, has visto, y a pesar de que la tienda ha terminado sumida en cenizas. ¡La culpa la tienes tú por no supervisarnos! De todos es sabido que, sin alguien que te deje el aliento en la nuca, te vuelves perezoso. El principal responsable eres tú. ¿A qué venía tanto secretismo? ¡Ni una triste cena de Navidad! ¡Ni una cesta con jamón! Nos has hecho sentir abandonadas, olvidadas y, claro, nos hemos acomodado. Cutre, más que cutre.

—¿A esto lo llamas tú acomodarse? —suelta, señalando a la calle infestada de gente, policía y bomberos.

—Sin sacar las cosas de contexto, sí, es acomodarse.

—Te quiero. ¿Contenta?

—Sí. Yo también te quiero.

Nuestro momento romántico se rompe cuando un bombero llama nuestra atención. Carraspea varias veces, incluso tose para que dejemos de besarnos.

—¿Qué ocurre? —pregunto sin soltar la mano de Bruce. Un poco más atrás veo a Piluki, hablando con dos policías, pero claro, ha tenido que ver nuestra escena y me está mirando con una cara de perplejidad total—. ¿Ha pasado algo?

—Hemos encontrado esto —dice, tendiéndome algo cubierto con una tela—. Su compañera asegura que es lo que provocó el incendio. Al menos, es el primer objeto que comenzó a quemarse. Ya le hemos explicado que es imposible.

No puede ser…

Lo cojo despacio, lo desenvuelvo, y ahí está, como si las llamas nunca lo hubieran quemado.

—Eh…

Está intacto. No lo entiendo. Lo he quemado. Lo he visto arder. Bueno, he visto llamas verdes rodeándolo. ¡Y es papel! ¡Tendría que haberse quemado junto con el resto de cajas y demás cosas!

Miro a Bruce, que no sabe qué decir, vuelvo a mirar al bombero y trago saliva.

—No sé qué le ha dicho mi compañera, pero esto no estaba cerca del fuego —miento, sin saber muy bien qué añadir, y recuerdo el consejo de Piluki sobre no dar demasiados detalles—. Muchas gracias por recuperarlo del fuego —concluyo, abrazando el cuento para dejar claro que este maldito libro diabólico se queda conmigo.

—Estaba justo en el epicentro del incendio —insiste el bombero.

—Es de gran valor, así que hemos tenido mucha suerte de que no se haya quemado, ¿verdad? —les digo a ambos, a ver si Bruce me ayuda un poco, que parece que le ha comido la lengua el gato.

—Sí, sí, muchas gracias por todo —dice, por fin, Bruce—. Azul, ¿quieres que vayamos a tomar algo caliente? Te veo un poco pálida.

Me lleva de la mano hasta el final de la calle, lanzo una última mirada a Piluki que, desde la distancia, me está haciendo señales para que la llame por teléfono, y doblamos la esquina, lejos de todos ellos.

—¿Estás segura de que…? —comienza a preguntarme.

—Le acerqué la llama del mechero —lo interrumpo—, y empezó a quemarse. Sí, estoy segura.

—Tenemos que mantenerlo alejado del mundo.

Capítulo 23

Bruce

Querido diario:

Hace mucho que no escribo, pero hoy me he sentido inspirado y la fecha lo exige. A veces necesito poner en palabras lo que va pasando, o lo que pienso y, bueno, la verdad es que espero que Azul nunca te encuentre, porque seguro que se burla de mí. A veces creo que ya te ha encontrado y leído, porque hace algunos comentarios un tanto sospechosos.

Aprovecho que hoy está con sus amigas por la ciudad para escribir un poco y poner en orden mi cabeza.

Veamos, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que escribí?

¿Seis meses?

Como no pongo fechas, no lo sé a ciencia cierta, lo único de lo que estoy seguro es que hoy, justo hoy, hace un año desde que se quemó la tienda, y han sucedido muchas cosas en todo este tiempo.

Algunas ya te las he contado, y otras no, pero bueno, en honor al aniversario del principio de mi nueva vida, haré un resumen:

Azul y yo vivimos juntos en Edimburgo. Como no le gustaba mi apartamento porque decía que era demasiado impersonal (algo que no entiendo, porque no soy de los que piensa que tienes que ir dejando tu marca personal en cada puta pared de la casa, de verdad, no es necesario), cogimos una casita en el centro, en uno de los callejones que dan a la Royal Mile. Es una casa antigua, como todas las de esta ciudad. Azul no me dejó poner muebles modernos, ni cambiar los azulejos de la cocina y los baños, y he de reconocer que tenía razón (sí, mi amor, tenías razón, como siempre), porque hemos conseguido que sea un trocito de historia de esta increíble ciudad. Ya te conté nuestras discusiones hace tiempo sobre el color de la cocina, porque Azul me aseguraba que se sacaría los ojos si se

me ocurría ponerla roja, pero, al final, no hay mejor refrán que "mujer feliz, vida feliz". Joder, me he vuelto un poco calzonazos. Y sí, es culpa tuya, mi amor.

Vamos mucho a Madrid para visitar a los padres de Azul y a Piluki. No, no la despedí. El seguro cubrió con todos los gastos, me indemnizó por el precio real de todos los artículos que se quemaron y abrimos de nuevo al público. No sé qué le pasa a Azul con un tal Tomás, pero siempre que vamos le pregunta a Piluki si Tomás ha vuelto.

Sí, abrimos de nuevo la tienda, pero con algunos cambios. Tengo a un amigo de confianza que se pasa por allí cada dos o tres días, y entre Azul y yo convencimos a Piluki para explotar su don de una manera más profesional. Ya tenía la fama, así que, ¿por qué no ganar dinero con ello? Puede que no tenga buen ojo para las antigüedades, pero sí que tiene el mejor para ver el futuro amoroso de los clientes. Sin embargo, y aunque insiste cada vez que vamos a verla, no pienso dejar que me lea la mano o me eche las cartas. No quiero saber mi futuro, creo que es más divertido ir descubriéndolo mientras lo vivo. Y también me da un miedo de cojones lo que me pueda decir. Aunque nuestra relación jefe/empleada es buena, a pesar de haber empezado con muy mal pie la primera vez que nos vimos, y aunque me llama "el highlander del jefe" "macho men", "indiana x", y no sé cuántos motes más, cada cuál más absurdo, me da vértigo saber qué me depara el futuro. Soy feliz, y no quiero saber si no voy a seguir siéndolo.

En cuanto a Azul, tenemos nuestros días. Hay días buenos, muy buenos y súper buenos. (Esto lo pongo por si lo lee). Azul, mi amor, te quiero cada día más. No estás loca. Ni eres pesada. Me encanta tu aliento mañanero y cuando cenas mucho y no haces más que eructar. Y esto último lo he puesto por si lo lees, para que no seas tan cotilla.

También hay días regulares, sí, Azul, los hay, reconócelo. Y no, es imposible que estés ovulando veintinueve de los treinta o treinta y un días que tiene el mes, que siempre utilizas la misma excusa. Pero bueno, esos días se pueden contar con los dedos de una mano. A veces trabaja en la tienda de Edimburgo con Sandy y su padre, y a

veces me acompaña en mis viajes comprando reliquias. Aunque ella asegura que no, es muy buena regateando y tiene buen ojo para las antigüedades. Sin embargo, aún no ha encontrado su vocación, pero, como ella dice, tiene una misión vital, que es la de proteger el cuento. De hecho, se ha bautizado a sí misma como "La guardiana del Verso". (Me parece muy original el nombre y sí, estoy siendo sarcástico. Te quiero, mi amor). También tiene otra misión, no tan fructífera, que es la de encontrar a otros que, como nosotros, estuvimos dentro del cuento. Es muy complicado, pero lo está intentando sin llamar la atención. A veces bromeo diciéndole que cualquier día me llaman del psiquiátrico, pero no le hace mucha gracia. Creo que necesita encontrar a la chica de la taberna. Ojalá algún día lo consiga.

El cuento, el culpable y, por otro lado, el responsable de que nos hayamos conocido, se encuentra escondido en una pared oculta dentro de una caja fuerte en nuestra casa. ¿Hace ruidos de tambor por las noches, pidiendo salir? No, aún no, pero ya puede cantar por bulerías que no va a escapar. A veces jugamos con la idea de volver a nuestra isla. Pensamos en voz alta, sugiriendo al otro que a lo mejor no pasa nada si volvemos. Aún no nos hemos atrevido, pero hemos hecho un trato: cuando seamos más mayores, entraremos juntos, detendremos el tiempo, congelaremos los años, los duplicaremos y podremos vivir mucho más.

Es solo un sueño, digamos que es un seguro de vida, pero, mientras tanto y por ahora, no necesitamos nuestra isla. Está bien saber que está ahí, esperándonos.

También vamos a visitar a mis padres que, por cierto, la adoran (y esto es totalmente cierto), y aún pone cara de loca cuando le sugiero la remota posibilidad de tener una mini persona con nuestros genes, pero creo que, poco a poco y día a día, estoy ganando la batalla. Aún es pronto, lo sé, pero, cuando tienes claro lo que quieres en la vida, ¿por qué esperar?

Bueno, diario, te dejo, que las estoy escuchando. Me parece que se han pasado un poco con las cervezas, porque van cantando por el callejón como si esto fuera la ópera.

Otro día escribo más. Te lo prometo.

Epílogo

Azul

Cosas que adoro

Despertarme a su lado cada mañana, y que me pellizque el culo cuando me levanto.

Las cocinas azules. Sigo odiando las rojas, y las odiaré siempre. Pero no sigo por aquí, que estoy haciendo una lista de las cosas que adoro, no las que detesto, esa lista ya la hice hace mucho, mucho tiempo.

El olor del café recién hecho.

A mis amigas.

Sentirme querida.

Viajar.

No tener que conducir para llegar a cualquier sitio.

Estar viva. Hay que dar gracias todos los días por el mero hecho de existir.

A mis padres.

Mi vida. Adoro mi vida. Tanto, que me da miedo que esto solo sea un sueño. ¡No, Azul! ¡Sé positiva!

A Bruce. Lo adoro. Cada día. Cada noche. Con sus ironías, sarcasmos, venazos algo pijos, manías como ir dejando tazas a medio beber por casa o los calcetines en el sofá.

La maravillosa incertidumbre de no saber exactamente qué harás o qué pasará a lo largo del día.

Las noches en silencio, durmiendo. Me encanta dormir, y más si es a su lado, aunque a veces se pone en plan oso y me aplasta.

Saber que el cuento está ahí, esperando a ser abierto de nuevo. No se lo he dicho a Bruce, pero antes de guardarlo lo borré, y solo escribí un único cuento: el nuestro.

Nuestra isla, sin serpiente, por supuesto. Todos tenemos que tener nuestros secretos, y este es el mío. Cualquier día le doy la sorpresa.

Adoro el tiempo que se nos ha dado.

FIN

Agradecimientos

Como siempre, gracias a mi familia, amigos y todos los que me animáis a seguir escribiendo.
A Nora, mi preciosa hija.

Ángel, mi amor.

Gracias a @webchicasombra por la paciencia en esperar el manuscrito. Mis semanas para entregarlo se convierten en meses. Gracias por hacer un trabajo genial corrigiendo. Además, parte del título se te ocurrió a ti.

Gracias a @Adyma Design. @Marien F. Sabariego. Gracias por la maquetación y portada. Sé que me vas a hacer una portada muy, muy chula, como todas.

A Pilar y a Clarita por servirme de inspiración.

También a Conchi, por estar siempre ahí.

Y, como siempre, gracias a mis lectoras y lectores.

Recuerda que, gracias a ti, yo escribo.

Podéis encontrarme en las redes sociales como **@irisromero_escritora** en *Instagram*, **@laratacaretaescritora** en *Facebook* y **@irisromerobermejo** en *TikTok*.

No olvides dejar tus comentarios y reseñas, es muy importante para los que estamos de este lado saber si os gusta lo que hacemos.

Gracias.